

**Departamento de Prehistoria y Arqueología
Facultad de Geografía e Historia
Universidad Nacional de Educación a Distancia**



Tesis Doctoral

**El Arte rupestre Postpaleolítico en la
Campiña Segoviana.
El Conjunto de Domingo García**



Hipólito Pecci Tenrero

Licenciado en Historia

Madrid, 2014

**Departamento de Prehistoria y Arqueología
Facultad de Geografía e Historia
Universidad Nacional de Educación a Distancia**

TESIS DOCTORAL

**EL ARTE RUPESTRE POSTPALEOLÍTICO
DE LA CAMPIÑA SEGOVIANA.
EL CONJUNTO DE DOMINGO GARCÍA**

Hipólito Pecci Tenrero

Licenciado en Historia

2014

**Departamento de Prehistoria y Arqueología
Facultad de Geografía e Historia
Universidad Nacional de Educación a Distancia**

TESIS DOCTORAL

**EL ARTE RUPESTRE POSTPALEOLÍTICO
DE LA CAMPIÑA SEGOVIANA
EL CONJUNTO DE DOMINGO GARCÍA**

Hipólito Pecci Tenrero
Licenciado en Historia

Director: Dr. D. Sergio Ripoll López

2014

Agradecimientos

El camino de cualquier proyecto de investigación es duro de recorrer, y más si es uno tan importante como aquél que marca un antes y un después en la vida.

Durante este trayecto no es raro pensar una, dos, tres veces en tirar la toalla, en preguntarse el porqué, el motivo, la razón de tantas horas, tantos días y tanto esfuerzo invertido, tantas jornadas empleadas en dar sentido a algo que en multitud de ocasiones se torna lejano, casi imposible de alcanzar, encontrarse muchas veces solo, desguarnecido.

Y es en esos momentos cuando aparece, cuando surge la gente por la cual merece la pena seguir adelante.

Es por ello, por su ayuda, por su ánimo, por lo que quiero no solo agradecer, sino también dedicar esta Tesis a un pequeño número de personas que componen, de una u otra forma, mi familia, aquellas que se han introducido en mi pequeño universo y que han ido aportando sus ideas y sus opiniones, tirando del carro cuando las cosas iban mal, contribuyendo de manera desinteresada para avanzar hasta que, por fin, el sueño se hizo realidad.

Así, quiero dar todo mi agradecimiento a Sergio Ripoll López, primero por cederme la documentación de su padre, el Doctor Eduardo Ripoll Perelló, segundo por pasar a ser mi Director, y tercero, por traspasar esa fina línea y convertirse en mi amigo.

Agradecer a Verónica Estaca su apoyo total en los trabajos de campo llevados a cabo, así como su ayuda en la redacción de la documentación e informes realizados en la prospección y excavación de la ermita.

A May, Cristina y María por sus continuas sugerencias, además de acceder a la lectura de diversos capítulos de la Tesis, aportando sus consejos.

A todos mis amigos, que están ahí para apoyarme en los momentos de flaqueza, que han sido muchos y severos.

Agradezco a mis padres todo su apoyo, puesto que, cuando se necesita su ayuda, siempre están ahí para dar ese empujón necesario en los momentos más duros.

Agradecer a Marisa, mi suegra, la insistencia en ver finalizada la tesis, y, de la misma forma, agradecer el empuje de mis hijas María y Helena, las cuales han sido un sostén en momentos delicados, cuando, de alguna forma, todo se veía perdido, sin energías para salir del atolladero.

La parte final de estos agradecimientos se ha dejado para la persona más especial, la mujer que ha luchado realmente por ver finalizado este proyecto, mi Mujer, Paz.

Realmente ella ha sido quién ha puesto todo el ímpetu, toda la energía en las páginas que componen esta Tesis, el revulsivo en los momentos duros, y la alegría en los grandes instantes, y por tanto, merece un lugar especial en el maremágnum que ha significado la consecución de este trabajo de investigación.

A todos ellos, gracias de todo corazón.

Índice

EL ARTE RUPESTRE POSPALEOLÍTICO DE LA CAMPIÑA SEGOVIANA. EL CONJUNTO DE DOMINGO GARCÍA.

Capítulo 1. Introducción	1
Capítulo 2. Marco físico	5
Capítulo 3. Precedentes cronológicos	15
Capítulo 4. Lo primeros pobladores	27
4.1. Bronce y Hierro	31
4.2. El final del Milenio: Roma	42
4.3. Después de Cristo	47
Capítulo 5. Los grabados rupestres en las rocas	59
5.1. Las representaciones rupestres postpaleolíticas	63
5.2. Zoomorfos	63
5.2.1. La domesticación	76
5.2.2. Équidos	77
5.2.2.1. Los inicios del gobierno de los équidos	87
5.2.2.2. El équido en las tierras peninsulares	93
5.2.2.3. La esfera inmaterial	115
5.2.2.4. Necrópolis	120
5.2.2.5. El caballo en la guerra	125

5.2.2.6. El caballo como animal de monta	128
5.2.2.7. Grabados ecuestres en Domingo García	132
5.3. Aves	144
5.4. Cánidos	154
5.5. Armamento	158
5.5.1. Espadas	166
5.5.2. Armas de asta	179
5.5.3. Armas de propulsión	182
5.5.4. Armamento defensivo	189
5.6. Antropomorfos	195
Capítulo 6. Conclusiones	209
Capítulo 7. Anexo. Paneles	223
Capítulo 8. Bibliografía	430

Índice de figuras y tablas

Figuras.

Fig. 1. Ermita de San Isidro. H. Pecci. **Pág. 7**

Fig. 2. Situación de la Ermita y los grabados del Cerro de San Isidro. Instituto Geográfico Nacional. **Pág. 8**

Fig. 3. Panorámica desde el Cerro de San Isidro. H. Pecci. **Pág. 11**

Fig. 4. Nava de la Asunción. Hoja 456. MAGNA 50. Escala 1:50.000. Instituto Geológico y Minero de España. **Pág. 12**

Fig. 5. Núcleos con arte rupestre en el Macizo de Santa María la Real de Nieva. S. Ripoll. **Pág. 13**

Fig. 6. Jinetes con diferente pátina. H. Pecci. **Pág. 21**

Fig. 7. Yacimientos del Bronce Final cercanos al Cerro de San Isidro. **Pág. 37**

Fig. 8. Yacimientos de la Primera Edad del Hierro cercanos al Cerro de San Isidro. **Pág. 38**

Fig. 9. Diferentes panorámicas del Cerro de la Virgen del Castillo. H. Pecci. **Pág. 51**

Fig. 10. Fragmento de capitel tardorromano hallado en el Cerro de San Isidro. H. Pecci. Museo de Segovia. **Pág. 52**

Fig. 11. Afloramientos rocosos del Cerro de San Isidro-Cuesta Grande. H. Pecci. **Pág. 60**

Fig. 12. Orientación Noroeste/Suroeste de las figuras. **Pág. 61**

Fig. 13. Enumeración de las figuras. Roca 31. Panel e. **Pág. 65**

Fig. 14. Porcentaje de grabados recogidos en Domingo García. **Pág. 65**

Fig. 15. Estela depositada en el Museo de Burgos. Tomada de domuspucelae.blogspot.com. **Pág. 99**

Fig. 16. Cerámica ibérica de estilo Oliva-Llíria. Foto tomada de www.contestania.com. **Pág. 103**

Fig. 17. Denario con jinete. Foto tomada de www.museodeburgos.com. **Pág. 105**

- Fig. 18.** Combate ecuestre. Cerro de San Isidro. H. Pecci. **Pág. 134**
- Fig. 19.** Jinete con presencia de posible espuela. Cerro de San Isidro.
Pág 139
- Fig. 20.** Jinetes en combate. H. Pecci. **Pág. 141**
- Fig. 21.** Diferentes tipologías ecuestres dentro de los grabados. Domingo García. H. Pecci. **Pág. 143**
- Fig. 22.** Panel 6a. Figura 1. **Pág.146**
- Fig. 23.** Representaciones de cetreros. **Pág. 148**
- Fig. 24.** Comparativa de figura 2 del Panel 26e con imágenes de cetrería. **Pág. 148**
- Fig. 25.** Representaciones de avutardas en el Cerro de San Isidro y en una pieza hallada en Bernardos, actualmente en el Museo de Segovia. H. Pecci. **Pág. 150.**
- Fig. 26.** Grabado de pavo real adyacente a los paneles del Cerro de San Isidro. **Pág. 153**
- Fig. 27.** Posibles estados emocionales de los cánidos. **Pág. 154**
- Fig. 28.** Diferentes tipos de cánidos representados en el Cerro de San Isidro. H. Pecci. **Pág. 156**
- Fig. 29.** Grabado representando a un galgo. Cuesta Grande. H. Pecci. **Pág. 157**
- Fig. 30.** Ejemplos de Estelas del Suroeste exhibiendo diverso armamento. H. Pecci. Museo Arqueológico Nacional. **Pág. 164**
- Fig. 31.** Detalle del Vaso de los Guerreros. Foto tomada de www.museuprehistoriavalencia.es. **Pág. 164.**
- Fig. 32.** Espada de Guadalajara 1600 a. C./1300. a. C. H. Pecci. **Pág. 167**
- Fig. 33.** Espadas “Lengua de Carpa” Museo Arqueológico Nacional. H. Pecci. **Pág. 169**
- Fig. 34.** Depósito Ría de Huelva. H. Pecci. Museo Arqueológico Nacional. **Pág. 169**
- Fig. 35.** Falcata ibérica. H. Pecci. Museo Arqueológico Nacional. **Pág. 170**
- Fig. 36.** Espada de frontón. H. Pecci. Museo Arqueológico Nacional. **Pág. 171**
- Fig. 37.** Diferentes tipos de espadas de antenas. H. Pecci. Museo Arqueológico Nacional. **Pág. 173**

Fig. 38. Vaina de puñal Monte Bernorio, localizada en una vivienda de Las Quintanas. Pintia. Siglo IV a. C. **Pág. 174**

Fig. 39. Puñal Monte Bernorio. H. Pecci. Museo Arqueológico Nacional. **Pág. 174**

Fig. 40. Espada tipo Miraveche. Foto tomada de <http://www.uam.es>. **Pág. 176**

Fig. 41. ejemplos de espadas y vainas representadas en Domingo García. H. Pecci. **Pág. 177**

Fig. 42. ejemplos de espadas y vainas representadas en Domingo García. H. Pecci. **Pág. 178**

Fig. 43. ejemplos de armas de asta representadas en Domingo García. H. Pecci. **Pág. 181**

Fig. 44. Representación hondero. Domingo García. H. Pecci. **Pág. 183**

Fig. 45. Ballestero. San Baudelio de Berlanga. Siglo XII. **Pág. 184**

Fig. 46. Ballestero. Domingo García. **Pág. 184**

Fig. 47. Beato del Burgo de Osma. Año 1086. **Pág. 185**

Fig. 48. Ballestero a caballo. Domingo García. **Pág. 185**

Fig. 49. Algunos ejemplos de grabados de ballesteros. Domingo García. **Pág. 186**

Fig. 50. Representaciones de ballesteros. **Pág. 187**

Fig. 51. Detalle de Vasos ibéricos con diferentes tipos de escudos. Fotos tomadas del Museo de Prehistoria de Valencia. **Pág. 190**

Fig. 52. Diferentes tipos de escudos. **Pág. 191**

Fig. 53. Defensas representadas en los grabados del Cerro de San Isidro. H. Pecci. **Pág. 192**

Fig. 54. Panoplia de guerrero prerromano. **Pág. 193**

Fig. 55. Fisonomía de antropomorfos. Domingo García. H. Pecci. **Pág. 196**

Fig. 56. Reconstrucciones ideales del Vaso de los Guerreros (Numancia) y de guerrero celtíbero, cubierto con *sagum* (por Eduardo Peralta Labrador). Fotos tomadas del Dossier: Los celtas en España. 19 páginas. **Pág. 199**

Fig. 57. Figuras con faldelines. H. Pecci. **Pág. 200**

Fig. 58. Danzantes. Cerro de San Isidro. **Pág. 204**

Figura. 59. Retrato de rey. Parte superior izquierda. **Pág. 206**

Fig. 60. Rostros de rey. Cercanías del Cerro de San Isidro. H. Pecci. **Pág. 207**

Fig. 61. Alfonso VII. Catedral de Santiago de Compostela. www.turismo-prerromanico.com. **Pág. 208**

Fig. 62. Alfonso III de Asturias. Imagen tomada de www.turismo-prerromanico.com. **Pág. 208**

Tablas

Tabla 1. Yacimientos del Bronce Final (1250-800 a. C. aprox.) cercanos al Cerro de San Isidro. **Pág. 35**

Tabla 2. Yacimientos de la Primera Edad del Hierro (ss. VIII-V a. C. aprox.) cercanos al Cerro de San Isidro. **Pág. 38**

Tabla 3. Número total y porcentajes sobre la cifra final de las figuras presentes en los paneles. **Pág. 65**

Tabla 4. Relación de grabados presentes en Domingo García. **Pág. 67**

Capítulo 1

Introducción

A comienzos de la década de los noventa del siglo XX se hacía público el hallazgo de una serie de grabados al aire libre emplazados en la localidad de Domingo García, Segovia, más concretamente, a unos cientos de metros al Sureste, en el cerro denominado de San Isidro, también conocido como Cuesta Grande, y en donde aparecen representaciones datadas, en un principio, en momentos paleolíticos, junto a otras figuras de cronología postpaleolítica.

Las primeras informaciones sobre el Cerro de San Isidro las expone Tuñón Mallada (1929), si bien, el claro conocimiento concerniente a la estación se produce cuando el Comandante de Artillería F. Gozalo Quintanilla (1970) describe las insculturas o figuras halladas, dando una datación paleolítica al caballo piqueteado que sería el grabado más llamativo, cronología que once años después E. Martín y A. Moure (1981) concretarían aún más, estableciendo su creación en momentos avanzados solutrenses.

A partir del escrito realizado por Gonzalo Quintanilla, la estación comienza a ser estudiada por otros investigadores, como los citados E. Martín y A. Mouré o Lucas Pellicer (1971, 1973).

Durante la realización de estos trabajos de investigación se alude a la estación como una concentración de representaciones de gran homogeneidad, integrada por grabados de arte rupestre esquemático en los que sobresalen tres horizontes artísticos: esquemático, escenográfico y un tercero que podría ser medieval.

En estos tres ciclos gráficos se dejan ver, junto al resto de las figuras, diferentes signos cruciformes, lo que dio pie a algunos investigadores a especular con la posible existencia de un lugar de culto¹, donde se llevarían a cabo diferentes rituales, y, si bien, no se podría conocer el sentido de estas ceremonias, algunas teorías apuntarían a variados tipos de liturgias astronómicas, quizás protohistóricas, aunque es extraño que tratándose de un lugar sacro, las figuras se encontraran tan expandidas en el terreno sin hallarse vestigios de un centro neurálgico, además de no descubrirse ningún tipo de representaciones de un ídolo o divinidad tutelar.

De todos modos, ciertos investigadores consideran que la existencia de cruces en las estaciones de arte rupestre lo único que explica es la perduración en el tiempo de esta clase de signos, pudiendo tratarse de marcas de algún tipo, imposibles de interpretar en la actualidad.

No obstante, la tipología de las figuras cruciformes cristianas y medievales es bastante apreciable con respecto a las representaciones de épocas anteriores, por lo que en muchas ocasiones se puede datar, sin excesivos contratiempos, en momentos posteriores al I milenio a. C.

Tiempo más tarde, E. Ripoll, A. Moure y R. Balbín llevarían a cabo un nuevo estudio en 1982, para, posteriormente, durante la segunda mitad de los años ochenta, ser el Doctor Eduardo Ripoll Perelló el que prosiguiera con la exploración de la zona, llevando a cabo una serie de análisis y observaciones que constarían de dos períodos de investigación bien definidos, centrados fundamentalmente en los grabados rupestres localizados en el Cerro que de San Isidro.

Un primer estudio, formado por los trabajos de planimetría y topografía, en donde se localizaron y documentaron cincuenta y ocho afloramientos rocosos

¹ Gómez-Barrera; J. A. (1993): Tradición y continuidad del arte rupestre en la Antigüedad Tardía. La Cueva de la Camareta, Antig. Crist. (Murcia) X, pp. 433-448.

con paneles grabados, procediéndose a su numeración y localización en los planos, mientras que, paralelamente, se efectuaban los calcos directos, así como la recogida de información a través de la documentación fotográfica.

Las operaciones emprendidas tuvieron sus frutos, ya que con esta serie de acciones se consiguieron localizar mil quinientas figuras postpaleolíticas.

La segunda parte de estos trabajos se dirigieron primordialmente a la puesta en valor y el estado de conservación de los paneles y sus representaciones.

Ya, en los años noventa Sergio Ripoll López y Luciano José Municio fueron los encargados de continuar los trabajos de investigación del Cerro de San Isidro, labor que sería recogida en diferentes escritos entre los años 1992 y 1994, para, al final de esta década recopilarse los últimos estudios y publicaciones efectuados sobre los grabados rupestres de Domingo García en las memorias que llevan como título *“Domingo García. Arte rupestre Paleolítico al aire libre en la meseta castellana²”*.

Los últimos estudios que se han venido realizando, se pusieron en marcha a partir del 2010, cuando comenzó a fraguarse este trabajo de investigación, para lo que se han llevado a cabo los análisis de los grabados así como la prospección y realización de catas en el interior de la Ermita de San Isidro, en busca del descubrimiento de datos que, unidos a las pruebas conseguidas a través del examen de las rocas, despejar, en la medida de lo posible la cronología de la estación de arte rupestre de Domingo García.

El producto surgido de esta sucesión de actividades se ha visto compilado en esta Tesis compuesta por ocho capítulos

² Ripoll López, L.J. Municio González (Dir.), et alii (1999) Domingo García. Arte rupestre paleolítico al aire libre en la Meseta Castellana. Coeditado entre la Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Comunidades de Castilla y León y la Universidad Nacional de Educación a Distancia. 278 páginas.

El capítulo dos desvela el paisaje que rodea a la estación de arte, mientras que el tercero presenta los proyectos que se han puesto en práctica con el objetivo de poder datar el arte rupestre, y cuales de estos métodos han sido aplicados al Cerro de San Isidro.

El cuerpo central de la Tesis está formado por los capítulos cuarto, en donde se examinan las poblaciones que pudieron ostentar la posible autoría de las figuras, y quinto, sección trascendental dentro de la totalidad del documento, ya que expone las particularidades de los grabados que han llevado a plantear los argumentos para las dataciones de Domingo García, testimonios planteados en el capítulo de conclusiones.

Para finalizar, se presentan la totalidad de las mil ciento noventa y cinco representaciones localizadas en el Cerro y, como colofón, se enumera la bibliografía tratada y consultada para la elaboración de esta obra.

Capítulo 2

Marco físico

A cuarenta kilómetros aproximadamente al Noroeste de Segovia, y alrededor de trece de distancia siguiendo la carretera que une las poblaciones de Carbonero el Mayor y Santa María la Real de Nieva, se ubica Domingo García, localidad ocupada por treinta y siete habitantes, según el censo del Instituto Nacional de Estadística del año 2013.

Este pequeño pueblo se asienta en la comarca de Santa María la Real de Nieva, que a su vez se integra dentro de la Campiña Segoviana, territorio localizado en la zona noroccidental de la provincia de Segovia, ocupando aproximadamente algo más de mil quinientos kilómetros cuadrados, y cuyo centro geográfico es la misma población de Santa María.

La región posee altitudes medias en torno a novecientos metros sobre el nivel del mar, llegando en algún punto a los mil metros, los cuales dominan una amplia extensión de paisaje, horizonte abierto en la actualidad, de amplios campos que en su parte Norte chocan con la Tierra de Pinares, hendidos por el curso de diferentes ríos que marcan la geografía, tanto en su zona septentrional, surcada por el río Eresma, el cual también discurre por su franja Este, y más allá las Tierras de Arévalo, como en su lado occidental, donde el protagonismo lo tiene el río Voltoya, pues en su zona meridional, topan con las elevaciones del Sistema Central.

Este municipio tiene una particularidad que lo hace bastante llamativo, ya que en dirección Sur/Sureste, con unas coordenadas de 45° 51' 50" y 3° 85' 0", emerge un otero del terreno conocido como Cerro de San Isidro o Cuesta

Grande, tal como dicen Díez Herrero y Martín Duque un cerro cónico³, altozano que predomina sobre la planicie circundante.

Así, tras abandonar Santa María la Real de Nieva, circulando por la carretera SG-P-3411, a unos dos kilómetros de distancia se asienta Ortigosa del Pestaño, pequeña localidad de menos de cien habitantes que se deja pronto atrás, para, pasados unos segundos, arribando a Domingo García advertir, observar, como poco a poco se recorta en el horizonte, paulatinamente, pausadamente, la silueta de una edificación, hasta hacerse totalmente visible en el horizonte.

A simple vista esta elevación del terreno no tendría nada significativo, sin embargo, al girar la vista hacia su cima se divisan en el horizonte las formas de una antigua ermita, consagrada, según los textos, a la advocación de San isidro, templo que permaneció en uso hasta el comienzo de la Guerra de la Independencia.

La ermita presenta un estado actual de ruina casi completa, ya que carece de cubierta, no tiene ninguna protección en sus zonas de acceso, y la mayoría de los recubrimientos de los paramentos ha desaparecido, si bien, se aprecia que su composición está formada por piedras situadas de formas horizontales y revestidas de cal.

Se encuentra formada por una única nave de planta rectangular y ábside curvo siendo la superficie total de 0,0193 hectáreas. Aledaña a esta estancia, se anexa un porche en su lado sur, en donde aparecen algunas tumbas antropomorfas, datadas en torno a los siglos IX y XI, enterramientos que también se presentan en la zona exterior del edificio, mostrando en la mayoría de los casos una orientación Oeste/Este, es decir, la cabeza al Oeste y los pies

³ Díez Herrero, A.; Martín Duque, J. F.; (2005) Las raíces del paisaje. Condicionantes geológicos de la provincia de Segovia. Junta de Castilla y León. Colección Hombre y Naturaleza. 463 págs.

al Este, siendo ésta la disposición normal en las ceremonias de inhumación cristiana

A la altura del año 1247 se recogen informaciones que atestiguan la existencia de la edificación, por lo que su construcción, obviamente, debió de producirse siglos antes, si bien, como un espacio de una sola pieza, testimonio que puede apoyarse también en la estructura y disposición de la ermita, ya que se advierte a simple vista, muy claramente, como el ábside en un principio no se habría erigido, tratándose de un añadido posterior.



Fig. 1. Ermita de San Isidro. H. Pecci

De este modo, hay quién afirma que quizás existiera, en origen, un recinto tardorromano, argumento reforzado por el descubrimiento de un fragmento de material, previsiblemente proveniente de un capitel o un columna decorada, e incluso un espacio musulmán, siendo posteriormente sacralizado como recinto cristiano. No obstante, a la altura del siglo XIX el Diccionario de Pascual Madoz (1849) indica que *“...En las afueras de la población se encuentran 2 ermitas (...) otra al Este que fue de San isidro y que solo conserva las paredes...”*

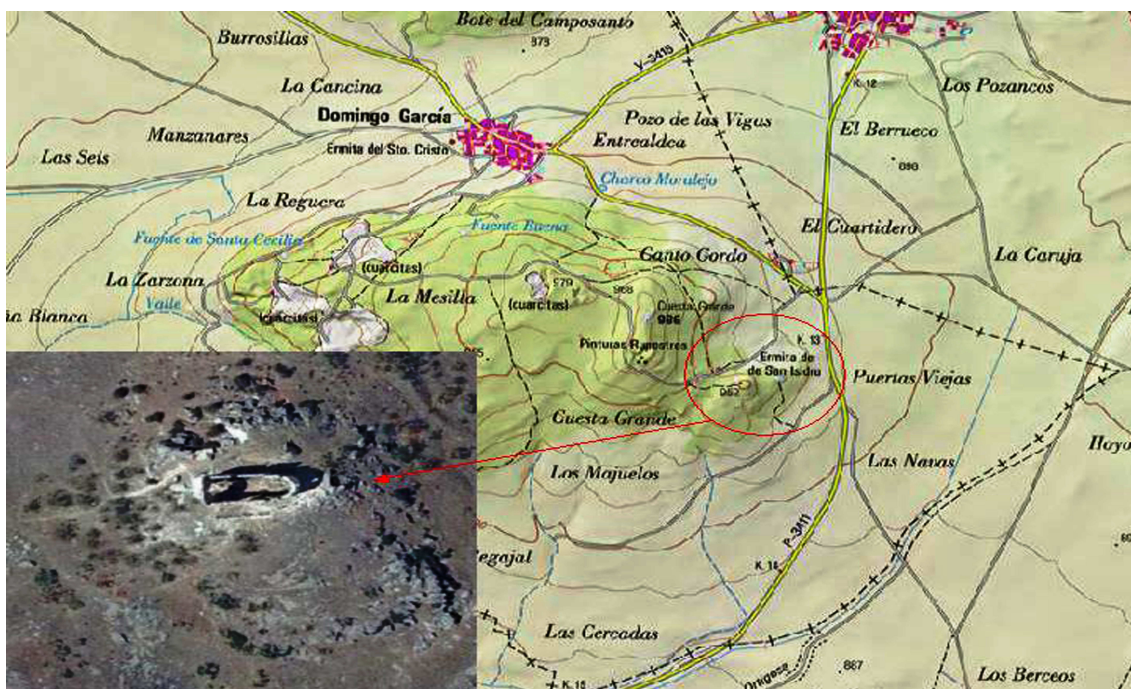
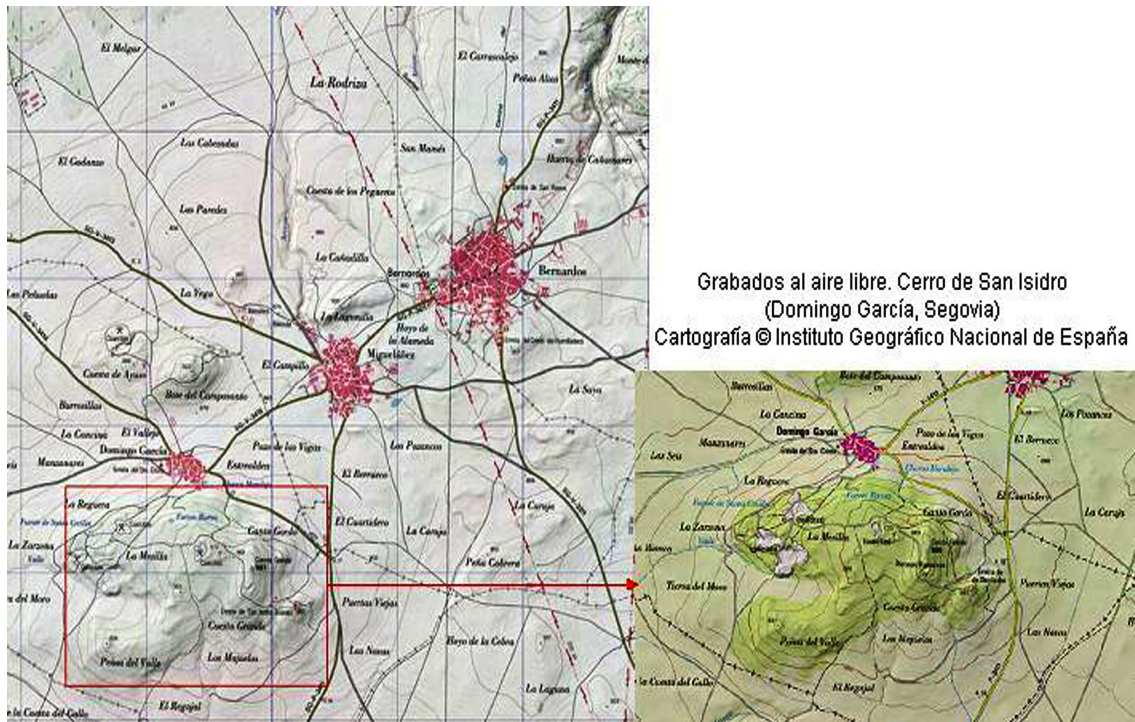


Fig. 2. Situación de la Ermita y los grabados del Cerro de San Isidro. Instituto Geográfico Nacional

En un área contigua a la edificación emergen una serie de afloramientos de esquisto rojo que constituyen el verdadero tesoro de la zona, al ser los depositarios de los numerosos grabados al aire libre.

Tal como se decía, la estación rupestre se integra en la región que comprende Santa María la Real de Nieva, zona situada al Sureste de la depresión del Duero, en donde emergen los depósitos terciarios, y sobre ellos materiales cuaternarios.

La totalidad del macizo de Santa María comprende algo más de doscientos kilómetros cuadrados, hallándose compuesto por diferentes tipos de rocas, graníticas hercínicas, filonianas y metamórficas⁴, así como rocas sedimentarias detríticas, cuyos períodos de formación se hallan comprendidos en torno a los seiscientos millones y quinientos mil años, es decir, el material que forma parte de estas elevaciones está integrado por elementos de diferentes eras geológicas, tanto precámbrica, como paleozoica, secundaria y terciarias.

La gran acumulación de rocas que poseen cualidades pizarrosas, y que componen el grueso de los elementos existentes en el macizo de Santa María la Real de Nieva contribuyó a la creación de una industria en torno a ellas desde principios del siglo pasado, continuándose en la región su trabajo incluso en la actualidad de forma muy asidua.

La comarca posee altitudes desde casi mil metros sobre el nivel del mar hasta los setecientos ochenta que se localizan en el río Eresma, al norte de Bernardos, siendo las zonas más altas Cuesta Grande, con novecientos ochenta y seis metros, y Carbonero, que cuenta con novecientos sesenta y nueve metros, además de otras elevaciones en torno a los 900 m. que se

⁴ Jordá Pardo, J. F.; (1999) Geomorfología de la comarca de Santa María la Real de Nieva y el Conjunto de Domingo García. (Dentro de S. Ripoll, L.J. Municio (Dirs.), Domingo García. Arte Rupestre Paleolítico al aire libre en la meseta castellana, Memorias Arqueología en Castilla y León, 8) Págs. 23-30.

sitúan en una alineación Noreste-Sureste desde Bernardos hasta la misma localidad de Santa María la Real de Nieva.

Los depósitos de materiales pétreos del Cerro de San Isidro, y en conjunto, de la estación de arte rupestre de Domingo García, tuvieron que soportar un sinfín de acciones geológicas que forjaron su estructura actual, actividades naturales que supusieron un cambio fisonómico, de tal forma que la presión de la carga existente moduló el material someténdolo a diferentes deformaciones que originarían numerosas fracturas, en algunos casos roturas que terminaron por separar la roca diversos centímetros, mientras que en otros, las aberturas o las grietas se hacen prácticamente invisibles.

Pero no sólo la tensión originada por los movimientos telúricos tuvo influencia en las rocas en las que posteriormente se plasmarían las obras de arte, de la misma forma en ellas también intervinieron otros factores, como las corrientes eólicas, perceptibles durante etapas en las que se originó el movimiento de grandes masas de aire cargado con partículas, que actuaron como instrumentos de bruñido, elementos que alisaron las superficies.

La interesante manifestación sufrida en esta parte del territorio segoviano, ha sido conocida como el fenómeno de las “arenas voladoras”, agente destacado en los procesos erosivos y de moldeado del paisaje, teniendo un protagonismo especial en el Cerro de San Isidro, ya que al situarse a mayor altura que el resto del territorio, sufrió de forma más asidua estos embates.

Sin embargo, estos acontecimientos tuvieron una aportación positiva, ya que contribuyeron a una primera separación, además de una inicial ubicación cronológica entre los grabados “...*el pseudobarniz del desierto que cubre los petroglifos paleolíticos (y no los históricos) se relaciona con el pulido por la*

actividad eólica de la Tierra de Pinares durante el Dryas reciente (entre hace 12.500 y 11.000 años)⁵...”

Desde la cima del Cerro de San Isidro se otea al Norte, hasta donde llega la vista, la Tierra de Pinares, mientras que en el sur emerge la Campiña Segoviana, tierras en donde se alzan pequeños municipios en los que se pueden descubrir diferentes muestras de arte rupestre, compartiendo todos ellos una misma época de fundación, más o menos durante el mismo período de tiempo, hacia los siglos XI/XII.



Fig. 3. Panorámica desde el Cerro de San Isidro. H. Pecci.

⁵ Díez Herrero, A.; Martín Duque, J. F; (2005) Las raíces del paisaje. Condicionantes geológicos de la provincia de Segovia. Junta de Castilla y León. Colección Hombre y Naturaleza. 463 págs.

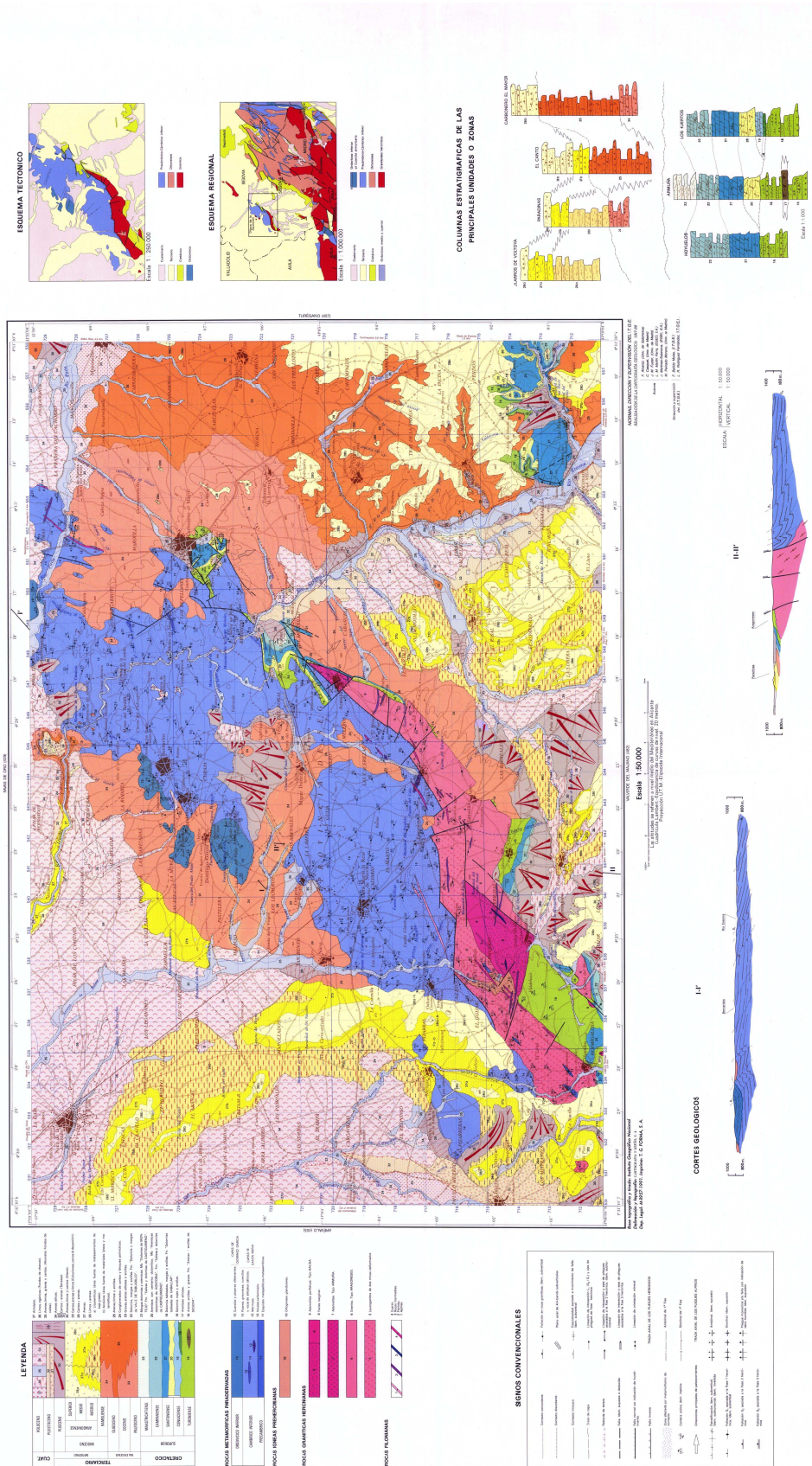


Fig. 4. Nava de la Asunción. Hoja 456. MAGNA 50. Escala 1:50.000. Instituto Geológico y Minero de España.

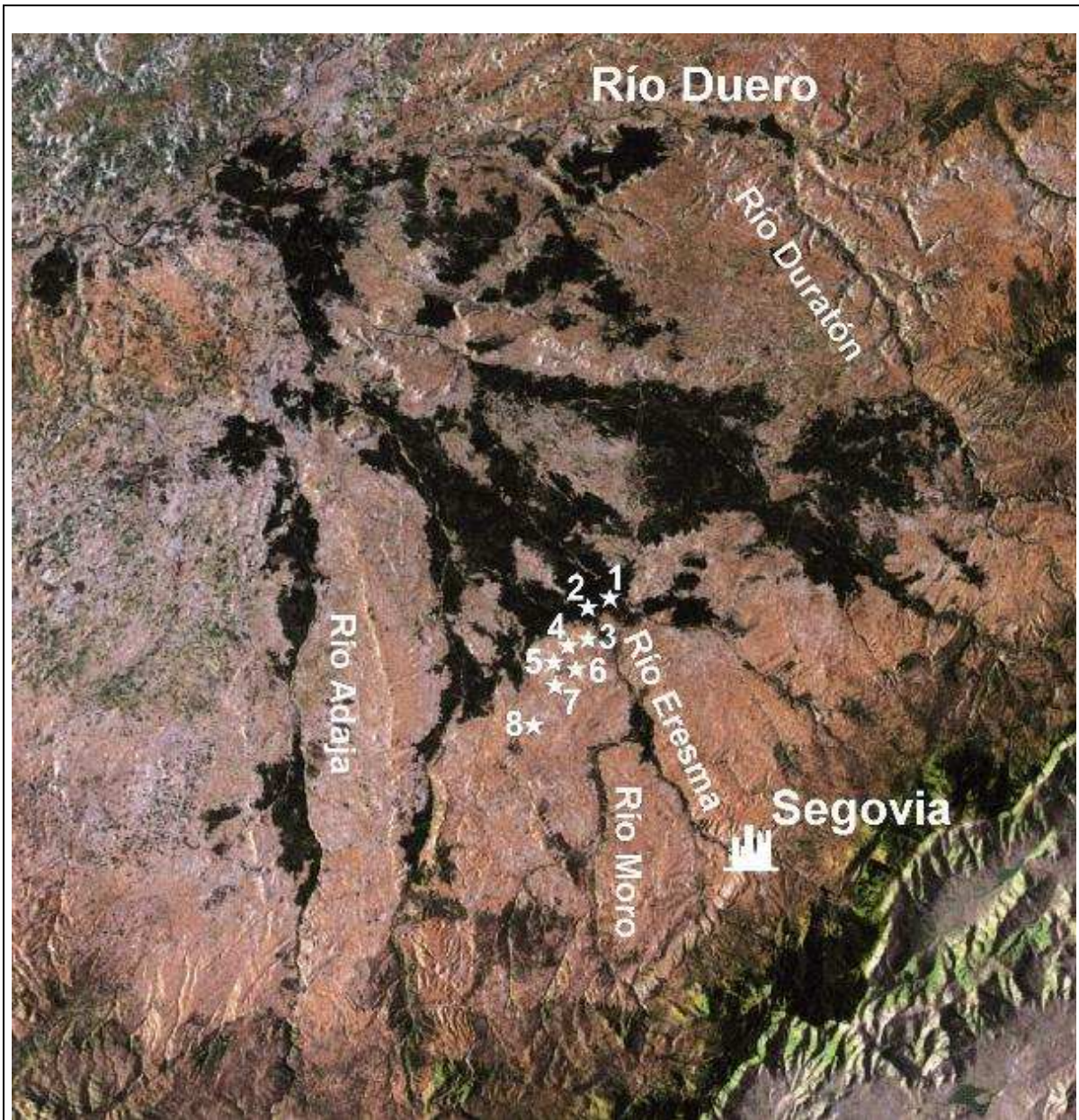


Fig. 5. Núcleos con arte rupestre en el Macizo de Santa María la Real de Nieva. S. Ripoll.
1. Dehesa de Carbonero. 2. río Eresma. 3. Valdebernardos-Cañamares 4. Miguelañez. 5. Las Canteras. 6. Cerro de San Isidro. 7. Ortigosa del Pestaño. 8. Santa María la Real de Nieva.

Así, Bernardos surge a tres kilómetros de distancia aproximadamente de Domingo García en dirección Noreste; en la misma dirección asoma Miguelañez, pero más o menos a un kilómetro y medio; en sentido opuesto, a unos tres kilómetros y medio de marcha en dirección Suroeste, se asienta Ortigosa del Pestaño, y con escasa diferencia, pero hacia el Sureste se avista Miguelibañez.

No obstante, el punto central, poseedor de la mayor aglomeración de grabados, y en torno al cual se llevan a cabo las líneas de investigación y es el objeto de estudio, se encuadra dentro de la elevación de Cuesta Grande, en donde, tal como dice Escorza⁶, los elementos físicos jugaron un papel importante en la conservación de los grabados.

Recorriendo unos kilómetros más, la vía se bifurca, emergiendo en la parte izquierda la carretera SG-V-3414, y desde ella un pequeño camino de tierra que nos lleva a la zona más alta del Cerro de San Isidro.

Es aquí, frente a la Ermita, donde se disponen los afloramientos de las grandes rocas que sirven de soporte a los grabados, muchos de ellos actualmente desaparecidos por efecto de la acción humana, consecuencias que se hacen patentes nada más llegar al cerro.

⁶ Martín Escorza, C.; (1999) Factores geológicos en los grabados rupestres de Domingo García. (Cap. 3 dentro de Domingo García. Arte rupestre paleolítico al aire libre en la meseta castellana Memorias. Ripoll López, S; Municio González, L. J.; (Dir.) Junta de Castilla y León. Arqueología en Castilla y León, 8) Págs. 31-40.

CAPÍTULO 3

Precedentes cronológicos

El arte es connatural al ser humano, emergió de su imaginación y se proyectó a través de sus manos con el fin de expresar y plasmar el mundo tal como emanaba de la percepción del autor.

Aunque se han distinguido algunas piezas que pudieron ser almacenadas por homínidos, debido a algún atributo específico que llamó su atención, o el uso de algún tipo de objetos y coloraciones entre los Homo sapiens neandertalensis, tal como se desprende de los restos de ocre esparcidos en algunas ocasiones en el cuerpo de los cadáveres, las prácticas y técnicas artísticas surgirían hace unos cuarenta mil años aproximadamente, cuando la capacidad de creación, de plasmación de todo un nuevo mundo por parte de los grupos humanos hace su aparición y va evolucionando progresivamente, tal como ha quedado demostrado ampliamente.

Esta forma de comunicación, de expresión de las emociones ha sido, y sigue siendo, de momento, un sentimiento privativo del Homo sapiens, de su particular visión, la cual fue perfeccionándose cada vez más, adquiriendo una serie de características propias que a la postre permitirían la aparición de un sistema de catalogación y sistematización capaz de situar estas obras aproximadamente en su tiempo de creación y en el entorno que rodeaba a estos grupos.

Los paulatinos descubrimientos que se fueron sucediendo ocasionaron impetuosos enfrentamientos, enardecidas discusiones en pro y en contra de la capacidad creadora de los primigenios humanos, aflorando múltiples,

opiniones, veredictos y manifestaciones que cuestionaban la veracidad de las teorías, hasta que, por fin, terminó por aceptarse totalmente el hecho de que estos individuos primitivos se encontraban plenamente capacitados para llevar a cabo diferentes tipos de representaciones artísticas.

Con la aceptación del arte paleolítico se dio un paso esencial en el conocimiento de las culturas prehistóricas, de tal forma que, en los decenios finales del siglo XIX y principios del siguiente, comenzarían a surgir disertaciones acerca de la capacidad creadora en los albores de la “civilización”.

Los estudios e investigaciones comenzaron a difundirse con gran brío, pues en el interior del arte prehistórico, en su esencia, se vislumbraba, se percibía alguna suerte de lenguaje, un medio de comunicación impregnado de una gran carga religiosa, que en multitud de momentos poseería una intensa fuerza simbólica, pero también se convertía en un gran hilo conductor para penetrar en las formas de vida de estos primitivos grupos, al recoger y reproducir diferentes episodios de la realidad física y humana que se viviría en ese estadio concreto de la evolución.

Con el fin de la glaciación Würm, hacia el 10000 a. C., al arte Paleolítico le sucederían otro tipo de expresiones y representaciones pictóricas, nuevos horizontes artísticos que en la Península Ibérica se han recogido genéricamente dentro del término “Arte Postpaleolítico”.

En el interior de este conjunto artístico se aglutinan diversos tipos de representaciones y horizontes culturales, tales como el “Arte Levantino”, expresión establecida por Joan Cabré en 1903, “Arte Esquemático”, cuya presentación en público la llevó a cabo en el año 1868 Manuel de Góngora Martínez⁷ (1822-1884), el “Fenómeno Megalítico”, etc., estilos cuya cronología englobaba desde momentos epipaleolíticos hasta llegar, en algún caso, al I

⁷ Sastre Blanco, J. C.; (2006) Una aproximación a la puesta en valor del arte esquemático y su paisaje. La Sierra de la Culebra (Zamora). Arqueología y Territorio. Nº 3. Págs. 1-16.

milenio a. C., nutriéndose de diferentes expresiones que pervivirían durante un dilatado período cronológico, durante el cual se originaron transformaciones y se produjeron innovaciones, pero también se prolongaría el uso de técnicas de forma inalterable durante varios milenios.

En palabras del Doctor Eduardo Ripoll Perelló (1923-2006) “...el arte postpaleolítico de la Península Ibérica tuvo una larga perduración en el tiempo en lo que podríamos llamar «zonas residuales», con el momentáneo resurgir de formas anteriores, y que pudo enlazar con ciertas manifestaciones, votivas o no votivas, altomedievales⁸...”

Desde que, durante los siglos XVII y XVIII, se utilizarán los episodios bíblicos como forma de establecer una secuenciación cronológica fiable, de tal forma que se situó la Creación en el año 4004 a. C. y el 2349 a. C. como el período en que se desencadenó el Diluvio Universal, fueron diversos los intentos de implantar un sistema de datación lo más lógico posible, recurriéndose a la diferente información que estaba viendo la luz con los nuevos hallazgos, y las posteriores publicaciones dispuestas a sentar los fundamentos de una nueva ciencia cuyo objetivo era estudiar, investigar las facetas, los pormenores y cualquier particularidad de estos primeros Humanos.

De este modo, se desarrollaron varios sistemas destinados a situar, de manera lo más precisa posible, los hechos que pudieron emanar de los descubrimientos efectuados, el establecimiento de períodos que esclarecieran y desentrañaran los acontecimientos y formas de vida de estas comunidades.

Así, algunos investigadores se dedicarían a establecer diferentes secuenciaciones tomando como base un aspecto o faceta concreta, tal sería el caso de Christian Jürgensen Thomsen (1788-1865), investigador danés que desarrolló el “Sistema de las Tres Edades” en base a la materia utilizada para elaborar los diferentes artefactos, originalmente material lítico, para,

⁸ Ripoll Perelló, E.; (2001) El debate sobre la cronología del arte levantino. Quad. Preh. Arq. Cast. 22. Págs. 267-280.

posteriormente, utilizarse bronce y tiempo después, ser sustituido por el hierro, John Lubbock (1834-1913) que estableció la separación entre Paleolítico y Neolítico o Gabriel de Mortillet (1821-1898), que hablaría de dos divisiones dentro del Paleolítico Superior, aunque negaba totalmente la creación de arte por parte de los grupos humanos de este período.

Estos métodos clasificatorios se sumarían a algunos más que se pondrían en práctica paulatinamente, algunos muy simples, como la técnica estratigráfica, procedimiento efectivo y básico consistente en describir la antigüedad en base a la profundidad del estrato, a la superposición de los estratos, estos es, la capa superior es más moderna que la capa inferior, junto a otros más complejos, en donde los componentes químicos juegan un papel primordial, como es el caso del Radiocarbono o Carbono 14.

Este método, ideado por W. F. Libby (1908-1980) a finales de la década de los cincuenta del siglo XX es el único que se puede aplicar hasta el momento al arte rupestre paleolítico, con el fin de conseguir dataciones e intentar situarlo en un periodo preciso, aunque también cuenta con condicionantes, ya que se hace necesario que en la representación se haya aplicado carbón de origen vegetal⁹, lo que hace que este sistema sea, literalmente, inservible para ubicar cronológicamente cualquier representación que no cuente con este componente, o haya sido realizada mediante la técnica del grabado.

Este es el problema que se plantea para la estación rupestre al aire libre del Cerro de San Isidro, puesto que la totalidad de sus figuras han sido talladas en las superficies de las rocas por medio del uso de dos técnicas fundamentales de ejecución de los grabados, incisión y martilleado, las cuales, básicamente, pertenecen a momentos cronológicos distintos, donde también se reflejan dos diferentes “estilos” de arte, que, de igual forma, corresponden a épocas dispares, sin que en su superficie se haya hallado ningún resto de

⁹ Ripoll López, S.; (2013) Las dataciones y los sistemas de datación del arte rupestre paleolítico. Págs. 205-527.

pigmentación que pudiera ser susceptible de ser procesado en la búsqueda de una posible datación.

Con el intento de delimitar la época, fijar la fecha en que se han plasmado los centenares de figuras, situar las escenas de caza, bailes, combates, efigies de guerreros, etc., en su contexto adecuado, pues ellas no revelan ningunas particularidades precisas para adscribirlas a un género artístico concreto, ya que todas dan la sensación de poseer la misma autoría, de disfrutar de un mismo ciclo de creación, y vistas las inmensas dificultades existentes y la carencia de elementos idóneos capaces de contener una mínima información que ayude a situar en un espacio temporal la estación de Domingo García, se intentaron aplicar varios procedimientos susceptibles de suministrar algunos datos manejables.

A primera vista se aprecia nítidamente la existencia de dos horizontes, reflejados en los diferentes estilos y técnicas empleados para llevar a cabo la ejecución de las figuras, pero también apreciable en la temática expuesta, ya que, por una parte aflora un conjunto de representaciones naturalistas, más de medio centenar, compuestas en su totalidad por animales elaborados mediante la práctica de incisiones del contorno, exceptuando un gran caballo de aproximadamente cien centímetros de longitud y más de cincuenta de altura, el cual se ha creado por medio del martilleado o piqueteado, junto a un gran número de imágenes, a las que también se ha aplicado el martilleado, y en las que el protagonismo lo posee el ser humano.

De esta forma, el proceso destinado a la recuperación de información idónea con la que demarcar el periodo de realización de ambas fases de esculpido comprendió un primer estudio en el que se empleó la comparación estilística, buscando los paralelismos existentes con otros yacimientos de arte rupestre, fundamentalmente en cuevas, independientemente de los problemas existentes inherentes a esta metodología, por cuanto diversos investigadores creen ya superada la datación a través del estilo como modo de acceder a la información cronológica.

El uso de este procedimiento trata de buscar resultados aplicando los sistemas cronológicos del Abate Henri Breuil (1877-1961), superposición de imágenes, que hablan de la antigüedad de una sobre otra, aunque desconociéndose la distancia cronológica entre ambas, por lo que había que estudiar las técnicas y estilos, Anette Laming-Emperaire (1917-1977) o André Leroi-Gourhan (1911-1986), los cuales formularon, de forma independiente, un conjunto de reglas evolutivas para las representaciones, en las cuales, las formas más simples serían las más antiguas, aunque actualmente se ha demostrado que no son fiables del todo.

Sea como fuere, el contexto cronológico establecido para las representaciones naturalistas se establece en torno al 18000/15000 BP, dentro de los estilos III y IV de Leroi-Gourhan, es decir fin del Solutrense y Magdaleniense Inicial¹⁰, relacionándose directamente con las estaciones al aire libre de Siega Verde (Salamanca) y Foz Côa (Portugal).

El cerro de San Isidro alcanza una altitud de 986 metros aproximadamente sobre el nivel del mar, sobresaliendo de la llanura circundante lo suficiente para que las corrientes que transportaban las micropartículas de arena, las “arenas voladoras”, fueran lo bastante incisivas para pulir y suavizar los planos orientados hacia el Sureste, sobre los que el viento ha actuado principalmente.

Este bruñido se ha utilizado como otro hito cronológico para las representaciones paleolíticas, puesto que sus autores han trabajado fundamentalmente sobre estas paredes, de tal suerte que Carlos Martín Escorza afirma que el gran caballo piqueteado posiblemente se esculpió entre dos períodos de vientos o Fases Eólicas¹¹, ya que se trazó en una superficie

¹⁰ Ripoll López, S.; Muncio González, L.; (1999): Domingo García. Arte rupestre Paleolítico al aire libre en la meseta castellana. Memorias. Arqueología en Castilla y León, Valladolid. 278 págs.

¹¹ Martín Escorza, C.; (2006) Excursión a Domingo García y Santa María la Real de Nieva (Segovia). Arte en las piedras. Sociedad de Amigos del Museo Nacional de Ciencias Naturales. 42 págs.

pulida, la cual, posteriormente sufrió de nuevo las acometidas del viento, mostrando sus contornos la misma tonalidad que la roca madre.

Al tallarse las figuras, su interior descubría una pátina distinta a la superficie, hecho que se interpretó como una posibilidad para obtener dataciones que situaran la estación en un contexto cronológico claro.

La base de este método es relativamente simple; al practicarse el piqueteado e ir labrándose poco a poco la imagen, se descubría un color amarillento claro que lo diferenciaba visiblemente del resto del panel.

Una vez configurada totalmente la representación, la tonalidad iba ensombreciéndose según transcurría el tiempo, por lo que las figuras más antiguas y las más modernas presentan distinta pátina, de tal forma que se puede establecer una seriación relativa de antigüedad.

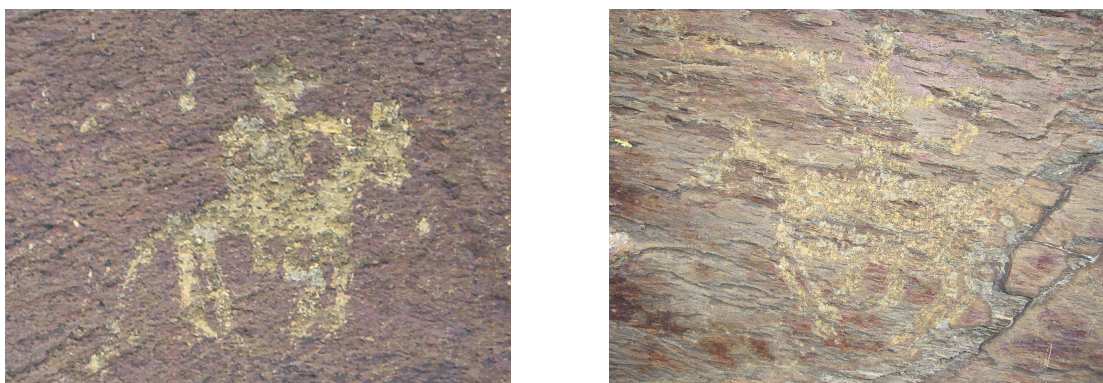


Fig. 6. Jinetes con diferente pátina. H. Pecci.

Sin embargo, este procedimiento presenta algunos inconvenientes, ya que únicamente se tiene en cuenta el paso del tiempo, sin considerar, en muchos casos, aspectos tan importantes como la incidencia de algunos factores externos, aparición de líquenes, exposición directa al sol, lluvia, acción antrópica, etc., por lo que su actividad en ocasiones produce que grabados de un mismo estilo presenten una pátina diferente, y representaciones de, en teoría, diferentes edades presenten la misma tonalidad, hecho contrastable en la inmensa mayoría de los paneles de Domingo García, en donde es visible

que figuras que comparte un mismo espacio de tiempo presentan un fondo de diferente matiz, de tal forma, que en un panel aparecen jinetes con una factura semejante pero con otra tonalidad.

A ello se suma el hecho de que en algunos casos no hay una diferencia visible entre los grabados y la superficie del panel en el que se asientan puesto que exteriorizan la misma pátina, lo que hace que este medio no pueda ser considerado como un método preciso, ya que a través de él se puede conocer exclusivamente, y no siempre, la antigüedad relativa de las representaciones.

Por tanto, se hacía necesario otro método más seguro que pudiera obtener de forma más fehaciente un resultado lo más seguro posible, sobre todo porque el serio inconveniente sobreviene a la hora de determinar o fijar con precisión los límites temporales del grupo artístico posterior, compuesto por los grabados postpaleolíticos.

Ante la imposibilidad de alcanzar un resultado determinado, imposible de averiguar a través de la datación relativa, se recurrió a otros sistemas cronológicos en la búsqueda del mayor acercamiento al origen del arte rupestre al aire libre, para ello se acudió a procedimientos basados en la datación directa sobre los grabados, como la espectrometría de masas con aceleradores (AMS) o el método de microerosión.

En principio el AMS no precisa de grandes muestras para su análisis, utilizándose en arte que es susceptible de contener algún tipo de materia orgánica, como el pigmento de las pinturas rupestres, o algún resto que se localiza en la superficie en que éstas se llevaron a cabo.

Sin embargo, la puesta en marcha de este método tiene, cuanto menos, un mayor plus de dificultad a la hora de ponerlo en práctica sobre escenarios en los que no se localiza ningún resto de material orgánico, caso de los grabados. No obstante, esta situación no ha sido óbice para ensayar sobre diferentes paneles tallados, tomando como base las acumulaciones de partículas que se depositan en el interior de los grabados por efectos de la lluvia, las cuales

constituirían una suave película en la que se atrapan diferentes partículas, como si de insectos en el ámbar se trataran, perviviendo en el tiempo, para dar una fecha cercana a la creación de esta capa.

A esta técnica se une un segundo procedimiento utilizado, la micro-erosión, desarrollado por Robert Bednarik que consiste, en palabras de Antonio Beltrán Martínez *"... el método de "micro-erosión de las rocas" puede sintetizarse en que al realizar los grabados quedan granos cristalinos de aristas vivas, por ejemplo de cuarzo, que con el paso del tiempo se desgastan cada vez más redondeados y si en la misma roca u otra próxima hay otro grabado de fecha conocida, comparando unos y otros trazos, por medio de lo que el autor llama <calibración>, es posible fechar el de data desconocida; el autor advierte que tal método no es aplicable a las rocas de fácil exfoliación¹²..."*.

Ambos sistemas de datación se emplearon a mediados de la década de los noventa del siglo XX en la recién descubierta estación de grabados de Foz Côa (Portugal).

En julio de 1995 se presentaba un informe, elaborado por Robert Bednarik y Alan Watchman, en donde se exponían los resultados obtenidos por AMS y micro-erosión, los cuales pusieron en pie de guerra a la comunidad arqueológica portuguesa, ya que se dudaba de la antigüedad de los hallazgos, puesto que se indicaba que los grabados más lejanos en el tiempo abarcaban entre 10000 y 6000 años como mucho, ubicando los más modernos en no más de cien años.

Este ambiente se enrarecía aún más cuando Robert Bednarik, daba una nueva vuelta de tuerca, aseverando la imposibilidad de que los yacimientos con arte localizados por esas fechas en la Península Ibérica tuvieran dataciones

¹² Beltrán Martínez, A.; (1996) La datación de los grabados de Foz Do Côa, en Portugal y la importancia del yacimiento: Síntesis de una polémica y planteamientos. In Maciel, M. Justino, coord. - Miscellanea em homenagem ao professor Bairrão Oleiro. Lisboa: Edições Colibri. Págs. 45-54.

paleolíticas (Chapa 2000), pues no habrían aguantado el paso del tiempo; e incluso ha cuestionado la veracidad del arte rupestre paleolítico de Alemania, argumentos, todos ellos, que continúa defendiendo en la actualidad.

Por su parte, los resultados de Alan Watchman, eran, si cabe, todavía más sorprendentes, ya que situaba la distancia cronológica de los grabados en mil setecientos años, gozando los más modernos de un siglo aproximadamente.

Este investigador realizaría en 1996 varias pruebas y cálculos preliminares en dos zonas concretas de la estación de Domingo García. Los resultados aproximados fueron un tanto peculiares, ya que de las doce figuras seleccionadas, la más lejana en el tiempo, un antropomorfo con los brazos en las caderas, se habría labrado en 1493 aproximadamente, mientras que la más reciente, un posible guerrero con escudo situado en el sector de Las Canteras, contaba con poco más de un siglo, habiéndose tallado más o menos en 1902, y el resto de las figuras estudiadas se encontrarían en torno a la segunda mitad del siglo XIX, un hombre con los brazos erguidos de la roca 9, con fechas de mediados de este siglo, un perro con la cola enroscada ubicado en esta misma roca, al que fechó en 1841, etc.

Vistos los resultados obtenidos en la búsqueda de una cronología más o menos plausible para la fase escenográfica del Cerro de San Isidro, los movimientos llevaron a adoptar otras formas de poner "edad" al arte de Domingo García. En un nuevo intento de datación, se acudió a un fórmula basada el principio básico de la estratigrafía, la Ley de la Superposición utilizada por el abate Breuil y definida por el danés Nicolás Steno (1638-1686), conocido como el padre de la Geología, *"En una secuencia no deformada de rocas sedimentarias, cada estrato es más antiguo que el que tiene por encima y más moderno que el que tiene por debajo"*.

De este modo, se aprovechaba este razonamiento para emplearlo en las superposiciones existentes en los paneles de grabados de Domingo García. Con todo, como se comprobaría posteriormente, el resultado obtenido no fue muy satisfactorio, ya que las figuras que se mostraban sobrepuestas poseían

trazas o diseños análogos, muy semejantes entre sí, lo que evidenciaba que su manufactura no debía hallarse muy alejada en el tiempo.

Hasta ahora, los recursos puestos en marcha con el objetivo de adquirir nuevos datos que aporten un mayor conocimiento de los grabados de Domingo García no han sido suficientes, por lo que hay que avanzar en la consecución de resultados, planteando las investigaciones tanto en el propio seno de los paneles, es decir, estudiando las escenas mismas con el fin de obtener la mayor cantidad de datos posibles que ayuden a esclarecer las incógnitas que se ciernen sobre ellos, como en aquello que rodea al mismo conjunto de arte.

CAPÍTULO 4

Los primeros pobladores

El encajonamiento de las figuras en un momento histórico más o menos concreto es sumamente difícil si no se conoce el lapso de tiempo en que el territorio comenzó a recibir un aporte poblacional suficiente con el que poder dilucidar, en la medida de lo posible, los numerosos problemas cronológicos que plantean los paneles.

De este modo, aunque no interesa tanto la forma de poblamiento o la fisonomía de los poblados, uno de los soportes fundamentales con el que verificar, no la autoría material, asunto sumamente complejo, pero sí el conjunto que pudo llevar a cabo los grabados, es el conocimiento de los pobladores del territorio, grupos que fueron arribando y asentándose en la zona, en un intento de situar la población en su ámbito cronológico, y con ello, poder establecer una serie de secuencias a través de las cuales, y con el apoyo de algunos aspectos de su cultura, interpretados por medio de sus restos arqueológicos y artísticos, llevar a cabo una serie de analogías que puedan ser fuente de interpretación de los grabados rupestres.

La zona, tal como demuestran los restos localizados en la región, ha sido testigo del tránsito de diferentes grupos humanos, en principio de forma itinerante, que recorrían este territorio segoviano desde fechas muy tempranas, si se hace caso a los restos aislados localizados en diferentes lugares y a la presencia de industria, como la aparecida en tierras de Armuña, concretamente

en el yacimiento de “El Pinarejo” que presenta dataciones del Paleolítico Inferior¹³, dentro de la industria Achelense.

De esta forma, esta presencia se atestigua claramente a través de otros hallazgos, como un canto rodado aparecido en la zona conocida como “El Púlpito”, en los alrededores de Navas de Oro, tal como describe Martín Vela¹⁴ o el bifaz de cuarcita marrón descubierto en el término municipal de Chañe¹⁵, y que según los datos podría encuadrarse a finales de la etapa anterior o principios del Paleolítico Medio, además de los ejemplos de arte de los periodos Solutrenses y Magdalenenses localizados en el área suroriental de la provincia, aparte de verse representados en el mismísimo Cerro de San Isidro, algunos a medio camino, como la cueva de La Griega, situada en Pedraza, a 48 kilómetros aproximadamente, mientras que otros conjuntos artísticos se encuentran a escasa distancia, caso de Peña Mora, en Miguelañez (1,5 km. Aprox.), y del arte aparecido en Bernardos (3 km. Aprox.), Los Pradillos, en Ortigosa del Pestaño (3,5 km. Aprox.) o la Dehesa de Carbonero (Carbonero el Mayor), todos ellos no superando los cuatro mil metros de separación, excepto el último, que se localiza a una decena de kilómetros.

Andando en el tiempo las huellas del paso de bandas humanas por las regiones circundantes al Cerro de San Isidro se hacen evidentes durante el período Calcolítico (III m. a. C.), etapa en que comienza a observarse un incremento del tránsito y una mayor llegada de estos grupos en toda la provincia¹⁶, rastros visualizados, sobre todo, a través de los vestigios integrados fundamentalmente por fragmentos cerámicos, que denotan un

¹³ Santonja, M.; Pérez-González, A.; (2001-2002) El Paleolítico Inferior en el interior de la Península Ibérica. Un punto de vista de la Geoarqueología. *Zephyrus*, 53-54. Págs. 27-77.

¹⁴ Martín Vela, F.; (2012) El Paisaje arqueológico de Navas de Oro, Segovia: De la Prehistoria a la Tardoantigüedad. *Estudios Segovianos. Boletín de la Real Academia de Historia y Arte de san Quirce*. Tomo LIV Núm. 111. Segovia. Págs. 281-309.

¹⁵ Pieza descubierta casualmente por dos agricultores a principios del año 2014.

¹⁶ Blanco García, J. F.; (2005) Aproximación al poblamiento prehistórico en el Noroeste de la provincia de Segovia (Del Paleolítico al Bronce Medio) *Oppidum*, nº 1. Universidad SEK. Segovia. Págs. 7-58.

mayor movimiento, tal como se observa en algunos yacimientos como Los Arenales y Cotarra del Tesoro en Valledado o la Cuesta de Revilla en Chañe a una treintena de kilómetros de distancia del Cerro de San Isidro, los yacimientos de El Prado I y El Prado II, en Fuentepelayo, a veinte kilómetros de distancia y que poseen cerámica a mano o Cuesta de las Viñas, en Villaverde de Íscar, a algo más de veinticuatro kilómetros de distancia de Domingo García, o algo más cerca, a unos siete kilómetros y medio aproximadamente La Tejera (Armuña), donde se observa, además de cerámica, fondo de cabañas con dataciones calcolíticas.

En la transición hacia el II m. a. C., durante las últimas fases del Calcolítico tardío, el fenómeno Campaniforme, caracterizado fundamentalmente por la cerámica asociada a enterramientos, se deja sentir en la zona, apareciendo sus huellas diseminadas por el entorno, siendo, de nuevo, los restos que se muestran en los yacimientos ubicados en localidades vecinas los que certifiquen y sean testigos del movimiento humano por las tierras de la región.

De esta forma, en las localidades colindantes al Cerro de San Isidro se descubren, ya sea por medio de restos aislados, o bien por la existencia de algún tipo de construcción, los testimonios materiales de la acción antrópica, de tal forma, que con dataciones calcolíticas y primeros momentos del Bronce, durante el transcurso del fenómeno Campaniforme se revelan varios yacimientos que exhiben fragmentos cerámicos junto a piezas y vestigios metálicos, caso de Los Azafranales, en el terreno donde ulteriormente aparecería la plaza de Coca y en zonas aledañas como Cuesta del Mercado o Puente de Arvajares, en donde se han localizado restos de habitación y enterramientos.

Recorriendo el terreno, en el Estudio de la Gramática en Cuéllar, en el mismísimo casco urbano de la localidad, se recogen cronologías tardocalcolíticas y del Bronce Antiguo, en Fuente Pelayo, se localizan varios yacimientos, El Prado I y El Prado II respectivamente, poseedores de materiales con dataciones en esa horquilla cronológica que supone el paso del III al II m. a. C., en Fuente de Santa Cruz los yacimientos de Fuente de la Mora

y La vaca, el yacimiento de La Trinidad, en Nava de la Asunción, a menos de un kilómetro del Arroyo Balisa¹⁷, que posee cerámica a mano, en Torreiglesias la Cueva de la Vaquera, el Rincón de la Vega, ubicado en la población de Navas de Oro, mostrando, de la misma forma, cerámica a mano, depósito éste que traspasa las fases tardías del Eneolítico para atravesar el umbral y penetrar en fechas del Bronce Inicial, en torno al 1800 a. C., en Samboal el Pago de Praobispo en el cual se halló un enterramiento de forma fortuita, y en Villaverde de Íscar Los Roturos y Los Retajones en donde apareció de forma casual un enterramiento.

Todas estas pruebas hacen evidente que en una fase relativamente tardía, pues las manifestaciones más claras hasta el momento pertenecen al III m. a. C., ya se descubren en la región establecimientos humanos, muy posiblemente estacionales, asentados en torno a zonas de fácil acceso y abastecimiento de agua.

Sin embargo, todavía no ha sido posible situar ninguno a menos de una decena de kilómetros aproximadamente del Cerro de San Isidro, pues, aunque, existen indicios del paso de grupos humanos en las proximidades de Domingo García, ya que se han localizado diferentes fragmentos de manufacturas en zonas cercanas, tal como indica Blanco García, éstos se muestran muy deteriorados, pudiendo llegar a concluirse que podrían estar compuestos por aportes de otras zonas, pues, aunque esta erosión podría ser producto de la acción eólica, hasta el momento, no se ha localizado ningún tipo de asentamiento ni tan siquiera un mínimo rastro del instrumental con el que pudieron confeccionarse los grabados, ya que no sería descartable conjeturar con la posibilidad de hallar alguno de los útiles usados en la confección de las figuras, el cual podría haber quedado abandonado por una u otra razón, aunque esta situación, no obstante, aún no ha acontecido.

¹⁷ VV. AA.; (2013) Normas Urbanísticas Municipales de Nava de la Asunción. Ayuntamiento de Nava de la Asunción. Junta de Castilla y León. Catálogo de Protección. 91 págs.

4.1. Bronce y Hierro

A finales del III m. a. C. y principios del siguiente se evidencia una mayor actividad, pues los restos del fenómeno o Cultura Campaniforme se manifiestan en diferentes territorios, y según avanza el milenio los síntomas de ocupación se harán mucho más visibles, aunque, como viene siendo la tónica habitual, las señales de presencia humana durante este período se encuentran un tanto alejadas del centro neurálgico en el que se asienta el núcleo de arte rupestre, basculando entre los siete/diez y los treinta kilómetros aproximadamente, puesto que las señales en zonas más cercanas son más bien, de momento, escasas.

Parece ser que durante el Bronce Medio, hacia mediados del II m. a. C., en los alrededores de Domingo García la población es bastante exigua, a tenor de los vestigios localizados hasta la actualidad, ya que únicamente se constatan en los alrededores de la localidad de Coca, particularmente en los yacimientos de Los Azafranales y Cuesta del Mercado, en Cuéllar, revelando concentración de materiales de este período tanto en su casco urbano, como en sus cercanías con la presencia del yacimiento denominado Barco de los Habares, en donde se esparcen numerosos fondos de cabaña, basureros¹⁸, etc., en el yacimiento conocido como Bondoncillos en la localidad de Nava de la Asunción, con agrupaciones de fragmentos cerámicos fabricados a mano y en las cercanías de Santa María la Real de Nieva.

Avanzando en el tiempo, hacia 1300 a. C. comienza a producirse un cambio en el nivel de poblamiento, pues la situación varía al incrementarse la aparición de establecimientos, o por lo menos, la manifestación de evidencias de paso, siendo así como, durante el Bronce Final, los depósitos arqueológicos se tornan más profusos.

¹⁸ Bobillo de Lamo, G.; (2011) Normas Urbanísticas municipales de Cuéllar (Segovia). Ilustrísimo Ayuntamiento de la Villa de Cuéllar. 165 págs.

Durante el transcurso de esta etapa se desarrolla la cultura conocida como Cogotas I, horizonte denominado de esta forma gracias al yacimiento homónimo que se descubre en Cardeñosa (Ávila), excavado por Juan Cabré, pero que conseguiría extenderse, hasta enmarcar e influir en toda la Cuenca del Duero, y cuyo origen se retrotraería al 1400 a. C. aproximadamente, en la fase designada como Protocogotas, que señalaría más o menos el curso “inaugural” del período.

En estos siglos finales, uno de los elementos característicos que se localiza en los trabajos de campo, comúnmente está formado por artefactos y utensilios cerámicos, presentes en la inmensa mayoría de los yacimientos, tal como afirma Juan Montero Gutiérrez:

El estudio del registro arqueológico de Cogotas ha estado capitalizado por la caracterización tipológica de su llamativa cerámica decorada (...) adquiriendo un especial énfasis la morfología como, sobre todo, el singular estilo decorativo característico de cada una de ellas: desde las fuentes carenadas y los cuencos hemiesféricos decorados con los simples zigzags y espiguillas incisos e impresos de los primeros compases, a los vasos troncocónicos ornamentados con las abigarradas composiciones de motivos, primero, de boquique y, luego, excisos en los momentos más avanzados¹⁹.

En sí mismos, los restos cerámicos no suponen un vehículo transmisor o un medio idóneo de apoyo en el aporte de datos trascendentes para la búsqueda de esquemas claros en los estudios e investigaciones del arte rupestre. No obstante, su verdadera importancia radica en sus símbolos externos, en su estilo decorativo, el cual constituye un patrón para conocer la existencia de alguna correlación, de algún tipo de analogía o correspondencia con cualquiera de las representaciones grabadas en los paneles del Cerro de San Isidro, y con

¹⁹ Montero Gutiérrez, J.; (2011) Manifestaciones rituales e ideología durante la Edad del Bronce en el interior Peninsular. La dimensión social de las prácticas funerarias de Cogotas. Tesis Doctoral. Departamento de Ciencias Históricas y Geografía. Área de Arqueología. Universidad de Burgos. 422 págs.

ello, la posibilidad de poder realizar un primer acercamiento a su cronología, y por ende, la consecución de una ubicación temporal.

En la postrimería del II m. a. C. esta región segoviana ve acrecentarse los lugares en donde los restos cerámicos certifican las ocupaciones, si bien, en muchos de estos puntos la presencia es testimonial, en algunos casos, debido al hecho de haber sido víctimas de las remociones de tierra por las actividades agrícolas, sin embargo, en trabajos arqueológicos llevados a cabo, estas cantidades revelan una estancia de estos grupos en la zona poco dilatada en el tiempo.

Es así como, hasta ahora, pueden observarse más de una veintena de depósitos en el escenario circundante al Cerro.

El Primer milenio a. C. supone un cambio trascendental en las formas de vida, ya que durante los siglos iniciales se atisba, y se produce, una ruptura en las pautas de conducta características de Cogotas I para dar paso a una nueva cultura cuyo denominación la toma del yacimiento de Soto de Medinilla (Valladolid).

Si bien, parece ser que este horizonte se encuentra menos extendido geográficamente que el anterior²⁰, es en este periodo cuando comienzan a proyectarse las bases de las futuras ciudades del territorio, iniciándose el proceso de asentamiento y consolidación de las poblaciones de forma continuada, e instalándose los cimientos de algunos centros urbanos que ocuparían un lugar importante en el devenir histórico de la región.

De esta forma, la urbe más importante cercana al Cerro de San Isidro, la futura Cauca, experimentaría una evolución poblacional en donde se afianzarían

²⁰ Sanz Mínguez, C.; Romero Carnicero, F.; (2007) En los extremos de la región vaccea. León. 128 págs.

establecimientos permanentes ubicados en el área de Los Azafranales²¹ y de La Cuesta del Mercado a principios del período designado como Hierro I o Primera Edad del Hierro (s. VIII-V a. C. aprox.).

El incremento poblacional que parece estar produciéndose en este período parece ser que no supuso un gran desarrollo en el número de aldeas o lugares de habitación en la demarcación cercana a Domingo García, pues tal como demuestran los datos existentes hasta ahora, se aprecia la puesta en marcha de un proceso de concentración en algunos puntos, y así aparte de lo acontecido en Coca, otros cuatro yacimientos dan testimonio de la formación de estas comunidades, germen de las futuras poblaciones que recogerían los autores clásicos en sus escritos, algunas de ellas de carácter residual o secundario, como lo demuestra el yacimiento de El Bustar o el Cerro de Tormejón.

A partir de la segunda mitad del I m. a. C. el paisaje vuelve a sufrir una metamorfosis, ya que los rasgos propios de la cultura de Soto de Medinilla se difuminan para dar paso a nuevas sociedades, en las que el componente bélico cobra un gran protagonismo de manos de unas élites que se harían con el control de los medios de producción, la creación de excedentes que les permitiría una redistribución y productos para comerciar, nuevo material para armamento, el hierro, y, en consecuencia, el dominio político y el gobierno en todos los ámbitos de poder.

²¹ Blanco García, J. F.; Pérez González, C.; Reyes Hernando, O. V.; (2012) Campaña de excavación arqueológica de 1999 en Cauca (Coca, Segovia). La secuencia estratigráfica. Oppidum. Nº 8-9. IE Universidad. Segovia. Págs. 29-144

1. Yacimientos del Bronce Final (1250-800 a. C. aprox.) cercanos al Cerro de San Isidro

Localidad	Yacimiento	Cronología	Materiales	(km. aprox.)
Águilafuente	Carratejera	Bronce Final	Fragmentos cerámicos a mano sin decoración.	25,50
	La Guarnevida		Fragmentos cerámicos a mano. Decoración a bandas de unguilaciones o digitaciones, así como incisiones poco profundas. Posibles restos de construcciones.	
	Las Horcas		Fragmentos cerámicos a mano	
	La Pencona		Fragmentos cerámicos a mano	
Armuña	El Cerro del Tormejón	Bronce Final	Fragmentos cerámicos a mano.	6
	Caldillas	Bronce Final	Fragmentos cerámicos a mano.	
Carbonero el Mayor	El Bustar	Bronce Final	Fragmentos cerámicos a mano. Decoración incisa en zigzag, líneas convergentes, bandas y círculos.	9,40

Coca	Cuesta del Mercado	Bronce Final	Fragmentos cerámicos a mano. Decoración en incisión de espigas.	16,50
	Los Azafranales	Bronce Final		
Cuellar	El Moro	Bronce Final	Fragmentos cerámicos a mano. Restos de habitación	32,25
	El Fresnal	Bronce Final	Fragmentos cerámicos a mano. Decoración de ungulaciones y digitaciones, círculos excisos, espiguillas	
	Viñas de Arriba	Bronce Final	Fragmentos cerámicos a mano. Decoración en boquique	
	El Santillo	Bronce Final	Fragmentos cerámicos a mano.	
	Casco Urbano	Bronce Final		
	Malriega	Bronce Final		
	Caz de los Corrales II	Bronce Final	Fragmentos cerámicos a mano. Decoración incisa.	
	Gamonal I	Bronce Final		
	Gamonal II	Bronce Final		

	Las Parrillas	Bronce Final		
Fuentepelayo	Los Arenales	Bronce Final	Fragmentos cerámicos a mano. Decoración de incisiones, espiguillas, decoración a boquique	21
	San Juan		Fragmentos cerámicos a mano. Piezas de sílex.	
Navas de Oro	Peña del Moro	Bronce Final	Fragmentos cerámicos a mano. Decoración incisa, líneas, zigzags, espiguillas.	10,4



Fig. 7. Yacimientos del Bronce Final cercanos al Cerro de San Isidro

2. Yacimientos de la Primera Edad del Hierro (ss. VIII-V a. C. aprox.) cercanos al Cerro de San Isidro

Localidad	Yacimiento	Cronología	Materiales	(km. aprox.)
Armuña	El Cerro del Tormejón	Hierro I	Fragmentos cerámicos a mano.	6
	Caldillas	Hierro I	Fragmentos cerámicos a mano.	
Carbonero el Mayor	El Bustar	Hierro I	Fragmentos cerámicos a mano encuadrados en la cultura de Soto de Medinilla. Restos de habitación.	9,40
Fuentepelayo	San Juan	Hierro I	Fragmentos cerámicos.	21
Nava de la Asunción	Trinidad	Hierro I	Restos de asentamientos	11,6



Fig. 8. Yacimientos de la Primera Edad del Hierro cercanos al Cerro de San Isidro

Durante el transcurso de estos siglos, la región se integraría dentro de la esfera de influencia de un nuevo pueblo, una nueva etnia denominada actualmente con el término de “Vacceos”, que llegaría a expandirse a través de unos cincuenta mil kilómetros cuadrados aproximadamente, y conseguirían mantenerse independientes durante la casi totalidad de la Segunda Edad del Hierro, hasta los siglos II/I a. C. en que fueron absorbidos por los romanos.

Es decir, las transformaciones de los grupos soteños produjeron una serie de evoluciones que darían como fruto un nuevo grupo que, independientemente de los debates creados en torno a la cuestión sobre su origen, irrelevantes a la hora de estudiar los grabados, guardarían ciertas analogías con sus ancestros, si bien, reflejaban una cultura mucho más desarrollada y jerarquizada.

El acercamiento a los vacceos, además de los vestigios arqueológicos que se vienen realizando en los últimos años, fundamentalmente son posibles gracias a los testimonios que de ellos han dejado los autores antiguos, localizándose las primeras referencias a finales del siglo III a. C.²²

El territorio vacceo, el cual ocupó la casi totalidad de la actual Comunidad Autónoma de Castilla y León, excepto la provincia de Soria, y del que Plinio dice que contaba con diecisiete ciudades, mientras otros autores, como Ptolomeo, hablan de veinte, tenía diferentes vecinos a lo largo de sus fronteras, astures o cántabros al Norte, arévacos al Este, o vettones al Oeste, no obstante, el interés radicaría en las zonas meridionales, ya que es en este territorio donde no hay unos límites claros, pues mientras Cauca es completamente vaccea, las fuentes no se ponen de acuerdo en la situación poblacional de Segovia, localidad con poblamiento estable, quizás desde mediados del I m. a. C. pues mientras algunos autores hablan del asentamiento como población arévaca, caso de Plinio, otros se refieren a ella como vaccea.

²² Sanz Mínguez, C.; Romero Carnicero, F.; (2007) En los extremos de la región vaccea. Caja España. León. 128 págs.

De esta forma los grabados del Cerro de San Isidro se asentarían presumiblemente en zona de ámbito vacceo, aunque los testimonios del Hierro II se encuentran a una distancia media de ellos, ya que los vestigios se sitúan en tierras de Cuéllar (yacimientos de El Fresnal, Las Hontanillas I, Las Hontanillas II, Santa María) a unos 32 kilómetros de distancia aproximadamente, sobre todo en base a la localización de diferentes fragmentos cerámicos característicos de esta etapa y restos que hacen pensar en la formación de un poblado estable en la última etapa del siglo VI a. C. o comienzos del siguiente, o dentro de la influencia del gran núcleo de Cauca, distante unos dieciocho kilómetros de ellos.

Es cierto que a unos siete kilómetros de distancia aproximadamente en línea recta se encuentra un núcleo más cercano con testimonios de la Segunda Edad del Hierro, El Cerro de la Virgen de Tormejón (Armuña) el cual, en opinión de algunos investigadores habría recibido influencias arévacas desde Segovia. Sin embargo esta entidad constituiría un asentamiento secundario establecido durante el siglo V a. C., al comienzo del Hierro II²³, que no pasaría de las tres hectáreas, lo que indicaría un bajo nivel de población en comparación con las grandes entidades entre las que se ubicaba, como Cauca, que podrían haber llegado en su momento álgido hasta las veinticinco hectáreas aproximadamente.

Su zona de explotación debió ser mínima, lo suficiente para cubrir las necesidades básicas de sus habitantes. Para ello, para conocer la influencia que habría ostentado sobre los territorios adyacentes, se puede recurrir al planteamiento de Juan F. Blanco García en sus estudios sobre Coca²⁴ y que perfectamente pueden ser aplicables en el caso de Armuña:

²³ Martínez Caballero, S.; López Ambite, F.; Gallego Revilla, J.; Tiermes y el proceso de urbanización del área arévaca suroccidental (ss. IV-I a. C.). La Protohistoria como modelo de frontera .

²⁴ Blanco García, J. F.; (2006) El paisaje poblacional segoviano en época prerromana: ocupación del territorio y estrategias de urbanización. *Oppidum*. Nº 2. Universidad SEK. Segovia. Págs. 35-84

Respecto al territorio de captación de los recursos, es evidente que la mayor parte de los de primera necesidad, aquellos que se consideran críticos, se obtenían en un radio de 1 ó 2 km. En él se concentra la mayor variedad de recursos: los puntos de abastecimiento hidrológico, las zonas más apropiadas para la agricultura tanto de ribera como de secano, las áreas idóneas para el mantenimiento de una cabaña ganadera que debió de ser importante, los lugares de pesca y marisqueo fluviales y lacustres así como aquellos otros relacionados con las actividades constructivas y artesanales tales como las arcillerías de las que obtenían la materia prima para las edificaciones, la elaboración de vasos y objetos cerámicos (Blanco García, 1998b; *Id.*, 2003: figs. 17-29), las materias para la fabricación de contenedores de cestería y madera, etc. Al menos teóricamente, por fuera de este primer anillo y hasta los 4 ó 5 km se extendería un vasto espacio menos antropizado que el anterior y seguramente con más árboles y matorral, aprovechado también por la ganadería pero sobre todo para la práctica de la caza (cérvidos, jabalíes, zorros, conejos, aves, etc., de cuyos restos óseos dan cumplida cuenta las excavaciones), recolección de productos silvestres (hongos, frutos), obtención de combustible y materiales de construcción, etc.

Es decir, de él se obtendrían una serie de recursos complementarios nada desdeñables. Cualquier tipo de labor que hubiera de realizarse a distancias superiores a los 5 ó 6 km. ya exigirían la pernocta fuera del lugar de residencia habitual.

Con la aplicación de este método se observan claramente las dificultades inherentes a las actividades desarrolladas en las zonas más alejadas de los poblados, a lo que se sumaría su corta trayectoria vital, ya que su aparición se data hacia principios del siglo V a. C., y nada más concluir el siglo II a. C. o comienzos del siguiente, habría desaparecido como tal, hecho que habla de no más de tres siglos de desarrollo cronológico.

Por tanto, la población alrededor del Cerro de San Isidro existente durante los últimos cinco siglos del I m. a. C. se encontraría muy concentrada en torno a los grandes centros urbanos tales como Coca, Cuéllar o Segovia, habiendo desaparecido de los núcleos que en las etapas precedentes contaban con

algún tipo de presencia humana, muy probablemente no estable, caso de Nava de la Asunción o Navas de Oro, donde no existen indicios, hasta el momento, de presencia humana en este período, o se habrían mantenido de manera más o menos residual en otros lugares, como Armuña.

4.2. El final del Milenio: Roma

El interés de Roma por la Península Ibérica se debe, en el Mediterráneo Occidental a su rivalidad con Cartago, en principio, colonia de Tiro, pero que paulatinamente se haría con el control de todas las colonias fenicias en el Oeste y en la Península ibérica durante el siglo VII a. C.

Roma terminará por erigirse en potencia en la Península Itálica, comenzando a expandirse por el Mediterráneo, si bien, en un principio no supondría un pronto enfrentamiento entre cartagineses y romanos, ya que éstos tienen, originalmente, diferentes radios de acción, lo que permitió una demarcación en la esfera de influencia de ambas potencias.

Durante el siglo III a. C. Cartago pierde el control sobre los territorios occidentales en el Mediterráneo Occidental, Sicilia, Córcega y Cerdeña, por lo que los cartagineses clavan sus ojos en la Península Ibérica como forma de recuperar su esfera de influencia.

Hacia el 237 a. C. Cartago controlaba la costa oriental de la Península explotando los recursos naturales agrícolas y minero del sur y el levante peninsular.

En el 221 a. C. Aníbal, hijo de Amílcar Barca, es designado general y se hace con el control de las tropas, nombramiento ratificado posteriormente por el Senado cartaginés.

El nuevo caudillo cartaginés comenzaría los movimientos y la actividad bélica tanto en las tierras del litoral oriental como adentrándose en el interior peninsular, de tal forma que al año siguiente penetraría en tierras vacceas y atacaría diferentes áreas, asediando la ciudad de Helmantica (Salamanca), ciudad vettona para algunos autores y para otros, como Apiano, vaccea durante este periodo, y Arbucala (El Viso de Bamba, Zamora), asentamiento probablemente localizado en la provincia de Zamora, de tal forma que Polibio²⁵ afirma que tras, atacar estas poblaciones, se retiró hacia sus plazas fuertes, siendo hostigado por fuerzas carpetanas, vacceas y olcades cerca del río Tajo, sin embargo conseguiría salir victorioso del enfrentamiento.

Estos pasajes son importantes en la medida en que constituyen algunas de las primeras noticias sobre los territorios vacceos, adonde habrían llegado las fuerzas cartaginesas partiendo desde Carthago Nova hacia el Oeste, y tras arribar al Guadiana, marchar por las tierras actuales de Extremadura, camino que conformaría la futura Vía de la Plata entre Emerita Augusta (Mérida) y Asturica Augusta (Astorga), llegando al Tormes, afluente del Duero, por su orilla izquierda, y desde aquí alcanzar Helmántica (Helmantiké, Salamanca)

Tras los asedios, las tropas cartaginesas retornarían a Carthago Nova, si bien no se conoce fehacientemente la ruta emprendida, no existen noticias de algún tipo de sitio o ataque hacia el asentamiento de Cauca, por lo que presumiblemente, y por otra parte, algunos investigadores no creen probable el paso de los cartagineses por Segovia, así que, en un principio, puede suponerse que el repliegue se realizó utilizando otro itinerario para alcanzar el Tajo.

Tras la derrota de las fuerzas cartaginesas durante el año 206 a. C. en la batalla de Ilipa (Alcalá del Río, Sevilla), enfrentamiento que supuso el punto y

²⁵ Sánchez Moreno, E.; (2000) Releyendo la campaña de Aníbal en el Duero (220 a. C.): La apertura de la meseta occidental a los intereses de las potencias mediterráneas. *Gerión*, nº 18. Págs. 109-134.

final de su presencia en la Península Ibérica, las noticias de la región se conocerían de mano de las legiones y autores romanos.

Como se aprecia, la entrada en la "Historia" de los asentamientos vacceos, entre ellos Cauca, siempre ha sido de mano de las guerras contra, o a favor, de los romanos, de tal forma, que con el enemigo desaparecido, Roma extendería su influencia sobre los territorios peninsulares, produciéndose una mutación en las relaciones con los indígenas, pues la política desplegada para con los diferentes pueblos se basaría en el grado de belicosidad efectivo expuesto contra el nuevo conquistador, de tal forma que coexistirían desde los foederatus, o aliados, regidos por tratados de amistad, los pueblos de condición libre, hasta los asentamientos stipendiarius, es decir, sometidos a tributo.

A principios del siglo II a. C., junto a Sicilia, Córcega y Cerdeña, en el año 197 a. C., los territorios peninsulares en donde se registró presencia romana se convirtió, de facto, en provincia, siendo dividido el territorio en la Citerior, que abarcaba todas las tierras costeras del norte, desde los Pirineos aproximadamente, hasta Carthago Nova, en donde quedarían encuadrados los territorios vacceos y celtíberos, y la Ulterior, que comprendía buena parte de la actual Comunidad Autónoma de Andalucía.

Durante todo este siglo, los enfrentamientos con las poblaciones indígenas se convertirían en un hecho habitual, sobre todo a mediados de la centuria, cuando estallaron las denominadas Guerras celtíbero-lusitanas, que ofrecieron algunas noticias sobre las zonas cercanas al Cerro de San Isidro, fundamentalmente concernientes a la gran ciudad próxima a él, como los sucesos acaecidos en Cauca en el 151 a. C., en los que fueron asesinados multitud de vacceos a manos del Cónsul Lucio Licinio Lúculo, además de otras informaciones de la misma época, y posteriores, que hablan de los sucesivos ataques llevados a cabo contra Intercatia y Pallantia por diferentes generales, como Publio Cornelio Escipión Emiliano, Marco Emilio Lépido o Cecilio Metelo, el cual en el 143 a. C. ataca zona vaccea con el fin de frenar el abastecimiento de las fuerzas numantinas.

De esta forma se apuntala la idea que reflejaban los autores clásicos de verdaderas ciudades autónomas de grandes proporciones, llegando en algunos casos a las veinte hectáreas, separadas entre sí por trayectos de treinta o cuarenta kilómetros, tal como nombraba Plinio, enumerando diecisiete ciudades entre ellas Cauca, Intercatia o Pallantia, o Ptolomeo²⁶ que ascendía el número a veinte.

Tras la caída de Numancia en el año 133 a. C., se pone fin a los asedios y saqueos que habían sufrido las tierras vacceas, por el apoyo dado, sobre todo en forma de víveres y provisiones, lo que había originado el continuo ataque de las tropas romanas con el objeto de romper el flujo de suministros destinados a los insurgentes, pues hay que recordar, que no en vano, se consideraba a las ciudades vacceas como depósitos, graneros y proveedores de los celtíberos.

Durante el siglo I a. C. las actividades bélicas seguirían desarrollándose en estas tierras, dentro del periodo de guerras civiles que se sucedieron en el seno del poder romano, en consecuencia, los territorios aledaños a Coca, y por ende, a Domingo García cayeron bajo la influencia romana a principios de siglo²⁷, viéndose envueltos en la guerra civil que estallaría entre los años 81 y 72 a. C. aproximadamente entre los partidarios de Lucio Cornelio Sila, los optimates, y los seguidores de Cayo Mario, los populares, uno de los cuales Quinto Sertorio, resistiría en la Península Ibérica durante varios años, hasta la llegada de Quinto Cecilio Metelo Pío y Cneo Pompeyo en el 76 a. C., el cual, dos años más tarde conseguiría tomar Cauca.

²⁶ Sánchez Moreno, E.; (2010) Los vacceos a través de las fuentes. Una perspectiva actual. De la región vaccea a la arqueología vaccea (Eds. Romero Carnicero, F.; Sanz Mínguez, C.). Vaccea Monografías, 4. Valladolid. Págs. 65-103.

²⁷ Romero Carnicero, F.; San Mínguez, C.; (2008) Álvarez-Sanchís, J. R.; El Primer milenio a. C. En las tierras del interior peninsular. De Iberia a Hispania. Capítulo 6. (Coord. García Alonso, F.). Ariel Prehistoria. Barcelona. Págs. 649-731.

Es muy posible que durante el transcurso de estos enfrentamientos, el asentamiento del Cerro de la Virgen de Tormejón (Armuña) fuera abandonado^{28/29}, ya que la secuencia arqueológica del promontorio, con un recorrido de alrededor de cuatro siglos, se interrumpe a mediados de la centuria, aunque, algunos investigadores sopesan la idea de que el despoblamiento se produjera unos años antes, a mediados de la década de los noventa del siglo I a. C.³⁰.

Todavía, durante estos años finales de la República, el territorio debía sufrir nuevos embates de las legiones, pues se verían envueltos en las continuas disputas por la ambición y el poder entre los generales, y así, durante los años 57/56 a. C., las ciudades vacceas junto a otros pueblos, tal como dice Dión Casio³¹, se sublevaban contra las legiones, siendo vencidos por Quinto Cecilio Metelo Nepote, aunque, las insurrecciones se habrían dilatado en el tiempo, y si el sur del territorio vacceo se había ido asimilando gradualmente en los primeros años, no sería hasta las décadas finales del siglo I a. C., durante el transcurso de las Guerras Cántabras (29 a. C. – 19 a. C.), cuando las armas romanas tras vencer a cántabros y astures, finalizaban la fase de anexión de la región vaccea, poniendo en marcha el proceso de romanización de la población, cuestión beneficiada por la conclusión de los conflictos bélicos en toda la Península, que favorecieron las relaciones entre las diferentes regiones

²⁸ Blanco González, A. M.; López Sáez, J. A.; López Merino, L.;(2009) Ocupación y uso del territorio en el sector centromeridional de la cuenca del Duero entre la Antigüedad y la Alta Edad Media (siglos I-XI d. C.). *Archivo Español de Arqueología*, 82. Págs. 275-300

²⁹ Blanco García, J. F.; (2006) El paisaje poblacional segoviano en época prerromana: ocupación del territorio y estrategias de urbanización. *Oppidum*. Nº 2. Universidad SEK. Segovia. Págs. 35-84

³⁰ Santos Yanguas, J.; Martínez Caballero, S.; (2014) Modelos de urbanización en época republicana en la Celtiberia de arévacos y pelendones. Monica Chiabà (a cura di), *Hoc Quoque Laboris Praemivm. Scritti in onore di Gino Bandelli*. Trieste, EUT - Edizioni Università di Trieste. Págs. 457-476.

³¹ Valverde Amela, L.; (2002) La sublevación vaccea del año 56 a. C. *Gallaecia* nº 21. Págs. 269-285.

y con ello, la mejora de la economía y la propagación de una serie de ideas que asentaría el modo de vida romano.

4.3. Después de Cristo

Las tres últimas décadas del siglo I a. C. sellaron el control de la casi totalidad de la Península Ibérica por parte de Roma.

El paisaje sufriría una paulatina transformación, ya que se inició una metamorfosis en la que el urbanismo cobró un especial protagonismo, entre otras cosas, como forma de control de la población. Testigo de ello, en las tierras que rodean al Cerro de San Isidro, sería la consolidación de dos urbes tan importantes como son Segovia y Cauca, en detrimento de otros centros menores que ya habían desaparecido de la geografía segoviana.

Es tal la importancia que llegarían a tener estas urbes, que Coca consiguió variar su ordenación jurídica, de tal forma que, si en los comienzos del Imperio su condición era la de ciudad peregrina estipendiaria, cuyos habitantes eran considerados “peregrini”, ajenos al derecho romano, y por tanto no ciudadanos, si bien estando sometidos, entre otras obligaciones, al pago de un stipendium o tributo, durante la primera mitad del siglo II, como se recoge en el Bronce de Montealegre (Valladolid)³² datado en el 134, el cual recoge la reedición de otro tratado anterior que suponía el despliegue de un paraguas protector de Cauca sobre una entidad menor, como sería Amalóbriga (Tiedra, Valladolid), la localidad ya reflejaba un estatus de municipalidad, es decir, la concesión de la ciudadanía romana y, con ello entre otras cosas, la posibilidad de instaurar instituciones similares a las romanas, tal como lo demuestra el hecho de que en este documento aparezca la denominación “SENATVS POPULOQVE

³² Velaza Frías, J.; (1989) Aportaciones a la interpretación del Bronce de Montealegre (Valladolid). Faventia, V.11, nº 2. Págs. 105-120.

CAVCENSIVM”, traducido como “Senado y Pueblo de los Cauceses”, prerrogativa otorgada con probabilidad durante el periodo Flavio (69-96).

La misma situación se observaría en Segovia, pues parece ser que conseguiría convertirse también en municipio durante la etapa de los Flavios a finales del siglo I.

No obstante, si el fenómeno urbano fue la pauta de poblamiento destacable en la región, existen evidencias de presencia humana en diversos puntos extramuros de las ciudades, relacionados fundamentalmente con la explotación del entorno, compuestos por una serie de yacimientos que, hasta el momento, no han arrojado una información nítida al estar formados por hallazgos poco significativos tanto cuantitativa como cualitativamente, constituidos fundamentalmente por restos cerámicos de uso común, como aquellos localizados cerca de Águilafuente, en el yacimiento de Arenero, al norte de la localidad, o los fragmentos de Terra sigilata Hispánica (TSH) descubiertos en el yacimiento de La Guarnecida junto a algunos restos constructivos, además de otros fragmentos cerámicos hallados en San Pedro de Caldas, colindantes con Añe y Yanguas de Eresma, o en El Bustar (Carbonero el Mayor), componiendo, todos ellos, un número de muestras mínimo que no permiten clarificar el posible tipo o patrón de establecimiento.

Pero, además de estos cúmulos que forman parte de establecimientos difícilmente identificables, durante estos primeros siglos, en la zona se fundan verdaderas estancias, *villae* rústicas, satélites de Cauca como las Pizarras, los Pozuelos, los Hornillos, y junto a ellas, otras fincas más alejadas de la urbe que salpican el paisaje de esta región, constituidas en su mayoría durante la segunda mitad del siglo I con un cometido eminentemente agropecuario, posesiones de las aristocracias y las elites totalmente organizadas en diversas áreas encaminadas a la explotación del territorio circundante.

Cerca del Cerro de San Isidro igualmente se encuentra la presencia de estas villae, como lo demuestra Santa Inés y Constanzana³³, cercanas al pueblo de Bernardos, y sobre todo, la importante villa romana de Los Casares, a unos dos kilómetros al Sureste de Armuña, erigida durante la segunda mitad del siglo I.

Durante los siglos III/IV, periodo definido por multitud de investigadores como una fase de crisis en la que se comenzaron a percibir los primeros indicios de debilitación de Roma, e incluso se ha defendido la aparición de los primeros signos de colapso, afirmaciones que han sido, y actualmente continúan siendo objeto de encendidos debates, la situación poblacional hace que las villae conozcan su momento de mayor auge, debido quizás al debilitamiento del tejido urbano, haciendo que las ciudades perdieran poco a poco gran número de habitantes, hecho evidenciado en la extensión de algunas de estas haciendas, ya que los Casares llega a rondar las diez hectáreas, dimensiones muy superiores al asentamiento vacceo que había existido en el cerro de la Virgen de Tormejón situado al Noroeste de la hacienda romana, teniendo esta hacienda su mayor apogeo durante el siglo IV, al igual que la villa de Santa Lucía (Águilafuente), constituida hacia el siglo I/II, la villa romana de Paradinas, asentada a once kilómetros al Suroeste del Cerro de San Isidro, cuya fundación podría ubicarse durante el siglo III, o el yacimiento romano de Carracalleja (Escarabajosa de Cabezas), fundado durante el siglo I/II a unos quince kilómetros al este del Cerro de San Isidro, e incluso se han hallado los primeros vestigios de algún tipo de edificación en el mismo cerro de San Isidro.

Sin embargo, posiblemente debido a la presión y la inestabilidad existente durante las décadas finales del siglo IV, estas propiedades comienzan a abandonarse, muestra de ello es el hecho de que en la villa de los Casares no existen estratos ocupacionales posteriores, mientras que en Santa Lucía tras un período de abandono se asienta una necrópolis de gran tamaño con dataciones visigodas del siglo VI, que presentaba casi doscientos

³³ El Doctor Víctor Manuel Cabañero Martín conjetura con la posibilidad de que Constanzana pudiera haber albergado una guarnición militar.

enterramientos, produciéndose un movimiento defensivo de reocupación de algunos lugares que ya fueron habitados durante el periodo prerromano.

De esta forma, el abandono de estas propiedades, algunas por efecto de ataques y saqueos, y otras simplemente en búsqueda de zonas más protegidas, produjo un efecto colonizador en el territorio cercano a Domingo García, ya que provocó el nacimiento de un nuevo reducto de potentes defensas localizado en las cercanías de la localidad de Bernardos y situado en el cerro conocido como Cerro de la Virgen del Castillo.

El yacimiento, conocido ya desde los años cincuenta del siglo XX, fue estudiado en décadas posteriores por diferentes investigadores, Luciano Municio González, Joaquín Barrio, Ángel Fuentes Domínguez o José María Gonzalo González³⁴, trabajos que han permitido conocer la sucesión habitacional del Cerro del Castillo, y, por ende, de toda la región, ya que este desarrollo parece originarse y ser fruto de la inestabilidad creciente en la zona durante los últimos años del siglo IV y el siglo V, convulsiones que ejercieron su influencia en todas las facetas vitales de los establecimientos.

La fortificación se ubica en un lugar privilegiado, de difícil acceso, con potentes defensas erigidas fundamentalmente a partir del material recolectado en el propio terreno, pizarras y cuarcita, y un amplio control del territorio, para el que las exploraciones e intervenciones sobre el terreno han arrojado unas fechas de poblamiento en sus momentos más tempranos de finales del siglo IV/principios del siglo V, mientras que su etapa más tardía de ocupación se dataría alrededor de los siglos IX/principios del XI, datos conocidos, en gran medida, a través de los análisis realizados al profuso material cerámico aportado por el yacimiento, que ha permitido establecer sus ciclos cronológicos en base a la tipología de la piezas.

³⁴ Gonzalo González, J. M.; (2006) El Cerro del Castillo, Bernardos (Segovia). Un yacimiento arqueológico singular en la provincia de Segovia durante la Antigüedad Tardía. Colección Becas de Investigación. Obra Social y Cultural de Caja Segovia. 113 págs.



Fig. 9. Diferentes panorámicas del Cerro de la Virgen del Castillo. H. Pecci

Estos datos sugieren un período de inestabilidad que se estaba propagando, situación que llevó a los habitantes de las *villae* colindantes a refugiarse en zonas de más cómoda protección, como fue el caso del Cerro del Castillo, que, en su momento de mayor apogeo, llegaría a contar con dos líneas atrincheradas, una primera con potentes baluartes, de las que algunos tramos tuvieron que ser reforzados en época visigoda y una segunda, erigida durante el siglo VIII, ya en época musulmana³⁵, conformando una suerte de pequeña ciudadela.

³⁵ Gonzalo González, J. M.; (2006) El Cerro del Castillo, Bernardos (Segovia). Un yacimiento arqueológico singular en la provincia de Segovia durante la Antigüedad Tardía. Colección Becas de Investigación. Obra Social y Cultural de Caja Segovia. 113 págs.



Fig. 10. Fragmento de capitel tardorromano hallado en el Cerro de San Isidro. H. Pecci. Museo de Segovia

Pero, no sólo afloraron baluartes de nueva planta, y tal como se ha subrayado, algunos lugares en alto que habían servido de resguardo a grupos humanos durante la etapa prerromana, siendo posteriormente desocupados, en estos siglos retoman sus funciones protectoras, de tal forma que, en la comarca donde afloran los grabados rupestres de San Isidro, junto al Cerro de la Virgen del Castillo, el Cerro del Tormejón, en Armuña, se convertirá en el otro puntal de las poblaciones aledañas como centros defensivos.

El Tormejón, que había sido abandonado durante la segunda mitad del siglo I a. C., se retoma durante el siglo V, momento en que se deshabita la villa de Los Casares, tal como se desprende de los hallazgos cerámicos que comienzan a hallarse en la cima del cerro y que dan fechas de habitación en este siglo y el siguiente, aunque constituyendo una entidad menor cercana a la Virgen del Cerro del Castillo³⁶, si bien, ambos constituirían durante estos siglos las sedes o centros poblacionales más importantes del territorio, exceptuando la gran urbe de Cauca, e incluso durante estas fechas se localizan los primeros restos arqueológicos en el mismísimo Cerro de San Isidro, con el descubrimiento de un fragmento de capitel de datación tardorromana que podría hacer referencia a una posible edificación de este período, e incluso visigoda, ya que tras poner en marcha una serie de prospecciones a finales del año 2010, no se localizó ningún resto con dataciones anteriores a este período, lo que, a tenor de estas afirmaciones, de momento los restos más antiguos hallados en Cuesta Grande-Cerro de San Isidro se circunscriben a un momento no anterior al siglo IV/V.

No se sabe muy bien si la desaparición de las *villae* tuvo algo que algún tipo de relación, de causa/efecto, con la llegada de grupos visigodos al territorio, lo cierto es que estos nuevos pobladores comenzaron a asentarse hacia finales del siglo V y principios del siguiente, y, aunque es probable que el impacto en la zona fuera mínimo, ya que los contingentes que penetraron en la Península

³⁶ Gozalo Viejo, F.; Gonzalo González, J. M.; Blanco García, J. F.; (2013) El Cerro Tormejón (Armuña, Segovia). Análisis de sus materiales cerámicos tardoantiguos. CuPAUAM 39. Págs. 151-182.

fueron muy escasos, oscilando las cifras entre unos cien mil como cifra mínima, y doscientos mil individuos como número límite, sí es cierto que durante los siglos V y VIII el Cerro del Castillo sufrió diversas reparaciones, lo que atestigua un poblamiento continuado en el altozano, que se convertiría en el eje medular, vertebrador de la población en un punto intermedio entre las dos urbes más importantes de la zona, como son Segovia o Cauca, cuya importancia estaría atestiguada por la presencia, en esta última, de varias necrópolis datadas durante este período.

No obstante, algunos puntos geográficos también dan fe de la presencia visigoda en estas tierras, fundamentalmente a través de las necrópolis, siendo una de las más importante aquella que surge en la antigua villa tardorromana de Santa Lucía (Águilafuente), la cual comienza a usarse durante el siglo VI, si bien, algunos hallazgos atestiguan su presencia en las proximidades del Cerro del Tormejón, donde aparecen algunas huellas de enterramientos, además de zonas más alejadas, donde las huellas se observan a través de diferentes hallazgos cerámicos recopilados en variadas intervenciones arqueológicas y que denotan algún tipo de establecimiento, caso de El Bustar (Carbonero el Mayor), Cuéllar, Fuentepelayo o en mayor medida el yacimiento del asentamiento visigodo conocido como la Mata del Palomar, cercano a Santa María la Real de Nieva y localizado a partir de los trabajos encaminados a la creación de la línea del AVE entre Madrid y Valladolid.

Con todos los testimonios existentes, la presencia de elementos visigodos en el entorno es innegable, manifestando una línea ininterrumpida de ocupación encarnada, sobre todo, en el asentamiento de duración más prolongada en el tiempo como es el Cerro del Castillo, pues nada indica que la caída del reino visigodo a principios del siglo VIII supusiera su desaparición, por tanto no existe ninguna aseveración que verifique su desalojo, muy al contrario, no se ha observado ningún proceso de destrucción, hecho que manifiesta claramente una continuidad en la habitación, da tal forma que la sección superior del cerro sería habilitada en el transcurso de la etapa perteneciente al Emirato Independiente (756-929), factor que indicaría, por otra parte la negación del, tantas veces, llamado Desierto Estratégico del Duero defendido por Don

Claudio Sánchez Albornoz, por lo menos en esta parte de la Península, ya que aquí es perceptible la ocupación musulmana de la fortaleza, circunstancia apreciable, no sólo en los restos cerámicos hallados, sino también en los trabajos de acondicionamiento de su parte más elevada, quizás conformando una guarnición militar.

Se puede decir, por tanto, que los signos estables de habitación cercanos al Cerro de San Isidro comienzan a ser visibles a partir del siglo V, cuando en el mismo otero, aunque hasta el momento no existe trazos de habitación para estas fechas, sí se localizan vestigios de algún tipo de edificación, simbolizados en el capitel depositado en la actualidad en el Museo de Segovia, período apoyado además por la fortificación establecida en el Cerro del Castillo, la cual, según todos los indicios, permaneció operativa hasta el siglo X o principios del siguiente, momentos en donde también se evidencia un poblamiento en torno al Cerro, apoyado en la existencia de casi una veintena de tumbas excavadas en la roca presentes en Domingo García, las cuales siguen la tónica habitual de este tipo de enterramientos, es decir carecen de cualquier indicio de cadáver y ajuar, con la cabecera de los enterramientos dirigidos al Oeste, es decir, dirigiéndose hacia Jerusalén, hacia Oriente, si bien, por sus características propias, técnica constructiva, etc., se puede hablar de un arco cronológico que abarcaría los siglos IX y XI, parece ser que dentro del momento del período de mayor empleo de estas formas de enterramiento³⁷, y momento en que previsiblemente apareció un poblado en las faldas de la colina, gentes, que tiempo más tarde erigirían la Ermita de San Isidro, aunque se desconoce si sería coetánea o posterior a los enterramientos, y en donde los trabajos arqueológicos puestos en marcha durante el otoño/invierno del año 2010 sacaron a la luz diferentes fragmentos cerámicos datables en este período, además de restos óseos que hablan de entre siete y diez individuos, de los que se pudieron identificar un recién nacido de aproximadamente 6/7 meses, un infante, dos jóvenes, dos personas maduras y una persona anciana.

³⁷ Martín Viso, I.; (2005/2006) Elementos para el análisis de las necrópolis de tumbas excavadas en la roca: El caso de Riba Côa. CuPAUAM 31-32. Págs. 83-102.

Estos datos se corroboran con la etapa de abandono total del Cerro de la Virgen del Castillo, ya que como se indicaba, en fechas análogas se deshabitó el Cerro, correspondiendo con el momento, a partir del siglo X, en que el territorio es tomado por las tropas cristianas procedentes del Norte, sin ir más lejos, Sepúlveda se toma en el 940, Alfonso VI se hace con Toledo en 1085, lo que significaba que la frontera se desplazaba hacia el Sur y la fortaleza de Bernardos paulatinamente dejaba de ocupar un lugar estratégico para la defensa.

Entre los siglos X y XII se establecían las bases para crear las líneas de frontera, las Extremaduras, entre el Duero y el Guadarrama, siendo un punto de inflexión el año 939 pues Abd-al-Rhman III habría atacado Coca antes de enfrentarse a las fuerzas cristianas en Simancas (Valladolid), donde los reinos de León (Ramiro II), Navarra (García Sánchez) y el Condado de Castilla (Fernán González) y el Condado de Monzón (Asur Fernández) obtienen la victoria sobre las tropas del califato cordobés (Abd-al-Rhman III), la frontera cristiana, ya superado el río Duero, se expandía hacia el Sur, llevando a cabo la repoblación de zonas como Cuéllar, Segovia, Sepúlveda o Coca, aunque esta última ya había comenzado a colonizarse durante el primer tercio del siglo X.

No obstante, esta nueva situación no significaría el establecimiento total de los pobladores norteños, ya que el territorio continuaría sufriendo las acometidas de las tropas del califato, además de las razias y aceifas efectuadas por Abu Amir Muhammad ibn Abi Amir al-Mansur (938-1002), constatándose informaciones que apuntan al paso de tropas musulmanas por el territorio en el que se localiza el Cerro de San Isidro durante finales de la década de los setenta y mediados de la siguiente del siglo X³⁸.

³⁸ Cañada Juste, A.; (1993) Nuevas propuestas para la identificación de topónimos e itinerarios en las campañas de Almanzor. *Anaquel de Estudios Árabes*, IV. Págs. 25-38.

Almanzor frenaría la repoblación de Segovia, comenzada durante el siglo X, aunque, décadas después, tras la toma de Toledo se retomaría el proceso repoblador de esta zona durante los años 1086 y 1088.

A partir de este periodo la repoblación comenzaría a extenderse hacia el Sur de la Extremadura en un fenómeno conocido como Comunidades de Villa y Tierra a manos de castellanos, riojanos, vascones (Ochando, Zamarramala), gallegos (Gállegos), de tal forma que a principios del siglo XII las poblaciones ya se encontrarían recogidas en la documentación, Aguilafuente como Bagvilafont, Añe, como Fanne y Hanne o Armuña, que según algunos investigadores provendría del término árabe Al-Munia, cuyo significado sería algo así como Huerto, o Nava, muy frecuente en zona castellana desde el siglo VIII, además de algunos nombres de asentamientos procedentes de los repobladores, entre ellos diferentes investigadores identifican a Domingo García, este último de origen navarro o riojano, apareciendo en la zona durante el siglo IX³⁹.

Con los movimientos repobladores, la sociedad que apareció en la Extremadura Castellana durante estos siglos, conocida como Comunidades de Villa y Tierra, se convertiría en una sociedad de guerreros conocidos como caballeros villanos o caballeros pardos, elementos importantes para la defensa fronteriza, que formarían parte de las estructuras concejiles dotadas de fueros otorgados por los monarcas, que les concedían una serie de privilegios a condición de la defensa de las líneas y los territorios a través de estas milicias.

Es muy posible que la inmensa mayoría de las figuras plasmadas en los paneles del Cerro de San Isidro representaran a estos guerreros, caballeros villanos, caballeros pardos que trabajaron, velaron, defendieron y combatieron por y para estas tierras.

³⁹ Siguero Llorente, P. J.; (1997) Significado de los nombres de los pueblos y despoblados de Segovia. 380 págs.

Capítulo 5

Los grabados rupestres en las rocas de Domingo García

Los fenómenos naturales muestran en Domingo García las huellas que el tiempo ha ido imprimiendo paulatinamente en sus rocas, señales inequívocas de actividades que han modelado el terreno, fracturas y surcos producidos por el viento, la lluvia, los movimientos telúricos, que han hecho de las elevaciones del Cerro de San Isidro y Cuesta Grande lugares particulares, altitudes aisladas sobre extensas planicies que han recibido el ímpetu de las arenas voladoras, verdaderas herramientas que han esculpido y bruñido sus superficies.

Es sobre estos lienzos donde diferentes grupos humanos han plasmado numerosas estampas, fundamentalmente fruto de sus observaciones, ya que, hasta el momento, nada induce a pensar que las imágenes allí recogidas pudieran relacionarse con un plano situado fuera, o más allá de la realidad, producido por un escenario imbuido de religiosidad, un contexto iniciático o místico, vinculado con algún tipo de rito, culto o liturgia.

Es así, como en los planos de fracturas de las rocas pulidos por la acción eólica se grabaron numerosas imágenes, la inmensa mayoría de ellas proyectando una orientación Noreste/Suroeste, disposición seleccionada por diferentes razones, según Martín Escorza⁴⁰, como una mayor luminosidad o una mayor protección.

⁴⁰ Martín Escorza, C; (1999) Factores geológicos en los grabados rupestres de Domingo García. Capítulo 3. Pág. 31-40.



Fig. 11. Afloramientos rocosos del Cerro de San Isidro-Cuesta Grande

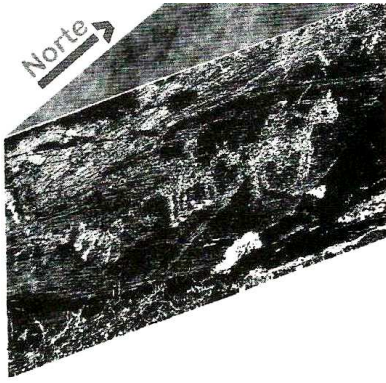


Fig. 12. Orientación Noroeste/Suroeste de las figuras⁴¹

Sea como fuere, los afloramientos rocosos constituyen el soporte de centenares, en algún momento se pudo hablar de miles, de grabados, de los cuales, un grupo de ellos cuenta con una adscripción clara, mientras que una segunda concentración, más numerosas si cabe, conforma y supone el gran interrogante, la gran incógnita, desafío cuyo estudio persigue, en la medida de lo posible, su ubicación en el tiempo y el espacio.

Efectivamente, aunque el análisis de las representaciones de manera singular o individual no conduce al esclarecimiento de los factores necesarios con los que revelar algún aspecto que aporte datos claros, esta situación cambia cuando estas mismas figuras portan o empuñan diferentes artefactos susceptibles de ser emplazados en una época más o menos concreta, o bien se encuentran efectuando tareas enmarcadas en un período determinado.

En el caso del Cerro de San Isidro, la distinción entre los grabados viene dada por dos argumentos que no dejan lugar a la duda; por una parte, la utilización de diferentes sistemas de elaboración empleados, pues mientras las figuras paleolíticas se cincelan fundamentalmente mediante la técnica de la incisión de la forma animal por medio de un objeto puntiagudo, reflejando la silueta y obviando el interior, que queda totalmente vacío, las formas postpaleolíticas se “llenan” completamente, aplicando el procedimiento del martilleado, el cual cubre la totalidad de forma muy homogénea, acción que evidenciaría una única

⁴¹ Imagen tomada de Ripoll López, S.; Muncio González, L. J.; (1999) Domingo García. Arte rupestre Paleolítico al aire libre en la Meseta castellana.

aplicación hasta la finalización de la imagen, lo que demostraría que el autor actuó bien directamente sobre la roca sin esbozar previamente la figura, o bien marcando la figura con un componente que fuera fácil de eliminar, suposición apoyada en el hecho de no haberse localizado ningún rastro de pintura ni de color.

Esta presunción supondría que el ejecutor debería de tener una idea muy clara de la representación que iba a efectuar sin necesidad de tener que proyectarla con antelación, hecho que le haría no gozar de ningún margen de error en la ejecución, ya que algún fallo podría descartarla totalmente si no se adecuaba al resultado final buscado.

Por otra parte, a esta primera separación cronológica se une un marcador geológico personificado en la acción de las arenas voladoras, es decir, partículas transportadas por vientos impetuosos que actuarían a modo de mecanismos de bruñir, pulimentando las superficies de los paneles del cerro, situados a una altitud en torno a los novecientos metros, que les hicieron sufrir plenamente la eficacia de estos agentes naturales, suponiendo una frontera entre el horizonte artístico paleolítico y el postpaleolítico.

En consecuencia, las representaciones paleolíticas se emplazan claramente en los últimos períodos de esta etapa, espacio en el que se atestigua un momento de movimientos continuos de concentraciones, masas o corrientes de aire cargadas de gránulos, coincidiendo con el fin del Solutrense Superior y principios de la fase Magdaleniense, y relacionándose directamente con las estaciones al aire libre de Siega Verde (Salamanca) y Foz Côa (Portugal), a través de las técnicas utilizadas y las imágenes recogidas y congeladas en el tiempo, équidos, cérvidos, bóvidos, etc., especies en algunos casos ya desaparecidas, que muestran la fauna característica existente en este período concreto, en el que estos animales son un factor esencial.

Pero, a estas dos claras evidencias se suma un tercer alegato, que, aunque en un principio, pudiera tildarse de pueril, no por ello deja de tener importancia, puesto que puede ser empleado perfectamente como una línea divisoria entre

unos y otros grabados, y es algo tan simple como la ausencia/presencia de antropomorfos, que validan su autoría paleolítica en un caso, o su cronología posterior en otro.

Si los trabajos, observaciones y exámenes puestos en práctica con estas representaciones han dado sus frutos, dejando patente su atribución paleolítica, el problema se plantea con el intento de delimitar la época, fijar la fecha en que se han plasmado los centenares de figuras postpaleolíticas, escenas de caza, bailes, combates, figuras de guerreros, etc.

5.1. Las representaciones rupestres postpaleolíticas

A diferencia del arte existente en el interior de grutas y abrigos, el cual posee en muchos casos un registro arqueológico vinculado o material pictórico o iconográfico apropiado para ser analizado, factores ambos que pueden proporcionar información suficiente para circunscribirlo a una etapa más o menos concreta, la inmensa mayoría de los lugares que ostentan imágenes talladas al aire libre carecen de estos componentes, tal como se atestigua en la estación de Domingo García, donde, de momento, los vestigios y hallazgos de asentamientos o del paso de grupos humanos alrededor del altozano son mínimos.

A ello se suma el hecho de que la técnica utilizada, el martilleado⁴², es un método que no ofrece ningún tipo de información estilística, no revela unas particularidades precisas para atribuir las a un género artístico concreto, puesto que la técnica utilizada se efectúa a través del choque de un objeto sobre la superficie del panel, sin seguir o formar parte de una “escuela” o “corriente”

⁴² Se utiliza el término martilleado, en lugar de la expresión piqueteado, como una locución que puede explicar de una forma mucho más clara el procedimiento empleado para dar forma a la figura, esto es, la sucesión de golpes por medio de un percutor sobre un utensilio, probablemente de punta roma, con el fin de impactar sucesivamente sobre la superficie de la roca hasta dar forma a la imagen.

determinada, aunque sí es cierto que posee ciertas analogías con otras estaciones de arte rupestre.

No obstante, habría que pensar que en algunas ocasiones la creación de las imágenes podría deberse a un proceso de imitación, mientras que la mayor parte de las veces, las circunstancias harían de la obra actuaciones autónomas en donde se han conseguido o llegado a las mismas soluciones, siendo lógico que estas representaciones en algunos lugares se dieran en una etapa histórica, mientras que en otras regiones estos grabados se plasmaran siglos, e incluso milenios más tarde.

Por tanto, sin posibilidad, hasta la fecha, de obtener una fuente plausible de referencias alrededor de, o en el mismo Cerro de San Isidro, las exploraciones se centran en el valor intrínseco de las figuras, cuya minuciosa observación puede arrojar valiosísimos detalles, inestimables para alcanzar las proposiciones y tesis que se presentan en estas páginas.

Con este fin, se llevó a cabo el análisis y estudio pormenorizado de las cincuenta y ocho rocas y ciento ochenta paneles labrados existentes en la actualidad, respetando las pautas propuestas por el Doctor Eduardo Ripoll Perelló, es decir, el uso de números arábigos para el recuento de las rocas, acompañados de letras en el caso de que los afloramientos contarán con más de un panel depositario de representaciones, las cuales irían numeradas de izquierda a derecha y desde la parte superior a la inferior.

Es imposible conocer la cifra exacta de imágenes que debieron engalanar el paisaje peñascoso de Domingo García, mas, en la actualidad sobreviven, de manera bastante precaria, 1159 figuras divididas en cuatro grupos principales y uno secundario, formado fundamentalmente por aviformes, siendo los ejemplos más representados antropomorfos y équidos, aunque hay que tener en cuenta que éstos últimos están formados por el conjunto jinete/caballo, ya que solamente en tres ocasiones emergen équidos sin caballero, pero, curiosamente todos ellos embridados.

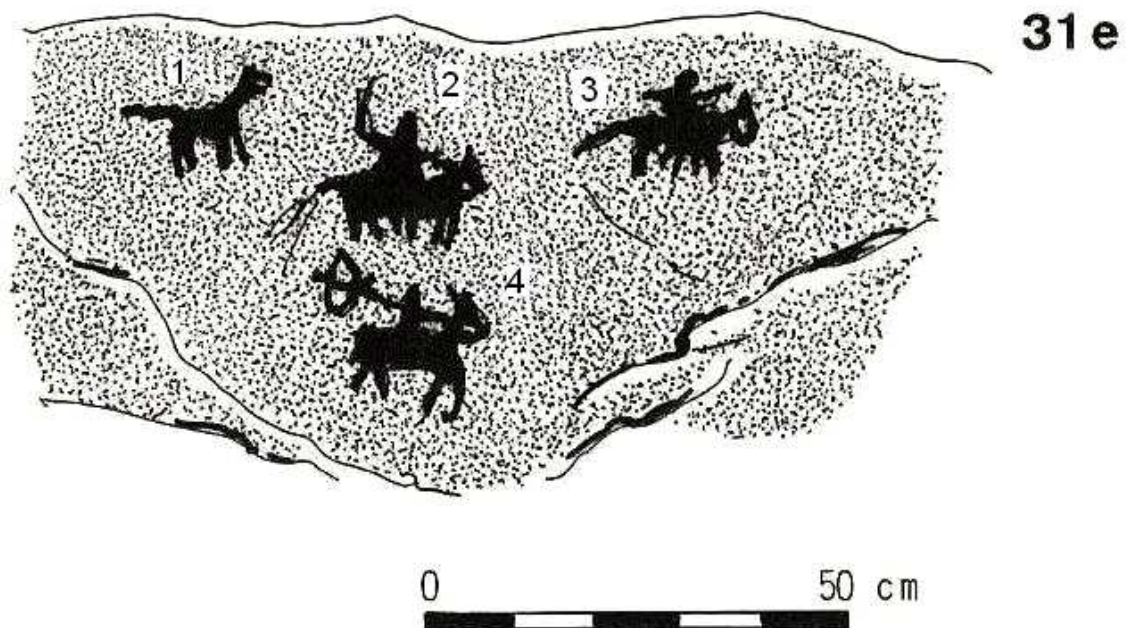
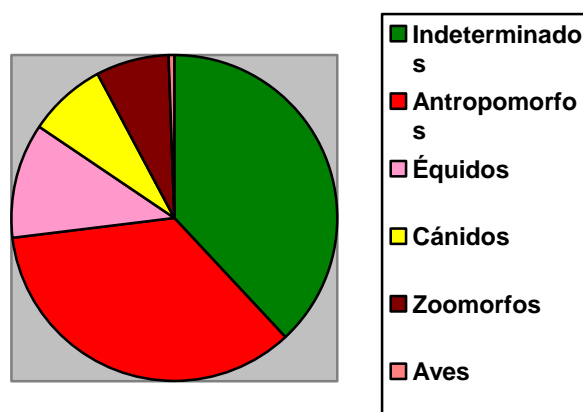


Fig. 13. Enumeración de las figuras. Roca 31. Panel e

Tabla. 3. Número total y porcentajes sobre la cifra final de las figuras presentes en los paneles

Indeterminados	Équidos	Cánidos	Antropomorfos	Zoomorfos	Aves
440	132	90	407	82	8
37,96%	11,39%	7,76%	35,11%	7,07%	0,69%

Fig. 14. Porcentaje de grabados recogidos en Domingo García.



Se ha realizado el inventario de los casi dos centenares de paneles, incidiendo sobre todo, en los conjuntos dispuestos a entregar los testimonios más valiosos, bien de forma directa, como los antropomorfos a través de sus ademanes y panoplias, o bien de forma indirecta, sobre todo en la figura de los équidos.

De esta forma, las representaciones substanciales para el escudriñamiento y consecución de los objetivos son fundamentalmente tres: antropomorfos, zoomorfos y armamento.

Tabla 4. Relación de grabados presentes en Domingo García.

Paneles	Indeterminado	Équidos	Cánidos	Antropomorfos	Zoomorfos	Aves
1	10					
2	4	1		9	1	1
3	4			2	1	
4	6			7		
5a	1	1		1		
5b			1	1		
5c				1	1	
5d	1	1				
5e	1					
5f				2		
6a	2			1		
6b	1		1			
7	6	1			5	
8	3			2	1	
9 centro	69	34	5	70	16	1
9a				1		
9b	15		3	9		
9c	1			3		
9d	3		1			
9e	3			3		
9f	7		6	1		1
9g				6		
9h	4	3				
9i	11		11	7	3	1
9j	8	3	7	1	4	
10a	3	1		3		
10b	2					
10c	3	1		2	1	
10d				3		
11a	3			4		
11b	2		2	4		
12	5			1	1	
13a	3			1		
13b				1		

Paneles	Indeterminado	Équidos	Cánidos	Antropomorfos	Zoomorfos	Aves
14a	4					
14b	6		1	2	1	
14c				3		
15a	1			1		
15b	2			1		
15c	2	1		2		
16	10	3	1	23	5	
17a		1		1		
17b	1					
17c	2	4		1		
17d				1		
17e	2	1	1		1	
17f	2					
17g	4	2	4	1	1	
17h	4		3	2		
17i	6	2	2	3	3	
17j	1					
17k		1		2		
18a				1		
18b	3			3		
18c	1			3		
19a	1					
19b	1			1		
19c	1			2		
19d				2		
19e					1	
20a	3	2	16	6	3	
20b				1		
20c	1					
21	1			1		
22a				1		
22b	3					
22c	2		4	2		
22d	3	1	4	13	6	3

Paneles	Indeterminado	Équidos	Cánidos	Antropomorfos	Zoomorfos	Otros
22e	1			1	1	
22f				2		
22g	2			2		2
23a	1					
23b				3		
24a				3		
24b				1		
24c				2		
24d				1		
24e					1	
24f	1			1	1	
24g				4		
24h	8	2		7		
24i		1				
24j	2			1		
25				1		
26a	1					
26b				1		
26c	3	1		1		
26d	1	1		1		
26e				2		
26f	1					
26g	3	1	2	1		
26h		1				
26i	12	13		16	1	
27	1	1		1		1
28	1				1	
29				3		
30a	1					
30b		2				
30c		1				
30d	1	1		2		
31a	1			1		
31b	1			1		
31c			1			

Paneles	Indeterminado	Équidos	Cánidos	Antropomorfos	Zoomorfos	Otros
31d	2	1		1		
31e		3			1	
31f				1		
32a1	2	1		2		
32b	3	1		5		
32c				1		
32d	1					
32e	2	1		2		
32g		2				
32h		1				
33	2	5		4	1	
33a	8	8			1	
34				4		
35	1			3		
36	2			2		
37a	1	3		1		
37b	1		3			
37c	6		2	10		
37d	8					
37e	9	1		5	1	
37f	2					
38a	8		1	11	5	
38b	1			2		
38c	1					
39 ^a	1	3		1		
39b		1		2		
39c				1		1
39d		2			1	
40a				1		
40b	1	1		2	1	
40c	7			7		
40d	1			1		
40e	5	1		2	1	
40a1		1				
41a	1			1		
41b	3					
41c	3			6		
42	3			1	1	
43	4			1		

Paneles	Indeterminado	Équidos	Cánidos	Antropomorfos	Zoomorfos	Otros
44a	4			1		
44b	2		2	2		
44c	4			2		
45a	1			1		
45b	7		3	3		
46a	2		2	2	2	
46b	4			4	1	
46c	1			3		
46e	2			5	2	
47a	2			1		
47b				1		
47c			1			
47d		1		2		
48a	1			1		
48b	1					
48c		1				
48d	1					
48e					1	
48f	2					
48g				2		
48h	2			1		
48i	3			2		
49	1	1	3	1	1	
49b	2					
50	1					
51	1					
52a		1			1	
52b			1			
53	1		2			
54	1					
55a				1		
55b	2	1		3	1	
55c	1					
55d				1		
56a		1		2		
56b				1		
57	4					
58	5			1		
TOTAL	437	132	90	407	82	11

5. 2. Zoomorfos

Desde sus comienzos, el ser humano ha tenido la necesidad de plasmar todo aquello que le rodea, recogerlo, recrearlo y hacerle partícipe de sus temores, sus miedos y sus esperanzas, como si con ello, todas las inquietudes, todos esos anhelos, todo aquello que no era capaz de interpretar, fueran el fundamento por el que brotaran las respuestas, convirtiéndose, de una manera satisfactoria, en las resolución de sus temores.

De esta forma, los primeros estadios representativos dirigen su atención, y se inspiran, en su fuente de alimento y punto de cohesión como grupo, así como base de su continuidad sobre la faz de la tierra, esto es, los animales.

Es por ello que estas primeras manifestaciones de la actividad humana, las cuales poco a poco irían cargándose paulatinamente de un significado cada vez más complejo, se imbuirían de una trascendencia especial, no sólo por su plástica, sino también por su valor intrínseco, su simbolismo y su influencia oculta, puesto que se plasma el elemento más importante, la fuente primordial de vida, aquella que con su desaparición haría posible la pervivencia de la comunidad.

Es de esta manera como se les dota de magia, y en consecuencia, al moldearlos, una parte de su esencia se transfería, y con ello se establecían unos lazos, una unión entre la propia creación y su hacedor.

Con el paso del tiempo, se asistiría a la representación de un número cada vez mayor de elementos, la relación de las figuras recogidas se iría expandiendo, y, paulatinamente, el fin del individuo representado iba a dejar de ser importante por su propio significado, asistiéndose lentamente a la “popularización” del arte, que abandonaría, en muchos casos, ese aura de religiosidad, de magia con que se había envuelto, arropado y rodeado en sus inicios, dejando en el

camino parte de su exclusividad, hasta hacerse más asequible para el grupo en general.

No obstante, si bien muy lentamente, todo iba a ser susceptible de poder ser representado, plasmado y recogido en una obra, una lámina, un lienzo, con todo, los animales continuarían ostentando un lugar destacado en la creación artística, bien por su belleza, por la fuerza que desbordan, que desprenden, o bien porque en el subconsciente humano, en su interior, continuaban poseyendo un cierto grado de sacralidad y simbolismo.

Estos recuerdos y reminiscencias continuaron ejerciendo su influjo durante milenios, de tal forma que en ciertos animales persistieron las cualidades alegóricas, positivas o negativas, que se les atribuyeron durante siglos, reemplazando en algunas situaciones su aura religiosa, para convertirse en protagonistas de enseñanzas cuentos y fábulas moralizantes, por lo que la importancia de su aparición residía, ya no en la misma presencia del animal, sino en las cualidades que a éste se le atribuían, de tal suerte que se les distinguiría formando parte, en multitud de ocasiones, de emblemas, enseñas y divisas de estados e imperios.

En palabras de Dolores Carmen Morales Muñoz “...*Para el occidente europeo de forma muy generalizada, habría que subrayar que buena parte de los animales traen una herencia de la Antigüedad, o de la Biblia, que va a pesar enormemente a la hora de su valoración, si bien, en algunos casos, empeoraron su reputación*⁴³...”

Con el transcurrir del tiempo, sobre todo en los siglos que integrarían los períodos conocidos como Temprana y Alta Edad Media, todos estos datos, estos conocimientos que se habían ido acumulando, las descripciones, significados y simbolismos de los diferentes animales, comenzaron a ser plasmados y recogidos en diversos compendios, obras conocidas con el

⁴³ Morales Muñoz, D. C.; (1996) El simbolismo animal en la cultura medieval. Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Hª Medieval. T. 9. Págs. 229-255.

término “Bestiario”, y cuyo origen se remontaba a los escritos y obras de época antigua, caso de los estudios de zoología llevados a cabo por Aristóteles (384-322 a. C.) o de la “Historia Natural” de Plinio⁴⁴ (*Galus Plinius Secundus*, 2379) datada durante el siglo I, y compuesta de 37 libros dedicados a diferentes temas y contenidos, de los cuales los volúmenes VIII al XI constituyen verdaderos tratados animales, a través de los cuales el autor se adentraba en el mundo de la Zoología, clasificando a los animales como terrestres, marinos, animales aéreos e insectos.

Durante estas etapas, los textos se irían impregnando paulatinamente de la nueva religión cristiana, cuyos principios, doctrina e ideas buscaban la limpieza del espíritu, la esperanza y la fe necesarias para llegar a Dios, y es cuando diferentes autores sitúan la creación del primer Bestiario conocido como “El Fisiólogo⁴⁵”, datado en los primeros siglos después de Cristo, el cual llegaría a tener tanta popularidad como la Biblia hasta mediados de la Edad Media⁴⁶.

En él terminaron por fusionarse las fuentes antiguas junto a las nuevas ideas imperantes, que pretendían la guía, la enseñanza y el aleccionamiento de los fieles por razón de la naturaleza, las cualidades y actitudes positivas o negativas de los animales, así como los buenos o malos actos que se pueden inferir de ellos, sin dar más que la mínima importancia a los animales en sí mismos.

Surgía un nuevo género cuyos protagonistas, los animales, no se valoraban como seres vivos, ya que este aspecto no interesaba tanto como su capacidad y sus cualidades intrínsecas, puesto que el objetivo final consistía en conocer y enumerar los vínculos de cada una de las especies con los poderes ocultos,

⁴⁴ García Arranz, J. J.; Texto clásico e imagen medieval: una aproximación a la incidencia de la literatura antigua en el bestiario ilustrado. Norba-Arte XVII. 1997. Págs. 27-40.

⁴⁵ García Arranz, J. J.; Texto clásico e imagen medieval: una aproximación a la incidencia de la literatura antigua en el bestiario ilustrado. Norba-Arte XVII. 1997. Págs. 27-40.

⁴⁶ Aguayo Cobo, A.; El mensaje moral de la puerta del perdón de la iglesia mayor prioral de El Puerto de Santa María. Aproximación iconológica. Revista de Historia de El Puerto, nº 46. 2011 (1er semestre). Págs. 51-92.

sus relaciones con la religión, la magia, sus aspectos negativos y positivos, etc.⁴⁷, dando lugar, en muchos casos, a la aparición de Bestiarios en donde los animales que se exponían y representaban eran irreales, imaginarios, si bien a ellos también se les dotaría de diferentes atributos, tanto beneficiosos como nocivos.

Pero los Bestiarios no sólo beben de las fuentes literarias, de la misma forma se nutren de la numerosa iconografía existente en la que la figura animal cobra un gran protagonismo, configurándose como la representación central de la obra.

Así, desde los comienzos del arte se pueden observar representaciones cuya fuerza, cuyo sentimiento y realismo es incuestionable, Lascaux, Pech-Merle, Niaux, muchas de ellas simplemente figuras ornamentales sin ningún tipo de significado, pero, otras muchas, rodeadas de un halo de inaccesibilidad, impenetrabilidad, de cierto hermetismo, naturaleza que en algunos casos conseguiría mantenerse dentro del mundo cristiano de los primeros siglos después de Cristo y los comienzos de la Edad Media, plasmándose en la arquitectura románica con todo los atributos que se fueron incorporando con el paso de los siglos, junto a nuevas particularidades y nuevos sentidos, revelados a todos aquellos que los contemplaban y llegaban a comprender su significado, en un momento en que la lectura y la escritura se encontraba al alcance de unos cuantos.

Quizás, el bestiario presente en los grabados rupestres de Domingo García contenga un significado oculto, únicamente comprensible para sus autores, sin embargo, tras las investigaciones y estudios llevados a cabo, se antoja una idea harto difícil, pues no existe, hasta el momento, ningún indicio que acredite

⁴⁷ No todos los autores están de acuerdo en considerar los Bestiarios como obras moralizantes; «*moralizante*» sólo define a determinados bestiarios (...) No hay un bestiario, sino bestiarios en plural, aunque todos procedan de un clásico e hipotético *Physiologus* que no conservamos. Y existe, por otra parte, un Bestiario desmedido e inabarcable, que engloba a todos los animales de la literatura medieval” Malaxecheverría, I.; Bestiario Medieval. Ediciones Siruela. Madrid. 2002. 280 Págs.

su relación con un lugar de culto, exceptuando la ermita románica que se localiza en sus inmediaciones.

Por tanto el objetivo final será el de agrupar todas las especies reproducidas en la estación del Cerro de San Isidro, con el objeto de vislumbrar, atisbar y examinar aquellos elementos susceptibles de poseer cualquier indicio cronológico que permita acercar, acotar y situar en el tiempo al arte plasmado en sus rocas.

5.2.1. La domesticación

La introducción de diferentes tipos de animales, y vegetales, en el seno de las sociedades humanas, supuso un notable impulso en la evolución de estos grupos que se encontraban en pleno proceso de cambio vital.

En el camino de esta nueva estructuración social que se estaba llevando a cabo gradualmente, y por la cual estaba emergiendo la constitución del armazón de una nueva sociedad, donde se dejaban atrás, paulatinamente, las antiguas formas de vida basadas en la caza y la recolección fundamentalmente, el control del medio otorgaba una ventaja hasta entonces desconocida por los individuos, que permitía comenzar a contar con un excedente del que hasta entonces habitualmente habían carecido.

En este proceso, diversas especies acompañarían al hombre en su recorrido hacia nuevos tipos de vida, contando, en algún caso, con un protagonismo que traspasaría el rol para el que se había llevado a cabo este proceso de domesticación, en un principio el papel secundario de servir de alimento por medio de la carne o la leche, productos subsidiarios, como lana, etc., para situarse en un nuevo ámbito dentro de las sociedades, un escalón al que únicamente podía acceder una parte ínfima de la población.

Los grabados presentes en el Cerro de San Isidro recogen varias especies animales reconocibles, entre las cuales, dos, équidos y cánidos, son las únicas que poseen la capacidad de ofrecer información capaz de verter, en la medida de lo posible, algún tipo de conocimiento que ayude al acercamiento a las comunidades autoras de este arte.

Junto a ellas, una tercera variedad constituida por representaciones de aves, se encontraría en condiciones de arrojar testimonios importantes idóneos, que podrían ser integrados a la serie de datos extraídos de los dos géneros anteriores.

5.2.2. Équidos

La Real Academia, en su Diccionario de la Lengua Española, define a los équidos (Del lat. *equus*, caballo, e *íido*), como “...*mamíferos perisodáctilos que tienen cada extremidad terminada en un solo dedo; p. Ej., el caballo y el asno (...)* Familia de estos animales...”

No obstante, esta aseveración, esta simple explicación no refleja la realidad, ni muestra la importancia que esta especie ha llegado a tener para las sociedades humanas a través de diferentes parcelas y aspectos que abarcan ámbitos significativos, tanto en el plano alimenticio, como cultural, social, etc., y que situaron a este animal dentro de una esfera en la que durante miles de años ocupó un posición privilegiada, convirtiéndose, con el correr del tiempo, en un símbolo de prestigio y estatus, un elemento tan importante dentro de estas comunidades, que logró conquistar una posición preeminente en las intrincadas relaciones, tanto en el seno de estas colectividades, como en los vínculos intergrupales.

Los mecanismos de aproximación y conocimiento de la historia de estos animales son fundamentalmente tres, dos de los cuales, la arqueología y el

arte, son esenciales para desentrañar e interpretar los datos más remotos, su evolución, morfología, etc., mientras que, para la consecución de la información más cercanas se añade la documentación escrita, los autores clásicos que recopilaron descripciones y testimonios según iba avanzando la conquista romana del territorio.

El *Equus caballus*, tal como se le conoce actualmente, es fruto de un largo y complicado proceso evolutivo, en cuyo desarrollo se ha llevado a cabo un perfeccionamiento adaptativo supeditado totalmente a las condiciones medioambientales, circunstancias que han moldeado el aspecto físico del animal con el objetivo de maximizar el aprovechamiento del entorno.

El registro fósil da cuenta de estos pasos evolutivos, evidenciándose como durante el Terciario el antecedente más antiguo que daría origen al *Equus*, era un animal de pequeña alzada, unos 35 cm. en la cruz, aclimatado a entornos arbóreos, hábitat de bosque, pero que, gradualmente, iría sufriendo una serie de modificaciones debidas fundamentalmente al cambio climatológico, la modificación de su hábitat y, por tanto, al cambio de dieta, que transformarían totalmente su fisonomía y sus formas de vida.

Es así, como durante un período en torno a cincuenta millones de años aproximadamente, los équidos sufrieron una serie de procesos evolutivos que modificarían totalmente su apariencia, así como su comportamiento y su forma de vida, convirtiéndose en animales gregarios adaptados a un ecosistema de espacios abiertos.

Este paso evolutivo estuvo conformado por una serie de especímenes que fueron aportando pequeños cambios físicos adecuados a las necesidades del entorno, añadiéndose transformaciones, a veces tan mínimas que se evidencian cambios escalonados en el nicho ecológico.

De esta forma el primer antecedente claro se muestra en un ejemplar datado en unos cincuenta y cinco millones de años, siendo conocido como *Eohippus*, también denominado *Hyracotherium*, animal de pequeña alzada, alrededor de unos 40 cm., que se ubicaba en las regiones boscosas de clima tropical presentes en el Norte de América y algunas zonas de Europa, donde finalmente terminaría por extinguirse.

Presentaba una dentadura de coronas bajas adaptada al consumo de frutos y hojas⁴⁸, mientras que sus extremidades todavía no habían evolucionado, poseyendo cuatro dedos en las manos y tres en las patas, que también contaban con pezuñas.

Avanzando en el tiempo, unos millones de años después, en las regiones norteamericanas se localiza otro animal designado como *Orohippus*, posible descendiente del *Eohippus*, pero mostrando algunas transformaciones que serían casi imperceptibles, fundamentalmente en la estructura dentaria debido a pequeños cambios en la dieta, así como en su apariencia externa, ya que la cabeza se redondeó y las extremidades se desarrollaron⁴⁹.

Los cambios adaptativos continuarían sucediéndose fruto del acomodo a las nuevas condiciones medioambientales que iban sobreviniendo, y por ende, produciendo una modificación en los hábitos alimenticios.

Como consecuencia de estos procesos, hace unos 40/30 millones de años se originaría un aumento de tamaño, más o menos unos sesenta centímetros de alzada, en ejemplares como el *Mesohippus*, acompañado de diversas alteraciones, percibidas entre otras cosas en un cambio de dentición adaptada a un tipo de alimentación más heterogénea, siempre vegetal, así como la pérdida de un dedo en las manos.

⁴⁸ Webber, T.; (2011) Bocas y embocaduras. Editorial Hispano Europea. Barcelona. 32 págs..

⁴⁹ Bellido Andreu, A.; (2012) El caballo y sus orígenes. Revista Ejército. Nº 858 octubre. Madrid. Págs. 36-41.

En torno a los 20 millones de años el paisaje ha sufrido un cambio profundo, pues las praderas han ido avanzando poco a poco, y con ellas nuevos tipos de animales, como el *Merychippus*, que comienza a presentar algunos rasgos del futuro *Equus*.

Su alzada podía alcanzar hasta los 120 cm. y rondar los 80 kilos, las extremidades inferiores continúan modificándose, de tal forma que, si bien presentaba tres dedos, el único que apoya constantemente es el central, de mayor tamaño que los otros dos y con casco.

Su dieta había sufrido una transformación radical, cambiado considerablemente, ya que los fósiles muestran una dentición adaptada totalmente a los grandes espacios abiertos.

Una especie derivada del *Merychippus*, el *Hipparion*, traspasaría durante los estadios finales del Terciario, unos quince millones de años aproximadamente, los límites de América del Norte, trasladándose a tierras euroasiáticas, habiéndose hallado restos fósiles en todo el continente, desde las regiones del este asiático a la Península Ibérica⁵⁰, donde comenzó a presentar una alzada mayor, en torno al metro y medio de altura, si bien, se produjo una diversificación de la especie⁵¹.

Durante los últimos millones de años se documentan diferentes aportes animales a través del Estrecho de Bering, contribuciones que fueron perfilando

⁵⁰ Deb Bennett, Ph.D.; (2008) Evolution of the horse. History and Techniques of Study. 66 págs. Actualización y expansión de "The evolution of the horse". Elsevier World Animal Science Encyclopedia. (Volume C7, Horse Breeding and Management, J. Warren Evans, ed., 1992, pp. 1-37).

⁵¹ Marmi Plana, J.; (2008) La història dels ases i dels seus parents propers. Un recorregut al llarg de 60 milions d'anys. L'Érol: revista cultural del Berguedà. Nº 97. Ases i guarans. Dossier. Págs. 10-12.

los rasgos identificativos, pues, entre otros, las extremidades pasarían a contar con un único dedo, el central de mayor tamaño y protegido por cascos totalmente formados, la dentición se encontraría absolutamente adaptada al sistema alimenticio de pastos, etc.

Así, con el escalón evolutivo siguiente, constituido por el *Pliohippus*, se produciría la expansión, hacia el sur, hacia las tierras del continente sudamericano, que se había unido a Norteamérica por medio del pasillo creado por los movimientos de placas, que llevaron hacia los tres millones de años a crear un puente, y con ello un nexo de unión entre ambos continentes, produciéndose un aporte faunístico entre las tierras septentrionales y el Mediodía, desplazando a nuevos ejemplares de équidos como el *Hippidion* o el *Onohippidion*, y dando lugar a otros, caso del *Dionippus*, que sería el paso intermedio entre *Pliohippus* y *Equus*.

Es así como se habría producido la travesía definitiva para el surgimiento del género *Equus*, animal que ya presentaba un solo dedo recubierto por casco que, tal como había venido sucediéndose durante los millones de años anteriores, emergería en las vastas praderas norteamericanas, para, en torno a los 3/2 millones de años, y a través del Estrecho de Bering, desplazarse a los territorios de Asia y Europa.

Tras su desaparición del continente americano en fechas cercanas al final de la glaciación Würm, en torno al 10000 a. C., posiblemente producto de una conjunción de factores que le abocaron a su ocaso en estas tierras, las manadas que se asentaron en las estepas euroasiáticas, se convirtieron en el único género *Equus* existente en la faz de la tierra, integrado por diferentes géneros, cebra (*Equus quagga*, *Equus grevyi*, *Equus zebra*) asno (*Equus asinus*) y los propios caballos (*Equus caballus*), que a su vez se diversificarían en diversas razas o especies, habiendo adquirido atributos y adaptaciones para la supervivencia en su nuevo nicho ecológico, como mayor velocidad, perfeccionamiento de la dentición, etc.

Dos variedades de *Equus* parece ser que fueron los animales plasmados en representaciones pictóricas del interior de las cuevas, uno de ellos, el *Equus ferus ferus*, Tarpán, podría ser el antecedente del *Equus caballus*⁵², habiendo encontrado su final durante el siglo XIX en Ucrania, por lo cual, quedaría como el équido más antiguo el espécimen denominado *Equus ferus przewalski*, localizado en las estepas asiáticas, y posiblemente el ejemplar más reproducido en las representaciones parietales y arte mueble paleolítico.

El *Equus ferus przewalski* genéticamente tiene diferencias con el *Equus caballus*, ya que tiene dos pares de cromosomas más, de esta manera *prezwalski* poseería 66 pares de cromosomas, aspecto que concluye el hecho de que no estarían emparentados.

En momentos finales del Pleistoceno la situación en ambos continentes, si bien no fue paralela, estuvo a punto de significar la desaparición total de la especie *Equus*, ya que en América se produjo una situación cuyo resultado supuso la completa extinción del género *Equus*, puesto que los cambios climáticos que se iban sucediendo en este período conllevaron una serie de alteraciones en el entorno, con una clara transformación en el paisaje y la desaparición de las grandes estepas abiertas, su hábitat fundamental, y con ello la merma de la vegetación constitutiva, en muchos casos, de la dieta de numerosos herbívoros, lo que también significó, posiblemente, la pérdida de numerosas piezas de caza, puesto que muchas especies animales terminaron por desaparecer, caso del mamut o el *smilodon*, mientras que otras adaptadas a un entorno gélido, se retiraban hacia las zonas heladas del norte.

Es por ello, que los equinos, que hacia el 20000 BP todavía tenían presencia en las estepas norteamericanas, dejarían de hollar las llanuras del continente en momentos finales del paleolítico, si bien, su situación no sería mejor en las tierras europeas, ya que su mengua y extinción casi general únicamente pudo

⁵² Liesau von Lettow-Vorbeck, C.; (2005) Arqueozoología del caballo en la antigua iberia. *Gladius* XXV. Págs. 187-206.

frenarse por la existencia de algunas “bolsas” de équidos en ciertas regiones euroasiáticas, escenario que a largo plazo, supuso la preservación de estos animales.

Con todo, diversos investigadores no se encuentran totalmente de acuerdo con estas afirmaciones, ya que apuntan la posibilidad de que no sólo sobrevivieran caballos en ciertas regiones orientales del continente europeo, sino que algunos de estos refugios podrían haberse localizado en otros territorios, en donde los animales podrían haberse resguardado de los cambios climáticos durante las etapas que supusieron un retroceso de los hielos, caso de la Península Ibérica, donde se defiende la existencia de équidos desde los 2 m. a. aproximadamente, perviviendo en los periodos posteriores, cuando, se supone, que el resto de Europa había visto desaparecer todas las manadas de sus tierras.

Por tanto, la observación y estudio de múltiples yacimientos diseminados por el territorio peninsular ofrecería diferentes testimonios arqueológicos que podrían corroborar estas hipótesis, por lo menos para los periodos anteriores al Paleolítico Superior.

Así, en la zona sur se pueden rastrear algunos yacimientos con presencia de équidos en torno al millón de años, como el yacimiento de Cuellar Baza I, con dataciones en torno al 600000, o Solana de Zamborino (Granada)⁵³, zona de llanuras en donde los restos faunísticos, entre los que se incluyen estas especies, no presentan ningún tipo de acción antrópica, en el sector Guadix-Baza grupos achelenses se nutrían, entre otros, de équidos, quedando atestiguado algo menos de un 40% de *Equus*, posiblemente *Equus caballus*, o en la provincia de Córdoba, donde también se localizan restos datados en

⁵³ Agüera Carmona, E.; (2008) Domesticación, origen de la doma y manejo del caballo. Solemne Acto de Apertura del curso académico 2008-2009 de las universidades andaluzas. Facultad de Veterinaria. Córdoba. 32 páginas

fechas del Pleistoceno Medio y Superior⁵⁴ con signos de cortes y descuartizamiento.

En fechas más cercanas la presencia de équidos se encuentra atestiguada durante el Paleolítico Medio en el este de Andalucía, Cuevas de Carigüela y de Hora (Granada), Zafarraya (Málaga), Cueva de Ambrosio (Almería), así como en el Sur de Portugal, o en zonas del Este y Levante peninsular, donde se descubren restos de *Equus caballus* formando parte del aporte nutricional de los grupos humanos.

Sin embargo, esta situación comienza a cambiar, pues los datos a partir del 17000 BP revelan una nítida disminución de la presencia equina, posiblemente causada por los cambios que estaban acaeciendo, y que conllevaban la pérdida de grandes llanuras abiertas.

Esta situación se hace evidente en todo el Levante peninsular, de tal manera que a finales del Paleolítico Superior en la casi totalidad de los yacimientos orientales la presencia de restos es casi inexistente, testimonios que confirmarían la poca presencia del *Equus* en estas tierras⁵⁵.

Hacia el 10000/9000 a. C., las circunstancias podrían definir un nuevo contexto que estaría marcado por la casi total ausencia de manadas en numerosas regiones peninsulares durante los primeros estadios postpaleolíticos, y, si bien, durante varios miles de años existe una laguna de información que, a priori, podría significar la total desaparición de animales, las investigaciones que se han llevado a cabo, sustentadas, sobre todo, tanto en las fuentes arqueológicas, como en las representaciones artísticas, evidencian que en

⁵⁴ Botella Ortega, D. et al.; (2006) La cueva del Ángel (Lucena, Córdoba), un yacimiento del Pleistoceno Medio y Superior del sur de la Península Ibérica. Trabajos de Prehistoria 63. Nº 2, Julio-Diciembre. Págs. 153-165.

⁵⁵ Nadal, J., Fullola, J. M.; Esteve, X.; (2005) Caballos y ciervos: Una aproximación a la evolución climática y económica del Paleolítico superior en el Mediterráneo peninsular. Munibe (Antropología-Arkeología). Homenaje a Jesús Altuna 57. Págs. 313-324.

fechas posteriores, el *Equus caballus* sigue localizándose y estando presente en diferentes territorios de la Península Ibérica.

No obstante, esta representación no es sintomática, ya que en el transcurso de tiempo en que se advierten transformaciones estructurales en el seno de los grupos humanos, que paulatinamente les conducirán a un cambio en sus bases económicas, los restos de équidos no ocupan un lugar preponderante, ni tan siquiera tienen una presencia notable, como se puede atestiguar en los estratos de cronología neolítica de algunos yacimientos, e incluso en muchos de ellos su presencia es nula.

Con todo ello, y asumiendo que es cierto que aparece en una muestra muy pequeña, ésta es suficiente para avalar la existencia de équidos en algunas regiones peninsulares, lo que significaba, que, o bien se habían producido aportes desde otras zonas, o bien, en puntos concretos habían conseguido resistir algunos grupos.

Quizás las muestras más evidentes de esta persistencia se localizan en las tierras orientales, siendo aquellas que se manifiestan en el conocido como Arte Levantino, presente en toda la franja mediterránea, en tierras catalanas, valencianas, almerienses, y con ramificaciones al interior en zonas oscenses, Teruel, Cuenca y Albacete, representaciones que continúan exhibiendo y atestiguando algunos ejemplares.

Las discusiones, debates y teorías interpretativas en torno a la problemática de este tipo de arte sobre su posible encuadre cronológico-cultural, cuyos comienzos no están del todo claro, pudiendo retrotraerse a momentos epipaleolíticos (hacia el VIII m. a. C. aprox.) y su adscripción neolítica, no suponen un obstáculo para corroborar el hecho de que en milenios posteriores al final de los períodos glaciares y del Paleolítico, ciertos grupos de equinos subsisten, sino en toda la Península Ibérica, por lo menos en ciertas zonas de las regiones mediterráneas, si bien en pequeño número, a tenor de la poca presencia de caballo en diferentes asentamientos, como el yacimiento de

Costamar (Castellón), Doña Clotilde o Selva Pascuala (Cuenca), en donde aparecen representados varios actos de doma.

En este tipo de arte se vislumbran nuevos paradigmas de las relaciones existentes entre seres humanos y équidos, que ya no solo forman parte de su dieta alimenticia, sino que a través de la iconografía se puede apreciar como se ha dado un paso más allá, un salto cualitativo en su vínculo, surgiendo un cierto grado de dependencia y control del animal, conexión que se aprecia en la iconografía levantina, la cual refleja el uso de ciertos artilugios de dominio del animal como el uso de ronzales⁵⁶, instrumentos que se atestiguan, según algunos investigadores, en diferentes representaciones, manejo que ratificaría un creciente dominio del ser humano sobre el *Equus caballus*.

5.2.2.1. Los inicios del gobierno de los équidos

Partiendo de diferentes ejemplos de arte postpaleolítico, se hace evidente la existencia de cierto tipo de influencia o autoridad del ser humano sobre los équidos unos milenios después del fin del Pleistoceno.

Ahora bien, como y cuando se gestó esta naciente dominación es un tema que continúa debatiéndose, puesto que existen diferentes puntos de vista sobre su aparición, así como el momento cronológico en que debió de llevarse a cabo, no obstante, la opinión consensuada defiende un amplio periodo de tiempo para llevar a cabo este proceso.

Los grabados del Cerro de San Isidro poco pueden aportar a esta controversia, ya que recogen dos fases claramente diferenciadas y separadas por varios miles de años; un primer período ubicado en el Paleolítico junto a una segunda etapa donde el control del animal es total, aunque, las dataciones son poco nítidas,

⁵⁶ Lucas Pellicer, M. R.; (2004) Narigón y ronzal versus bocado de caballo: el arrastre de los équidos. Gladius XXIV, 2004, pp. 99-108

poco esclarecedoras, de tal forma que es imposible recurrir a ellos para desentrañar estas primeras etapas de la domesticación equina.

Las posturas existentes hasta el momento están conformadas, específicamente, por dos opiniones fundamentales, una de ellas que defiende un único centro de domesticación emplazado en las llanuras rusas y ucranianas, irradiándose desde aquí tanto a Europa como a Asia.

En este aspecto, son muchas las voces que defienden esta tesis, para lo que se postula un proceso de control sobre el *Equus ferus ferus*, o tarpán, especie autóctona de estas zonas, o bien del *Equus ferus przewalskii*, presente en el mismo territorio y del que se cree que serían la mayoría de las representaciones presentes en los paneles paleolíticos de las cuevas francocantábricas.

Una segunda posición sostiene dos focos fundamentales, localizados uno en las estepas euroasiáticas, desde donde se expandiría tanto hacia el Este como hacia el Oeste, y un segundo núcleo autóctono y totalmente independiente, asentado en el extremo occidental de Europa, en la Península Ibérica, tal como defienden diferentes investigadores, por ejemplo Carme Olària i Puyoles, la cual opina "...De igual manera la especie de caballo (*Equus caballus*) parece haber seguido una domesticación autóctona y no derivada de un centro primario situado en las estepas nororientales de Europa⁵⁷..." en donde, sí se habría producido una desaparición casi total del caballo, aunque algunas manadas habrían logrado sobrevivir en pequeños territorios.

En este contexto, las fechas en las que se produjo el surgimiento de la domesticación son desconocidas, por lo que existen divergencias en torno a una datación concreta, mas, la casi totalidad de las hipótesis fluctúan en un período no anterior al IV milenio a. C.

⁵⁷ Olària i Puyoles, C.; (2004-2005) El tránsito hacia las economía de producción de las últimas tribus cazadoras-recolectoras del Mediterráneo peninsular. Una reflexión acerca de la validez de las tesis difusionistas frente a las evolucionistas. Quad. Preh. Arq. Cast. 24. Págs. 43-60.

De esta forma, algunos investigadores ubicarían este proceso en Mongolia en un periodo comprendido durante la primera mitad del IV m. a. C., de tal manera, que a la altura del año 2009 una investigación dirigida por Alan Outram y publicada en la revista "Science" presenta los datos de sus estudios, según los cuales, la domesticación de caballos se habría llevado a cabo durante la segunda mitad del IV m. a. C. aproximadamente, en el seno de la cultura Botai, asentada en el Norte de Kazajistán, aunque no todos los especialistas se muestran de acuerdo defendiendo que "...*El caballo, al ser recientemente domesticado, su morfología aparece muy poco alterada y no es posible determinar su naturaleza sólo a partir de los criterios osteológicos*⁵⁸..."

Para las fechas en las tierras peninsulares, se han puesto sobre la mesa dataciones sobre el proceso de domesticación en el extremo Oeste de Europa, hablándose de la llegada de este proceso a través de tierras catalanas aproximadamente hacia el V m. a. , tal como mostrarían las representaciones levantinas, no extendiéndose totalmente por todo el territorio hasta fechas calcolíticas, hacia el III/II m. a. C.; aunque esta hipótesis habría que ponerla en cuarentena, ya que si, su ramificación por el interior es bastante plausible, no sucedería lo mismo con el proceso de domesticación, pues éste se estaba llevando a cabo en fechas del IV m. a. C. en zonas del este de Europa, por lo que sería improbable que pudiera ser una importación a la Península Ibérica durante el V m. a. C.

Sea como fuere, tras los ejemplos de las representaciones levantinas, que reflejan un cierto control sobre estos animales, se da por sentado que el caballo en el Este peninsular se encontraría domesticado durante la Edad del Bronce, como podría atestigüarse en algunos asentamientos como Pic dels Corbs (Sagunto, Valencia), en donde, a través de un estudio faunístico llevado a cabo por Amparo Barrachina y Alfred Sanchis⁵⁹, dividido en cinco fases cronológicas

⁵⁸ Chaix, L.; Méniel, P.; (2005) Manual de Arqueozoología. Ariel Prehistoria. Barcelona. 290 Págs.

⁵⁹ Barrachina, A.; Sanchís, A.; (2008) Valoración diacrónica de un modelo económico de la edad del bronce: la fauna del poblado del Pic dels Corbs, Sagunt (València). Quad. Preh. Arq. Cast. 26.

que abarcan desde finales del III m. a. C. hasta el año 800 a. C. aproximadamente, se aprecia como la utilidad durante este amplio período es básicamente como fuerza de trabajo y aporte cárnico, tal como se evalúa por las fracturas y huellas de corte que aparecen en los restos óseos, de tal forma que, los investigadores concluyeron que *“...estos animales fueron utilizados preferentemente por su fuerza para el transporte y la carga, pero no tenemos constancia de que se emplearan para la monta ya que ninguno de los premolares presentaba el desgaste característico...”*

Ante estas opiniones se podría alegar el hecho de que se podrían montar si necesidad de utilizar bocado, sin embargo esta idea no es viable por falta de pruebas, por lo que hay que atenerse a lo que sí se puede demostrar y por tanto, descartarla.

En otros yacimientos el uso de este animal sería análogo para el II m. a. C., sin embargo, al comenzar el milenio siguiente parece ser que sus funciones se transforman, localizándose muy pocos restos procesados, lo que significaría que su empleo se ha extendido a otras facetas, como arrastre, y quizás monta.

Acotar y situar cronológicamente el desarrollo de las prácticas que permitieron el control equino, como se ha visto, continúa siendo una verdadera dificultad, pues continúan existiendo más interrogantes que certezas.

Se aprecia como la presencia del *Equus caballus* se localiza tanto en el Levante como en el sur peninsular durante el Bronce, y avanzando en el tiempo, otra muestra de la presencia del caballo, esta vez en la Meseta Norte, es la evidencia de équidos en la cultura de Cogotas I.

Este horizonte cultural presenta algunas dificultades cronológicas para los investigadores, si bien, no dudan en considerar que se enmarca dentro del período comprendido en las fases media y final del Bronce, situándose sus orígenes alrededor del 1700 a. C., donde se emplazaría el período

Protocogotas I⁶⁰, prolongándose en el tiempo y disfrutando de su momento álgido durante las últimas centurias del II m. a. C., hasta entroncarse con la época de comienzo de la I Edad del Hierro, y con el nacimiento de la cultura del Soto de Medinilla, hacia el siglo IX a. C., si bien, tanto en las fechas iniciales como en las finales, se moverían pequeños períodos de tiempo, dependiendo de los investigadores.

Durante el esplendor de esta cultura se ha verificado la existencia de équidos en los asentamientos de Cogotas I, como viene siendo habitual formando parte de la dieta, no obstante, ya se vislumbran otras pautas de actuación con respecto a los caballos, confirmándose su utilización en otras facetas vinculadas al transporte, como animales de tiro, y, asimismo, especulándose con la posibilidad de haber sido utilizado para la monta⁶¹, aunque no se haya localizado presencia de arreos, para lo cual se defiende la viabilidad de la utilización de material perecedero como materia prima, lo que haría difícil su pervivencia hasta la actualidad.

En el transcurso de los periodos, se localizan nuevos ejemplos durante el Bronce Final, esta vez ubicados en los territorios opuestos a El Argar, es decir el Suroeste peninsular, donde emergen una serie de estelas cuyo significado e interpretación aún no está claro del todo.

Estas losas presentan diferentes motivos, fundamentalmente figuras de guerreros acompañados de su ajuar, formado por el armamento y sus objetos de prestigio, pero lo más importante para ratificar la existencia del proceso de control equino es la presencia de vehículos, representaciones de carros y caballos, que aparecen representados de forma muy esquemática, mas los autores no dudan en calificarlos como ejemplares de estos animales.

⁶⁰ López Ambite, F.; (2003) El poblamiento de Cogotas I en el valle de los ríos Aguijoso y Riaza (Segovia). Vol. 14. Págs. 125-168

⁶¹ Abarquero Moras, F. J.; (2005) Cogotas I. La difusión de un tipo cerámico durante la Edad del Bronce. Monografías. Arqueología en Castilla y León 4. Junta de Castilla y León. 542 págs.

Sin entrar a debatir la pertenencia de estas estelas o su posible significado y esfera de influencia, ámbito funerario, marcadores de caminos, delimitadores del terreno, etc., lo cierto es que la presencia del *Equus ferus caballus* como animal de tiro de estos vehículos podría utilizarse como referente cronológico, toda vez que el uso de este medio de transporte se enmarca en el contexto del Bronce Final.

Estas formas de transporte ya se localizan en tumbas de cámara descubiertas en territorios del Cáucaso con fechas próximas a finales del III m. a. C., pero a diferencia de las Estelas del Suroeste, estos carros usaban como fuerza de tiro a bueyes.

La situación en estas tierras parece ser que cambia a comienzos del II m. a. C., cuando los restos localizados dan cuenta del uso del caballo como animal de arrastre, tal como se aprecia en algunos enterramientos donde surgen restos de carros de dos ruedas junto a partes de équidos, así como animal de monta, datos atestiguados hacia 1500 a. C. en comunidades asentadas en las estepas.

Los carros en sí mismo originalmente no eran otra cosa que tarimas, las cuales, a través de la tracción animal permitían el transporte de productos, tropas, etc. Esta fuerza de arrastre, junto con la evolución tipológica del carruaje, faculta un acercamiento a la técnica y tecnología del periodo en cuestión, así como facilita el aporte de datos suficientes para otorgar una serie de conocimientos útiles que clarifican, en la medida de lo posible, la introducción del caballo en diferentes territorios.

De esta forma, las informaciones recogidas avalan la entrada del *Equus caballus* en el Próximo Oriente en un periodo cercano al siglo XVIII a. C. conduciendo los carros de guerra, vehículos que ya habían aparecido a la altura del IV m. a. C., si bien, con una fisonomía diferente, tal como lo demuestran los descubrimientos de carros de cuatro ruedas realizados por Leonard Wooley (1880-1960) o el Estandarte Real de Ur, pieza datada hacia el 2700 a. C. que aporta información muy sustancial, ya que por medio de ella se

aprecia el empleo, no del caballo como animal de tiro, sino del *Equus hemionus* u onagro.

No obstante, algunos investigadores difieren un tanto sobre esta afirmación, ya que identifican diferentes especies “...*las primeras civilizaciones del Creciente Fértil, y en concreto los sumerios, hubieron de emplear como primer équido de tiro un asno, el hemión de Siria y no, como suele creerse, el onagro, animal parecido pero perteneciente a otra raza de hábitat más oriental...*⁶²”.

Sea como fuere, lo cierto es que en estos primeros estadios de uso de este vehículo, hacia finales del III m. a. C., el animal utilizado no era el *Equus caballus*, lo que indica que, o bien este animal era inexistente en la región, o bien no se había domesticado aún.

Durante los primeros siglos del milenio siguiente, la presencia del caballo como animal de tiro en el Próximo Oriente era un hecho excepcional, realidad que cuenta con un testigo de excepción que evidencia esta situación, como es la ausencia de referencias hacia este animal en textos de la época, como el Código de Hammurabi.

A la altura del 1500 a. C. los ejércitos orientales habían ido sufriendo un proceso de transformación, apareciendo nuevas unidades que iban engrosando poco a poco sus filas.

La particularidad de estos nuevos cuerpos se percibía en su forma de desplazamiento, ya que contaban con un nuevo medio de transporte desconocido hasta ahora, esto es, el carro ligero de dos ruedas tirado por caballos, vehículo que, una centuria después aproximadamente, se había expandido por toda Asia, exteriorizándose su uso en obras literarias como La Iliada, que, aunque es cierto, que su fecha de creación se hallaría en torno al

⁶² Quesada Sanz, F.; (2005) Carros en el antiguo Mediterráneo: de los orígenes a Roma. Historia del carruaje en España. Ed. E. Galán. Madrid. Págs. 16-71.

siglo VIII a. C., trata de narrar el contexto existente unos cuatrocientos años antes aproximadamente.

5.2.2.2. El équido en las tierras peninsulares

En el transcurso del Bronce Final al comienzo del Hierro I, durante el paso del II al I m. a. C., la presencia del caballo domesticado en los asentamientos humanos peninsulares ya estaba totalmente atestiguada, bien empleándose como animal de tiro y transporte, o bien formando parte de la dieta, evidencia apreciable en diferentes yacimientos, por ejemplo en Las Camas (Villaverde, Madrid)⁶³.

No obstante, su uso para la monta no se halla totalmente acomodado en el tiempo, pues si las noticias para las regiones euroasiáticas son más o menos claras a la hora de acceder a la información sobre este hecho, situándolo en un periodo espacio-temporal más o menos concreto, no ocurre lo mismo en las tierras del Occidente europeo, ya que la información es poco elocuente, y los testimonios existentes muy parcos; tal como dice Martín Almagro Gorbea “...*En la Prehistoria de la Península Ibérica se documenta el caballo desde fechas muy remotas, pero apenas existe información sobre cómo y cuando se introdujo la equitación*⁶⁴...”

No sería inverosímil pensar que los équidos habrían sido utilizados para la monta esporádica quizás desde su misma domesticación, no faltando estudiosos que han querido ver en las escenas expuestas en el arte Levantino algunas tareas relativas a esta actividad, a través de los presumibles actos de

⁶³ Yravedra Sainz de los Terreros, J. *et al.*; (2009) Implicaciones Metalúrgicas de las marcas de corte en la transición Bronce Final-Hierro en el interior de la Península Ibérica. Gallaecia Nº 28. Págs. 77-92.

⁶⁴ Almagro Gorbea, M; (2005) Ideología ecuestre en la Hispania prerromana. Gladius XXV. Págs.151-186.

sumisión del animal por medio de diversas técnicas y uso de varios aparejos, como riendas o ronzales.

Las informaciones más veraces sugieren que el uso del caballo como forma de transporte surgiría hacia el siglo IX a. C., “...una forma de control de esta especie ya muy tardía y que obliga a relacionar estas escenas con manifestaciones muy tardías, correspondientes al final de la Edad del Bronce⁶⁵...”, pues hasta el momento no existen representaciones que vayan mucho más allá en el tiempo, ya que las figuras existentes pertenecientes al Arte Levantino, como el Jinete del Cingle de la Gallusa (Castellón), que se quieren retrotraer a fechas anteriores al I m. a. C., ofrecen un sinfín de duda, pues no faltan dictámenes que defienden las manipulaciones posteriores de esta imagen, excluyéndolas por consiguiente como un elemento cronológico fiable.

Sea como sea, durante la Primera edad del Hierro el caballo dentro de los núcleos humanos había trascendido el ámbito en el que se desarrollaban sus actividades, arrastre, aporte cárnico y de productos secundarios, etc., para imbuirse de unos nuevos atributos que le harían adquirir un papel significativo dentro de las sociedades, y, aludiendo a las opiniones de Quesada Sanz, habría que tener en cuenta que el empleo de la monta intermitente, no sería equivalente al surgimiento de cuerpos de caballería, la cual necesitaría de una especialización, un alto nivel de “profesionalización”.

Con el fin de exprimir al máximo posible la información que se puede extraer de los grabados hay que tener en cuenta las fuentes fundamentales, la Arqueología, el Arte o la Literatura, disciplinas idóneas para facilitar la mayor cantidad de testimonios posibles con los que clarificar el objeto del estudio en cuestión.

⁶⁵ Blasco Bosqued, C.; (2005) Arte levantino y mundo animal. Cuadernos de Arte Rupestre. Nº 2. Págs. 59-80.

En el caso del Cerro de San Isidro, se cuenta con un obstáculo inherente a la inmensa mayoría de estaciones de arte rupestre al aire libre, que no es otro que la escasez de yacimientos arqueológicos en derredor suyo, por lo que los puntales de la investigación deben ser las fuentes restantes.

Un primer atisbo de escrutinio se localiza en los mismos grabados, pues la densidad de representaciones equinas arrojan luz sobre los estudios, ya que, tal como se ha visto, la baja representatividad del *Equus caballus*, en torno al centenar, de los cuales únicamente tres se muestran sin jinetes, aunque embridados, destapa a sociedades altamente jerarquizadas, en las que este animal supone una posesión o bien de prestigio, pues únicamente las elites podrían hacerse cargo de su manutención y cuidados, comunidades tales como las prerromanas, pero también visibles en los grupos temprano y altomedievales.

Este hecho adquiere una importancia relevante, ya que arroja un testimonio cronológico evidente: la inmensa mayoría de las representaciones postpaleolíticas del Cerro de San Isidro han sido plasmadas no antes del I m. a. C., período en el que es bastante dudoso el uso del caballo para la monta, por lo que, con esta información, se puede descartar totalmente una adscripción a las etapas más tempranas del Bronce.

De otra parte, las representaciones muestran varias fisonomías, aunque no es posible concluir si posee un objetivo claro, es decir, plasmar una diferenciación animal, un intento de representar distintas razas equinas, o, por el contrario, de la obra de diferentes manos, que presentan estilos desiguales.

Es, este punto, bastante importante, ya que alguna de las formas identificadas dejan entrever el uso de un equino diferente al caballo, posiblemente mulo/mula, animal que lleva implícito y comporta una referencia cronológica, puesto que este animal es resultante del cruce entre yegua y burro o asno (*Equus asinus*), así como el burdégano es el resultante del cruce entre caballo y burra o asna, que ya se había ido produciendo en zonas del Próximo Oriente y Egipto a finales del II m. a. C.

Esta hibridación en sí mismo ya es importante como factor de datación, pues si en la Península Ibérica había existido un équido análogo al burro o asno silvestre o salvaje, el *Equus hydruntinus*, éste desapareció al final del Pleistoceno, aunque algún investigador intenta situarlo en el territorio peninsular hasta el final de la Edad media, “...El cebro, *zebro en portugués (Equus hydruntinus)* era el onagro peninsular con piel rayada en las patas, gran mancha en hocico y una banda oscura dorsal; desapareció extinguido por abusos cinegéticos al finalizar la Edad Media. Los portugueses al descubrir en África un équido parecido, lo llamaron zebra⁶⁶...”, si bien, las informaciones arqueológicas demuestran su extinción varios milenios antes, “...aceptando que las valiosas aportaciones de los filólogos demuestran, sin lugar a dudas, que el antiguo zebro era un équido que vivió en la Península Ibérica, su auténtica identificación debía ser buscada entre la fauna fósil del Pleistoceno reciente, e incluso del Holoceno (...) El animal que mejor parece adecuarse a las descripciones directas que sobre el zebro se hicieron, entre los siglos X y XVI, es el *Equus hydruntinus*, del que existe un amplio registro fósil en toda Europa, desde el Villafranquiense, hasta la Edad del Bronce, y cuyos registros más próximos en el tiempo, precisamente se han encontrado en España⁶⁷...”

Mientras, el burro o asno (*Equus asinus*), tuvo un proceso de domesticación a partir del *Equus africanus*, habiéndose producido probablemente en tierras del noreste de África, en torno al río Nilo, hacia mediados del IV m. a. C.⁶⁸, pues ya existen evidencias iconográficas de ello en diferentes objetos decorados, siendo introducido originalmente por los fenicios en las tierras del Sur y Sureste

⁶⁶ Montserrat Recoder, P.; (2008) Ecología eficaz en la vida rural de montaña. Fundación Interuniversitaria Fernando González Bernáldez para los Espacios Naturales. Universidad Autónoma de Madrid. Universidad de Alcalá. Colegio de San Ildefonso. 70 págs.

⁶⁷ Nores Quesada, C.; (1992) Liesau Vonlettow-Vorbeck, C.; La Zoología histórica como complemento de la Arqueozoología. El caso del zebro. *Archaeofauna* 1. Págs. 61-71.

⁶⁸ Nadal, J.; Albizuri, S.; Maroto, J.; (2010) Els orígens del burro domèstic a la Mediterrània i a la península Ibèrica segons les dades arqueològiques. La recuperació del burro català. Aspectes culturals i biològics, (Bosch, E., Comas, P. & Maroto, J., ed.), Quaderns, 28. CECB. Banyoles. Págs. 37-56.

peninsular hacia el siglo VIII a. C. aproximadamente, donde se localizan los vestigios más antiguos ya en la provincia de Málaga, y más o menos un siglo más tarde hacerse visible en zonas de Cádiz, para, posteriormente, extenderse por las factorías y asentamientos del Levante,

No sería hasta la Segunda Edad del Hierro cuando se hallarían estos animales infiltrándose ya por las regiones interiores, dando lugar a los procesos de cruce hacia el siglo IV a. C., que engendrarían animales mucho más aptos para los trabajos de mayor dureza, y con mayor fuerza, como son las mulas.

Por tanto, si se atienden a estos datos, animales como los asnos, aunque podrían conocerse por contactos esporádicos con el Levante, no habrían sido de uso común en las tierras de la Submeseta Norte hasta momentos posteriores al siglo V a. C., y mucho menos protagonistas de unas maniobras de hibridación, lo que significaría que las representaciones de équidos presentes en los grabados del Cerro de San Isidro, en donde se localizan figuras análogas a mulos, arrojan una serie de dataciones para la inmensa mayoría del arte allí plasmado, no anterior, en ningún caso, a la Segunda Edad del Hierro.

Tras estas observaciones, que proporcionan los primeros datos cronológicos, los trabajos de investigación enfocados a la comprensión de la función que desempeñaría el caballo en las sociedades peninsulares durante la Edad del Hierro, y que se palpa en diferentes ámbitos, ayudan a obtener valiosos resultados y conclusiones que permiten ser empleados, por asimilación en muchos casos, en diferentes yacimientos arqueológicos.

Para ello, existen diversos instrumentos válidos con los que sondear a la búsqueda de estos datos idóneos que proyecten delimitar y fijar en el tiempo los grabados del Cerro de San Isidro.

Son varias las fuentes que contienen alusiones y detalles que pueden revelar evidencias aplicables, en este caso, a los espacios de influencia de los representantes del *Equus caballus* presentes en Domingo García. De ellas,

algunas pueden ser fundamentales para ser aplicadas en el estudio de la estación, al poseer suficiente información coincidente con los detalles que las figuras exhiben.

Las bases de información con las que se trabaja y cuya aportación puede despejar las incógnitas en torno a las escenas ecuestres presentes en los paneles del Cerro, hacen referencia al contexto en el cual se debe considerar la importancia del caballo, entornos en que la iconografía y las representaciones artísticas cobran un sentido del que carecen otros ámbitos, esto es, las relaciones comerciales no son significativas para la búsqueda de respuestas, pues lo único que determinan son los contactos ente los diferentes grupos y la importancia de este animal como objeto de prestigio y de intercambio.

Por tanto, hay que fijar la atención en las fuentes basadas en la documentación iconográfica existente, la cual, en muchas ocasiones, se sitúa dentro de los circuitos destinados a servir como propaganda política, como enaltecimiento de los grupos de poder, y con este fin aparecen diferentes conjuntos escultóricos cuyo cometido es enaltecer las acciones de alguno de los miembros de las élites, pero que a su vez, contienen gran cantidad de información, la cual permite percibir, en este caso, la forma de uso y manejo del caballo en un terreno tan importante como el bélico.

Dentro de los conjuntos artísticos apropiados para obtener algunas vías argumentativas aplicables a los grabados de San Isidro, se podría hablar, aunque de manera muy generalista, de dos paradigmas materializados en momentos temporales consecutivos, fases marcadas por el uso de diferentes tipos de soportes en donde se despliegan numerosas alusiones a la monta del caballo.

Durante la II Edad del Hierro se desarrolla una escultura en la que guerreros y caballos ocupan un lugar preponderante. Estos tipos se localizan sobre todo en las zonas mediterráneas, pues en las regiones celtibéricas los hallazgos son más bien escasos, aunque durante los siglos II/I a. C. en estos territorios se

conocen una serie de estelas que exhiben en su superficie figuras ecuestres, presumiblemente la alegoría del guerrero convertido en héroe.

Ejemplo de ellas es la Estela Cluniense depositada en el Museo de Burgos, de cincuenta centímetros de diámetro y donde un jinete, sin espuelas, se muestra aferrando lanza y escudo redondo (*aspis*) de gran tamaño y con umbo, o las existentes en el Museo Arqueológico Nacional, también provenientes de Clunia, y de la misma forma, poseyendo sendos bajorrelieves de jinetes armados con lanza y escudo como protección, o el Jinete de Osuna (Sevilla) figura grabada en un fragmento de caliza de 78 cm. de altura y 70 de anchura, que aparece asiendo un objeto, aunque debido al nivel de deterioro es difícil aventurar de que se trata, ya que por la postura de la mano derecha, no parece estar sujetando una espada.



Fig. 15. Estela depositada en el Museo de Burgos. Tomada de domuspucelae.blogspot.com

No obstante, uno de los más famosos modelos es el grupo de Porcuna u Obulco (Jaén), con dataciones de la primera mitad del siglo V a. C. y emplazado en la actualidad en el Museo de Jaén.

En esta escultura, cuya significación no está del todo clara, pudiendo interpretarse como un combate ritual o un enfrentamiento real, un guerrero se encuentra asestando el “golpe de gracia” a su enemigo abatido.

El vencedor, pie a tierra, retiene las bridas de su cabalgadura con su mano izquierda, mientras alancea con la derecha a su adversario.

Lo importante de esta representación, que por otra parte posee una gran minuciosidad, acto que brinda un gran conocimiento sobre algunos de los factores esculpidos, como pudiera ser la panoplia, es el hecho de que el jinete ataca al hombre moribundo con el pie a tierra, y no sobre su montura, acción que, junto al empleo de la lanza y la contemplación del arma blanca que porta, denota la inexistencia de una espada competente y apta para ser desenvainada y manejada con utilidad a sobre un équido, mientras que este, posiblemente reforzaría la posición que ocupa el guerrero dentro de la sociedad⁶⁹.

Por otra parte, el guerrero descabalgado podría acentuar el concepto de “infantería montada” defendido por los investigadores, idea, también corroborada por la pequeña longitud del puñal, insuficiente para llevar a cabo un ataque a caballo.

Esta idea del uso de armas de asta como equipo fundamental ofensivo se observa también en otros conjuntos artísticos, como sería el caso del Relieve con guerreros de Almodóvar del Río (Córdoba), datado en los siglos IV/III a. C., y actualmente en el Museo Arqueológico de Córdoba. En este conjunto aparecen dos carros de cuatro ruedas flanqueados de dos jinetes, portando uno de ellos un escudo y otro una lanza, pero sin rastro de espadas.

Además de todos estos elementos iconográficos, cuya misión es propagar el poder de las clases más altas de la sociedad, y en donde el caballo forma parte

⁶⁹ Domínguez Monedero, A.; (2005) Jinetes en Grecia y sus ecos en la cultura ibérica. Gladius XXV. Págs. 207-236.

de los medios con los que transmitir y difundir su autoridad, este animal, del mismo modo, se plasma en otro tipo de objetos, compuestos fundamentalmente por tipos cerámicos, usualmente de uso más mundano y cuyo objetivo, en muchos casos, es servir de ornamento y embellecer la pieza, tanto si se presenta solo, como formando parte de escenas, las cuales son susceptibles de poseer información que de algún modo, podrían esconder diferentes respuestas a las dudas existentes, aunque es difícil localizar jinetes combatiendo con otra arma diferente a la lanza o jabalina.

A partir del siglo III a. C. se desarrolla un nuevo tipo artístico, que ya existía anteriormente, pero ahora adquiere un nuevo empuje, y tomando como base la superficie de los utensilios cerámicos, vasos, urnas, jarras, etc., se dan cita diversos tipos de decoración, geométrica, símbolos en zigzag, líneas rectas verticales y horizontales, círculos, grecas, antropomorfos, seres fantásticos, y entre todos ellos no faltaría la presencia de figuras ecuestres.

La ornamentación cerámica no es privativa de una región particular de la Península Ibérica, constituyendo una suerte de vademécum en donde los numerosos pueblos recogen, a partir de las representaciones pictóricas, una parte de sus creencias y mitos, su forma de observar la naturaleza y sus modos de vida, pues la creación de las numerosas escenas, procesionales, caza, guerreros, etc., presentes en gran cantidad de la plástica hace pensar que los artistas fundamentan sus composiciones en episodios reales, aunque bastante idealizados, que intentarían recrear el universo que les rodea.

De esta forma, todas estas recreaciones deben servir como puntal o sustento en el estudio de otros grupos artísticos que cuentan con dificultades de diversa índole, como es el caso de los paneles del Cerro de San Isidro, pues al ser un espejo de la realidad, permiten establecer unas pautas bastante fiables con las que poder establecer un patrón que permita cotejar las representaciones de uno y otro repertorio.

Durante estos siglos tomando como hilo conductor la ornamentación cerámica de dos zonas concretas, se podría establecer un paralelismo con Domingo García a partir de las figuras ecuestres, escenas muy elocuentes a la hora de apreciar algún tipo de analogía.

Dejando de lado las cuestiones técnicas y estilísticas, tipología, funcionalidad, materiales, etc., materia que entran dentro del examen de los aspectos formales de la alfarería, en las zonas ibéricas durante los últimos siglos del I m. a. C. se da un tipo de pintura sobre cerámica que abarca diversos planos, entre ellos el referido al mundo de la guerra.

La cerámica ibérica, y dentro de ella el estilo Oliva-Llíria (Valencia) que arranca a mediados del siglo III a. C., refleja en su decoración las luchas de campeones, conocidas como "*monomachias*", escenas en las cuales los guerreros hacen gala de la panoplia utilizada. Estos utensilios exhiben las figuras tanto de infantes como de jinetes, poniendo a la vista el armamento empleado en este período, así como las formas de combatir. En ellos se puede observar como los guerreros a caballo muy comúnmente aparecen portando armas arrojadas mientras marchan, y en las ocasiones en que se trazan en actitud de combate el arma utilizada nunca es una espada, acción que acredita el mínimo uso que hacían de ella desde su montura.

En el recipiente conocido como "Vas dels Guerrers" se aprecia claramente esta forma de actuar⁷⁰. La pieza, descubierta en el poblado de la Serreta (Alcoy, Alicante) y datada en torno a los siglos IV/II a. C., cuenta con sesenta y cinco centímetros de altura aproximadamente y se decora con una secuencia narrativa en la que se describen dos acontecimientos de armas. Un primer episodio que se interpreta como la caza de un ciervo, en la que dos jinetes se manifiestan en actitud de lanzar sendas jabalinas, siendo evidente la ausencia de cualquier otro tipo de armamento, lo que incidiría en el poco o nulo uso de la espada por parte de los jinetes en esta época, idea secundada por el segundo

⁷⁰ Olmos, R.; Grau, I.; (2005) El Vas dels Guerrers de La Serreta. *Recerques del Museo d'Alcoi*, 14. Págs. 79-98.

lance, que exhibe un combate descrito dentro de la lucha entre campeones, uno de ellos batallando, esta vez sí, con espada de hoja recta, que porta en su mano izquierda, y que acentuaría el uso de este arma principalmente en infantes.

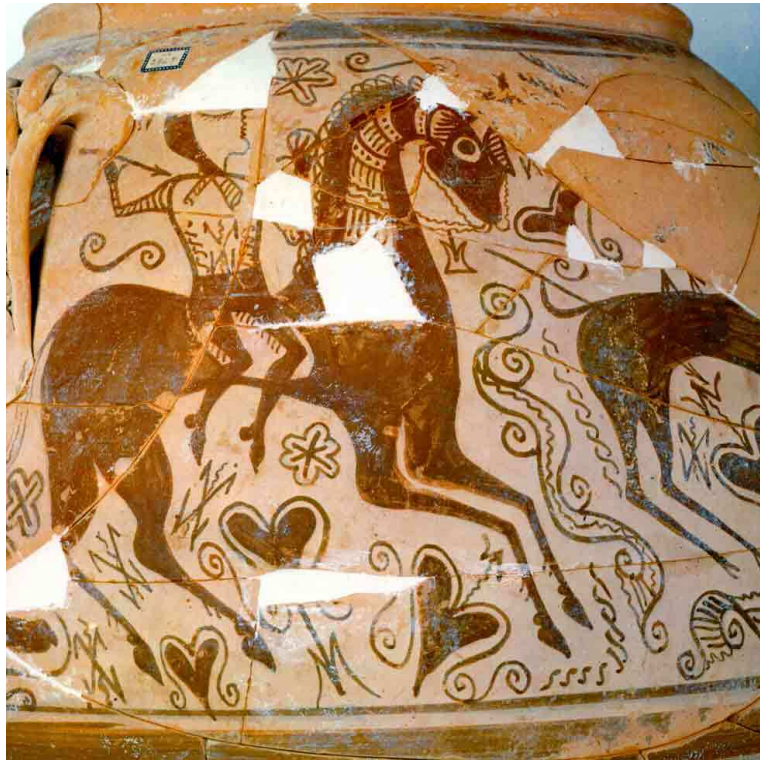


Fig. 16. Cerámica ibérica de estilo Oliva-Llíria. Foto tomada de www.contestania.com

Otro buen ejemplo se obtendría de la cerámica decorada descubierta en el yacimiento del Tossal de Sant Miquel (Llíria), datada en torno a los siglos III/II a. C. , por ejemplo el *lebes* 149 que recoge una serie de enfrentamientos entre guerreros. En las escenas ecuestres el jinete aferra un proyectil, posiblemente una jabalina, sin poseer ningún otro armamento ofensivo, ni defensivo. En contraposición, en el combate de campeones un guerrero porta lanza y *scutum*, mientras el otro ataca con lo que parece ser una falcata.

En el *lebes* 113 del departamento 11 también se observa una escena bélica, en la que un par de jinetes se enfrentan a sendos infantes, los jinetes poseen lanza, mientras que los guerreros utilizan *scutum* y falcata.

El *lebes* 129 representa una batalla, en la cual actúan jinetes y guerreros. Todas las figuras ecuestres portan armas arrojadizas, que se encuentran prestos a lanzar, mientras que con la izquierda agarran las riendas del caballo, y no existen indicios de armamento defensivo. Por su parte los guerreros presentan por una parte jabalinas y falcatas y por otra, se defienden con un *scutum* mientras utilizan jabalinas como armas defensivas.

Un poco más al sur de Valencia se localizan ejemplares cerámicos con estos tipos decorativos; así en Archena (Murcia) se halló un recipiente de unos 40 cm. de altura, conocido como “Vaso de los Guerreros” con fechas del siglo III a. C.⁷¹.

En él se recogen las mismas acciones bélicas y cinegéticas que se plasman en las cerámicas anteriores. De la misma forma, se produce un enfrentamiento de campeones en donde los guerreros se protegen con *scutum*, mientras combaten con lanzas, si bien, se aprecia que uno de ellos porta una posible falcata, que aún no ha desenvainado.

Por su parte, los jinetes se representan, como en situaciones anteriores, es decir, portando como arma una jabalina, aunque en uno de ellos, que se encuentran en trance de enfrentarse a un guerrero a pie, es más patente el uso de una lanza, sin contar con ningún tipo de armamento defensivo.

De la misma forma, ejemplos de esta cerámica decorada se pueden visualizar en las regiones del interior peninsular, relativamente cercanas a Domingo García, siendo la cerámica numantina, la que presenta numerosa figuras equinas.

Esta conducta también es fácil observarla en las creaciones monetarias, pues comúnmente la moneda era utilizada como una fuente de propaganda política, una loa hacia las clases dominantes, en donde se exhibía profusamente la

⁷¹ Gabaldón, M.; (2007) Vaso ibérico de 1os guerreros (Archena, Murcia). Pieza del mes. Los mensajes de la cerámica. Ciclo 2006/2007. Museo Arqueológico Nacional. 12 páginas.

figura del *heros equitans*, el antepasado, fundador mítico del asentamiento, la ciudad, el conquistador, familiar más importante de una *gens*, grupo, etc., que se presentaba, usualmente lanza en ristre, como el gran paladín, defensor de su clientela.



Fig. 17. Denario con jinete. Foto tomada de www.museodeburgos.com

La información que se puede extraer de las monedas, es, sin embargo, limitada en el tiempo, ya que estas figuras plasmadas en el metal abarcan únicamente los últimos siglos del I m. a. C., periodo en que se acuñan monedas en la Península Ibérica, por tanto se convierte en un “contenedor” de detalles parco en cuanto testimonios se refiere, ya que, mayoritariamente los jinetes se dotan de lanzas, jabalinas, etc., sosteniendo en muy contadas ocasiones otro tipo de armamento, lo que, por otra parte, sugiere que en estos siglos el combate a caballo seguía estando dominado por este tipo de armas.

Los datos que se pueden obtener a través de estos caudales de información permiten llevar a cabo diferentes cotejos con los grabados existentes en los paneles de Domingo García, a la búsqueda de discrepancias y analogías que arrojen luz sobre su posible cronología, y que, a todas luces, hablan de una creación posterior en el tiempo, argumento establecido y fundamentado en el diferente empleo en combate que se hace del caballo, pues, mientras en todas

las fuentes citadas hasta el momento, cerámica, moneda, escultura, el jinete ase principalmente la lanza o jabalina como arma de ataque, en el caso de los grabados del Cerro, es común ver como los caballeros entran en liza asiendo amplias espadas.

El aporte derivado de la lectura de los autores clásicos remite fundamentalmente a las postrimerías del I m. a. C., puesto que autores como, Ptolomeo, Polibio, Tito Livio, etc. Se enmarcan en fechas de los dos últimos siglos, cuando las legiones romanas arribaron a la Península al encuentro de los cartagineses durante la Segunda Guerra Púnica (218-202 a C.), así como durante los primeros años de la era, cuando autores como Estrabón redactan su Geografía, cuyo III volumen recoge la descripción de las tierras peninsulares.

Esta situación no impide que los documentos sean un complemento a la información conseguida por los cauces mencionados, pues en muchos casos se trata de recopilaciones de autores anteriores, que pueden haber conocido los hechos de primera mano.

Con las aportaciones e informaciones conseguidas a través de la documentación, tanto escrita como iconográfica, el paso siguiente radica en llevar a cabo una sistematización que pueda poner en relación al caballo con diferentes espacios o esferas de proyección, donde el animal es susceptible de tener un protagonismo más o menos mayor, pero importante para ser recogido, plasmado y trasmitido en el tiempo.

De esta forma, y efectuando un ejercicio de extrapolación de los datos conocidos, podremos concluir los procesos de estudio e investigación que llevarán a situar cronológicamente los grabados del Cerro de San Isidro.

Las primeras crónicas referidas a las tierras peninsulares ven la luz a partir de los movimientos colonizadores de fenicios y griegos, y aluden sobre todo a las tierras del litoral mediterráneo donde establecen sus factorías y asentamientos

estos colonizadores, existiendo algunos relatos más o menos legendarios, como la cita de Tarsis en La Biblia o los trabajos de Hércules.

Habrá que esperar la entrada de los romanos en la Península, con motivo de la II Guerra Púnica (218-202 a. C.), cuando se despierte la curiosidad sobre las tierras y los pueblos allí establecidos, sobre todo en los últimos tiempos del milenio, periodo en que los testimonios y relatos son más profusos.

Sin embargo, lo cierto es que las noticias provenientes de los autores de los siglos II/I a. C. pueden ser consideradas, en buena medida, de “segunda mano”, pues muchos de ellos no hollaron en ningún momento el suelo peninsular, de tal modo que recogieron los datos de forma indirecta.

Con todo, esta afirmación no significa que sus palabras carezcan de validez, ya que sus referencias y narraciones, junto a las investigaciones y obras actuales, favorecen el acercamiento a los enfrentamientos y acciones bélicas que se sucedieron durante estos siglos, posibilitando con ello el conocimiento de las características y particularidades en las formas de batallar.

Parece ser que uno de los pocos autores que visitaron la Península fue Polibio, el cual acompañó a Escipión Emiliano durante el cerco de Numancia, llevado a cabo en la segunda mitad del siglo II a. C. Este autor serviría de base a cronistas e historiadores posteriores, como Posidonio, que se establecería al principio del siglo I a. C. durante un tiempo en Gades, o Estrabón, el cual, realizaría una descripción de Hispania en su libro III de Geographica.

Polibio, Estrabón, Tito Livio o Diodoro Sículo, entre otros, refieren las características propias de las poblaciones asentadas en la Península, sus peculiaridades, religiosidad, actitudes bélicas, etc., y a partir de ellos se pueden inferir sus tácticas y formas de combatir, otorgando un papel relevante a la figura de los jinetes hispanos, para lo que se acercan y dan a conocer sus usos y prácticas, algunas de ellas extendidas, parece ser, por todo el ámbito mediterráneo “...no es costumbre privativa de los iberos la de montar dos en un

mismo caballo, de los cuales uno, llegado el momento del combate, lucha como peón”. (Estrabón (III, 4,18)⁷²

Con sus escritos se han podido concluir una sucesión de tácticas y acciones desplegadas por estas fuerzas ecuestres que poseen un alto valor, pues su presencia o ausencia en diferentes estructuras artísticas puede resultar esclarecedora como indicación cronológica de la obra en cuestión.

Así, el uso de un caballo por dos guerreros se ha explicado como una práctica utilizada en diferentes regiones del Mediterráneo, atestiguada por el mismo Julio César durante su estancia en las Galias, por la que el caballo se dirigía al combate con dos jinetes, para, posteriormente, uno de ellos echar pie a tierra y luchar como infante, mientras el otro, su escudero, se hacía cargo del animal, pudiendo, su plasmación en una composición pictórica, grabado, escultura, etc., servir como data de dicha composición.

La divulgación de las formas de actuar en las acciones de guerra, observadas, recopiladas y descritas por los autores antiguos y recogidas e investigadas por historiadores actuales, permite determinar algunas precisiones sobre los usos del caballo en las operaciones bélicas que se ponían en marcha, bien entre los diferentes pueblos peninsulares, bien contra las tropas romanas.

Todos ellos, tanto escritores clásicos como modernos, hacen hincapié en la puesta en práctica de una maniobra muy común entre la inmensa mayoría de jinetes peninsulares, esto es, las aristocracias marchaban al campo de batalla a caballo, para, al llegar al frente desmontar y, acto seguido, combatir en la inmensa mayoría de las ocasiones como infantes.

Esta conducta estaría encaminada posiblemente a solventar cuestiones más o menos importantes, como sería el hecho de llegar lo más descansado posible a

⁷² García-Gelabert Pérez, M. P.; (2007) Los caballos de la Península ibérica y del Norte/Noroeste de África: cría, cruce y exportación en la época prerromana y en la del dominio por Roma. HAnt XXXI-2007, 21-38.

la lucha, y por otra parte, el intento de proteger un bien preciado, símbolo de la posición social de las elites, de gran consideración y prestigio, tanto intrínseco por su significado, como desde un punto de vista pragmático, pues se trataba de un animal delicado que necesitaba numerosos cuidados, siendo por ello una posesión de gran valía, cuya pérdida debía suponer un infortunio.

Es por ello, que diversos investigadores hablan de la existencia de una suerte de “infantería montada”:

1. Polibio, fr. 95; *“...Esto tienen de particular los celtíberos en la guerra: cuando ven que sus infantes ceden, descabalgan y dejan los caballos dispuestos en formación; al efecto disponen unos pequeños clavos al extremo de las riendas, los que clavan en el suelo enseñando a los caballos a no moverse de la fila hasta que ellos vuelven y arrancan los clavos...”*.
2. Sánchez Moreno; *“...más que de caballería habría que hablar de infantería montada pues hasta prácticamente el siglo II a. C. los jinetes hispanos, aunque llegaban a caballo al frente de batalla, luchaban descabalgados reforzando la infantería, sin constituir por tanto una verdadera formación táctica de caballería⁷³...”*.
3. Almagro-Gorbea; *“...según indican Diodoro (5, 33, 5), quién refiere que peones y caballeros combatían juntos, y, especialmente, Estrabón (3, 4, 15-18), que explica cómo dos hombres montaban un mismo caballo combatiendo uno de ellos a pie, seguramente el «guerrero heroico», mientras el otro le haría de palafrenero. Esta costumbre de combatir juntos jinetes y peones la recoge también Livio (29, 2, 13) al relatar la muerte de Indíbil el 205 a. C. y esta*

⁷³ Sánchez Moreno, E.; (2005) Caballo y sociedad en la Hispania céltica: del poder aristocrático a la comunidad política. Gladius XXV. Págs. 237-264.

tradición de combatir los jinetes a pié aún se mantenía en tiempos de César (b.H. 15,1)⁷⁴...

4. Salinas de Frías; *“...más que una caballería propiamente dicha, era una infantería montada, reclutada entre la aristocracia de las ciudades⁷⁵...”*

5. García-Gelabert Pérez; Blázquez Martínez; *“...Y esos jinetes ilustres no tenían empacho en descabalar y luchar junto a la infantería, colocándose al frente, con las mismas tácticas y más éxito que sobre montura, porque la carencia de estribos era un impedimento grande para la buena resolución de un acto bélico. Así se lee, entre otros, en el texto de Livio (XXIX, 2,13), La costumbre de combatir a pie los jinetes está igualmente recogida por Diodoro (V, 33,5) y Estrabón (III, 4,15-18), refiriendo éste como dos hombres montados en un mismo corcel al entrar en batalla uno descabalgó. Aún en tiempos de César subsistía el combate a pie de los jinetes (Bh. XV, 1), y desde luego no cabe duda de que debe pensarse, como indicamos más arriba, en infantería montada que comparte una táctica común con los infantes propiamente dichos. Este modo de combatir está atestiguado muy temprano en el heroon de Obulco⁷⁶...”*

6. Tirador García; *“...Entre los siglos IV y III a. C. aparecen referencias en las fuentes a unidades de caballería entre celtiberos y lusitanos, pero que más bien deberíamos entender como una infantería montada en vez de caballería, pues desmontan para combatir a pie. Será sobre todo a partir del siglo III y durante el II a. C. cuando se*

⁷⁴ Almagro Gorbea, M.; (2005) Ideología ecuestre en la Hispania prerromana. Gladius XXV. 2005. Págs.151-186.

⁷⁵ Salinas de Frías, M.; (2010) Sobre algunos textos clásicos referentes a la caballería de los celtiberos y al simbolismo de sus armas. Gladius. Estudios sobre armas antiguas, arte militar y vida cultural en oriente y occidente XXX. Págs. 137-154

⁷⁶ García-Gelabert Pérez, M. P.; Blázquez Martínez, J. M.; (2006) Dioses y caballos en la Iberia prerromana. LVCENTVM XXV. Págs. 77-123.

conformen verdaderas unidades militares de caballería con unas tácticas propias⁷⁷...

7. Quesada Sanz; *“...Si por el contrario lo que la documentación nos muestra es la existencia de grupos reducidos de guerreros que se desplazan hasta el campo de batalla montados en un distinguido y relativamente cómodo medio de transporte, que lo hacen como líderes individuales con un séquito reducido, y que desmontan para combatir en una formación de infantería, entonces tenemos infantes, o como mucho "infantería montada"...”*. *“...El tipo de combate que cabe esperar es, el reflejado en el monumento de porcuna: los caballeros, los hippeis o equites ibéricos, descenderían normalmente del caballo antes de entrar en combate⁷⁸...”*.

Es así como a través de los textos se aprecia el rol secundario del caballo en el desarrollo de los conflictos durante los tres primeros siglos de la II Edad del Hierro, circunscrito, las más de las veces, a ser un vehículo de transporte.

Parece ser que en a partir del siglo II a. C. las aristocracias indígenas van a ir sufriendo una transformación, un proceso evolutivo por el que irán relegando su carácter guerrero, como se evidencia en la progresiva desaparición de armas en los enterramientos, para ir acrecentando su poder político según se vaya afianzando la presencia de Roma en los asentamientos, si bien, intentarán perpetuar su primacía como élite guerrera a través de objetos cuyo uso fuera idóneo como emisor de propaganda, caso de las monedas y la representación de los heros equitans en su reverso.

⁷⁷ Tirador García, V.; (2011) Caballo y poder: las élites ecuestres en la Hispania indoeuropea. El Futuro del Pasado, nº 2. Págs. 79-95.

⁷⁸ Quesada Sanz, F; (1998) Aristócratas a caballo y la existencia de una verdadera caballería en la cultura ibérica: dos ámbitos conceptualmente diferentes. Actas del congreso internacional “Los Íberos, príncipes de Occidente”. Ed. Aranegui. Barcelona. Págs. 169-183.

No obstante, las fuentes recogen la práctica de algunas “luchas entre campeones” a la altura del año 150 a. C., desafíos que aún llevaban a cabo los guerreros entre sí, pero que también extendían a los oficiales romanos, siendo uno de los más conocidos el que narra Apiano, el cual enfrentó a un guerrero de Intercatia y a Escipión .

Este hecho es importante no sólo por la lucha, sino porque el autor describe una primera fase, formada por un enfrentamiento ecuestre con armas arrojadas, para, posteriormente, en un segundo momento pasar a combatir pie a tierra.

Estos combates continúan evidenciando el papel protagonista de jabalinas y lanzas a la hora de combatir a caballo, tal como reflejan las cerámicas el período, maniobras desempeñadas quizás por la poca estabilidad que existía sobre el caballo, y por la poca longitud de la espada, apta sobre todo para desarrollar un combate cuerpo a cuerpo en tierra.

Aunque el uso de la monta sufrió un proceso de “democratización”, es decir fue más asequible a un número más alto de soldados, las técnicas de combate no fueron parejas, ya que las fuerzas de caballería continuaron sirviendo para misiones de exploración, mensajería y como fuerzas de acoso, tal como llevaban a cabo las turmae romanas, efectuando, en combate, continuadas cargas a distancia con sus armas arrojadas, para, inmediatamente retirarse.

Todas estas fuentes, funerarias, artísticas, documentales, etc., son bastante elocuentes a la hora de aplicar un modelo interpretativo adaptable a los grabados, el cual pudiera arrojar luz sobre ellos.

En base a este modelo, y tal como se observa en las diferentes argumentaciones, las elites peninsulares tenían en el caballo un ideal de superioridad y posición social que le distinguía sobre el común del pueblo, un signo de riqueza, que les permitía un transporte más cómodo y rápido, pero que se intentaba preservar, en la medida de lo posible, durante el desarrollo de las contiendas.

Los ajuares de las necrópolis apuntalan estos testimonios, ya que el pequeño número de enterramientos que posee algún tipo de pieza relacionada con el ámbito ecuestre es muy pequeño en todo el territorio peninsular.

Por otra parte, las piezas artísticas recogen diferentes representaciones de jinetes, en las que su armamento se basa fundamentalmente en el uso de lanza o jabalina, tal como se aprecia en las cerámicas de Lliria, y en muchas ocasiones carentes de ningún tipo de protección.

Su actitud de combate subraya sobre todo su eficacia como infante, papel verificado también por las fuentes documentales al describir una “infantería montada” que emplea el caballo como mero vehículo, quizás por diversos motivos, como podría ser la inestabilidad a la hora de combatir sin una sujeción fiable, o las cualidades del armamento ofensivo, sobre todo la espada, la cual no tiene la suficiente longitud de hoja para ser efectiva sobre un caballo, situación que no sé subsanaría hasta el cambio de milenio.

La aplicación de estas particularidades al centenar de grabados equinos del Cerro de San Isidro constituyen un estímulo, pues componen un caldo de cultivo idóneo en el que obtener diferentes detalles con los que ayudar a fijarlos en un período cronológico, y aunque no absoluto, sí más o menos concreto.

La exposición de varias confrontaciones de jinetes espada en mano, traslada el conjunto de Domingo García a fechas del I m. d. C., ya que, como se ha dicho, los episodios bélicos se dirimían fundamentalmente a través de la infantería, mientras que, durante los dos últimos siglos, las fuerzas de caballería servían fundamentalmente como destacamentos destinados al acoso del enemigo, llevando a cabo ataques rápidos en los que primaba el uso de jabalinas, dardos, etc., como lo demuestra el hecho de que durante los siglos II/I a. C. la

caballería romana, junto a los velites tenían como misión abrir la batalla realizando misiones de hostigamiento, para, posteriormente, retirarse⁷⁹.

Reforzando este argumento se da el hecho de que la recluta de *auxilia* hispanos a comienzos del siglo I se surte principalmente de infantes, existiendo únicamente dos destacamentos de caballería reclutados cerca de Domingo García, un ala de origen vettón (*Ala Vettonum Civium Romanorum*) formada durante el siglo I y estacionada en Britannia y un ala de ascendencia arévaca (*Ala Aravacorum*) también constituida durante el siglo I y asentada en Panonia a finales de siglo⁸⁰.

Será con la aparición de elementos de sujeción, tales como las sillas de montar que adoptan las unidades romanas que permiten al jinete tener mayor estabilidad sobre el caballo, y que comienzan a utilizar en las postrimerías del I m. a. C., cuando las espadas puedan adquirir mayor longitud para poder ser utilizadas con gran fiabilidad desde el caballo.

La casi totalidad de figuras de équidos aparecen en conjunción con una persona, siempre sirviendo de monta, lo que podría, de algún modo relacionarlos con la imagen del animal *psicopompo* que transporta al guerrero al más allá, o con un supuesto antepasado mítico o fundador, un *heros equitans* lanza en ristre, tal como se recogen en algunos estandartes o *signa equitum*, así como en las monedas que se acuñan en las cecas peninsulares de los últimos siglos del I m. a. C.

Sin embargo, al contrario que los héroes, estas figuras es raro localizarlas aisladas, pues habitualmente los jinetes forman parte de una escena, por lo

⁷⁹ Peralta Labrador, E.; (2009) El ejército romano en los siglos II/I a. C. Págs. 267-281. Artículo recogido en: Historia Militar de España coordinada por Almagro-Gorbea, M. I Prehistoria y Antigüedad. Comisión Española de Historia Militar. Real Academia de la Historia. 410 págs.

⁸⁰ Abascal, J. M.; (2009) Los auxilia hispanos. Págs. 301-312. Artículo recogido en: Historia Militar de España. Coordinada por Almagro-Gorbea, M. I Prehistoria y Antigüedad. Comisión Española de Historia Militar. Real Academia de la Historia. 410 págs.

que la intención de los autores no habría sido tanto hacer hincapié en el guerrero en particular, como presentarle formando parte de un acontecimiento, quizás observación de primera mano.

Por otra parte, esta afirmación se encuentra reforzada por la carencia de combates individuales entre guerreros que podrían simbolizar una lucha de campeones o por el hecho de que parece ser que estos équidos no se vinculan a alguna representación que posea connotaciones héroe, un “Señor de los Caballos” ni a ningún símbolo ni forma de tipo solar o astral, Contexto que quizás hubiera envuelto al conjunto de grabados de una aureola de divinidad, otorgándole un contenido religioso.

5.2.2.3. La esfera inmaterial

La esfera inmaterial podría ser definida como un espacio que alberga todo aquello intangible, donde tienen cabida ideas, concepciones, costumbres, simbología, etc., que ocupan un lugar muy especial en la vida de un pueblo, tanto a nivel individual, como colectivo, esencial para la propia supervivencia de la comunidad.

En su interior residirían una serie de principios y pensamientos, de los cuales, parte de ellos se aglutinarían conformando un sistema, unas prácticas cuya generalización dentro del grupo conllevaría la aparición de una doctrina, convertida en un conjunto de creencias que pasarían a conocerse con la denominación de religión.

Una vez instaurado este conjunto de preceptos, normas y dogmas, se les dotaría de una liturgia encaminada a la consecución de ciertos valores y virtudes necesarios para poder acceder a la divinidad, prácticas obligadas que permitirían acceder a los designios que regirían ciertos aspectos de la sociedad.

Reconociendo que cualquier acercamiento a la vida espiritual y religiosa de la Antigüedad es, en verdad, un tanto espinoso debido, en muchos casos, a la parquedad de las informaciones, si es cierto que pueden existir tantas creencias como conjuntos humanos existen, no es menos cierto que en muchas de ellas los animales ocupan un lugar destacado dentro de sus ceremonias y actos rituales, en algunos casos siendo objetos de veneración, por ejemplo en el universo religioso egipcio, en donde el escarabajo, el halcón, el carnero y algunos otros podrían ser descritos en ciertas ocasiones como Hierofanías, es decir una manifestación de lo sagrado, de la divinidad en ellos, mientras que en otras religiones tendrían una significación diferente, formando parte del ritual como dádiva y objeto de sacrificio al Dios.

Es por ello que sería acertado citar las palabras de Sánchez Moreno “...*La religión indoeuropea, y también la mediterránea, relegan en determinadas especies animales la personificación de una deidad o al menos el vehículo transmisor de cierto mensaje sacro como tributos de un dios o emisarios del mismo*⁸¹...”.

Desde su domesticación, el caballo pasaría a tener un importante papel dentro de las celebraciones y conmemoraciones religiosas, derivado de la significación y valor que había ido adquiriendo con el paso del tiempo, debido a su alto coste y a su vinculación con las elites, circunstancias que le hacían estar al alcance de un pequeño porcentaje de la población.

Es, de esta forma, como los équidos pasan a integrarse en alguna de las facetas del universo divino, siendo fundamentalmente dos las funciones atribuibles a los caballos, al mantener, por una parte, una relación directa con ciertas divinidades, bien, formando parte de sacrificios en diferentes liturgias junto a otros animales como toros, ovejas, e incluso seres humanos, tal como narra Estrabón en referencia a los “Montañeses del Norte” “...*Sacrifican a Ares*”

⁸¹ Sánchez Moreno, E.; (1997) Aproximación a la religión de los vetones: Dioses, ritos y santuarios. Stvdia Zamorensia, Segunda etapa. Vol. IV. Págs. 115-147.

un chivo, cautivos de guerra y caballos (III, 3, 7)⁸²...”, inmolaciones presentes en todas las regiones de raigambre indoeuropea, y culturas celtas, bien en forma de presentes y exvotos, donados y localizados en santuarios y centros de cultos a los dioses como forma de obtener una petición, o como compensación a la respuesta de una súplica, e incluso, directamente como acompañantes de alguna divinidad.

Un segundo espacio, el cual también formaría parte de ese mundo inmaterial que únicamente se puede conocer a través de rituales y ceremonias, y en el que igualmente se puede percibir la presencia equina es el ámbito funerario, en donde este animal, junto a algunos otros, se convierte en vehículo de los guerreros, de sus almas, en su tránsito hacia el Más Allá.

Se da, por tanto, una nueva significación para el caballo, puesto que en la vida se torna un bien preciado y al alcance de una minoría, mientras que en la muerte se convierte en un medio con el que esas aristocracias logran acceder a un nuevo estadio, lo que se conoce como un animal “psicopompo”.

Es así como durante el I m. a. C., y tal como se aprecia en la iconografía de la II Edad del Hierro, se hace evidente el gran valor del caballo dentro de las comunidades peninsulares, importancia que trasciende la mera existencia terrenal para transitar a un nuevo plano, un plano superior al que los miembros de las aristocracias acceden a lomos de un animal honrado que mantiene relaciones con ciertos cultos astronómicos y solares, como puede evidenciarse en el caso de la representación del tantas veces mencionado Carro de Trundholm (Dinamarca), datado alrededor del siglo XIV a. C., cuyo conjunto está formado por un équido que arrastra un disco solar, quizás una pieza que integra un presente, un obsequio u ofrenda de algún rito de carácter solar, o el Caballo en bronce de Les Ferreres de Calaceite (Teruel), datado en el siglo VI a. C.⁸³, consagrado a ciertas divinidades, que tienen en ellos un canal de

⁸² Estrabón; Geografía. Libros III-IV. Biblioteca Clásica Gredos. Editorial Gredos. Madrid. 1998. 218 págs.

⁸³ Armada, X. L.; Rovira, S.; El soporte de Les Ferreres de Calaceite (Teruel): una revisión desde su tecnología y contexto. Archivo Español de Arqueología 2011, 84. págs. 9-41.

revelación, dioses protectores y diosas madres a las que acompaña, y que se manifiestan iconográficamente en diferentes puntos de la Península, conocidas por diversos nombres, provenientes en muchos casos de tierras lejanas, Epona, venerada en regiones de la Galia y zonas de la Península Ibérica durante los últimos siglos del milenio, la cual tiene también connotaciones funerarias⁸⁴, Astarté, Tanit, etc.

Estas actividades, creencias y representaciones, ofrecen una cronología que se puede acotar a partir de finales del II y principios del I m. a. C., encontrándose su punto culminante durante la II Edad del Hierro, con el comienzo del siglo V a. C., que es el periodo en el que las aristocracias ecuestres alcanzan su momento álgido, por lo que las representaciones divinas con acompañamiento de équidos también se encuentran muy presentes en la iconografía peninsular.

Por tanto, la presencia de los équidos durante este espacio de tiempo, tanto en Europa como en la Península Ibérica, comienza a ser importante desde el mismo momento de su domesticación, si bien la relación hombre/caballo es más trascendental una vez este animal deja de ser utilizado como arrastre y producto alimenticio, y su función comienza a vincularse directamente a las aristocracias, convirtiéndose en un objeto de prestigio cuya influencia penetra las mismísimas doctrinas religiosas, haciéndose necesaria la aparición de Señores y Señoras de los Caballos, cuya presencia sirve como marcador cronológico, pues sus manifestaciones se encuentran bien delimitadas en el I m. a. C.

Es así, como la iconografía equina vinculada a una divinidad o puesta en relación con un concepto astral puede servir de hilo conductor para la ubicación cronológica de un conjunto artístico, y, aunque estas dataciones son relativas, puesto que, como se aprecia, su extensión o desarrollo abarcaría

⁸⁴ Gabaldón Martínez, M. M; El caballo en el mundo celta. Significado y simbolismo de los équidos entre los pueblos galos. El caballo en la antigua Iberia: estudio sobre los équidos en la Edad del Hierro. Págs. 219-240.

unos cientos de años, su situación temporal parece clara, ya que sus comienzos se producen no antes del Bronce Final, por lo que es obvio que los datos atestiguan una línea de tiempo clara en los siglos que componen la I y II Edad del Hierro, situándose la presencia de divinidades ecuestres más nítidamente en los siglos más tardíos.

Teniendo en cuenta todos estos datos, y tomando en consideración que el Cerro de San Isidro presenta actualmente un porcentaje de representaciones ecuestres del 11,39% sobre el número total de grabados, existiendo en algún momento posiblemente un número mayor, que sin embargo, ha ido desaparecido por diferentes factores, se observa que no existen símbolos solares o astrales relacionados con caballos, ni se aprecia la existencia de alguna divinidad vinculada a estos animales, posibilitando un encuadre cronológico bastante fiable, que habla de fechas posteriores a Cristo.

No obstante, la total ausencia de este tipo de representaciones en la estación rupestre obstaculiza el conocimiento de una ubicación temporal clara dentro del I m. a. C., en la que poder situar las representaciones postpaleolíticas del Cerro de San Isidro.

Se podría argumentar que la inexistencia de grabados relacionados con algún tipo de divinidad se debería al hecho de que habrían sido plasmados por comunidades campesinas o pastoriles, dentro de lo que algunos investigadores han dado por llamar “arte pastoril” alejadas de los circuitos de los dos grandes poblaciones cercanas, Coca y Segovia, y por tanto no imbuidos de las formas de vida y cultura de los asentamientos mayores, en donde las ideologías religiosas “oficiales” serían más palpables.

De la misma forma, también se podría decir que hay que suponer que los autores plasmaron aquello que percibían habitualmente, ya que no hay trazas de haber intentado llevar a cabo interpretaciones simbólicas o culturales, y es por ello por lo que quizás no hubieran representado figuras divinas, Diosas Madres, etc., esculpidas sobre todo a lo largo de la Segunda Edad del Hierro. Esta argumentación se ve respaldada por el hecho de que hasta el momento

no se ha hallado ninguna figura, objeto de culto, exvoto, etc., que pudiera llevar a la conclusión de que la zona de San Isidro pudiera estar relacionada de alguna manera con un centro de culto.

Con todo, resulta curioso observar como en los grabados sí se descubren algunas particularidades y rasgos religiosos, sobre todo en forma de figuras cruciformes, representaciones que, cuanto menos, pueden ofrecer alguna información cronológica, ya que se refieren a momentos en los que la cruz pasaba a tener algún tipo de significación, y esto se produce durante el reinado de Constantino el Grande que es cuando se institucionaliza el símbolo de la cruz, ya que, según se cuenta, el emperador habría soñado con ella antes de vencer en la batalla de puente Milvio, y si bien, la cruz se ha utilizado en numerosos ritos y religiones anteriores al cristianismo, así como también aparece en arte rupestre paleolítico, en Domingo García parece claro que las representaciones existentes no dan pie a ningún tipo de duda, pues son visiblemente cruces latinas.

Por tanto, es posible señalar que la ausencia de representaciones concernientes a divinidades anteriores a la aparición del cristianismo no se encontraría relacionada con el desconocimiento o los dogmas de los autores de tales grabados, sino que, por el contrario, estos habrían representado las imágenes y símbolos que existían en su momento, entre ellos los signos y emblemas de la religión que se profesaba en este período de tiempo, es decir, el cristianismo.

5.2.2.4. Necrópolis

En el paso del II al I m. a. C. la paulatina transformación de las formas de vida iría acompañada de una mayor complejidad en el seno de los asentamientos humanos.

Es en este período cuando comienzan a surgir los rasgos y atributos que conformarán las sociedades características de la Edad del Hierro, pueblos que se establecerían en diferentes solares adquiriendo unas peculiaridades propias, en algunos aspectos, imbuidas de influjos y corrientes externas traídas por los grupos foráneos que se habían ido estableciendo gradualmente en las tierras peninsulares desde las últimas etapas del Bronce y principios de la Edad del Hierro, fundamentalmente en las zonas costeras, desde el norte al sur de la Península Ibérica, fundando diferentes factorías, colonias y establecimientos.

En su disparidad, en su idiosincrasia, todos estos pueblos compartían algunos aspectos en común, posiblemente como consecuencia de los recurrentes contactos e intercambios llevados a cabo entre ellos, y con los grupos foráneos asentados en el territorio, aunque no exentos de evoluciones internas.

Sin embargo, es apreciable que uno de estos elementos ocupaba un lugar destacado, pues se convertiría en un exponente claro de la particularidad de las elites debido, entre otras cosas, a su delicadeza y a su valor, tanto intrínseco (cuidados, alimentación, etc.), como externo, ya que se transmutaría en el símbolo del estatus que cada cuál ocupaba dentro de la sociedad, franqueando la línea que le convertiría imperceptiblemente en parte de las singularidades de la aristocracia.

Esta alegoría del poder se encarnaba en la figura del caballo, animal distinguido y noble por excelencia, que en su tránsito había pasado de ser una fuente de alimento a convertirse en un atributo de prestancia y distinción.

Es por ello, que su presencia podía localizarse en diferentes planos de la vida, complementarios en algunos aspectos, y todos ellos muy importantes en el devenir de los pueblos, hasta el punto, en algunos casos, de convertirse en compañeros de sus dueños en el viaje más allá de la muerte.

Los enterramientos son una fuente esencial para el conocimiento de una sociedad a través de sus prácticas, rituales y ajueres funerarios, entre cuyo

contenido, en algunas ocasiones, se puede constatar la presencia de équidos, o en su caso, de los atalajes correspondientes.

De esta forma, desde que se produjo la domesticación del caballo, se ha podido constatar a lo largo de toda Europa, como se han producido inhumaciones de estos équidos, bien como acompañantes de sus dueños, bien como únicos ocupantes de la tumba.

Ejemplos de enterramientos de équidos pueden registrarse ya desde fechas muy tempranas, por ejemplo en la cultura de Samara, situada en la región del Volga y datada hacia la segunda mitad del V m. a. C. , donde ya se localizan en sus enterramientos restos de équidos acompañando al cadáver, normalmente en fosas individuales.

De la misma forma, estos rituales eran practicados por los grupos conocidos como Kurganes, de la que Samara supondría el principio o antecedente, estando asociados a la aparición de los linajes protoindoeuropeos, que aglutinarían a diferentes pueblos, asentados paulatinamente en la misma región aproximadamente, en torno al Cáucaso y los ríos Volga y Dnieper, y de los que formarían parte la cultura Khvalynsk, cultura Dnieper-Donets, cultura Khvalynsk, cultura Yamna, que abarcaban una horquilla temporal entre el V y mediados del III m. a. C.

Todos ellos poseerían una liturgia de inhumación común y que les ha valido ser conocidos por este término, ya que la denominación “Kurganes”, de posible origen turco, significaría Túmulo, y en ella, las ofrendas de animales, entre ellos el caballo, eran bastante comunes.

En los primeros estadios, el caballo se depositaba en las tumbas, de tal forma que el cuerpo del animal acompañaría a su dueño al más allá.

En otras ocasiones, las referencias al caballo provenían de cerámicas y objetos artísticos que, en todo caso, hacían que el caballo estuviera presente en el enterramiento. Ejemplo de ello se observa en el sepulcro de la Dama de Vix, donde se depositó una crátera gigante de posible origen griego, con dataciones

en torno al siglo VI a. C., de unos 200 kilos de peso aproximadamente y más de un metro y medio de altura que contaba en su cuello con diferentes relieves, en los que se representa una procesión funeraria cuyo protagonismo lo ostentan los diferentes carros que caminan en hilera. De una u otra forma, el caballo estaría presente en el enterramiento.

Con el paso del tiempo es obvio que el caballo se convierte en un animal muypreciado, en que las elites son las únicas que pueden mantenerlo, un objeto delicado, de cara manutención, que se hace cada vez más costoso, por tanto, su pérdida constituiría un hecho bastante grave, por lo que su presencia física fue sustituida poco a poco por otros objetos relacionados con el equino, fundamentalmente aquellos que formaban parte de su equipo, sus atalajes, sus arreos, en un afán por demostrar la pertenencia del difunto a las aristocracias, las clase dirigentes, únicas capacitadas para mantener este signo distintivo.

En los primeros siglos de la II Edad del Hierro tanto el área mediterránea como las zonas del interior presentan en sus necrópolis un pequeño porcentaje de enterramientos que poseen panoplia y junto a ella, algún tipo de pieza ecuestre, reflejo de la división social existente en las comunidades.

En la necrópolis de Aguilar de Anguita (Guadalajara) únicamente un 1% de los enterramientos forman parte de las clases más altas de la sociedad⁸⁵, mientras que en Las Cogotas (Ávila), necrópolis bien conocida por los investigadores, se localizaron 1613 enterramientos, de los cuales 1447⁸⁶ han sido objeto de estudio, revelándose que aproximadamente un 3% de los enterramientos contaban con un armamento completo junto a bocados o arreos⁸⁷.

⁸⁵ Lorrio, A. J.; (2005) Los celtíberos. El texto es una versión actualizada del artículo del mismo título publicado en M. Almagro-Gorbea, M. Mariné y J. R. Álvarez Sanchís (eds.), *Celtas y Vettones*, Diputación Provincial de Ávila. Ávila. 2001. Págs. 182-199.

⁸⁶ Datos extraídos de Álvarez-Sanchís, J.; (2003) *Los señores del Ganado*. Arqueología de los pueblos prerromanos en el Occidente de Iberia. Akal Arqueología. Madrid. 179 págs.

⁸⁷ Prados Torreira. L; (2011-12) El ritual funerario durante la II E. del Hierro en la Península Ibérica. Algunas reflexiones sobre los grupos marginados por la investigación. *CuPAUAM* 37-38. Págs. 317-331.

En tiempos más tardíos, hacia el siglo II/I a. C., en la necrópolis de El Romazal I (Villasviejas del Tamuja) han salido a la luz algo menos de trescientas tumbas, de las cuales únicamente presentan elementos ecuestres el 3% de ellas⁸⁸.

Estos datos muestran como la posesión del caballo se encontraba en un sector muy reducido de la población, lo que también podría significar que su número no existía en grandes cantidades.

Pero es muy posible que también tuviera una significación más sutil, por la que el caballo se convertiría en un medio de transporte, una forma de alcanzar el más allá, la otra vida, por lo que, en este sentido, adquirió atributos de animal psicopompo, de conductor del alma hacia la ultratumba.

Sin ser una contribución tremendamente trascendental para la investigación de los grabados, la presencia de aparejos en los espacios de enterramiento, es, sin embargo, clarificadora con el fin de poder llegar a conocer el grueso de jinetes existentes con respecto a las fuerzas de infantería de un asentamiento, fundamentalmente miembros de las aristocracias, únicos que podían hacerse cargo del coste y mantenimiento de este animal.

En esta cuestión, es difícil vincular las representaciones equinas del Cerro de San Isidro con algún tipo de significado ritual, ya que, hasta ahora, La Carta Arqueológica no ha detectado ningún tipo de necrópolis de estas características, siendo los únicos enterramientos localizados en la zona, por una parte, lo que parece ser una serie de enterramientos con dataciones tardorromanas, y por otra, una veintena de tumbas antropomorfas excavadas en la roca aledañas a la ermita y a pocos metros de los paneles, datadas en torno a los siglos IX/XI.

⁸⁸ Datos extraídos de Álvarez-Sanchís, J.; (2003) Los señores del Ganado. Arqueología de los pueblos prerromanos en el Occidente de Iberia. Akal Arqueología. Madrid. 179 págs.

5.2.2.5. El caballo en la guerra

La domesticación de ciertas especies supuso un paso importantísimo en la evolución de las comunidades humanas, ya que el paulatino proceso de estabulación alteraba y facilitaba sus formas de vida drásticamente, pues con esta mejora la accesibilidad a una fuente de alimentos o de productos secundarios, tales como pieles con las que confeccionar la indumentaria, se simplificaba sobremanera.

Pero la consecución de estas materias no representaron las únicas ventajas adquiridas a través del control de estos animales, dándose un paso más allá al combinar el uso de la rueda con el empleo de algunos de ellos como fuerza de tracción, resultando una total revolución en los medios de transporte.

Es así, como durante el IV/III m. a. C. se asiste a la aparición de un vehículo, fusión de unos avances tecnológicos con una nueva fuerza motriz, personificada en un primer momento muy probablemente en un tiro de origen bovino, que permitiría una mayor movilidad y acceso a lugares cada vez más lejanos.

El carro, consistente inicialmente en un armazón simple situado de forma horizontal sobre cuatro ruedas macizas, hacía posible el tránsito de mayores cargas que hasta ese momento condicionaban el desplazamiento, además de servir como medio de locomoción humano, por lo que fueron protagonistas de una continuada evolución, no tardando en convertirse en un elemento altamente considerado y apreciado, tornándose una pieza muy importante dentro de las huestes y fuerzas bélicas, además de pasar a formar parte de los bienes denominados “objetos de prestigio” de las aristocracias.

Numerosas referencias dan cuenta de la importancia de los carruajes, habiéndose conservado diferentes objetos que acogen en su superficie impresiones, registros y representaciones que permiten conocer además de su

primigenia fisonomía, su utilidad o las especies animales destinadas al arrastre.

De esta forma, se evidencia como a partir de la segunda mitad del IV m. a. C. el carro modificaría la forma de hacer la guerra, al transformarse en una pieza significativa dentro del engranaje de las fuerzas de las grandes potencias de la época.

Testigos de esta importancia son diversas piezas arqueológicas halladas en zonas del Próximo Oriente, algunas de ellas de un valor inestimable, no sólo como objetos de arte, sino también como depositarios de una información histórica única, la cual permite desarrollar una secuencia cronológica que faculta el conocimiento de los avances tecnológicos acaecidos en los diferentes períodos.

Es así como se revela el Estandarte originario de Ur, descubierto por Leonard Woolley (1881-1960) en la década de los años veinte del siglo XX en el interior del recinto funerario real de dicha ciudad, con dataciones de la primera mitad del III m. a. C., fechas similares a la Estela de los Buitres, que recoge la victoria obtenida por el sumerio Eannadú sobre el asentamiento de Umma⁸⁹, si bien, esta pieza es poco esclarecedora al encontrarse fragmentada, por lo que el único dato nítido que se obtiene es el hecho que demuestra que el líder de este ejército se trasladaba en un carro cuyas riendas sujeta con la mano derecha.

El Estandarte Real de Ur se encuentra dividido en dos secciones, las cuales, a su vez, y a partir de tres registros, muestran dos episodios diferentes, uno de ellos corresponde a un hecho de armas, en el que se asiste a un ataque con carros, mientras que el segundo recoge los períodos posteriores a la conclusión de la batalla.

⁸⁹ Lión Valderrábano, R.; (1970) El caballo y su origen. Introducción a la Historia de la Caballería. Instituto Cultural de Cantabria. Santander. 281. Págs.

La escena de guerra es bastante esclarecedora tanto cuanto describe perfectamente la estructura de los carros, además de los animales que forman el tiro.

Es aquí donde se percibe que si bien el arrastre está compuesto por équidos, no se trata de *Equus caballus*, sino de onagros (*Equus hemionus*), desprendiéndose de ello que el caballo todavía no se encontraba en uso en el Próximo Oriente durante estas fechas, factor apoyado también por la ausencia de referencias sobre este animal en los textos escritos, como sería el caso del “Código de Hammurabi”, por lo que la tracción animal para los vehículos se basaba con toda seguridad en *Equus hemionus* o quizás, como explica Quesada Sanz, el *Equus asinus* “...las primeras civilizaciones del Creciente Fértil, y en concreto los sumerios, hubieron de emplear como primer équido de tiro un asno, el hemión de Siria y no, como suele creerse, el onagro, animal parecido pero perteneciente a otra raza de hábitat más oriental...”⁹⁰.

A lo largo del tiempo las técnicas de control sobre los carros y su fuerza de movimiento se van perfeccionando, concibiéndose nuevos dispositivos que harían más cómodo su manejo. En el paso del III al II m. a. C. comienzan a confeccionarse ruedas tecnológicamente mejor preparadas, pues se añaden radios, surge el bocado, con lo que el control de los animales por medio de narigones y ronzales se va relegando a un segundo plano, se elaboran carros de dos ruedas, más rápidos que los pesados carruajes de cuatro, y sobre todo acontece un circunstancia que tendrá una gran relevancia, en el Próximo Oriente, y por extensión, en todo el territorio euroasiático: el uso del caballo como animal de tiro.

En efecto, aunque diversos investigadores hablan de varios lugares de domesticación, la teoría más plausible hasta el momento defiende la expansión del *Equus caballus* como animal de arrastre al comienzo del II m. a. C. de

⁹⁰ Quesada Sanz, F.; (2005) Carros en el antiguo Mediterráneo: de los orígenes a Roma. Historia del carruaje en España. Ed. E. Galán. Madrid. Págs. 16-71.

manos de los pueblos nómadas provenientes de las estepas euroasiáticas, donde se han localizado restos de carros de dos ruedas tirados por caballos.

En consecuencia, las comunidades asentadas en las zonas de expansión de estos grupos en movimiento adaptarían el caballo como animal vinculado al carro ligero de dos ruedas, por lo que a la altura de 1800 a. C. ya existían representaciones en diferentes puntos de Centroeuropa, a la vez que en el Próximo Oriente, y con fechas similares, eran introducidos en Egipto por los Hicsos, conglomerado de pueblos que penetrarían en las tierras del Nilo durante el II Período Intermedio y que combatirían con los príncipes tebanos, siendo uno de ellos el que recogiera la primera referencia de este vehículos en tierras egipcias⁹¹.

Hacia el 1500 a. C., la presencia del carro se hacía patente en la inmensa mayoría del continente europeo, y siglo más tarde Homero en su *Ilíada* refiere como el carro no formaba parte de los vehículos de guerra en Grecia, pues servía más bien como un mero vehículo que transportaba al guerrero hasta la zona de combate, para, posteriormente echar pie a tierra y combatir como un infante.

5.2.2.6. El caballo como animal de monta

A la altura del V/IV m. a. C., el control del caballo entre los pueblos Botai facilitó el movimiento de unas comunidades que habían contado con pocos medios de tracción, por no decir ninguno, hasta ese momento.

Gradualmente, la aparición del carro supuso una auténtica revolución, ya que las distancias se acortaban considerablemente, además de suponer un

⁹¹ Mcdermott, B.; (2006) *La guerra en el antiguo Egipto*. Ed. Crítica. Barcelona. 271 págs. "...El carro aparece en la literatura del antiguo Egipto, por vez primera, en la estela del rey Kamose..."

significativo avance en las tácticas bélicas, pues se contaba con un factor, cuanto menos, intimidatorio.

Avanzando en el tiempo, se irían produciendo diferentes tentativas en el dominio de los équidos, de tal forma que, además de uncirlos a los vehículos, quizás fuera posible la existencia de un precario procedimiento de uso del animal para la monta en períodos bastante tempranos. No obstante, si bien se constatan algunas referencias y representaciones en las regiones próximo-orientales o en Egipto, el binomio jinete/caballo quedaba relegado a actividades de correos, exploración o diplomáticas.

Es ya, en los siglos iniciales del I m. a. C. cuando se percibe en el Próximo Oriente como el caballo va a comenzar a desengancharse del carro para convertirse paulatinamente en un transporte individual, si bien, originalmente un tanto peculiar, pues el sistema se basaba en una pareja de guerreros, de los cuales, uno servía como arquero desde un caballo, mientras el otro guiaba ambos caballos.

Pero esta práctica, sumada a los nuevos conocimientos, terminaría por concluir la inutilidad de esta técnica, pues se observó su inoperancia al determinar la inversión de demasiado esfuerzo en la obtención de escasos resultados.

Durante el siglo IX a. C. se establece el período de aparición de una primigenia caballería, cuando los ejércitos del nuevo Imperio Asirio exhiben sus jinetes a través de numerosas representaciones, como las placas que adornan las Puertas de Balawat (Imgur-Bel), de unos 7/8 metros de altura, y 2/3 metros cada hoja, en donde se narran las campañas de Salmanasar III⁹² (858-824 a. C.) y que se encuentran actualmente en el Museo Británico. Un siglo después aproximadamente, durante el reinado de Assurbanipal (668-627 a. C), en los relieves del Palacio de Nínive se exhiben guerreros montados con arcos como arma y jinetes alanceando enemigos.

⁹² Almagro Gorbea, M. J.; (1993) Catálogo del arte egipcio y caldeo-asirio. Museo Nacional de Reproducciones Artísticas. Madrid. 144 págs.

La aparición de esta naciente caballería como arma en el Próximo Oriente no viene acompañada por el surgimiento de estas fuerzas en otros territorios, pues las informaciones existentes no hacen referencia a ella en regiones como la península Itálica o Helénica hasta los comienzos de la Segunda Edad del Hierro, hacia el siglo V a. C., e incluso, ciertos investigadores retrasan las fechas hasta el estallido y desarrollo de la II Guerra Púnica (218-202 a. C.), aduciendo, para ello, como la composición de las fuerzas o ejércitos de los diferentes estados, poblaciones, etc., existentes durante todo el I m. a. C., se basaban, en su gran mayoría, fundamentalmente en la potencia de la infantería, tal como describe este fragmento en alusión a la caballería romana *“...La caballería republicana romana anterior al siglo II a. C. estaba compuesta principalmente por jinetes sin ninguna protección corporal y tenía una funcionalidad limitada en una estructura militar donde la legión de infantería pesada era el cuerpo dominante. Los jinetes, se limitaban a la exploración, acoso de tropas en retirada y combate a distancia por medio de jabalinas, rehuendo las más de las veces el enfrentamiento cuerpo a cuerpo⁹³...”*

Efectivamente, el uso del caballo como cabalgadura debió ser complicado sin los aparejos idóneos para su control, por lo que su gobierno en acciones bélicas se encontraría muy limitado, suponiendo un gran riesgo para el jinete por la posible inestabilidad, inherente a un débil punto de apoyo o sujeción en el animal.

Las informaciones que revelan la aparición y empleo de estos útiles reflejan este tardío empleo de unidades montadas, destinadas sobre todo para el desempeño de misiones y funciones de acoso, y no como fuerzas de choque, ya que sería harto difícil llevar a cabo una acometida sobre un caballo al galope sin una mínima adherencia.

La mayoría de los accesorios fundamentales para el control equino tienen un descubrimiento bastante tardío, por lo que el relativo conocimiento de su

⁹³ Sánchez, V, José J.; (1999) Los regimientos de catafractos y clibanarios en la tardo Antigüedad. *Los columbarios de La Rioja*, Antig. Crist. (Murcia) XVI. Págs. 397-415.

puesta en práctica suministra un marcador altamente fiable para acceder a las cronologías más tempranas de uso de estos aparejos.

En consecuencia, manejando datos reunidos por hallazgos y estudios de investigadores como Fernando Quesada Sanz⁹⁴, entre otros, concernientes a la evolución del equipo de monta, se dispone de información bastante útil para, entre otras cosas, tratar de emplazar en el tiempo diferentes piezas o estaciones de arte en las que aparecen plasmados tanto caballos como jinetes, y que cuentan con graves problemas en cuanto a su registro, debido a la carencia o inexistencia de un contexto arqueológico claro.

No obstante, este sistema de “datación” se encuentra considerablemente condicionado, ya que la información que arrojan las guarniciones es la del dilatado espacio en que tuvo lugar su aparición, circunstancia que no comporta necesariamente su uso; es decir, su invención y su utilización, debido a diferentes causas, pueden hallarse alejadas en varios decenios o incluso cientos de años.

De esta suerte, los componentes que pueden arrojar cierta luminosidad a la problemática derivada del total desconocimiento de la autoría de pinturas o grabados son aquellos que se han situado en un lapso de tiempo más o menos acreditado, estos es, espuelas, sillas de montar o estribos.

Las espuelas con las fechas más antiguas, aunque hubo algunos ensayos frustrados, no se han vislumbrado en etapas anteriores al siglo V a. C., por lo que la aparición de este tipo de instrumentos en relieves, esculturas, etc., y a través de su tipología y clasificación, podrían ser válido como método para otorgar una fecha inicial.

⁹⁴ Quesada Sanz, F.; (2005) el gobierno del caballo montado en la Antigüedad clásica con especial referencia al caso de Iberia. Bocados, espuelas y la cuestión de la silla de montar, estribos y herraduras. Gladius XXV. Págs. 97-150.

Con respecto a la silla de montar, tal como puntualizan diferentes investigadores, su uso no se constata hasta los dos últimos siglos del I m. a. C. en el Occidente, ejerciendo sus funciones antes de esta fecha una prenda de tejido que cubría el lomo del caballo.

En cuanto al estribo, se sabe que hacia el siglo IV/V ya se conocía en China, siendo su uso mucho más tardío en Europa, pues si, las primeras referencias sobre estos complementos se advierten a través de Bizancio hacia el siglo VI a. C., su empleo en las tierras occidentales no se ha establecido con exactitud, pudiendo haberse producido su inicial manejo un siglo más tarde, aunque los ejércitos aún se basaban en la fuerza de la infantería, muestra de ello fue la poca repercusión de la caballería en la batalla de Poitiers (batalla de Tours, 732), no obstante, es a partir de esta contienda cuando parece ser que el estribo comienza a adquirir protagonismo dentro de los jinetes francos.

5.2.2.7 Grabados ecuestres en Domingo García

A mediados del II m. a. C. el manejo del carro se había extendido por la inmensa mayoría de las tierras de Asia y Europa, y con él, acompañándole en su camino, se situaba el caballo como animal de tiro o arrastre.

La llegada del nuevo elemento a la Península Ibérica establece una frontera cronológica clara, ya que las representaciones de estos medios de transporte se localizan nítidamente tanto en el espacio como en el tiempo, puesto que todas ellas pertenecen al ámbito de las estelas del Suroeste, distribuidas por el sur de Portugal y Extremadura, el oeste de Andalucía y de Castilla La Mancha, y cuyas dataciones no van más allá del Bronce Final⁹⁵. Es decir, la presencia de vehículos ligeros de dos ruedas en territorio peninsular quedaría confinada a

⁹⁵ Quesada Sanz, F.; (2005) Carros en el antiguo Mediterráneo: de los orígenes a Roma. Historia del carruaje en España. Ed. E. Galán. Madrid. Págs. 16-71.

los primeros siglos del I m. a. C., en las postrimerías del Bronce, y comienzo de la Primera Edad del Hierro.

El factor importante no es el componente estilístico, su procedencia próximo-oriental o egea, el rol que ejercían, el significado de las estelas, marcadores de territorio, losas funerarias, etc., sino estos grabados de carros guiados por parejas de caballos, según la opinión generalizada de los investigadores, que ofrecen un testimonio claro sobre su presencia en la Península Ibérica, o por lo menos en una parte de ella, siendo buenos testimonios las estelas de Solana de Cabañas (Cáceres), Torrejón del Rubio I (Cáceres), Valencia de Alcántara II (Cáceres), Fuente de Cantos (Badajoz), Ategua (Córdoba) o la estela de Cuatro casas (Carmona, Sevilla), todas ellas con presencia de carruajes que han ayudado a llevar a cabo una aproximación cronológica a través de las características particulares que presentan, hecho que podría haber constituido un magnífico referente para poder datar otros conjuntos artísticos.

Desgraciadamente, El Cerro de San Isidro, si bien posee un número relativamente elevado de representaciones equinas, carece de algún tipo de grabado que incorpore estos vehículos y que, en mayor o menor medida, pudiera relacionarse con las representaciones antropomorfas, o con alguna otra estación de grabados rupestres, como sería el caso de Valcamonica, en un ejemplo, quizás, de personificación de grandes guerreros, testimonio que ayudaría a ubicarlo en momentos de la Primera Edad del Hierro.

Sin embargo, la búsqueda de datos que aporten información y den luz a las representaciones de Domingo García, pueden hallarse, entre otros, en un nuevo medio de locomoción, encarnado en el caballo, base fundamental de tracción del carro, mucho más versátil y rápido, aunque no más económico, por lo que seguiría siendo accesible únicamente a unas minorías, que iría ganando terreno en detrimento del carro.

En el Cerro de San Isidro la presencia de équidos es clara en cada una de las dos fases existentes de sus representaciones, aportando datos cronológicos evidentes, si bien, más homogéneos en el primer estilo, que abarca el último

período del Paleolítico Superior, pudiendo recogerse en el llamado Estilo IV de Leroi-Gourham.

Con respecto a la segunda etapa, aquella que abarca la serie de grabados postpaleolíticos, y que son los que presentan mayor número de dificultades, el número de équidos existentes en la actualidad es de 132, recogidos en 54 de los 184 panales totales con presencia de arte, un 11,39% del total de las figuras grabadas en las rocas.



Fig. 18. Combate ecuestre. Cerro de San Isidro. H. Pecci

Teniendo en cuenta la desaparición de un gran número de paneles debido al deterioro causado por actores medioambientales, como la lluvia, sol, erosión eólica, etc., y fundamentalmente por la acción antrópica, los datos que reflejan las representaciones pueden ser considerados altamente fiables, ya que mantienen la línea de las informaciones recabadas a través de las diferentes fuentes, las cuales hablan de una baja representatividad del caballo en los asentamientos humanos a partir de la I Edad del Hierro, debido en gran medida

al abandono de las tareas que venía realizando hasta el momento, entre ellas la importante función de servir de alimento, lo que haría desaparecer los restos óseos de los basureros, para adquirir nuevas connotaciones que le otorgan un estatus mucho más significativo dentro de la sociedad, ya que su alto coste de mantenimiento los hicieron accesibles únicamente a un reducido círculo de personas, situación ésta que se atestigua en diferentes etapas históricas, haciéndose extensible, ya no sólo a la etapa prerromana, sino también a otras fases, como los tiempos tardorromanos y los períodos medievales.

Ciertamente, la búsqueda de evidencias de uso del caballo como animal de monta durante el comienzo del primer milenio a. C. topan con grandes obstáculos, puesto que no existen testimonios escritos con los que aproximarse a las formas de vida de las poblaciones del interior peninsular, no quedando más remedio que intentar el acercamiento por medio de otros factores, como la iconografía, orfebrería, decoración cerámica, etc.

Sea como fuere, numerosos autores han establecido el comienzo o introducción de la equitación en la Península Ibérica en las primeras décadas del siglo VIII a. C., momentos en que ya se constata este fenómeno en la Península Itálica “...*Los estudios sobre las representaciones ecuestres de Valcamonica incluso retrasan su comienzo en la zona hasta el bronce final, al igual que las escenas de equitación del arte rupestre gallego que no se sitúan hasta los momentos iniciales del primer milenio a. C.⁹⁶...*” y las regiones orientales del Mediterráneo, como puede ser el Egeo o los territorios próximo-orientales, sin que se documenten indicios ni representaciones de jinetes antes de estas fechas en Hispania.

Quizás, la única excepción apta para oponerse a esta aseveración hubiera sido la figura de un jinete plasmado en el abrigo X del Cingle de La Gasulla (Castellón), atribuido por algunos investigadores al arte levantino, aunque

⁹⁶ Royo Guillén, J. I.; (2004) Arte rupestre de época ibérica. Grabados con representaciones ecuestres. Serie de Prehistoria i Arqueologia. Servei d'Investigacions Arqueològiques i Prehistòriques. Diputació de Castelló. 176 pàgs

presenta numerosas dudas, ya que existen opiniones que hablan de las mismas fechas del siglo VIII a. C. para su ejecución, e incluso de haber sido víctima de manipulaciones posteriores, “...y quizás, el caso más llamativo, sea el del jinete del Abrigo X de la Gasulla (Ares del Maestrat, Castellón), interpretado como tal al no tenerse en cuenta que las formas pintadas fueron modificadas con una acción de raspado y grabado muy posteriores, de manera que lo resultante nada tiene que ver con lo que originalmente se pintó⁹⁷...” poniendo en tela de juicio la confirmación de fechas más tempranas para la monta en la Península.

Los resultados que acreditan las fechas de llegada de esta actividad a las tierras peninsulares aportan un dato importante para los grabados del Cerro de San Isidro, pues son claros a la hora de dictaminar y fijar un límite al posible inicio o arranque de su puesta en práctica a un periodo no anterior a este siglo.

Poco a poco, el caballo va adquiriendo diversos rasgos y particularidades que le conferirían un alto valor, hasta que, durante la II Edad del Hierro, a partir del siglo V a. C., este animal se encuentra presente en numerosos planos vitales, tales como el ámbito religioso, funerario, formando parte de la decoración cerámica, etc., hasta convertirse en un elemento privativo únicamente al alcance de los miembros más poderosos de la comunidad, integrándose activamente en el fenómeno de heroización de los guerreros⁹⁸, en donde el héroe fundador traspasa el plano terrenal para convertirse en una suerte de personaje mítico, origen de las elites ecuestres que en estos siglos se localizan en toda la Península, tanto en el espacio ibérico como celtibérico, hecho que se observa claramente sobre todo en la numismática de los últimos siglos del I m. a. C., ya que las monedas serán un potente agente propagandístico de las aristocracias.

⁹⁷ Alonso Tejada, A.; Grimal, A.; (2008) Prospecciones y estudios sobre arte rupestre prehistórico en el término de Yecla: Campañas II-IV (2001-2003). Memorias de Arqueología de la región de Murcia 15. Págs. 173-187.

⁹⁸ Gracia Alonso, F.; (2003) La guerra en la Protohistoria. Héroes, nobles, mercenarios y campesinos. Ariel Prehistoria. 2003. Barcelona. 321 págs.

Esta expansión del caballo, y con él los grupos aristocráticos ecuestres, no sólo tienen gran significación para el estudio de las sociedades de la época, del mismo modo poseen otro valor añadido, pues son muy útiles en la búsqueda de un marco apropiado para aquellas representaciones artísticas que carecen de un perfil cronológico claro, puesto que a través de estos jinetes, o más bien de sus atalajes, se puede efectuar un estudio comparativo que permita un aproximación lo más cercana posible, pues si bien sería imposible una datación absoluta, no es improbable llevar a cabo su encaje en una época histórica concreta.

Por tanto, a partir de la observación y análisis de diferentes particularidades y detalles en los grabados, se puede llegar a extraer una serie de datos suficientemente clarificadores para situarlos en una época determinada.

Varios siglos más tarde comenzarían a surgir algunos útiles que tendrán como finalidad hacer de la monta una actividad más cómoda, en la medida de lo posible, encaminada sobre todo a facilitar las técnicas bélicas, mas, de forma indirecta, posibilitarían una técnica suplementaria de datación dependiendo de su presencia en las representaciones artísticas, teniendo en cuenta que la inmensa mayoría de los datos obtenidos hasta el momento hablan de un período de tiempo claro para la llegada de estos utensilios, “...*Sin embargo, en la Península Ibérica, la aparición de elementos metálicos relacionados con la monta del caballo, tales como los bocados, frontelas, pasariendas, espuelas, etc., es prácticamente nula hasta bien entrado el siglo V a. C*⁹⁹...”

Entre estos aparejos se localiza la espuela, objeto cuyo descubrimiento en yacimientos arqueológicos o necrópolis de momento no va más allá de la Segunda Edad del Hierro, pues los hallazgos peninsulares no rebasan el siglo IV a. C., por lo que su revelación sería valedera para proporcionar una posible fecha inicial al conjunto artístico, si bien no de modo concluyente puesto que

⁹⁹ Royo Guillén, J. I.; (2004) Arte rupestre de época ibérica. Grabados con representaciones ecuestres. Serie de Prehistoria i Arqueología. Servei d'Investigacions Arqueològiques i Prehistòriques. Diputació de Castelló. 176 págs.

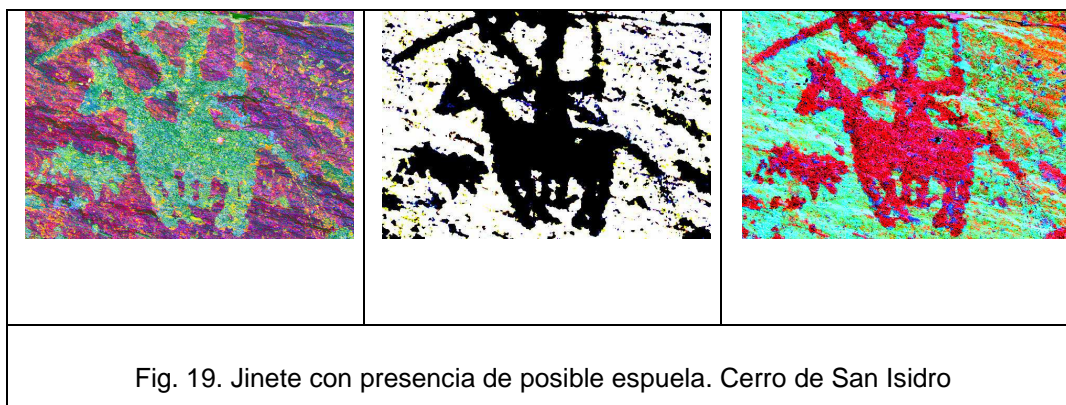
debido a sus pequeñas dimensiones, en multitud de ocasiones el jinete no se acompaña de esta pieza, cuestión que complica aún más la situación, ya que hace que en numerosos casos el conjunto se retrotraiga a un periodo anterior, cuando en realidad simplemente se ha omitido su forma.

Un ejemplo podría encontrarse en el recipiente decorado denominado “Vas dels Guerrers” (Alicante), datado entre los siglos IV y II a. C., y donde se recogen dos jinetes persiguiendo a un ciervo. Lo llamativo de esta acción es el hecho de que uno de los guerreros porta espuelas, mientras que el otro carece de ellas, lo que refleja que la presencia o ausencia de este accesorio en una pieza artística no es un marcador totalmente fiable, ya que depende de diferentes causas su plasmación en una pintura, grabado, etc.

De esta forma, la presencia de esta pieza del equipo supone un punto de apoyo para marcar un principio, si embargo, sería necesario que, para servir de ayuda, se asimilara a otros elementos, para así obtener el resultado más preciso posible.

En la estación del Cerro de San Isidro, el examen del casi centenar de figuras ecuestres grabado en las rocas se hace arduo y espinoso, porque algunas restricciones condicionan el análisis y localización del posible uso de espuelas. De ellas, dos son las trabas más embarazosas en el proceso de reconocimiento de estos complementos, esto es, por una parte un grupo importante de los grabados híplicos carecen de piernas y por otra, algunas figuras se encuentran bastante deterioradas para poder percibir un objeto tan pequeño.

Dejando de lado estas circunstancias, en el Cerro se distingue, como mínimo, una representación de un jinete que porta espuelas, detalle significativo pues aporta una información cronológica bastante esclarecedora al descartar la mayor parte del I m. a. C. como período de ejecución de las figuras.



Otra pieza del equipo ecuestre que podría funcionar como sistema de datación es la silla de montar, aunque es cierto que en las obras artísticas este instrumento, al igual que en el caso de las espuelas, representa un problema añadido, ya que multitud de imágenes posteriores a su aparición, hacia el siglo III a. C., continúan encarnándose con gualdrapas o mantas, en la Columna Trajana, erigida en el año 113, en la estatua ecuestre de Marco Aurelio, con fechas del último cuarto del siglo II, en la efigie a caballo de Carlomagno (1720-1725), realizada por Agostino Cornacchini y que actualmente se encuentra en la Basílica de San Pedro (Vaticano), etc., representaciones ecuestres en las que no se aprecia la existencia de sillas, por lo que, en caso de encontrarse, hipotéticamente, en un contexto arqueológico impreciso, con material cuya catalogación pudiera ser confusa, podría crearse una duda razonable en torno a su fecha y autoría.

El estribo es otro de los pertrechos importantes para la monta, ya que además de ser un marcador bastante fiable a la hora de fechar un yacimiento arqueológico, pues su presencia en Europa Occidental comienza a proliferar hacia el siglo VIII tras la batalla de Poitiers, cuando los ejércitos emprenden acciones enfocadas a perfeccionar sus unidades de caballería.

Se puede especular con la posibilidad de otorgar una fecha de ejecución de los grabados de Domingo García a través de la aparición de estribos. Sin embargo, y al igual que en el caso de las espuelas, es bastante complejo representar un objeto de estas características, de tal forma que en multitud de ocasiones se

optaría simplemente por no reflejarlo, como se refleja en multitud de obras artísticas, por ejemplo el mosaico de la villa de Ramalete (Tudela, Navarra) datado en el siglo IV, que recoge una escena de caza, donde un jinete, *Dominus Dulcitus*, se plasma sin espuelas ni silla de montar.

A ello, hay que sumar el hecho de que la primera aparición de un estribo recogido en el arte europeo y en las tierras peninsulares se data, hasta el momento, a mediados del siglo IX¹⁰⁰, existiendo a la altura del XI todavía imágenes ecuestres que carecen de este dispositivo a pesar de su dilatado uso desde el siglo anterior.

La invención y empleo del estribo en batalla otorgó más fuerza y maniobrabilidad al jinete, que ahora tenía un sostén que le permitía asestar golpes más efectivos y enérgicos. Este hecho tiene su influencia en el armamento, ya que, buscando una mayor eficacia, provocó un perfeccionamiento en el equipo.

En consecuencia, armas como la espada sufrieron una evolución, incrementándose su longitud, y con ello, el guerrero, al lanzar el golpe, se inclinaba justo lo necesario para no dejar expuesto su costado el mínimo tiempo posible.

Todos los estudios demuestran que la monta del caballo revolucionaría la batalla y las estrategias bélicas, ya que las fuerzas de las que se nutrieron los ejércitos durante milenios consistieron fundamentalmente en unidades alimentadas por cientos y cientos de infantes enfrentados cuerpo a cuerpo, los cuales tuvieron que hacer frente a los nuevos métodos de combate, que supondrían una metamorfosis en los dogmas tácticos.

¹⁰⁰ Torroella Prats, J.; (2012) El caballo en el Occidente medieval. Revista Medieval. Año VIII. Nº 45. Págs. 32-43.

En el Cerro de San Isidro se evidencia una etapa bastante avanzada en los sistemas y conceptos de batallar, pues tal como se desprende de todas las fuentes manejadas, los grabados representan una forma de contender no empleada en siglos anteriores a las etapas tardoantiguas y medievales.



Fig. 20. Jinetes en combate. Se aprecia visiblemente la diferencia de montura. H. Pecc.

Es clara la ausencia de cualquier tipo de vehículo de dos o cuatro ruedas, atestiguándose el équido como único medio de transporte, situación que evidencia, a todas luces, una ausencia de vinculación con la iconografía del Bronce Final y el Hierro, en donde el carro tiene cierto protagonismo.

Por otra parte, la suma de los medios y recursos consultados apoyan completamente las tesis que enlazan y relacionan los grabados con etapas históricas datadas en los siglos posteriores al dominio romano, puesto que, tanto las representaciones pictóricas presentes en las cerámicas de la II Edad del Hierro, reflejadas en numerosos objetos íberos y celtíberos, como la estatuaria, los retratos impresos en monedas o los autores grecorromanos, entre otros, presentan al caballo como bien de prestigio fundamentalmente, una posesión demasiado valiosa para ser expuesta innecesariamente, símbolo del estatus que ostenta su dueño, y no un “mecanismo” de guerra.

A ello, también se unen los testimonios que reflejan el nulo uso de la espada en los enfrentamientos a caballo, basado fundamentalmente en la tecnología, que hasta momentos avanzados no sería capaz de crear un arma apta para ser manejada por un jinete, documentándose las primeras evidencias de estos choques durante los siglos I/II d. C., hecho que indicaría como las imágenes ampliamente representadas en el cerro, que muestran a caballeros enfrentados enarbolando espadas, pueden datarse en momentos posteriores a estos siglos, en los que el armamento básico para un jinete había estado compuesto por lanza o jabalina.

Fig. 21. Diferentes tipologías ecuestres dentro de los grabados. Domingo García. H. Pecci



5.3. Aves

Dentro de los zoomorfos, y acompañando a la gran cantidad de équidos y cánidos incluidos en los paneles, se reconocen casi una decena de figuras de aves.

A pesar del exiguo porcentaje expuesto, menos del uno por ciento, estos animales arrojan bastante luz, aportando una información tremendamente relevante en la exploración y búsqueda de referencias cronológicas, ya que añade varios detalles muy interesante para acercar los grabados a una datación aproximada con fechas posteriores a Cristo.

La domesticación de aves ya se evidencia en torno al 10/8000 a. C. en las regiones de China y el Sureste asiático, fundamentalmente gallináceas, estando ligadas a un aumento demográfico, que necesitaría una mayor productividad para su subsistencia, expandiéndose estas prácticas progresivamente hacia el Oeste, a Mesopotamia durante el IV m. a. C., posteriormente a Egipto y a Europa, aunque todavía no están muy claras las vías de propagación, quizás a través de las estepas rusas, acompañando a los pueblos nómadas.

Otros tipos de aves amaestradas ya se encuentran acompañando al hombre en los milenios siguientes; así, se pueden ver algunas especies participando en pinturas murales, como las Ocas de Meidum, datadas durante el Reino Antiguo egipcio, concretamente la IV Dinastía, a mediados del III m. a. C., o protagonizando mitos y leyendas, caso de las ocas sagradas del templo de Juno, famosas por haber alertado, en torno al 390 a. C., a la población romana de una inmediata invasión por parte de guerreros celtas.

Poco a poco fueron entrando en la órbita humana otras aves que jugarían papeles de importancia dentro de las sociedades, algunas de las cuales fueron conocidas en el continente europeo en épocas muy tardías, acompañando

fundamentalmente a los movimientos de exploración y conquista de las tierras lejanas, que reportaron nuevas especies exóticas, extrañas, pero que muy pronto pasaron a engrosar la fauna autóctona, siendo un buen ejemplo de completa asimilación el pavo, introducido por los españoles en la Península a durante la segunda década del siglo XVI.

En Domingo García, los volátiles representados, en principio no recogerían más que eso, la plasmación de un ave que en sí mismo, a priori, no supondría un hallazgo significativo que aportara alegatos sustanciales a las propuestas finales que ayuden a conocer, en la medida de lo posible, el contexto cronológico de los grabados.

Sin embargo, profundizando más en las pesquisas, se demuestra que esta situación no es la correcta, ya que el cotejo realizado con algunos hallazgos arqueológicos ha ayudado a contribuir fehacientemente a través de ciertos signos, trazas reveladoras y significativas para el resultado total

Las representaciones de aves se incorporan usualmente acompañadas de otras figuras, y en algunos casos formando parte de escenas, acontecimiento revelador, ya que son éstas las que ofrecen los detalles apropiados capaces de otorgar elementos idóneos con los que delimitar, en la medida de lo posible, a los actores, sobre todo teniendo en cuenta alguna de las escenas mostradas, que, por sí mismas, ya son un marcador claro.

Una de estas iconografías recoge un acontecimiento muy habitual en todas las etapas históricas de la Humanidad, ya que muestra una acción más o menos tradicional, como podría ser un lance de caza, acción que ha sido representada en multitud de ocasiones, en este caso se reproduce la captura de un ave, cuyo tipo o rasgos podrían coincidir notablemente con alguna especie de ánade o ánsar.

El quid de la cuestión no estriba en el tipo de ave derribada, lo más importante de la escena es el arma utilizada para llevar a cabo esta labor, una ballesta, artilugio que arroja unas fechas incuestionables por el momento, ya que este

artefacto no es utilizado en la Península Ibérica hasta, como mínimo, finales del siglo X o principios del siguiente, y el caso particular del Cerro, se podría acotar más alrededor de estos siglos, ya que el arma manejada pertenece, posiblemente, a uno de los primeros ingenios utilizados, puesto que el modo de cargar las saetas se realiza de forma arcaica, es decir, no aparece ningún accesorio que ayude a montar el instrumento, como pudiera ser en tiempos posteriores el estribo o la pata de “cabra”, por lo que se empleaba el modo más sencillo, esto es, tensionar la ballesta con ambos pies con el fin de estabilizar la cuerda para acomodar el arma.

La figura del cazador presente en los paneles transporta, entre las piernas, una un utensilio de naturaleza desconocida, aunque el autor podría haberlo plasmado como forma de mostrar el carcaj o aljaba, cuya finalidad podría ser la de transportar las saetas, la munición necesaria para cargar el arma.



Fig. 22. Panel 6a. Figura 1

Junto a este tipo de actividad venatoria, la iconografía irradia otra variedad de montería en la que no se utilizaría ningún tipo de instrumento, ya que el batidor llevaría a cabo esta actividad apoyándose en un ave rapaz, la cual llevaría el

peso de la actividad, en lo que define José Manuel Fradejas Rueda¹⁰¹ como “...El método de caza que consiste en lanzar un ave de rapiña tras una presa, ya sea otra ave ya sea otro animal cualquiera, así como el arte de criar, enseñar, amaestrar, cuidar y curar tales aves, ha recibido en español varios nombres: (a)cetrería, altanería, halconería y volatería...”.

Los indicios del nacimiento de la cetrería se asientan en el Próximo Oriente, remontándose ya a la segunda mitad del IV o durante el III m. a. C., tal como se desprende de los relieves y textos mesopotámicos, y desde esta región iría extendiéndose tanto a Oriente como a Occidente.

Parece ser que ni en Grecia ni en Roma se usaron aves para la caza, aunque existen algunas representaciones de capturas, no obstante, muchos investigadores niegan que se trate de este tipo de actividad, pues se representaría, sobre todo, el apresamiento de aves sin necesidad de utilizar rapaces.

Hacia el siglo V d. C. la cetrería llega a las tierras del Este europeo, posiblemente de manos, de los Hunos y Alanos, así como de los pueblos germanos, para extenderse hacia el Oeste, llegando a la Península Ibérica por dos vías fundamentales, por una, a través de la penetración de los visigodos durante el siglo VI, desde el sur de Francia, donde también habrían llevado este arte, utilizando, sobre todo, el azor y el gavilán como aves de presas, y por otra, con la entrada del Islam en la Península Ibérica, que comportaría, entre otras cosas, un nuevo aporte a la caza, ya que desde esta época se hace usual el uso de halcones, cuyo empleo estaba arraigado desde hacía siglos en sus territorios.

Es en este contexto donde se pueden recabar nuevos indicios cronológicos, ya que el uso de la altanería, por tanto, no se utilizaría en la Península Ibérica

¹⁰¹ Fradejas Rueda, J., M.; (1992) Notas léxicas: acetrería, altanería, cetrería, halconería y volatería. <http://revistadefilologiaespañola.revistas.csic.es>. Revista de Filología Española. Vol. LXXII, n.º 1/2. Págs. 149-158.

antes del siglo VI, extendiéndose y haciéndose de uso habitual en territorio peninsular a partir de la Alta Edad Media (ss. VIII/X).

Son diversas las rapaces que entran en juego a la hora de poner en práctica este deporte, el Gavilán (*Accipiter nisus*), especializado en la caza de otras aves, como palomas, en las orillas boscosas, el Halcón peregrino (*Falco peregrinus*), que necesita zonas abiertas donde lanzarse a su objetivo, siendo el ave más rápida existente y también cazador de aves, pudiendo cazar piezas que duplican su peso, así como pequeño mamíferos, el Halcón sacre (*Falco cherrug*) caza piezas en el aire pero también pequeños animales terrestres y pollos de otras aves, el Azor (*Accipiter gentilis*) acondicionado para la captura de pequeños mamíferos, así como pájaros que apresan en vuelo, si bien, puede atrapar, en algunos casos, presas que superan su envergadura y tamaño y pollos jóvenes de algunas especies, etc.



Fig. 23. Representaciones de cetreros

Fig. 24. Comparativa de figura 2 del Panel 26e con imágenes de cetrería



Entre las presas de algunos de estos cazadores se encuentra la Avutarda (*Otis tarda*), habitante de estepas y terrenos abiertos, en donde habitualmente han desaparecido las grandes superficies arboladas, por lo que se encuentran cómodas en zonas en las que se ha llevado a cabo un paulatino proceso de roturación y en donde se ha desarrollado una agricultura extensiva de secano y barbecho, práctica introducida en la Península Ibérica durante el proceso de expansión romana.

En este sentido, la aparición de grabados en el Cerro de San Isidro que plasman la figura de estos animales indicaría la transformación del paisaje que se habría ido produciendo gradualmente en el entorno, pues las grandes masas boscosas existentes en los milenios anteriores a Cristo habrían ido paulatinamente dejando paso a grandes áreas abiertas, tal como parece indicar la existencia de esta especie, hecho que concordaría con el surgimiento de las grandes villae de explotación rural en la zona durante los siglos III y IV.

El acercamiento a la cronología de esta especie incorporada a los paneles se podría establecer a partir de la similitud existente entre estas representaciones y aquellas presentes en una pieza arqueológica depositada actualmente en el Museo de Segovia y que se localizó en el entorno del Cerro del Castillo (Bernardos) habiendo sido descrita por A. Molinero a principios de la década de los setenta del siglo XX.

Este descubrimiento, formado por dos elementos, uno de ellos original en caliza y un segundo compuesto por un molde de yeso, y que habrían formado parte de un arco o capitel, recogen entre su decoración lateral varias aves de la misma especie, las cuales, por su analogía, podrían estar representando a una hembra de avutarda, mucho más pequeña que el macho, ya que no rebasa los cuatro kilos de peso, mientras este último puede llegar a los quince kilos, y cuya semejanza hace que las figuras del Cerro de San Isidro puedan situarse

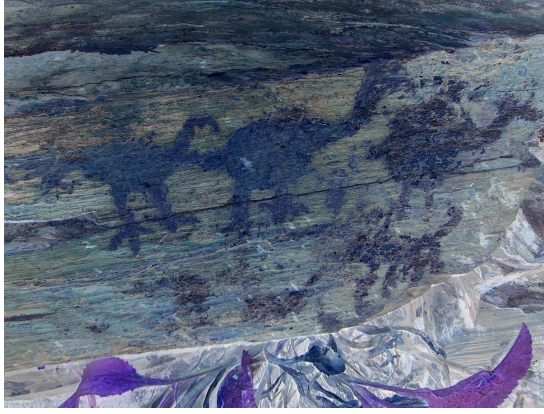
en una cronología similar a los hallazgos del Bernardos, datados a partir de mediados del siglo VII¹⁰².

Junto a todo este conjunto de testimonios e informes, de donde emanan una serie de datos bastante claros, los cuales señalan una horquilla cronológica bastante clara cuyos límites más lejanos no sobrepasan el siglo IV/V, a pocos metros de la centro neurálgico de los grabados en el Cerro de San Isidro, sin formar parte de ellos, pero ubicada en una posición adyacente, se localiza una figura que por su extrañeza podría ayudar significativamente, contribuyendo a desentrañar este maremágnum, aportando, en la medida de lo posible, ciertas declaraciones interesante para llevar a cabo este desempeño.

Fig. 25. Representaciones de avutardas en el Cerro de San Isidro y en una pieza hallada en Bernardos, actualmente en el Museo de Segovia. H. Pecci



¹⁰² Gonzalo González, J. M.; (2006) El Cerro del Castillo, Bernardos (Segovia). Un yacimiento arqueológico singular en la provincia de Segovia durante la Antigüedad Tardía. Obra Social y Cultural de Caja Segovia. 133 págs.



Se trata de una representación singular, ya que recoge la figura de un animal inexistente en la Península Ibérica, y por tanto, indicador fehaciente de una época más o menos concreta, es nada menos que la figura de un Pavo real (*Pavo cristatus*) hecho curioso, ya que este animal es oriundo del Sureste asiático.

Según algunas fuentes, se habría introducido en tierras de Asia Menor y Babilonia durante la segunda mitad del siglo IV a. C. acompañando en sus campañas a los ejércitos de Alejandro Magno (356-323 a. C.), y desde esta zona habría tomado contacto con los romanos que lo trasladarían hacia el Oeste, a la Península Itálica, siendo utilizado no sólo como ornamento y formando parte de mitos religiosos, sino también como alimento.

En consecuencia, la introducción de este animal en la Península Ibérica debió producirse muy posiblemente en los momentos finales del I m. a. C. o durante el siglo I d. C.¹⁰³, mostrándose las representaciones más antiguas en mosaicos y pinturas datados a partir de estas décadas, tal como se aprecia en diversos lugares, como un fresco situado en estas fechas proveniente de Calatayud, y en la actualidad depositado en el museo de esta localidad, u otro ubicado en el

¹⁰³ Morales Muñoz, D. C.; (2000) La fauna exótica en la Península Ibérica: apuntes para el estudio del coleccionismo animal en el Medioevo hispánico. Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Hª Medieval. T 13. Págs. 233-270.

Museo de Tarragona, donde también aparecen mosaicos de los siglos II y III, en que se han moldeado las figuras de estas aves, además de un precioso mosaico en el que el pavo aparece con su cola abierta totalmente, proveniente del Antiguo Hospital de La Unión, en Murcia e igualmente con cronología del siglo III.

De la misma forma, el pavo real se encontraba impregnado de una gran religiosidad, pues dentro de la cultura cristiana, a su imagen se la dotó de una serie de connotaciones muy positivas, símbolo de inmortalidad, resurrección integridad y justicia, características vigentes durante la dominación visigoda y, por extensión, durante los siglos medievales.

Los informes reunidos a través de las figuras animales expuestas en el Cerro, son bastante significativos, pues aportan pruebas que ratifican el abanico cronológico en el que basculan las obras artísticas de los paneles, gracias a ciertas particularidades extraídas de ellos, así la monta y empleo del caballo en batalla ofrece dataciones a partir de los siglos I/II, al igual que la presencia de galgos, o de pavos reales, o la similitud de las avutardas con representaciones del siglo VII/VIII localizadas en el Cerro del Castillo (Bernardos).

Fig. 26. Grabado de pavo real adyacente a los paneles del Cerro de San Isidro



Pavo real.
Foto superior S. Ripoll/ Foto inferior P. Otiñano

5.4. Cánidos.

El porcentaje de representaciones de cánidos en Domingo García es bastante alto, siendo dentro de los zoomorfos, y después de los équidos, el motivo más plasmado, con un porcentaje del 7,76%.

Los noventa cánidos plasmados corresponden a animales de diferentes complejones, tamaños y fisonomías que se muestran en diversas posturas participando en numerosas escenas, tanto bélicas, como llevando a cabo prácticas cinegéticas, e incluso se ha recogido lo que parecen ser los diferentes estados emocionales del animal, expresados en la posición de la cola.

Si bien, en reglas generales, las figuras expuestas aportan evidencias bastante escasas, el resultado conseguido es suficientemente óptimo, pues añade varios detalles bastante precisos para poder ofrecer datos cronológicos veraces a partir de rasgos específicos de los animales.

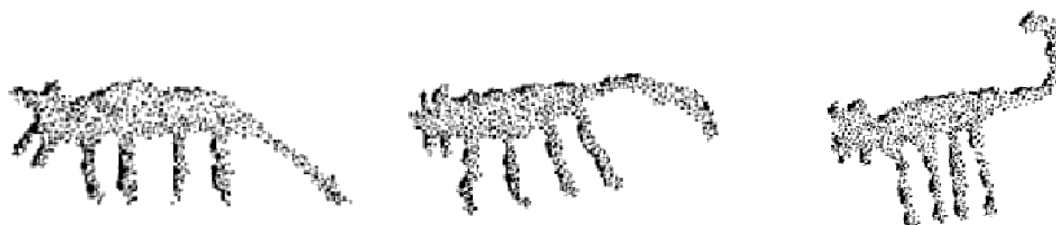


Fig. 27. Posibles estados emocionales de los cánidos

El proceso de domesticación, el “acercamiento” del *Canis lupus*¹⁰⁴ al ser humano se produjo en fechas relativamente remotas, en torno a los treinta mil años aproximadamente, localizándose restos óseos en yacimientos asentados en territorios tan lejanos como Siberia (cueva de Razboinichya en los montes

¹⁰⁴ Algunos investigadores defienden una evolución de una parte de *Canis familiaris* a partir del chacal (*Canis aureus*), mientras que otros miembros habrían sido domesticados a partir del *Canis lupus*, si bien la inmensa mayoría de estudiosos defiende un origen común para todas las especies.

Altai), Europa central (cueva de Goyet, Bélgica) donde se estudiaron fragmentos fósiles cuyas conclusiones se publicaron en el año 2008, o en la República Checa (Předmostí) donde se descubrieron restos de tres cánidos, lo que hace suponer la existencia de varios procesos de domesticación en distintos lugares y en diferentes periodos cronológicos, pues parece ser que este proceso de domesticación se dio además de los territorios europeos, en zonas de Asia y el Próximo Oriente, donde es habitual hallar restos de *Canis familiaris* en torno a los dieciséis/catorce mil años.

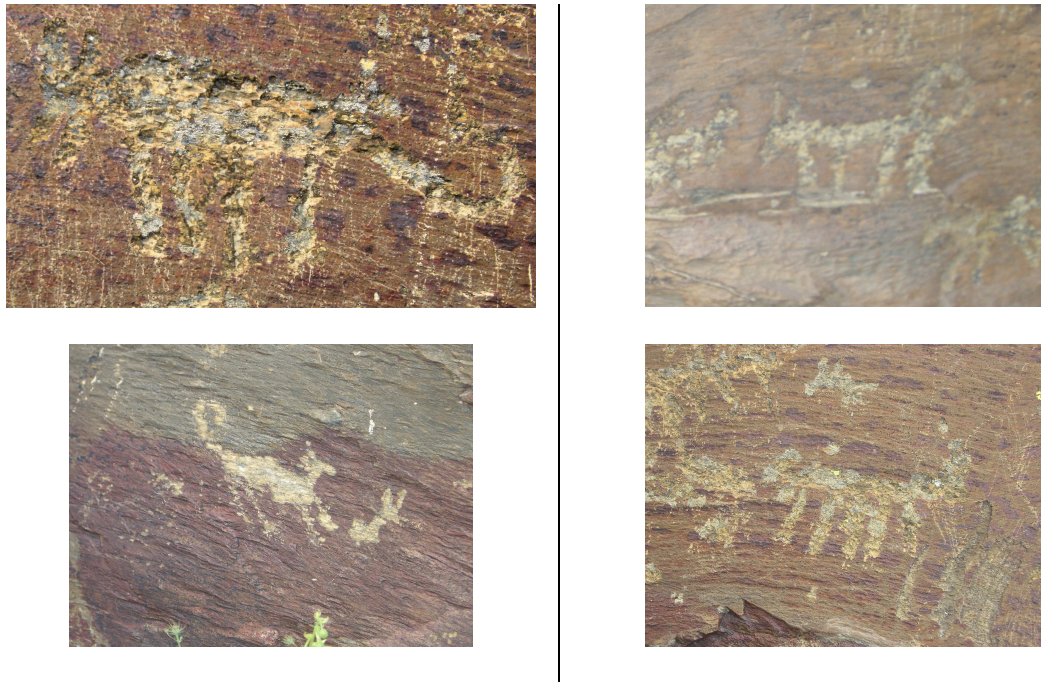
Paulatinamente, su presencia en los asentamiento se hizo más común, de tal forma, que no es extraño encontrarlos quizás formando parte de diferentes liturgias y cultos dentro de las sociedades humanas, ya que su introducción como aporte cárnico en la dieta alimenticia era mínimo, por lo que fue aprovechado fundamentalmente para labores de caza, salvaguarda y pastoreo, no siendo raro localizar sus restos en enterramientos, de tal forma que con fechas del III m. a C. se documentan aproximadamente medio centenar de cánidos completos en un sepultura múltiple en el yacimiento del Camino del molino (Murcia)¹⁰⁵ que abarca una horquilla cronológica de casi quinientos años.

La presencia de estos animales en abundantes depósitos se documentan también durante la Edad del Bronce asociados a enterramientos, como se advierte en el ejemplar que se descubrió en el yacimiento de la Loma del Lomo (Guadalajara), el cual podía formar parte de algún tipo de ofrenda o sacrificio funerario, así como en yacimientos valencianos datados en el II m. a. C., que contienen presencia de este animal, caso de la Illeta dels Banyets (Alicante), Cueva Soterraña (Valencia), y ya dataciones del Bronce Final y Primera Edad del Hierro Cabezo Redondo (Alicante) o el yacimiento de Mola d'Agres (Alicante).

¹⁰⁵ Lomba Maurandi, J.; Et alii (2009) El enterramiento múltiple, calcolítico, de Camino del Molino (Caravaca, Murcia). Metodología y primeros resultados de un yacimiento excepcional. Trabajos de Prehistoria, 66, N.º 2. Págs. 143-159, pp. 143-159.

Pero no solo existe presencia de restos de perros en los enterramientos, ya que, de la misma forma, también se denota su existencia a través de los yacimientos conocidos como “campos de hoyos” en los que usualmente pueden encontrarse esqueletos completos o partes de su anatomía, tal como ocurre en el campo de hoyos de Fuente Celada (Burgos), donde aparecen usualmente la parte superior de los animales¹⁰⁶.

Fig. 28. Diferentes tipos de cánidos representados en el Cerro de San Isidro. H. Pecci



En Domingo García los grabados no permiten definir, en la inmensa mayoría de los casos, la especie de cánido, sin embargo, existe un grabado espectacular que ofrece un testimonio fidedigno que otorga unas fechas evidentes, es el caso de una representación que se encuentra retirada unos metros de la aglomeración de figuras, exhibiendo la silueta de un galgo, que, aunque muy parecido al podenco, este último no tuvo mucha presencia en el interior peninsular, asentándose fundamentalmente en las zonas de fundaciones fenicias y cartaginesas, Ibiza, litoral andaluz, etc.

¹⁰⁶ Alameda Cuenca-Romero, M. C. *et alii*. (2011) El “campo de hoyos” calcolítico de Fuente Celada (Burgos): datos preliminares y perspectivas. *Complutum*. Vol. 22 (1). Págs. 47-69.

A partir de este animal, se puede poner coto a las fechas más antiguas, ya que todos los especialistas no dudan en opinar que este animal penetró en la Península Ibérica acompañando a los romanos, y teniendo como uno de sus antepasados al Vestades romano, siendo recogido por primera vez en la Península, en un texto en el siglo II a. C.



Fig. 29. Grabado representando a un galgo. Cuesta Grande. H. Pecci.

5.5. El armamento en los grabados del Cerro de San Isidro

La guerra es innata al ser humano.

La realidad demuestra que desde su origen, desde el momento en que el hombre comenzó a vincularse en bandas, grupos, clanes o tribus, persistentemente se han desencadenado enfrentamientos, ya sea por apropiarse de territorios, o bien de excedentes, por la defensa de un ideario, la imposición de su autoridad sobre otros pueblos, etc.

En este contexto, obviamente, la posibilidad de aventajar al adversario contando con unos medios más desarrollados, además de una organización y una táctica más depurada, se convertía en una perspectiva bastante halagüeña, de tal forma que “la carrera de armamentos” ya se puede percibir en momentos tan lejanos como aquellos que integran el período Paleolítico.

Durante el VIII milenio a. C. en el Próximo Oriente se asiste a un hecho hasta ese momento inimaginable, el ser humano desarrolló las técnicas y la capacidad suficientes para hacerse con el control de diferentes especies animales y vegetales, las cuales, milenios antes, no había tenido más remedio que cazar y recolectar.

Con ello las poblaciones comienzan un proceso de sedentarización que transformará totalmente las formas de vida hasta ahora conocidas, y es en Jericó, asentamiento situado en el Valle del Jordán, donde este hecho se evidencia nítidamente, puesto que es aquí donde se lleva a cabo por primera vez un cultivo totalmente manipulado.

De esta forma, ya no se trataba de una simple recolección intensiva, esta vez, la mano del hombre fue la responsable de la domesticación y labores de siembra de diferentes especies vegetales.

Así, se presenta una situación nueva, pues durante los milenios siguientes, los grupos dejan paulatinamente de vagar en pos de las manadas de animales, asentándose cerca de las zonas fértiles aledañas a los ríos, lo que implicaba el surgimiento de poblaciones permanentes, y con ello, un cambio drástico en la sociedad.

Indudablemente, el dominio de las técnicas agrícolas y la estabulación del ganado permitieron reducir la mano de obra concentrada en la búsqueda de alimento, acontecimiento que dio alas a una diversificación y especialización del trabajo, amén de una intensificación de los contactos comerciales con los excedentes alimentarios y los productos artesanales.

Durante el transcurso del V/IV milenio a. C., mientras que en diferentes regiones de Europa se estaba produciendo el fenómeno megalítico, basado en la erección de monumentos arquitectónicos de uso funerario o ritual con rocas de grandes dimensiones, en el Próximo Oriente, en Mesopotamia, ya se vislumbran las primeras ciudades erigidas por los miembros de la cultura sumeria, Uruk, Ur o Nínive.

Estos acontecimientos propiciaron el surgimiento de diversos avances trascendentales en el devenir histórico de las sociedades, pues marcarían una frontera entre un pasado, conocido únicamente por las fuentes orales, y un presente, y futuro, en el que los acontecimientos podrían plasmarse por escrito.

Efectivamente, hacia el año 3250 a. C., aproximadamente unos trescientos años después de cimentarse la ciudad como centro absoluto de poder, se aplicaba por primera vez a unas tablillas de arcilla una serie de signos, conocidos como escritura cuneiforme, con los que poder gestionar y llevar el control del comercio y la administración de la riqueza de los templos.

De esta forma se daba un paso gigantesco en la organización y dirección de los asentamientos, una mayor intervención de la autoridad, gobernantes que extendían su poder a todos los recovecos, a todos los rincones de sus dominios.

A este gran adelanto se irían añadiendo otros muchos de gran calado en la sociedad, como sería la aparición de la rueda unos trescientos años antes, o el uso del cobre, que hacia finales de este periodo ya se encontraba bastante arraigado, puesto que su trabajo se llevaba realizando desde unos dos o tres milenios antes, si bien, dependiendo de las zonas geográficas.

Asimismo, el utillaje sufriría gradualmente diferentes procesos de especialización. Poco a poco la técnica empleada en la fabricación de artilugios se perfeccionaba y depuraba más y más, conforme las diferentes especies, Homo habilis, Homo ergaster, Homo Sapiens neanderthalensis, etc., iban avanzando, evolucionando y aumentando su capacidad craneal, originando diseños cada vez más perfeccionados que se alejaban de los modelos arcaicos.

En diferentes soportes, madera, material lítico, óseo, cuernas, marfil, etc., los cazadores se dotaron de puntas de proyectil, bifaces, raederas, raspadores, perforadores y armas que incrementaron la potencia del lanzamiento, como los propulsores, compuestos por una fusta, normalmente fabricada en asta, y en uno de sus extremos una pieza que serviría de “tope” al proyectil que se pretendía lanzar, con lo que se alcanzaba mayor distancia de disparo y con ello, un acrecentamiento del poder de penetración, siendo, posiblemente, muy importantes como parte de las armas arrojadas anteriores a la aparición del arco, que muy probablemente surgiría en torno al 10.000 a. C.

Unos cuantos milenios más tarde, las referencias a combates y al uso de armas se atestiguan en diferentes elementos que poseen algún tipo de decoración, caso, entre otros, de objetos votivos y obras artísticas encuadradas en el embrión de las grandes sociedades e imperios, entre el 3600 a. C. y el 3100 a. C., dando cuenta de los episodios bélicos que se estaban desarrollando y que se inscribían dentro de los movimientos y maniobras encaminadas a la conquista total del territorio, visionándose los temas de corte bélico en algunos utensilios, que, a priori, no tienen hueco dentro del mundo de la guerra, pues su uso primigenio sería otro muy diferente, como podrían ser

en Egipto las piezas conocidas como “Paletas”, que en muchos casos describen el armamento utilizado, compuesto por mazas, lanzas, bastones arrojados (boomerang) y sobre todo arcos, aunque curiosamente ningún guerrero porta algún tipo de espada.

Durante el III m. a. C., aunque el nivel de cohesión en la Península Ibérica parece ser que no era el idóneo para el surgimiento de grandes culturas, ya se documentan representaciones pictóricas mostrando enfrentamientos bélicos en zonas del Levante como Valltorta (Castellón), Morella la Vieja, Ares del Maestre, y en algunas zonas del interior como Ares del Maestre (Castellón) o Covacha de Minateda (Albacete).

Los grabados de San Isidro presentan numerosas escenas de luchas, así como cacerías y lo que parecen ser torneos, en donde se exhiben un gran elenco de armas, si bien es cierto que algunas de las cuales son ineficaces a la hora de intentar conseguir un mínimo dato cronológico, pues muchas de ellas no tienen un valor destacable, ya que la factura es bastante tosca, por lo que su tipología no puede contrastarse con otras muestras mucho más fiables.

Sin embargo, de algunas de estas representaciones se puede extraer suficiente información, para que las piezas, una vez sometidas a una comparativa con otros patrones, e incluso con armamento real, muestren una analogía que sea capaz de ayudar, en la medida de lo posible, a clarificar el estudio y encuadre cronológico de la estación a través de la presencia/ausencia de diferentes tipos de artefactos en un periodo determinado, pudiendo ser utilizados, de cierta manera, como “fósil guía”, es decir, un incentivo para la búsqueda de un parangón con aquellas que al haber surgido en una época concreta, pueden resultar un indicador preciso.

Las noticias para el conocimiento del armamento han sido acopiadas a través de diferentes vías, la principal se apoyaría en los sucesivos hallazgos producidos en las necrópolis, en los que emergen restos de armas depositados formando parte del ajuar del difunto, fenómeno presente en la inmensa mayoría de la Península en torno a las necrópolis de incineración.

Uno de estos territorios sería la Submeseta Norte, donde surgen importantes ejemplos de estos cementerios, poseedores de tumbas que contienen diferentes tipos de piezas integrantes de la panoplia, si bien, y como norma general, localizándose fundamentalmente las partes metálicas, ya que las secciones orgánicas, elaboradas en maderas u otros materiales, han desaparecido tras haber sido expuestas a la acción del fuego durante los procesos de incineración de los cadáveres.

Ejemplo de estos hallazgos se encontraría en los restos significados en forma de accesorios bélicos que han ido surgiendo paulatinamente en los grandes yacimientos y necrópolis situadas en diversas provincias de la actual Comunidad Autónoma de Castilla y León, tanto en su zona oriental, donde se asientan numerosas necrópolis que albergan una abundancia nada desdeñable de datos para el conocimiento de las panoplias, como es el caso de Anguita, en Guadalajara, lugar de enterramiento de, más o menos, medio centenar de espadas de antenas, como en su zona occidental, donde surgen cementerios nada desdeñables, como Chamartín de la Sierra, el Raso, la necrópolis de La Osera, situadas en Ávila, al igual que Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila), donde han salido a la luz tanto restos de armamento defensivo, como ofensivo, siendo, según los indicios, la lanza el arma de ataque profusa, o la necrópolis de Las Ruedas (Padilla del Duero), con diversas tumbas en las que se hallan puñales del tipo Monte Bernorio (tumba 9, tumba 28, tumba 35), y en donde se pueden apreciar las diferentes etapas del armamento en sus fase formativa, período de desarrollo y de expansión, que arrojan fechas para su uso del siglo VI a. C. al siglo III a. C.

Junto a esta fuente de información que constituyen las necrópolis, los medios para el conocimiento de las panoplias utilizan diferentes vías, como los depósitos de armas localizados en diversos puntos de la geografía peninsular, y, sobre todo, las fuentes culturales basadas en diversos aspectos y facetas de la vida de los pueblos indígenas.

Son diversas las formas plásticas que conducen al conocimiento de estas piezas a través de sus representaciones, siendo, para los períodos más remotos del Primer milenio a. C. de gran utilidad las conocidas como Estelas del Suroeste, que comenzarían a surgir hacia finales del siglo IX a. C. o principios del siguiente.

La superficie de estos monolitos sirve como base para obtener, normalmente, la figura de un guerrero acompañado por todo su ajuar, en el que se pueden vislumbrar diferentes objetos, entre los que se aprecia el escudo, normalmente redondo y con escotadura en V, espada, lanza, espejo, así como diferentes carros, siendo muy conocidas, entre otras, las estelas del Monte Blanco (Olivenza), Solana de Cabañas, Magacela, Cabeza de Buey, Arroyo de Bonoval, Santa Ana de Trujillo o Ibahernando,

Otros filones donde investigar se encuentran en los escritos legados por los autores clásicos, como Estrabón, Polibio o Ptolomeo, los cuales recogen las peculiaridades de los diferentes equipos utilizados por los guerreros de la Península, así como los conjuntos escultóricos que arrojan numerosa información, ocupando un lugar predominante el grupo de esculturas de Porcuna (Jaén), datadas en el siglo V a. C., y en las que se aprecia curiosamente un importante grupo de armamento meseteño, integrado por escudo redondo lanza y espadas de pequeñas dimensiones.

La cerámica también es una gran fuente de conocimiento, pues su decoración resulta de gran utilidad para un acercamiento al equipo de los guerreros, y a través de su ornamento, apreciar las diferentes variedades existentes de armamento.

Existen magníficos ejemplos de cerámica pintada en donde las armas juegan un papel destacado, caso del Vaso de los Guerreros, datado en los siglos IV/III a. C., recipiente perteneciente a una tumba localizada en el yacimiento del Tío

Pío (Archena, Murcia)¹⁰⁷ en el que se representan enfrentamientos, tanto a pie como a caballo, y en donde aparecen representados tanto infantes como caballeros en combate singular con escudos rectangulares, falcatas o lanzas, el Vas de San Miguel de Liria (Valencia), o la plástica representada en el Vaso de los Guerreros de Numancia.



Fig. 30. Ejemplos de Estelas del Suroeste exhibiendo diverso armamento. H. Pecci. Museo Arqueológico Nacional.



Fig. 31. Detalle del Vaso de los Guerreros. Foto tomada de www.museuprehistoriavalencia.es

¹⁰⁷ Gabaldón, M.; (2007) Vaso ibérico de los guerreros (Archena, Murcia). Los mensajes de la cerámica. Pieza del mes. Museo Arqueológico Nacional. 12 págs.

Por último, en las centurias finales del I m. a. C., a partir del siglo III a. C., con la aparición del sistema monetario, la representación del guerrero, fundamentalmente jinetes empuñando una lanza, se convierte en un medio de divulgación y expansión del poder de las elites a través de la plasmación de sus héroes y fundadores míticos.

Está claro que, al no existir, o no conocerse por el momento, hallazgos arqueológicos parangonables con aquellas muestras de piezas bélicas o de caza presentes en las rocas del Cerro, no queda más remedio que apoyarse tanto en estos aportes, como en los estudios realizados por diversos investigadores para tratar de buscar las analogías que permitan extraer una mínima información, datos que acumulándose, pueden arrojar cierto sentido al proceso de investigación.

A tal efecto, diferentes búsquedas, ensayos e investigaciones armamentísticas funcionan perfectamente como hilo conductor para mostrar o verificar la presencia/ausencia de armas que, en sí mismas, suponen un “fósil director”, puesto que las fuentes dejan bastante claro el momento en que aparecieron en una región concreta, y con ello el conocimiento del período cronológico en que se establecieron.

Domingo García presenta una panoplia en la que, por desgracia, algunos objetos no aportan ninguna información, por lo mínima que sea, al grueso de la investigación, bien porque se encuentran toscamente grabados, situación que no permite verificar claramente el arma que representa, o bien porque es un artefacto que ha sido utilizado comúnmente a lo largo de toda la Historia, caso de porras, hondas, usadas tanto para la guerra como para la caza a lo largo de toda la Antigüedad y en la Edad Media, e incluso en los siglos posteriores muy utilizada por los pastores, cayados, etc., con lo cual la acomodación a una etapa concreta es inviable y la posibilidad de arrancar algún dato, totalmente nula.

Exceptuando este tipo de artefactos, aparecen representadas otro tipo de armas que suponen un alto porcentaje en el conjunto de las representaciones,

y, si bien, algunas de ellas, de la misma forma, han sido utilizadas en diferentes etapas históricas, en estos casos han sido objeto de numerosos estudios por parte de diferentes investigadores, que han podido establecer una serie de periodizaciones, permitiendo ubicarlas en el tiempo, teniendo en cuenta que con la conquista por parte de Roma de los territorios peninsulares, a partir del siglo II a. C. los pueblos indígenas dejaron de tener acceso al suministro de hierro para forjar sus armas, amén de las lógicas restricciones impuestas por los nuevos gobernantes, que pondrían fuera de circulación gran número de armamento.

5.5.1. Espadas

Diodoro (5, 33, 3-4) *“...meten las láminas de hierro y allí permanecen hasta que, con el tiempo, la parte débil del hierro se consume por la herrumbre y se separa de la parte más dura; de ésta se sacan magníficas espadas y otros instrumentos guerreros. No hay espada, ni casco, ni hueso que resista a su golpe...”*.

La espada ha sido una de las armas más importantes desde que comenzó a trabajarse el metal, empleándose sin solución de continuidad, sin interrupción, hasta los siglos XV y XVI para decaer con la aparición de las armas de fuego.

Durante el Bronce Medio y Final, el perfeccionamiento en el trabajo de fundición del metal llevó a que dagas, alabardas y puñales, que habían sido algunas de las armas dominantes durante los periodos anteriores, ampliaran su longitud, extendiendo su tamaño y constituyéndose en espadas, existiendo ya ejemplos durante el Reino Nuevo egipcio, gracias a las novedades tecnológicas introducidas en el Valle del Nilo por los invasores Hicsos, que darían nuevos tipos, como el khepesh o espada curva de bronce.

No obstante, en cierta medida continuarían siendo armas relativamente sencillas, ya que su composición se basaba en láminas de metal trabajado hasta darle forma, y a las que posteriormente se añadían pomos para poder asirlas, como puede ser la espada de Guadalajara, pieza aislada sin entorno arqueológico concreto, pero datada en la segunda mitad del II m. a. C. y que consta de hoja y guarnición, esta última trabajada en oro batido¹⁰⁸, lo que indicaría, en algunos casos, una utilidad más cercana a los símbolos de prestigio que un uso bélico, de un arma en sí mismo.



Fig. 32. Espada de
Guadalajara
1600 a. C./1300. a. C.
H. Pecci. Museo
Arqueológico Nacional

Con el uso de un nuevo material, el hierro, las espadas adquirieron mayor consistencia y dureza conformándose en armas más potentes. Así se aprecia ya en el armamento fabricado durante las postrimerías del II m. a. C. en zonas del Próximo Oriente, como el reino Hitita, asentado en los territorios de Asia Menor, y ya, a comienzos del milenio siguiente comenzarían a introducirse por las tierras europeas.

En el estudio de las iconografías que presentan algún tipo de espadas, existen algunos elementos importantes que tienen la ventaja de poder, en muchos

¹⁰⁸ Martín, A.; (2003) Espada de Guadalajara. Edad del Bronce. Pieza del Mes. Ciclo marzo 2003. Las armas: defensa, prestigio y poder. Museo Arqueológico Nacional. 9 págs.

casos, situarlas en el tiempo, fundamentalmente por el estudio de sus empuñaduras, tal como dice Álvaro Soler del Campo¹⁰⁹, ya que éstas responderían a una serie de prácticas o “modas” que permitirían establecer una serie de analogismos con una época determinada, si bien no significaría el período en que ese arma fue concebida, ya que la parte superior de las espadas es susceptible de ser sustituida según los deseos de su dueño.

Desgraciadamente, en el caso del Cerro de San Isidro es harto difícil utilizar estas características como hitos cronológicos, ya que en ningún caso aparecen representadas las empuñaduras, por lo que se hace necesario conocer las variedades de espadas vigentes a partir del I m. a. C. en la Península Ibérica con el objetivo de buscar similitudes entre ellas y las armas presentes en los paneles.

En esta etapa, el Bronce Final, los tipos más conocidos de este armamento son las espadas pistiliformes, arma cuya forma general se compone de una sola pieza de metal con una guarda en forma de “U” o “V” invertida, que presenta diversos orificios para remaches y una hoja que suele mostrar un ensanchamiento en su extremo distal, es decir, su máxima extensión que se localiza hacia el centro de la pieza con una doble curvatura en sus filos y un nervio central.

Junto a ella, sucediéndola en el tiempo, se encuentra la espada tipo lengua de carpa, arma datada entre los siglos X y VIII a. C., que recibe su nombre debido a un aspecto similar entre sus variedades, que es su hoja estrecha, cuya finalización se muestra alargada y fina, y que se encuentra presente en diferentes localizaciones peninsulares, como el depósito de la Ría de Huelva, datado en torno al siglo XI/VIII a. C., además de diferentes estelas decoradas, como la localizada en Vereda de Churriana (El Coronil, Sevilla), donde aparece plasmado un guerrero portando un casco con cuernos junto a su panoplia compuesta por escudo, lanza puñal y una espada del tipo “lengua de carpa”.

¹⁰⁹ Soler del Campo, A.; (1991) La evolución del armamento medieval en el reino castellano-leonés y Al-Andalus (siglos XII-XIV). Ed. De la Universidad Complutense de Madrid. 893 págs.



Fig. 33. Espadas “Lengua de Carpa” Museo Arqueológico Nacional. H. Pecci

Las estelas del suroeste, localizadas en tierras extremeñas y portuguesas, con cronologías del Bronce Final y I Edad del Hierro, presentan guerreros con lo que parece ser su ajuar, en donde se incluye su material de guerra, generalmente compuesto por escudos con escotadura en “V”, lanzas y espadas, famosas son la Estela de Solana de Cabañas, Granja de Céspedes o Setefilla.



Fig. 34. Depósito Ría de Huelva. H. Pecci. Museo Arqueológico Nacional

A lo largo del I m. a. C. la tipología de las espadas fue variando en la Península Ibérica, haciendo que mientras en unas regiones se utilizaba un solo modelo, en otros territorios varios ejemplares fueran coetáneos, empleándose de forma simultánea.

De esta forma, desde finales del siglo VI a. C. y hasta el siglo I a. C. en algunos casos, en el litoral mediterráneo, sudeste peninsular y algunas partes del interior de Andalucía, se localizaba un tipo de arma conocida como Falcata, aunque griegos y romanos utilizaban otros términos, como Machaera o Kopsis.

Su fisonomía era peculiar, pues se trataba de un arma de pequeña envergadura, no superando los cincuenta centímetros, y presentando una hoja curva trabajada en hierro calentado a partir de una o tres hojas, y que servía tanto para tajar como para penetrar, siendo un arma idónea para el combate cuerpo a cuerpo.



Fig. 35. Falcata ibérica. H. Pecci. Museo Arqueológico Nacional

Este tipo de espada no es usual hallarlo en el interior peninsular, por lo que es lógico que no aparezca representado en una región tan lejana a su radio de acción como podría ser Domingo García.

Sin embargo, existen otros conjuntos de espadas que fueron comunes en el territorio de la Submeseta Norte, además de algunas que pueden ser consideradas exógenas, caso de las armas denominadas de empuñadura “de frontón”, las cuales tuvieron su nacimiento fuera de la Península para, durante el siglo V a. C. comparecer en tierras del Levante español, y a partir de esta, centuria introducirse en la Meseta, tal como lo demuestra su presencia en algunas necrópolis, como la de Alpanseque (Soria), necrópolis de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila), el Raso y La Osera.



Fig. 36. Espada de frontón. H. Pecci. Museo Arqueológico Nacional

La característica esencial de este arma de pequeño tamaño, la cual, al igual que la falcata, no supera los 50 cm. de longitud, es la parte superior que corona las cachas, presentando una forma semicircular, que es la que proporciona el nombre.

Su tamaño hace de esta arma un componente idóneo para la lucha cuerpo a cuerpo, estando pensadas fundamentalmente para los enfrentamientos en tierra.

El armamento más común en la Submeseta Norte durante este período, esto es, siglos VI/II a. C., en cuanto a espadas y puñales se refiere, y según se muestra en los ajueres de las necrópolis, pues parece ser que fue de uso habitual en los pueblos asentados en esta zona, entre ellos los vacceos, y por tanto, teóricamente presente en las poblaciones circundantes al Cerro de San Isidro, aunque hasta el momento no se haya realizado ningún hallazgo que permita asociarla a los grabados, está formado por un conjunto cuya particularidad especial es la de contar con una ornamentación en el pomo,

compuesta por un par de “antenas”, esto es, dos suplementos decorativos que, debido a su poca utilidad, terminaron por disminuir de tamaño, hasta convertirse en un par de pequeñas extremidades de nulo valor práctico, conociéndose como de “antenas atrofiadas”.

Este tipo de espadas de extensión bastante corta, ya que ni sus ejemplares más antiguos ni sus prototipos más modernos presentan hojas que superen los cincuenta centímetros en ningún caso, han sido objeto de una serie de clasificaciones a partir de diferentes características, catalogándose en seis tipos determinados recogidos por F. Quesada Sanz¹¹⁰:

1. Arcachón (Quesada I). Se conocen pocos ejemplares en la Meseta Occidental. Datada durante el siglo IV, conservaba sus antenas.
2. Echauri (Quesada II). Con una hoja recta para penetrar, la característica particular es su vaina de hierro que rematada en una sección cuadrangular.
3. Aguilar de Anguita (Quesada III). Surge durante el siglo V a. C.,
4. Alcacer do Sal (Quesada IV). Se encuentra vigente entre el siglo IV a. C. y las primeras décadas de la centuria siguiente, y no es raro localizarla en la Meseta Occidental, y en particular en la necrópolis de La Osera (Ávila).
5. Atance (Quesada V). Arma celtibérica datada entre los siglos IV y III a. C.
6. Arcóbriga (Quesada VI). Espada de hoja pistiliforme de dataciones en torno a los siglos IV y II a. C., es fácil de localizar en la Meseta Occidental.

A todas estas armas blancas, aún se le sumaría un tipo singular de espada, así como un puñal característico de estos guerreros, que, aunque entra dentro de la definición de “puñal”, en alguna ocasión llegó a poseer una hoja de longitud aproximada a la espada.

¹¹⁰ Quesada Sanz, F.; (2010) Armas de la Antigua Iberia. De Tartesos a Numancia. La Esfera de los Libros. Madrid. 298 págs

La espada de tipo Miraveche presenta unos gavilanes¹¹¹ cerrados característicos, poseyendo una hoja muy fina y punzante, y un remate en el pomo de forma cónica. Parece ser que tuvo gran perduración en el tiempo, ya que se la vincula con algunos tipos del siglo VII/VI a. C., no obstante tuvo relación en el tiempo, durante el siglo IV/III, con el puñal de Monte Bernorio, también conocido como puñal tipo Miraveche, muy presente durante los siglos finales del I m. a. C. en la Cuenca del Duero y en la zona de estudio, de hoja recta y de más de veinte centímetros en algunos casos, siendo muy característica su vaina acabada en una contera que puede adoptar diferentes tipos de decoración, cuya presencia en las representaciones artísticas es un buen marcador cronológico gracias a este ornamento particular.

La característica esencial de todas estas espadas es la pequeña longitud que poseen, no sobrepasando el medio metro de hoja, e incluso la espada conocida como gladius hispaniense, adoptada por las tropas romanas a finales del siglo III a. C. o principios del siguiente, durante las Guerras Púnicas, tal como diría Polibio (Fragm. 95) “...los romanos desde tiempos de Aníbal abandonaron las espadas de sus antepasados, cambiándolas por las de los españoles. Pero si pudieron imitar la forma, nunca lograron alcanzar la calidad del hierro y la perfección de la factura...”.



¹¹¹ Elementos que sobresalen de la guarnición de la espada con el fin de proteger las manos de las embestidas del oponente.



Fig. 37. Diferentes tipos de espadas de antenas. H. Pecci. Museo Arqueológico Nacional

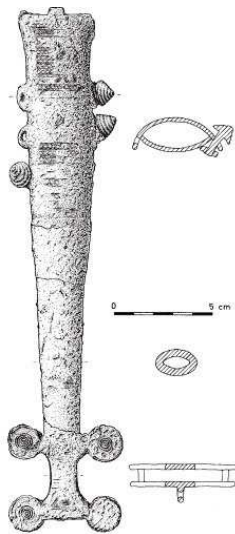


Fig. 38. Vaina de puñal Monte Bernorio localizado en una vivienda de Las Quintanas, Pintia. Siglo IV a. C.¹¹²



Fig. 39. Puñal Monte Bernorio. H. Pecci Museo Arqueológico Nacional.

¹¹² Sanz Mínguez, C.; (2008) Un puñal-reliquia vacceo hallado en Pintia (Padilla de Duero, Valladolid). Gladius. Estudios sobre armas antiguas, arte militar y vida cultural en oriente y occidente XXVIII. Págs. 177-194.

Este arma, según algunos investigadores, evolucionaría a partir posiblemente de las espadas de antenas¹¹³, y perfecta tanto para penetrar como para tajar, tendría un tamaño reducido, siendo ideal para los combates cuerpo a cuerpo de los infantes, pero poco útil para la caballería, la cual tenía en la jabalina su arma fundamental, como es lógico, sobre todo, en tropas cuyo objetivo es el asedio y las refriegas.

A finales del milenio, o durante el siglo I se adopta un arma, evolucionada de la *gladius hispaniensis*, la *spatha*¹¹⁴, con mayor longitud, siendo ideal para el uso de la caballería, pudiendo llegar al metro de longitud, lo que permitiera enfrentamientos directos sobre el lomo de los caballos, todo gracias a la mayor longitud de la hoja, convirtiéndose posteriormente en la base principal, tanto para caballería como para infantería, a partir del siglo II, condenando al ostracismo al *gladius*, y siendo uno de los antecedentes de las espadas medievales.

Durante los siguientes siglos las espadas no tendrían alteraciones notables, siendo a partir de la Alta Edad Media, sobre todo en su tramo final, cuando comienza a sufrir modificaciones.

La peculiaridad principal de todas estas piezas es su longitud, puesto que la inmensa mayoría de ellas no supera los cincuenta o sesenta centímetros de extensión, constituyendo un elemento idóneo para el uso de infantes en combate cuerpo a cuerpo, pero un arma poco eficaz para las unidades de caballería.

¹¹³ Existen otros especialistas que se decantan por prototipos de La Tène I existentes en la Península, que evolucionarían de manera divergente a los tipos galos, y a partir de los cuales surgió la *Gladius Hispaniensis*.

¹¹⁴ Algunos investigadores defienden la evolución de esta arma a partir de espadas célticas del período La Tène III, adaptados para la caballería durante el siglo I a. C.



Fig. 40. Espada tipo Miraveche Foto tomada de www.uam.es/proyectosinv/equus/warmas/tipolog/fig19.html

Esta situación aparece registrada en el arte del Cerro de San Isidro, haciéndose bastante evidente la gran extensión de las espadas y vainas que portan los guerreros representados, armas adaptadas a la caballería que, como se ha visto, no comienzan a emplearse hasta los primeros siglos después de Cristo, siendo bastante clara la separación entre éstas y el equipo utilizado en los períodos protohistóricos y prerromanos.

A esta situación se suma otro aspecto que permite entrever la diferenciación entre estos tipos y los plasmados en los grabados de Domingo García, detalle que contribuye a proyectar una cronología tardoantigua o tempranomedieval para estas armas, pues a la disparidad en la envergadura se suma la diferencia estilística, no de las hojas en sí mismo, algo casi imposible de distinguir y clasificar en los grabados, sino en las conteras de las vainas, pues mientras los extremos de los tipos prerromanos cuentan con ornamento que las singularizan, en el caso de las figuras plasmadas en los paneles las largas vainas se rematan con formas simples, marcando la hoja de la espada, sin adornos ni ningún tipo de señal que las distinguan.

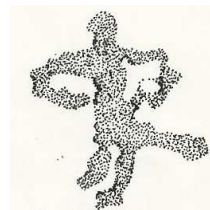
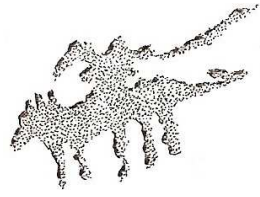




Fig. 41. ejemplos de espadas y vainas representadas en Domingo García. H. Pecci

Fig. 42. ejemplos de espadas y vainas representadas en Domingo García. H. Pecci



5.5.2. Armas de asta

Esta clasificación recoge un tipo de armamento que ha tenido un lugar clave dentro del ámbito bélico y cinegético, puesto que ha ocupado durante milenios un espacio central en las fuerzas de los distintos grupos humanos, de tal forma que es el instrumento más recogido y mencionado por los autores clásicos cuando describen la panoplia de las distintas tribus peninsulares.

Ya, durante el Paleolítico, se conoce el uso de lanzas, jabalinas y venablos a través de los hallazgos de diferentes restos, como son las puntas de sílex, bifaces, azagayas, etc., y, posteriormente, reinos e imperios han hecho un uso continuado de ellas, de tal forma que los egipcios ya las confeccionaban originalmente en madera o junco, utilizándolas como proyectiles de corto y medio recorrido, en Mesopotamia hacia mediados del III m. a. C. se recurriría al bronce para su fabricación, Filipo II de Macedonia reestructuró su ejército en torno a la falange, formación de hoplitas cuya arma fundamental era una lanza que se encontraba en torno a los 4.20 m. de longitud, etc., y así, su uso se ha dilatado en el tiempo hasta el siglo XX, donde todavía existían compañías de caballería formadas por lanceros.

De la misma forma, en la Península Ibérica estas armas han constituido un factor esencial en la panoplia de los guerreros, como lo demuestran las numerosas representaciones existentes tanto en la cerámica, como en la escultura y la numismática, convirtiéndose en el arma primordial de los combatientes a caballo, tal como se recoge en diferentes escritos.

Sin embargo, el estudio de estas piezas normalmente suele ser bastante difícil, puesto que, al formar parte del ajuar del guerrero, se sometían al rito de cremación, perdiendo gran parte de la información a causa del material desaparecido, permaneciendo únicamente las partes metálicas de moharras y regatones, por lo que es, a partir del estudio de éstas, como han llegado a conocerse su características.

La iconografía y las fuentes documentales muestran el procedimiento de uso de las armas de asta, las cuales no cambiaron durante siglos, siendo útiles las jabalinas tanto para infantes como para jinetes, aunque constituyendo el arma principal de estos últimos.

Además de puntas de jabalinas, se han localizado tanto faláricas cuyo cuerpo se componía de madera y punta metálica, como soliferrum¹¹⁵, pieza fabricada totalmente en hierro, y de aproximadamente un kilo de peso y unos dos metros de longitud, que podía ser arrojado a unos veinticinco metros de distancia.

Durante la Edad Media algunas lanzas sufren modificaciones para adaptarse a las nuevas técnicas de combate, pues se conferiría como arma de choque de los jinetes, lo que sumado al uso del estribo, el cual hizo su aparición en el Oeste europeo durante el siglo VIII y se cree que pudo ser utilizado por parte de las fuerzas cristianas por primera vez en de la batalla de Poitiers (732), hizo de la caballería la fuerza bélica más importante durante varios siglos. No obstante en las representaciones este complemento no se comienza a recoger de forma general hasta el siglo X,

En las rocas de Domingo García se aprecian numerosos jinetes, que portan bien jabalinas, bien lanzas, siendo muy difícil, sino imposible, distinguir alguna de las características de las piezas, ya que se han plasmado a partir de una línea o hendidura en la superficie de la roca, sin preocuparse en definir ninguna de sus particulares, exceptuando una sola figura, un peón o infante que ase un arma en la que se puede apreciar la punta.

De la misma forma, es interesante percibir como la inmensa mayoría de los combatientes a caballo tienen una fisonomía análoga, esto es, parecen haber sido realizados a través de un patrón determinado, estandarizado, lo que podría significar la secuenciación o continuación de un “molde” modelo

¹¹⁵ Fernández Mateu, G.; (2008) El primer soldado español nació en Cannas. Colección Adalid. 376 págs.

establecido a la hora de plasmar los grabados, posiblemente imitado por los sucesivos autores de los grabados.

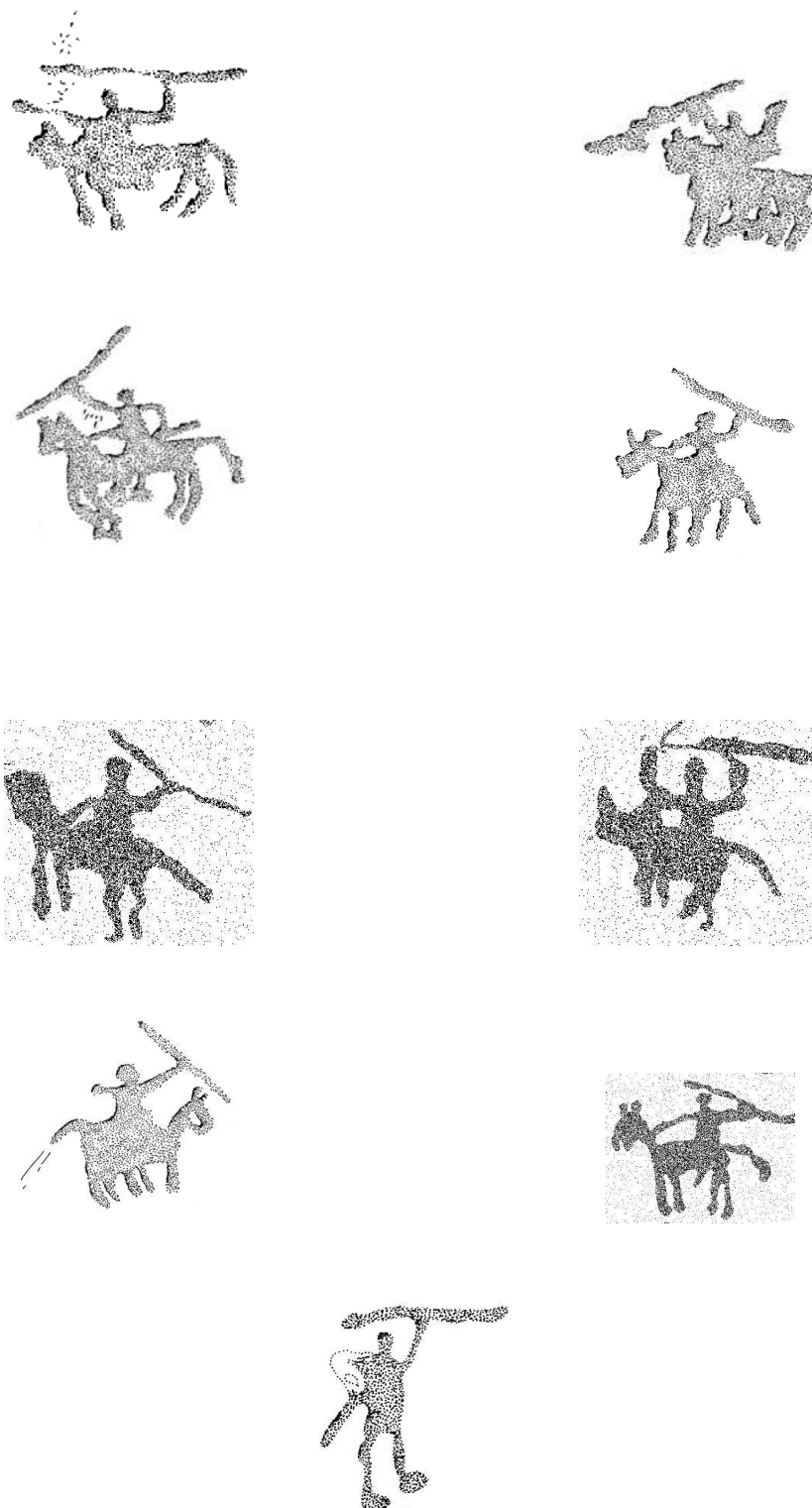


Fig. 43. ejemplos de armas de asta representadas en Domingo García. H. Pecci

5.5.3. Armas de propulsión

Dentro de esta clasificación se recogen esencialmente dos tipos fundamentales, el arco y la ballesta, e incluso se podría incluir un tercero, si se toma la honda como un arma de guerra, además de ser utilizada para la caza tanto en la Antigüedad como en la Edad Media, tal como se vislumbra en algunas referencias antiguas, por ejemplo el enfrentamiento entre David y Goliath relatado en el capítulo XVIII del Libro de Samuel¹¹⁶, los numerosos glandes que se han hallado en diferentes yacimientos y restos de sitios y asedios, caso de Massada¹¹⁷, o las Siete Partidas de Alfonso X (1221-1284), en donde se recoge a la honda formando parte del arsenal y material bélico de los castillos¹¹⁸.

El arco apareció durante el Paleolítico Superior, posiblemente hace unos diez o doce mil años aproximadamente, como se refleja en diferentes pinturas rupestres, por ejemplo como se muestra en los abrigos de La Sarga (Alcoy, Alicante), El covacho Hocino de Chornas o el Barranco des Gascons, ambos en Teruel, y tiempo más tarde en pinturas y esculturas del Próximo Oriente, como los arqueros egipcios de la tumba de Mesehti pertenecientes a Imperio Medio (principios del II m. a. C.).

Es un arma de manufactura relativamente simple, de la que sin embargo es difícil extraer algún tipo de información cronológica si su forma y características no se encuentran perfectamente reflejadas, o en un ámbito histórico bastante conocido, caso del longbow inglés durante la Guerra de los Cien Años (1338-1453), al igual que en el caso de las hondas, ya que han sido utilizados durante muchos siglos tanto por guerreros como por cazadores y pastores, por lo que es sumamente difícil conseguir algún tipo de información

¹¹⁶ Llull Molina, M.; Los honderos baleáricos. Revista de Arqueología, año XXXI. Nº 345. Págs. 52-59.

¹¹⁷ Pecci Tenreiro, H.; (2006) Masada. El fin de los días. Revista de Arqueología. Págs. 26-35.

¹¹⁸ Menéndez Pidal, G.; (1986) La España del siglo XIII leída en imágenes. Real Academia e la Historia. 319 págs.

medianamente fiable para intentar ubicar los grabados en los que se aprecie alguna figura análoga a este artefacto.



Fig. 44. Representación hondero. Domingo García. H. Pecci.

Sin embargo, el Cerro de San Isidro posee un arma de propulsión que arroja unas fechas notoriamente determinables, y que hablan de una cronología inicial claramente definida y totalmente apta para poder determinar la fecha a partir de la cual se pueden haber realizado las representaciones, esta arma es la ballesta, pieza que aparece reflejada de forma clara en los paneles del Cerro de San Isidro.

Aunque la ballesta parece ser que surge en China en las últimas centurias a. C., se cree que arribó a Europa hacia el siglo X, observándose ya en el Oeste, concretamente en Francia, por estas fechas, mas, se desconoce el período en que atravesó los Pirineos para aparecer en la Península, debiendo de producirse alrededor de las mismas fechas, durante los siglos X/XI, pues ya se describía en algunos Beatos, como el del Burgo de Osma, finalizado en el año

1086, además de encontrarse representada en el interior de algunos edificios, por ejemplo en San Baudelio de Berlanga, erigida a principios del siglo XI.

La información existente arroja un uso mayoritario muy encajonado en una etapa cronológica concreta, es decir, desde la Alta Edad Media hasta finales del siglo XV o principios del siguiente, ya que el empleo masivo de esta arma se concentraría en el periodo medieval hasta que las armas de fuego la relegan a un segundo término.



Fig. 45. Ballestero. San Baudelio de Berlanga.
Siglo XII.



Fig. 46. Ballestero. Domingo García

Es importante señalar que a finales del siglo XI y durante la primera mitad del siglo XII se da la primera constancia de ballesteros a caballo en Castilla, lo que es una información muy útil para el devenir de los estudios del arte en el Cerro de San Isidro, ya que los paneles poseen representaciones de este tipo de jinete, lo cual puede significar una aportación cronológica muy clara, estando en relación también con la primera referencia existente sobre el pueblo de Domingo García, acaecida hacia el año 1247.



Fig. 47. Beato del Burgo de Osma. Año 1086



Fig. 48. Ballestero a caballo. Domingo García

En sus momentos iniciales, este artefacto se cargaba de una forma muy simple, pues se apoyaba en el suelo siendo sujetado con los pies por el ballestero, el cual extendía la cuerda hasta tensarla totalmente y retenerla en el mecanismo que hacía las veces de percutor.

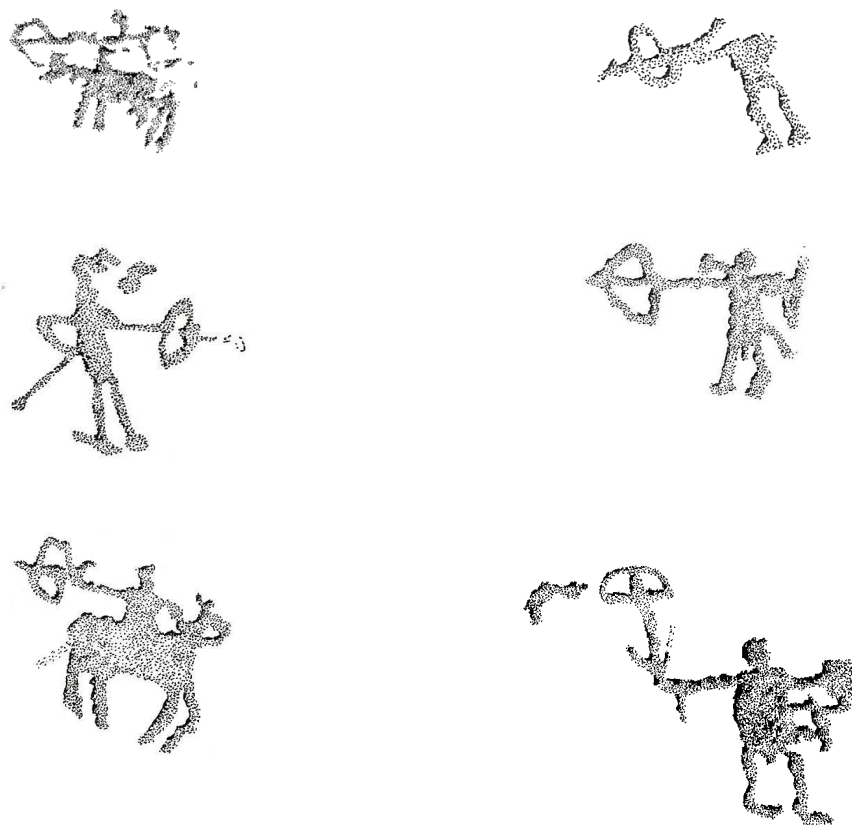
Posteriormente, hacia el siglo XII, se crearían dispositivos capaces de hacer cargar el arma sin necesidad de tanto esfuerzo, y así se instalaba un estribo en la parte superior con el fin de introducir el pie para ayudar a tensar la cuerda y facilitar la carga, tal como se recoge en Santo Domingo de Silos, por lo que en la iconografía, la representación de estos nuevos mecanismos es sumamente útil a la hora de asignar unas fechas aproximadas y estacionarla en un período histórico lo más cercano posible.

La ballesta supuso un gran riesgo para los jinetes, pues poseía una potencia que dotaba a las saetas que lanzaba la capacidad de penetrar en las protecciones metálicas de los caballeros, lo que suponía un constante peligro, además de ser un arma que se encontraba al alcance de la inmensa mayoría de los guerreros no pertenecientes a las elites, por lo que fue considerada un elemento pernicioso en la lucha entre cristianos, llegando a emitirse edictos de prohibición de su uso, como el que se realizó en el II Concilio de Letrán datado en abril de 1139 “...*Prohibimos bajo pena de excomunión el arte mortífera y*

*odiosa a Dios de los ballesteros y arqueros empleada contra cristianos y católicos*¹¹⁹...”

Gracias a la aparición de este armamento en la estación rupestre, se asiste a la consecución de un nuevo marcador cronológico, el cual refiere el tallado de los guerreros aquí recogidos en un momento no anterior al siglo X/XI, pues, tal como narran los relatos y representaciones, era desconocido en el Occidente europeo antes de estas fechas.

Fig. 49. Algunos ejemplos de grabados de ballesteros. Domingo García



¹¹⁹ Quesada Sanz, F.; (2009) *Última ratio regis. Control y prohibición de las armas desde la Antigüedad a la Edad Moderna*. Ediciones Polifemo, 487 págs.



Fig. 50. Representaciones de ballesteros





5.5.4. Armamento defensivo

Las armas son inherentes a la historia de la Humanidad, ya que el armamento ha estado presente y se ha erigido como uno de los protagonistas, de una u otra forma, en la formación de las sociedades, siendo paralela su evolución al avance cultural de las grandes civilizaciones.

El progreso de los sistemas de ataque ha conllevado un efecto acción/reacción, por el que los métodos y técnicas de defensa también han sufrido un proceso escalonado de perfeccionamiento. Así, de esta manera, la aparición de un instrumento encaminado a infligir el mayor daño posible, ha espoleado la invención o perfeccionamiento de un arma capaz de contrarrestar este embate.

Durante milenios la esencia de la panoplia defensiva, la responsabilidad total del amparo del guerrero, ha recaído en el escudo, protección que ha experimentado variados intentos de perfeccionamiento, aunque sus formas hayan sufrido escasas transformaciones en el transcurso del tiempo, ya que las variantes, los perfiles que han obtenido éxito sobre el resto, han sido pocos, de tal forma que los contornos se han repetido a lo largo de los siglos buscando la mayor adaptación al cuerpo, independientemente del material empleado en su fabricación, madera, mimbre, cuero, metal, e incluso concha de tortuga, y del tamaño.

Es así como el perfil más generalizado ha sido el diseño circular u ovalado, como los que aparecen representados en las Estelas del Suroeste, con algunas excepciones en el contorno, tal como se muestra en el Vaso de Archena, donde los guerreros presentan grandes escudos de perímetros rectangulares, el Vaso de los Guerreros de El Cigarralejo (Mula, Murcia), San Miguel de Liria, el El Vas dels Guerrers de La Serreta (Alcoi, Alicante) datado entre los siglos IV y II a. C., el scutum rectangular, en forma de teja, de las legiones romana, o el aspis en forma de “ocho” helénico.



Fig. 51. Detalle de Vasos ibéricos con diferentes tipos de escudos. Fotos tomadas del Museo de Prehistoria de Valencia.

Durante el I m. a. C., el escudo más popular entre los guerreros de numerosos territorios peninsulares parece ser que fue el conocido como “caetra”, tal como se observa a partir de los restos metálicos que han sobrevivido en los ajuares, defensas circulares de entre medio metro y un metro de diámetro aproximadamente, ligeros y bastante manejables pues contaban con cuatro o cinco kilos de peso, siendo idóneos como parte de la panoplia de los infantes.

De ellos daban referencias los escritores clásicos, tal como dice Estrabón (III, 3, 6) “...es pequeño, de dos pies de diámetro y cóncavo por su lado anterior, lo llevan suspendido por delante con correas y no tiene, al parecer, abrazaderas ni asas...”, al igual que el escudo (scutum) oblongo o rectangular, cuyo uso se deja entrever en diferentes esculturas, como las de Porcuna, y también fueron objeto de observación por parte de los autores más o menos coetáneos, siendo así como relata Diodoro (5, 33) que “...algunos guerreros iban armados con escudo de tipo galo, oblongo y de peso ligero, mientras que otros llevaban el escudo circular del mismo tamaño que el usado por los griegos...”

Fig. 52. Diferentes tipos de escudos



Dentro de la variedad de defensas ovals, se agrupan un conjunto de escudos cuyo uso ya se puede distinguir durante el siglo VIII a. C. y permanece vigente hasta aproximadamente el siglo V, variando entre las formas rectangulares y ovaladas que basculan entre medio metro y 1, 60 m. de longitud aproximadamente, y los 5/10 kilos de peso.

Parece que el scutum se introduce en las tierras peninsulares durante el siglo IV a. C., aunque de forma heterogénea, ya que en la Meseta, las formas oblongas no se evidencian hasta un siglo después.

Según avanza el tiempo, algunas formas se mantienen, aunque, ya en la fase tardoantigua y durante la Edad Media se distinguen nuevos modelos, como el escudo en forma de cometa, que evolucionaría y ampliaría su tamaño, hasta desplazar hacia el siglo XI a los pequeños escudos de forma circular que continuaban teniendo vigencia en las centurias iniciales del Medievo, formando parte del equipo de combate de peones y caballeros, al igual que se habían seguido utilizando durante los primeros siglos de la era por las tropas auxiliares y la caballería romana.

En el Cerro de San Isidro se entreven varias formas diferenciadas de escudo, utilizadas, en algunos casos, indistintamente tanto por infantes como por jinetes, lo que evidencia una mayor diversidad defensiva, aunque hasta el siglo XI la panoplia más típica de los guerreros consistía en espada recta y de doble filo, junto al escudo circular u ovalado.



Fig. 53. Defensas representadas en los grabados del Cerro de San Isidro. H. Pecci

Es evidente que la búsqueda de cualquier tipo de rastro encaminado a la extracción de algún dato que aporte una nitidez cronológica a los grabados se convierte en un camino espinoso.

No obstante, se han localizado elementos suficientes dentro de la panoplia presente en las rocas, con los que permitir obtener unas fechas bastante seguras para el inicio de los grabados a partir de diferentes componentes.

Para ello, la composición del armamento ofensivo, fundamentalmente las espadas, han arrojado una serie de características que no se encuentran presentes en las armas reflejadas en los grabados.

Es, justamente como las espadas cortas que se localizan en necrópolis y depósitos, así como las que citan los autores antiguos, están pensadas fundamentalmente para el combate cuerpo a cuerpo, no apareciendo en equipo del caballero, cuyo armamento principal estaba compuesto por lanzas, jabalinas, etc., hasta finales del I m. a. C., y primeras centurias del siguiente, dando paso a espadas de mayor longitud que las de antenas o las de frontón, útiles para este tipo de enfrentamientos.

Otro aspecto diferenciador del equipo se trasluce en las vainas, pues mientras en el I m. a. C. las conteras poseen elaborados ornamentos, en épocas posteriores sirven únicamente de salvaguarda del arma, que es la base de todo el conjunto, por lo que su forma es bastante simple.

Pero, si hay algún indicio del que se podrían obtener testimonios fidedignos, además de los de escudos que se muestran en Domingo García, ofreciendo una variedad que en los siglos anteriores a Cristo no se manifestaban, es la presencia de un arma como la ballesta, elemento que supone un hito total en la cronología San Isidro.

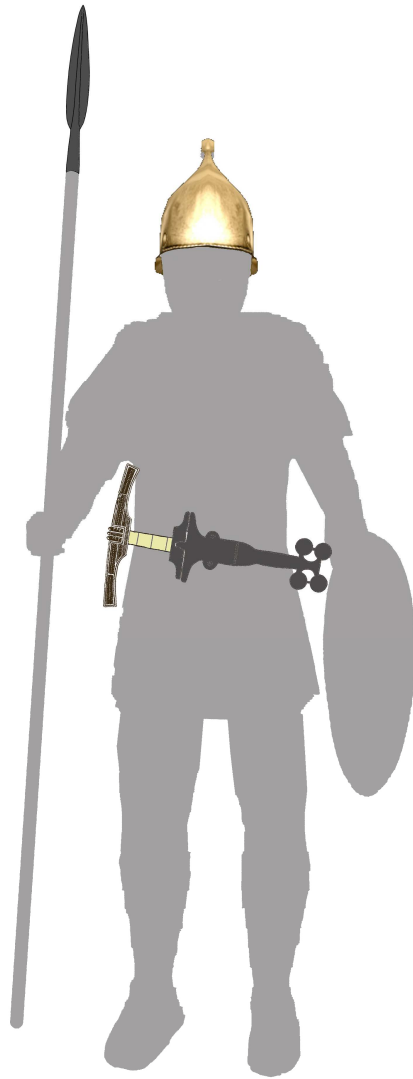


Fig. 54. Panoplia de guerrero prerromano

5.6. ANTROPOMORFOS

Las representaciones humanas son el segundo grupo en importancia de la estación del Cerro de San Isidro, el primero si no se tienen en cuenta la multitud de grabados indeterminados existentes, aunque éstos no constituyen un número mucho más alto, y, realmente, no aportan ningún dato sustancial al conocimiento de los paneles.

Las variadas figuras antropomorfas desplegadas en Domingo García adoptan múltiples posiciones, así como diversas fisonomías, factor que no redundaría en una mayor ventaja para la adquisición de material concreto que contribuya a revelar grandes cúmulos de datos, ya que el cincelado parece no seguir un patrón fijado, de tal forma que, el aspecto exterior de las figuras, en muchas ocasiones recogidas en una misma escena, es totalmente diferente, como si de otro autor se tratara, mientras que, imágenes que se localizan a unos metros de distancia, presentan una homogeneidad tal, que en situaciones es difícil precisar una diferencia.

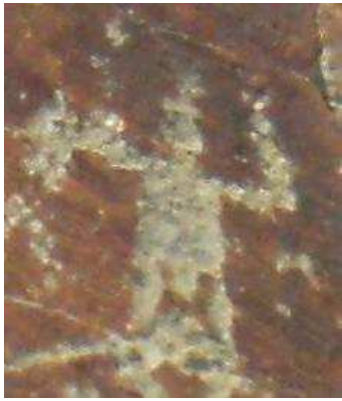
De este modo, se describirían básicamente dos sistemas de trazado del cuerpo humano, a los que se podría añadir un tercer y cuarto diseño, aunque poco característicos, pues se hallan en una proporción mínima en el interior de los afloramientos rocosos.

Dentro de los perfiles incorporados a los paneles que cuentan con un mayor porcentaje de representatividad, uno de ellos es el de aquellos grabados que utilizan los contornos alargados, personajes que en multitud de ocasiones también se exhiben a lomos de équidos, y que se exteriorizan en varias fases, desde un adelgazamiento extremo, hasta alcanzar aquellas siluetas que conforman el segundo conjunto más profuso, formado por los antropomorfos poseedores de estructuras cuadrangulares, llegando en algunos casos, a contar con medidas similares tanto en altura como en anchura.

Fig. 55. Fisonomía de antropomorfos. Domingo García. H. Pecci







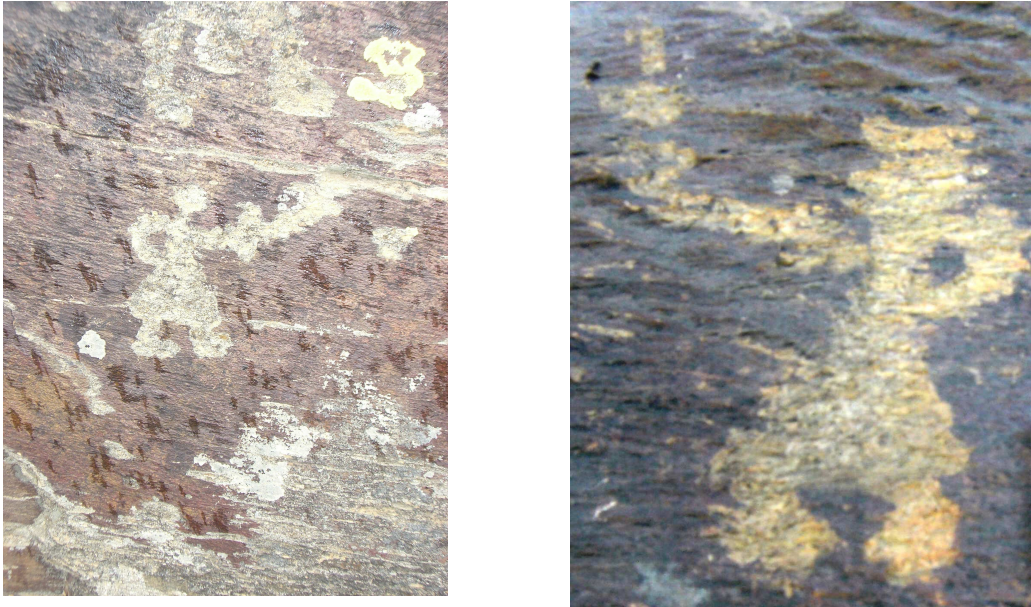
Tras estos dos grupos principales, se reconocen otra serie de siluetas que presentan una apariencia diferente, formas redondeadas y triangulares, estructuras poco materializadas, aunque, a pesar de ello, sugieren en alguna ocasión, y a través de la indumentaria que emplean, y por ciertas particularidades y paralelismos, período bastante avanzados en el tiempo, e incluso, en alguna de las obras parece que el personaje haga uso, incluso, de un arma de fuego.

Ciertamente, la vestimenta representada en algunos de los actores de las rocas, se aleja bastante de los guerreros antiguos de la zona, cubiertos con prendas cuadradas, mantos denominados *sagum*, de los cuales decía Diodoro Sículo que estaba formado por capas de lana, que cubrían el cuerpo hasta la altura de las rodillas, tapando las prendas interiores, compuestas, en muchas ocasiones con túnicas cortas, o bien con pantalones que cubren las piernas, como se aprecia en el Vaso de los Guerreros de Numancia.



Fig. 56 Reconstrucciones ideales del Vaso de los Guerreros (Numancia) y de guerrero celtíbero, cubierto con *sagum* (por Eduardo Peralta Labrador). Fotos tomadas del Dossier: Los celtas en España. 19 páginas.

Fig. 57. Figuras con faldellines. H. Pecci



De todos modos, la apariencia externa de la iconografía presente en las rocas del Cerro, exceptuando esta última imagen citada, no da lugar a un intento de aproximación a una etapa cercana a la creación de las obras de arte, puesto que, ni la técnica del martilleado empleada, ni la composición de las siluetas tienen capacidad para poder referir un acercamiento a una fase histórica concreta.

Es por ello que se deben buscar otras vetas, dentro del conjunto artístico, en las cuales profundizar, con el fin de obtener las codiciadas respuestas, y para ello existen una serie de aspectos y características que pueden dilucidar, en la medida de lo posible, los fundamentos en los que asentar una cronología certera.

Entre estas particularidades, se han analizado otras cualidades de los antropomorfos que son susceptibles de contener una información lo más certera posible, por lo que se ha hecho hincapié en los matices que pueden otorgar diferentes indicios, los cuales, si bien son pocos en declaraciones, no

por ello dejan de ser concluyentes, pues los datos que transmiten, permiten determinar una edad considerablemente sólida.

De este modo, y partiendo del estudio y análisis de los artilugios y armas que se encuentran en manos de los antropomorfos, se han conseguido unos resultados bastante razonables, pues con ellos ha sido posible una delimitación fidedigna, basada fundamentalmente en la existencia/carencia de la panoplia, circunstancia que influye en la forma de batallar, y por consiguiente, en la manera de presentarse y descubrirse ante los adversarios.

En el Cerro de San Isidro, el análisis y estudio del armamento descrito en las piedras ha deparado resultados bastante convincentes para poder conceder dataciones posteriores a la Edad del Hierro al conjunto del arte expuesto en el Otero.

Otros rasgos, características o actitudes que pueden ayudar notablemente son aquellas que revelan la ejecución de una acción concreta por parte de los antropomorfos, actividades que, en su mayoría, se envuelven en una atmósfera bélica o venatoria, tal como indica el despliegue de las diferentes armas expuestas en la casi totalidad de los paneles.

Sin embargo, es tremendamente difícil localizar algunas funciones que se alejen del "oficio" de la guerra, y aunque hay quién ha querido percibir labores y faenas de pastoreo, quizás encarnadas en la plasmación de un hondero que, por el arma utilizada, podría simbolizar a un pastor en el trance de lanzar un glande, en este caso un proyectil completamente circular, hecho que denota un trabajo previo, o la aparición de cánidos de gran talla, hasta el momento no se distingue ninguna representación animal en la que se pueda precisar o determinar la presencia de animales domesticados que requieran este tipo de cuidados, es decir, formando parte del ganado bovino u ovino fundamentalmente, que pudieran dar veracidad a esta realidad.

No obstante, el hallazgo dentro de los grabados de tales ocupaciones, tampoco supondría un aporte tremendamente relevante, pues la tarea representada no sería determinante contribuyendo con el aporte de una información resolutiva, ya que estaría recogiendo prácticas que el ser humano lleva realizado durante milenios desde el advenimiento del período Neolítico.

Con todo, junto a guerreros y cazadores, en los afloramientos se reconocen una serie de personajes que protagonizan una práctica comúnmente cargada de contenido social, y de la cual se ha disfrutado desde la mismísima creación de la sociedad como tal, actividad cubierta en numerosas ocasiones, con ciertos tintes de tipo ritual, a la que fue extraño asignar en algunos momentos una significación religiosa, un sentido de acercamiento, de unión a la deidad: no es otra que la danza.

Es difícil conocer y determinar el contexto en el que se desarrollan las prácticas de danza en los grabados, pero, según los indicios plasmados, y a todas luces, se apunta a la práctica de las danzas conocidas como “paloteos”.

Este baile, en la actualidad se encuentra bastante arraigado en multitud de municipios, ya no sólo de la provincia de Segovia, sino también a lo largo de toda la geografía peninsular, continuando vigente en poblaciones cercanas al Cerro de San Isidro, como es el caso de Bernardos y Armuña.

Su procedencia se encuentra envuelta en un gran manto de desconocimiento, pues, aunque la mayoría de los investigadores están de acuerdo en que podrían derivar de danzas guerreras o de fertilidad paganas, hasta ahora no se han hallado documentos escritos anteriores al final de la Edad Media, o principios del siglo XVI, que hagan referencia a ellos, por lo que algunos estudiosos apuntan la posibilidad de que penetraran en la provincia de Segovia acompañando a las repoblaciones de los siglos XI y XII, y con ellas, la introducción de diferentes tradiciones, que darían lugar a estas danzas¹²⁰.

¹²⁰ Álvarez Collado, M. F.; (2012) Los paloteos en la provincia de Segovia: análisis y estudio comparativo de su interpretación. (2012) BIBLID, 14. Págs. 301-315.

Se trata, fundamentalmente, de bailes cortos, constituidos por varios pasos, en donde los palos, según transcurre el baile, cobran un gran protagonismo entre los danzantes, que van realizando una serie de golpes según marca la melodía.

Con el advenimiento del Cristianismo, su puesta en escena se llevaba a cabo en los días señalados dentro del calendario religioso, en el que se desarrollan fundamentalmente las celebraciones y ceremonias, bien en la entrada de la iglesia en los momentos previos al inicio de la liturgia, antes de arrancar las procesiones, en las advocaciones y honores a la Virgen o algún santo, o bien en las conmemoraciones del Corpus Christi, festividad instituida a través de la Bula Papal *Transiturus de hoc Mundo*, otorgada por Urbano IV en el año 1264, celebración que, en opinión de muchos investigadores marcaría un punto de inflexión, puesto que incluiría estas danzas dentro del ritual, constituyendo el comienzo del paloteo en ceremonias católicas¹²¹.

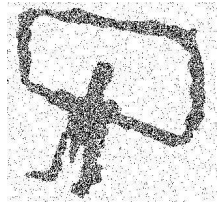
Teniendo en cuenta estas premisas, en los paneles se agrupan varios danzantes, los cuales, no sólo utilizan palos para poner en marcha sus bailes, de la misma forma, algunos de ellos parecen seguir el ritmo de la música agitando al viento cintas, ramos, arcos, etc., en lo que podrían ser una serie de ceremonias realizadas en torno a la Ermita de San Isidro, ya que esta edificación constata, a través de su erección, las fechas de uso de la zona como lugar religioso a partir de los siglos XI/XII.

Por último, dentro del corpus de grabados antropomorfos, existen tres figuras que marcan claramente un período preciso, una época que no deja lugar a dudas.

De estas imágenes, dos no se encuentran en la estación de arte propiamente dicha, aunque se ubican a una corta distancia, unos cincuenta metros aproximadamente.

¹²¹ Tiza, A.; (2012) La danza de palos y sus contextos festivos: Zamora y Bragança. BIBLID, 14. Págs. 383-402

Fig.58. Danzantes. Cerro de San Isidro



En ellas se aprecia nítidamente el rostro de dos personajes portando coronas, creaciones que reflejan cronologías visiblemente medievales, a tenor de la ejecución realizada, análoga a pinturas y grabados con fechas de este periodo, que recogen coronas muy semejantes, con un marcado parecido en la forma de representación de los retratos acuñados en las monedas de esta época.

Las coronas que se exponen descubren cinco “puntas” rematadas con perlas, que poseía durante la Edad Media la persona que ostentaba el título de Vizconde o Vicecomites¹²², rango inferior al Conde, que le sustituía en sus funciones cuando éste se encontraba ausente.

En el año 2011, cuando se procedía a realizar un análisis en el panel 9 Centro, se descubrió en la parte superior izquierda otra representación de un rostro que presentaba características muy afines, si bien, lucía dos puntas menos, es decir tres, pieza usada por algunos reyes, como sería el caso de Alfonso VII (1105-1157), convirtiéndose en un marcador cronológico totalmente fiable para anexar al conjunto de pruebas y fundamentos que establecen unas fechas medievales al conjunto de arte del Cerro.

¹²² Dato obtenido en www.protocolo.org

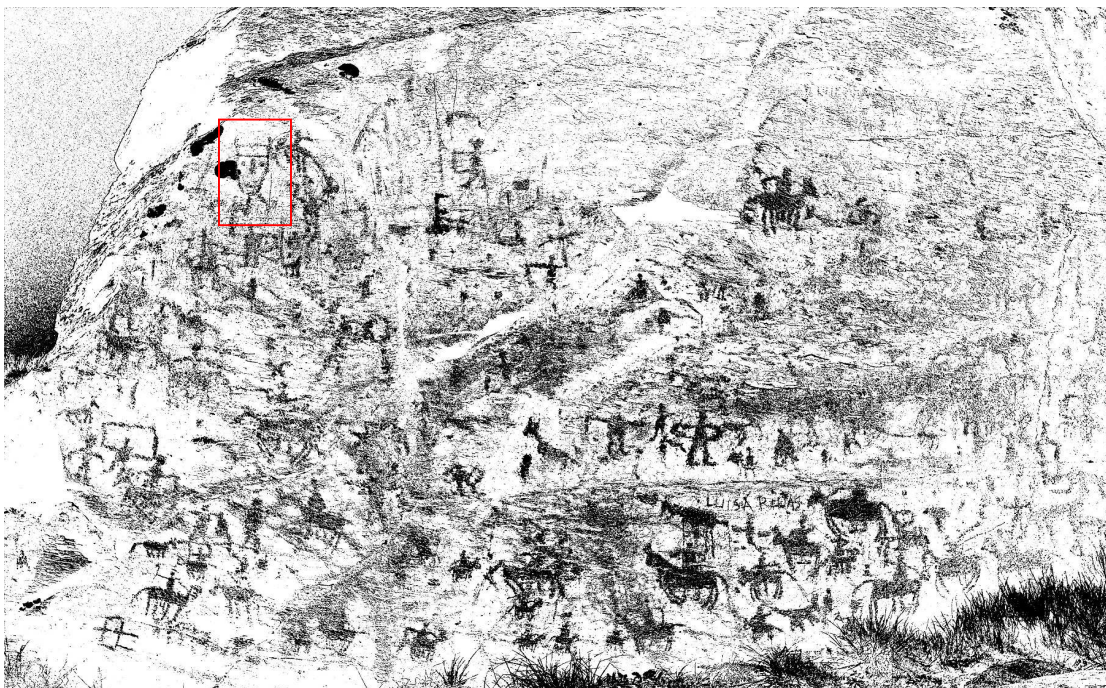


Figura. 59. Retrato de rey. Parte superior izquierda

Fig. 60. Rostros de rey. Cercanías del Cerro de San Isidro. H Pecci





Fig. 61. Alfonso VII. Catedral de Santiago de Compostela. www.turismo-prerromanico.com



Fig. 62. Alfonso III de Asturias. Imagen tomada de www.turismo-prerromanico.com

Capítulo 6

Conclusiones

Desde que al final de la década de los veinte del siglo XX, en que Tuñón Mallada expusiera alguna de sus observaciones sobre los grabados rupestres de San Isidro, han sido pocos los estudios realizados con el fin de desentrañar su posible origen y cronología.

Este arte se encuadra dentro de un conjunto de estaciones al aire libre localizadas en diferentes términos municipales, Ortigosa del Pestaño, Peña Alta, Miguelañez, La Dehesa de Carbonero, Valdebernardo–Cañamares, el río Eresma, Ochando, etc. delimitados en torno al Macizo de Santa María la Real de Nieva, aunque teniendo como centro neurálgico, por la importancia de los grabados, al Conocido como Cerro de San Isidro-Cuesta Grande-Domingo García.

Tras las primeras pinceladas proporcionadas por este estudioso, habría que esperar cuarenta y un años para que otra persona volviera a hacer alusión a ellos, cuando el Comandante de Artillería F. Gozalo Quintanilla se topa con los grabados, insculturas a las que otorgó, a partir del caballo martilleado, una cronología magdaleniense.

Durante los años siguientes, diversos especialistas se ocuparon de estudiar las figuras presentes en los paneles, sobre todo las pertenecientes a las etapas paleolíticas, Lucas Pellicer, E. Martín, A Moure, R. Balbín, y ya, en los años ochenta hacerse cargo el doctor Eduardo Ripoll Perelló, llevando a cabo diversos trabajos de topografía y planimetrías, hasta localizar cincuenta y ocho rocas con posesión de grabados, que pasaron a numerarse y ubicarse en los planos.

Esta recopilación de antecedentes y referencias fue utilizada por Sergio Ripoll López y Luciano José Municio González para examinar fundamentalmente las imágenes de las etapas paleolíticas, compilando los resultados obtenidos en una memoria publicada en el año 1999.

Sin embargo, el conjunto de figuras plasmadas en los tiempos posteriores ha sido poco indagado, quedando en algunos escritos relegados a un segundo plano, únicamente a una mera relación de algunas imágenes más o menos relevantes, en las que, en un intento de datación, se han tratado de buscar analogías con respecto a otras estaciones de arte rupestre que ostentan fechas, fundamentalmente, del Hierro, sin ir más allá.

Las dificultades existentes para ahondar en el conocimiento de los grabados rupestres se evidencia en la falta de yacimientos arqueológicos cercanos, que pudieran arrojar hallazgos susceptibles de contener información aplicable a las figuras.

En un principio, es difícil adscribir las figuras a un género artístico concreto, pues la inmensa mayoría parecen pertenecer a una misma “escuela”, a un mismo autor, a lo que se suman los pocos elementos disponibles para situarlas en un espacio temporal, de esta manera, algunos investigadores intentaron realizar diferentes pruebas en busca de conseguir algunos datos manejables para su estudio utilizando diferentes sistemas de datación.

Un primer método se basó en las denominadas arenas voladoras, las cuales, al transportar finas partículas de material actuaban como un pulidor, alisando los paneles orientados hacia el Sureste, sobre los que el viento ha actuado principalmente, de tal forma que, este bruñido podía revelar alguna referencia.

No obstante, este procedimiento únicamente podría ser válido para períodos anteriores al grueso de los grabados, ya que el fenómeno responsable del bruñido tuvo lugar en etapas fundamentalmente pleistocenas.

Ante los poco efectos obtenidos, se optó por un nuevo proceso, basado en las diferencias de pátinas, ya que, en teoría, al trabajarse el labrado, la pátina producida era distinta a la superficie, tornándose de un color amarillento claro que lo diferenciaba visiblemente del resto del panel, circunstancia que se interpretó como una posibilidad para obtener dataciones que situaran la estación en un contexto cronológico claro.

Según transcurría el tiempo la tonalidad sufría un oscurecimiento progresivo, de tal forma, que entre los grabados más antiguos y los posteriores existiría una diferencia de pátina, pudiendo, supuestamente, establecerse una seriación.

Pero, esta técnica únicamente tiene en cuenta la diferencia de pátina, ya que no tiene en cuenta factores exógenos, esto es, aparición de líquenes, exposición directa al sol, lluvia, acción antrópica, etc.,

De tal forma que grabados de una misma época exhiben una pátina diferente, y representaciones de, en teoría diferentes edades, presentan la misma tonalidad, siendo así como en un panel aparecen jinetes con una factura análoga pero con otra tonalidad.

A ello se suma el hecho de que en algunos casos no hay una diferencia visible entre los grabados y la superficie del panel en el que se asientan, puesto que exteriorizan la misma pátina, lo que hace que este medio no pueda ser considerado como un método preciso, ya que a través de él se puede conocer exclusivamente, y no siempre, la antigüedad relativa de las representaciones.

Junto al uso de estas tecnologías “ambientales”, se utilizaron técnicas mucho más sofisticadas, como la Espectrometría de Masas con Aceleradores (AMS) o el Método de Microerosión, aunque los efectos conseguidos, fueron igualmente poco satisfactorios.

Así, desde el inicio de este trabajo, se buscó una forma de investigar la estación a través de diferentes puntos de partida, por lo que comenzó un

proceso de recopilación y estudio de datos desde diversas fuentes, artísticas, literarias, o fuentes arqueológicas relativamente cercanas a Cuesta Grande, además de realizarse los análisis intrínsecos y específicos de las 1159 figuras recogidas en los 180 paneles que poseen los 58 afloramientos rocosos, con el objetivo de obtener la máxima cantidad de testimonios, pruebas y evidencias posibles, que, aplicadas a las rocas, arrojen una cronología admisible y válida para los grabados.

El tránsito de grupos humanos por la región ya se dejan sentir desde el Paleolítico Inferior, aunque, los restos en la cima del Cerro, exceptuando las composiciones animales, son nulas, hallándose los vestigios más cercanos a una decena de kilómetros aproximadamente.

Los períodos posteriores, no tienen mejor suerte en lo que a Domingo García se refiere, ya que no se ha evidenciado, hasta el momento, ninguna huella, vestigio o pieza que pueda alterar la información existente, de tal forma que durante el período Calcolítico, el Bronce o la Edad del Hierro, la presencia humana se localiza a unos siete u ocho kilómetros de distancia, no apareciendo ninguna pieza que marque alguna huella construcción hasta momentos tardoantiguos, cuando se halló, de forma fortuita, un fragmento de capitel, aunque se desconoce su procedencia, esto es, si el edificio del que procedía se asentaba en el lugar, o, por el contrario, había sido trasladado allí desde otro lugar.

El sistema de investigación aplicado para tratar de determinar las fechas, ha tenido como base el análisis de las imágenes expuestas en el Cerro de San Isidro-Cuesta Grande, junto a alguna zona contigua, en la que se revelan diversas figuras que en origen no se integraron o agruparon al grueso de la los paneles.

Los grabados postpaleolíticos se diferencian claramente de las formas paleolíticas, pues exteriorizan diferentes sistemas de elaboración, de tal manera que los más antiguos se cincelaron mediante la técnica de la incisión de la forma animal por medio de un objeto puntiagudo, mientras que a las

siluetas posteriores se les aplicó el procedimiento del martilleado, el cual cubre la totalidad de forma muy homogénea, acción que evidenciaría una única aplicación hasta la finalización de la imagen, lo que demostraría que el autor actuó bien directamente sobre la roca sin esbozar previamente la figura, o bien marcando la figura con un componente que fuera fácil de eliminar, suposición apoyada en el hecho de no haberse localizado ningún rastro de pintura ni de color.

Esta primera división, realizada a través del empleo de diferentes técnicas, no puede ahondar mucho más en el estudio de los grabados, mas que para reflejar esta distinción, por lo que se ha procedido a incidir en los parámetros en los que se pueden obtener rasgos diferenciadores, aquellos que fueran susceptibles de marcar ciertas pautas recogidas en períodos de tiempo más o menos concretos.

El estudio de los grabados se ha llevado a cabo a partir de tres grupos fundamentales formados por antropomorfos, armamento y zoomorfos, siendo este último el que compone el grueso de la estación.

Entre los zoomorfos, los équidos son, junto con los cánidos, la colectividad más numerosa, ofreciendo una multitud de testimonios y fundamentos que ayudan sobremanera a ubicar a Domingo García en épocas posteriores al I m. a. C.

Para poder llegar a esta resolución, se han examinado los 132 équidos reflejados en las rocas, pudiendo llegar a una serie de conclusiones.

Hay que tener en cuenta que en los paneles del Cerro no sólo aparecen representados caballos, pues algunas de las figuras ecuestres se asemejan considerablemente a otro tipo de equino, el mulo, consecuencia del cruce entre la yegua y el burro o asno (*Equus asinus*), y el burdégano, híbrido de caballo y burra o asna, los cuales poseen gran importancia cronológica, ya que su presencia en la meseta no se atestigua antes del siglo IV a. C.

El rol de los équidos dentro de las sociedades ha ido transformándose con el paso del tiempo, pues si en origen formaban parte de la dieta humana, poco a poco, según evolucionaba la actividad bélica, y con ella, la jerarquización de una minoría, produciendo la aparición de unas élites que tienen el control total de los recursos, este animal terminaría por convertirse en un posesión o bien de privilegio

Su papel comienza a transfigurarse a principios del II m. a. C., tal como se aprecia en los restos que aparecen en los yacimientos arqueológicos, y que dan cuenta del uso del caballo como animal de arrastre, tal como se evalúa en algunos enterramientos en donde han sido depositados acompañando a carros como animales de tiro, mientras que ya, hacia el 1500 a. C., se puede atestiguar su uso como monta en las comunidades asentadas en las estepas euroasiáticas.

Durante el transcurso del Bronce Final al comienzo del Hierro I, en el paso del II al I m. a. C., la presencia del caballo domesticado en los asentamientos humanos peninsulares ya estaba totalmente atestiguada, bien empleándose como animal de tiro y transporte, o bien formando parte de la dieta, evidencia apreciable en diferentes yacimientos.

No obstante, su utilidad para la monta no se halla totalmente acomodada en el tiempo, pues si las noticias para las regiones euroasiáticas son más o menos claras a la hora de acceder a la información sobre este hecho, situándolo en un periodo espacio-temporal más o menos concreto, no ocurre lo mismo en las tierras del Occidente europeo, ya que la información es poco clara, y los testimonios existentes muy parcos.

Sea como fuere, la figura del caballo a partir del siglo VIII a. C. cobra un gran protagonismo, ya que había trascendido el ámbito en el que se desarrollaban sus actividades, arrastre, aporte cárnico y de productos secundarios, etc., para obtener nuevos atributos dentro de las sociedades peninsulares como posesiones privativas de las élites

De esta forma, los grabados ecuestres de Domingo García, en torno al centenar, reflejarían una primera frontera cronológica, ya que todos ellos, exceptuando tres, se recogen en escenas de monta, e incluso los que se exponen descabalgados, se descubren embridados, por tanto, y a tenor de los resultados derivados de las investigaciones realizadas, estos acontecimientos se reprodujeron no antes del I m. a. C., descartando fechas anteriores, ya que, a ello, se añade el hecho de que tampoco aparece ningún animal uncido a un carro, que pudiera hablar de momentos más tempranos.

Por otra parte, el caballo, según iba acrecentando su valor y protagonismo, había pasado a ocupar un lugar bastante importante dentro de ritos, liturgias y celebraciones religiosas, formando parte de algunos sacrificios, así como dentro de las creencias funerarias, en las que era considerado como un animal “psicopompo”, esto es, un animal transportador, vehículo de los guerreros, de sus almas, en su tránsito hacia el Más Allá.

Es así como se vincularía directamente a ciertas divinidades, Señores y Señoras de los Animales, deidades ecuestres localizadas fundamentalmente en los siglos que componen el I m. a. C., así como a símbolos y conceptos astrales.

Es la ausencia de estos símbolos solares o astrales relacionados con caballos, y la inexistencia de divinidades vinculadas a ellos dentro de los grabados rupestres, lo que facilita una ubicación cronológica bastante fiable, que habla de fechas posteriores a Cristo.

Junto a los équidos, que arrojan dataciones nítidas, en el grupo de los cánidos se observan diferentes tipologías de estos animales, en algunos casos difícilmente reconocibles, aunque son evidentes las heterogéneas fisonomías plasmadas, pertenecientes a animales bastante poderosos, caso del *Canis lupus*, junto a especímenes de tallas mucho más pequeñas.

Dentro del conjunto, existe alguna figura que posee un cúmulo de detalles apto para ofrecer datos bastante claros en los que asentar y establecer su ejecución. Una de ellas es la representación de un cánido empleado fundamentalmente para la caza menor, es decir, liebres y conejos, y es el galgo.

Este perro, según todas las informaciones halladas, parece ser que tuvo como antepasado a un cánido introducido por los romanos en la Península, existiendo las primeras referencias escritas durante el siglo II a. C., extendiéndose en masa por el resto de la Península ya en época de temprano y plenomedieval, a partir del siglo IX aproximadamente, donde, a partir de aquí, se le puede ver representado en numerosas ermitas y templos, como San Baudelio de Berlanga, cuya construcción y decoración se data en los años finales del siglo XI y durante la centuria siguiente.

Una última especie animal recogida en Domingo García aporta, junto a las anteriores, cronologías ligadas a siglos posteriores a Cristo, en este caso compuesta por un número de aves, que, si bien, es mínimo, ya que componen menos del 1% del total de las imágenes, aportan datos muy interesantes.

Dentro de ellas se recoge una serie de representaciones, en este caso, figuras de avutardas, que en principio no tendrían nada de extraño, si no fuera por el hecho de que los rasgos expresados y plasmados por el autor, son casi idénticos a otras creaciones recogidas en una pieza arqueológica depositada actualmente en el Museo de Segovia y que se localizó en el entorno del Cerro del Castillo (Bernardos).

Este descubrimiento, formado por dos elementos, uno de ellos original en caliza y un segundo compuesto por un molde de yeso, formando parte, originalmente de un arco o capitel, exhibe entre su decoración un par de aves de la misma especie, cuya semejanza con los grabados hace que las figuras del Cerro de San Isidro puedan situarse en una cronología similar o posterior a los hallazgos de Bernardos, datados a partir de mediados del siglo VII.

Esta cronología, de la misma forma, se refuerza con la aparición de un ave singular por su inexistencia en estas tierras, esto es, por no formar parte de la fauna autóctona de la Península Ibérica, y por tanto ser un indicador fehaciente de una época más o menos concreta, es nada menos que la figura de un Pavo real (*Pavo cristatus*) hecho curioso, ya que este animal es oriundo del Sureste asiático, acompañando a las tropas de Alejandro Magno hacia el Occidente, donde habría entrado en contacto con los romanos, que los transportarían hacia la Península Ibérica, tal como se ve en las representaciones y mosaicos datados en los siglos II y III d. C.

Otra faceta primordial para el conocimiento y establecimiento temporal de los tallados de Domingo García se exterioriza en la aparición de diferentes tipos de armamento, capaces de marcar un periodo con su presencia/ausencia y su uso, rastreado y conocido a partir de diversas fuentes, como las literarias (Estrabón, Tito Livio, Dión Casio, etc.) numismática, decoración cerámica (numantina o ibérica tipo Olivia-Llíria) u obras artísticas (Estelas del Suroeste, esculturas de Porcuna u Obulco, etc.).

A partir de estos conjuntos se conocen y describen los diferentes pertrechos empleados por los guerreros, mostrándose bastantes discrepancias entre los que se labraron en Domingo García y la panoplia contenida en todas las fuentes estudiadas.

La panoplia esencial de los guerreros durante el I m. a. C. estaba formada fundamentalmente por armas de asta, lanzas, jabalinas, etc., tal como revelan todas las fuentes, y se expone muy claramente en la decoración cerámica y en las esculturas de Obulco, donde los combatientes portan puñales y espadas de pequeño y medio tamaño, no sobrepasando los cincuenta centímetros de longitud, y sobre todo, no aptas para el combate a caballo, hecho que se manifiesta en estelas, por ejemplo la Estela Cluniense, o en la cerámica, caso del Vaso de los Guerreros, entre otras muchas pruebas y testimonios, en donde los jinetes emplean principalmente las citadas armas de asta.

Este aspecto es tremendamente trascendental, ya que si en Domingo García, aparecen jinetes que asen este tipo de armamento, se exhiben igualmente con espadas de grandes dimensiones, confeccionadas para el combate a caballo, las cuales habían sufrido un proceso evolutivo, incrementándose su longitud, y con ello, el guerrero, al lanzar el golpe, se inclinaba justo lo necesario para dejar expuesto su costado el mínimo tiempo posible.

Estas primeras evidencias de combate encima de la montura se documentan durante los siglos I/II d. C., hecho que indicaría como las imágenes ecuestres ampliamente representadas en el cerro, pueden datarse en momentos posteriores a estos siglos en los que el armamento básico para un jinete no contaba con este tipo de arma, y en, palabras de los autores clásicos, el caballo únicamente era un medio de transporte usado por las elites para arribar al campo de batalla, para, una vez allí, descabalar y combatir pie a tierra, lo que algún investigador a denominado “Infantería Montada”, ya que, posiblemente, este animal era demasiado valioso para perderlo en batalla.

Además de las espadas, cuyo uso a lomos de équidos certifican etapas tardoantiguas y medievales, el resto del equipo representado, del mismo modo, ofrece argumentos que justifican estas fechas, pues al uso de variados tipos de escudos empleados por los guerreros en los paneles, se suma un artefacto de propulsión, la ballesta, que por sí mismo, es una garantía de validez, pues su uso no está atestiguado en el Occidente europeo antes del siglo X, debiendo producirse su introducción en la Península ibérica por esta época, descrito ya por algunos Beatos, como el del Burgo de Osma, finalizado en el año 1086, además de encontrarse representado en el interior de algunos edificios, por ejemplo en San Baudelio de Berlanga, de los siglos XI/XII.

En el Cerro de San Isidro se evidencia una etapa bastante avanzada en los sistemas y conceptos de batallar, pues tal como se desprende de todas las fuentes manejadas, los grabados representan una forma de contender no empleada en las centurias anteriores al período que comienza en los siglo V/VI.

Por su parte, los antropomorfos esculpidos en los afloramientos rocosos suponen una gran ayuda para ubicar la estación rupestre de Domingo García en una etapa que comenzaría en fechas temprano y altomedievales, sobre todo a partir de la existencia de dos rostros coronados junto a un tercero localizado en la parte superior izquierda del panel 9 Centro, durante los trabajos llevados a cabo en el transcurso del año 2011, y que reflejan cronologías visiblemente medievales, a tenor de la ejecución realizada, ya que tanto las coronas que portan, como la forma de plasmar la faz, poseen una gran analogía con las reflejadas en multitud de retratos reales y acuñaciones monetarias de estas etapas, e incluso posteriores.

Esta argumentación se refuerza con la ejecución de danzas conocidas como “paloteos”, junto a otros bailes en los que aparecen danzantes siguiendo el ritmo de la música mientras agitan al viento cintas, ramos o arcos.

Parece ser que estos bailes, tal como dicen multitud de investigadores, tendrían su base en danzas guerreras y de fertilidad, las cuales, con el advenimiento del cristianismo se habrían adaptado, para ser practicadas en los días señalados dentro del calendario religioso, en ceremonias, celebraciones, en los inicios de la liturgia, procesiones, en las advocaciones y honores a la Virgen o algún santo, o bien en las conmemoraciones del Corpus Christi, festividad instituida a través de la Bula Papal *Transiturus de hoc Mundo*, otorgada por Urbano IV en el año 1264, si bien hasta ahora no se han hallado documentos escritos anteriores al final de la Edad Media, o principios del siglo XVI, que hagan referencia a ellos, y probablemente penetraron en tierras segovianas acompañando a las repoblaciones de los siglos XI y XII.

Todos los estudios e investigaciones realizadas convergen en una etapa concreta, recogida a partir del siglo VIII/IX aproximadamente, y sobre todo a partir del X, ya que los testimonios obtenidos alejan la estación de arte rupestre del Cerro de San Isidro de las cronologías del I m. a. C., tal como se evidencia en la poca presencia, hasta el momento, de población a su alrededor, en la puesta en práctica de nuevas técnicas bélicas durante los siglos I/II, en las que la espada se prolonga para utilizarse a lomos de un caballo, que es ahora

cuando comienza a entrar en batalla, del manejo de nuevos artilugios de combate que se datan en torno al siglo X, de la aparición de animales, en algunos casos inexistentes en la Península ibérica, que arrojan estas fechas, la representación de rostros coronados con rasgos estilísticos visiblemente medievales o la prácticas de danzas que se adscriben a la liturgia católica.

Las escenas representadas, como todos los datos que hemos expuesto en las páginas precedentes, nos llevan a plantear para el conjunto de representaciones martilleadas, una cronología medieval, ligada muy posiblemente a los procesos de repoblación sucedidos a partir de los siglos X, y sobre todo, el siglo XI, cuando Alfonso VI consigue acceder a Toledo (1085), alejándose, con ello, las fronteras (las Extremaduras) de las tierras del Duero, y provocando movimientos poblacionales hacia el Sur, acciones que conllevarían el asentamiento y aparición de nuevos pueblos, en donde los colonos que se convirtieron en sus moradores mantendrían las tradiciones heredadas de los reinos norteños, actividades de caza a caballo, con perros, celebraciones de justas, pero también de los grupos mozárabes que se trasladaron hacia el Norte, trasladando e incorporando, de la misma forma, sus usos y prácticas, como la cetrería, siendo, todas ellas, las que aparecen plasmadas en los afloramientos rocosos, reproducciones enlazadas, muy posiblemente a los trabajos de erección de la Ermita durante los siglos XI y XII.

Las labores de estudio de las estaciones situadas en las áreas que rodean a la zona nuclear del Cerro de San Isidro, aportarán, sin duda, nuevos datos, testimonios y revelaciones, que ayudarán a elaborar una cronológica mucho más precisa, ya que la investigación de los centros de arte rupestre señalados actualmente en las tierras adyacentes, junto a las nuevos descubrimientos que, lógicamente, poco a poco se vayan produciendo, contribuirán con nuevas escenas a complementar nuestra interpretación.

Llegados a este punto, y a partir de las conclusiones logradas, se hace necesario plantear nuevos planes de investigación que puedan ampliar el área de estudio de afloramientos rocosos con grabados en su superficie, abarcando, en la medida de lo posible, la máxima extensión en torno a Domingo García

con el objetivo de aplicar los métodos esgrimidos en Cuesta Grande para dilucidar, de la forma más exacta posible, las cronologías existentes, y llevar a cabo la correspondencia, si la hubiera, entre los diferentes yacimientos.








De la misma forma se deben plantear, y en su caso, efectuar diversas operaciones de prospección en la busca de nuevas zonas de arte susceptibles de ser estudiadas, así como de posibles asentamientos que puedan tener algún tipo de vinculación con ellas.




Con el fin de comprender aún más profundamente la relación existente entre los grabados rupestres y la Ermita de San Isidro, deberían retomarse los trabajos, y en su caso las excavaciones, tanto en su interior como en su exterior.









Por otra parte, se hace necesaria la puesta en práctica de un proyecto de conservación y protección de la estación con el fin de proteger, en la medida de lo posible, el conjunto de los grabados.


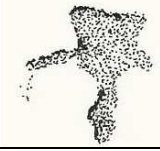






Capítulo 7








Paneles del Cerro de Domingo García





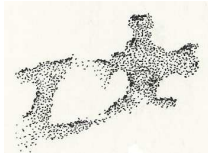



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
1	1. 	INDETERMINADO	14	19
	2. 	INDETERMINADO	11	9
	3. 	INDETERMINADO	5	5
	4. 	INDETERMINADO	4	4
	5. 	INDETERMINADO	9	19
	6. 	INDETERMINADO	33	61
	7. 	INDETERMINADO	13	23






PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
1	8. 	INDETERMINADO	11	16
	9. 	INDETERMINADO	9	7
	10. 	INDETERMINADO	7	7




PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
2	1. 	INDETERMINADO	8	15
	2. 	INDETERMINADO	11	13
	3. 	ANTROPOMORFO	11	8
	4. 	JINETE	14	16
	5. 	INDETERMINADO	6	14
	6. 	ANTROPOMORFO	14	10
	7. 	ANTROPOMORFO	25	24
	8. 	ANTROPOMORFO	11	13



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
2	9. 	ANTROPOMORFO	8	15
	10. 	INDETERMINADO	11	13
	11. 	ANTROPOMORFO	11	8
	12. 	ANTROPOMORFO	14	16
	13. 	INDETERMINADO	6	14
	14. 	INDETERMINADO	14	10
	15. 	ANTROPOMORFO	25	24
	16. 	ANTROPOMORFO	11	13



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
3	1. 	INDETERMINADO	5	11
	2. 	INDETERMINADO	8	7
	3. 	INDETERMINADO	14	22
	4. 	INDETERMINADO	12	17
	5. 	ANTROPOMORFO	13	12
	6. 	INDETERMINADO	35	26
	7. 	ANTROPOMORFO	10	8



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
4	1. 	INDETERMINADO	14	12
	2. 	ANTROPOMORFO	17	29
	3. 	INDETERMINADO	6	3
	4. 	INDETERMINADO	9	7
	5. 	INDETERMINADO	15	20
	6. 	INDETERMINADO	17	16
	7. 	INDETERMINADO	18	12
	8. 	ANTROPOMORFO	12	11

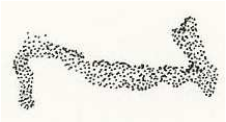
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
4	9. 	ANTROPOMORFO	6	5
	10. 	ANTROPOMORFO	15	10
	11. 	ANTROPOMORFO	17	12
	12. 	ANTROPOMORFO	16	26
	13. 	INDETERMINADO	12	16



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
5a	2. 	INDETERMINADO	3	2,5
	3. 	JINETE	19	27
	4. 	ANTROPOMORFO	14	17




PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
5b	1. 	ANTROPOMORFO	10	9
	2. 	ZOOMORFO	5	12



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
5c	1. 	ANTROPOMORFO	10	9
	2. 	ZOOMORFO	5	12



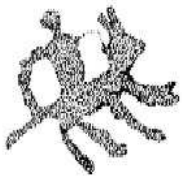



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
5d	1. 	JINETE	15	22
	2. 	INDETERMINADO	15	14





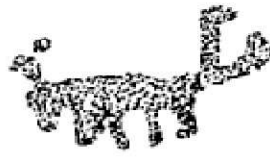

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
5e	1. 	INDETERMINADO	5	13







PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)				
			LONGITUD	ANCHURA			
5f	1. 	ANTROPOMORFO	20	37			
	2. 				ANTROPOMORFO	16	9

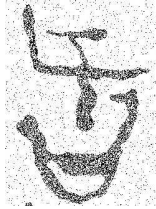







PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
6a	1. 	ANTROPOMORFO	21	27,5
	2. 	ANTROPOMORFO	15,5	11
	3. 	ANTROPOMORFO	17,5	5









PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
6b	1. 	ANTROPOMORFO	11	7
	2. 	CÁNIDOS	15,5	29,5


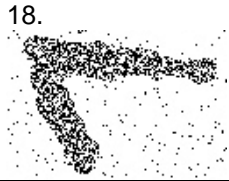


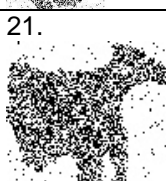


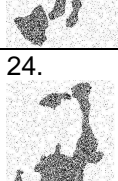
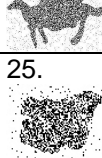
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
7	1. 	ZOOMORFO	10	9
	2. 	INDETERMINADO	9	13
	3. 	JINETE	13	19
	4. 	ZOOMORFO	5	6
	5. 	INDETERMINADO	14	15
	6. 	INDETERMINADO	5,5	5











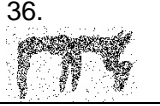
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
7	7. 	INDETERMINADO	10	5
	8. 	INDETERMINADO	4,5	9,5
	9. 	INDETERMINADO	3	5
	10. 	INDETERMINADO	8,5	8
	11. 	INDETERMINADO	7	11,5
	12. 	ZOOMORFO	5	9










PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
8	1. 	ANTROPOMORFO	7,5	6,5
	2. 	ANTROPOMORFO	16	15
	3. 	ANTROPOMORFO	5	7
	4. 	ZOOMORFO	7,5	11
	5. 	INDETERMINADO	8,5	6
	6. 	INDETERMINADO	6	4


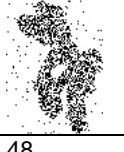





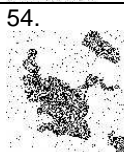

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			Longitud	Anchura
9 centro	1. 	ANTROPOMORFO	19,5	12
	2. 	INDETERMINADO	22	17
	3. 	INDETERMINADO	3	2
	4. 	INDETERMINADO	6	2
	5. 	INDETERMINADO	5	10
	6. 	ANTROPOMORFO	18	15
	7. 	JINETE	22,5	25
	8. 	ANTROPOMORFO	9,5	26











PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			Longitud	Anchura
	9. 	ANTROPOMORFO	11	8
	10. 	INDETERM.	8	4
	11. 	INDETERM.	9	7,7
	12. 	ZOOMORFO	10	9,5
	13. 	ANTROPOMORFO	12	10
	14. 	ANTROPOMORFO	12,5	9
	15. 	ANTROPOMORFO	11	6,5
	16. 	ZOOMORFO	8	10,3


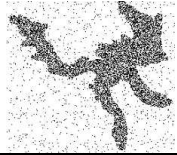







PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			Longitud	Anchura
9 centro	17. 	ANTROPOMORFO	13,5	12,3
	18. 	INDETERM.	5,5	8,5
	19. 	ANTROPOMORFO	14,5	8,5
	20. 	ANTROPOMORFO	16	7,3
	21. 	INDETERM.	5,5	6
	22. 	ANTROPOMORFO	22,5	15,8
	23. 	ANTROPOMORFO	15	9,9
	24. 	JINETE	20,6	15
	25. 	INDETERM.	3,4	5





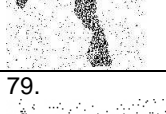
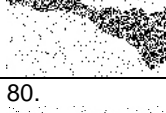


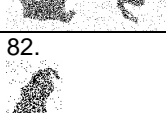

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			Longitud	Anchura
9 centro	26. 	INDETERM.	9	8,5
	27. 	ZOOMORFO	6,8	12,3
	28. 	INDETERM.	3,7	4,5
	29. 	INDETERM.	8,6	13,3
	30. 	INDETERM.	8,8	14,7
	31. 	INDETERM.	20	18,4
	32. 	ANTROPOMORFO	19,9	14
	33. 	INDETERM.	7	11
	34. 	INDETERM.	9,2	4,3
	35. 	ANTROPOMORFO	12,6	14,4
	36. 	ZOOMORFO	5,4	9,8

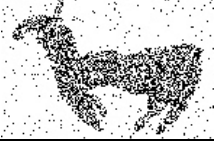






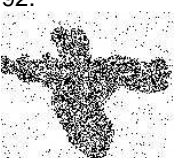
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			Longitud	Anchura
9 centro	37. 	INDETERM.	5,2	1,7
	38. 	INDETERM.	3	2,5
	39. 	ANTROPOMORFO	19,7	16,5
	40. 	JINETE	20,9	19,2
	41. 	JINETE	16,5	19,5
	42. 	INDETERM.	7,7	3
	43. 	ZOOMORFO	6,3	5,1
	44. 	INDETERM.	7,7	8
	45. 	ANTROPOMORFO		8,2





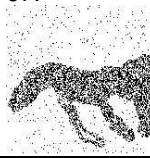




PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			Longitud	Anchura
9 centro	46. 	INDETERM.	9,3	8,1
	47. 	INDETERM.	6	4,7
	48. 	ANTROPOMORFO	5,9	5,3
	49. 	INDETERM.	8,7	4,3
	51. 	INDETERM.	11,7	7,6
	52. 	ANTROPOMORFO	22,9	23,9
	53. 	ANTROPOMORFO	25,3	15,8
	54. 	INDETERM.	8	15,7
	55. 	ZOOMORFO	7,5	7,7








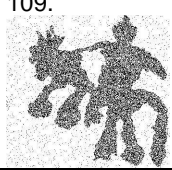

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			Longitud	Anchura
9 centro	56. 	ANTROPOMORFO	18	15,6
	57. 	ZOOMORFO	4,9	7,1
	58. 	JINETE	16,7	18,5
	59. 	ANTROPOMORFO	18,6	11
	60. 	ANTROPOMORFO	8,2	4,9
	61. 	JINETE	15,2	16,5
	62. 	INDETERM.	5,8	7,1
	63. 	ANTROPOMORFO	19,2	17,3
	64. 	INDETERM.	12,9	7,8
	65. 	INDETERM.	11	18,6

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			Longitud	Anchura
9 centro	66. 	INDETERM.	8	3,4
	67. 	ANTROPOMORFO	14,7	16,8
	68. 	INDETERM.	12,4	12,2
	69. 	INDETERM.	4,3	11,9
	70. 	ANTROPOMORFO	13,9	8,5
	71. 	INDETERM.	6,1	19,1
	72. 	ANTROPOMORFO	21,5	16,9
	73. 	ANTROPOMORFO	14	12,9
	74. 	INDETERM.	7	3,1

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			Longitud	Anchura
9 centro	75. 	ZOOMORFO	5,9	1,9
	76. 	JINETE	19,5	23,9
	77. 	ANTROPOMORFO	19,7	11,3
	78. 	ANTROPOMORFO	13,5	12,4
	79. 	INDETERM.	4,7	11
	80. 	INDETERM.	9,6	12,5
	81. 	ANTROPOMORFO	16,9	19,3
	82. 	INDETERM.	5,5	3,1
	83. 	INDETERM.	8,8	12
	84. 	ANTROPOMORFO	9,5	9,8

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			Longitud	Anchura
9 centro	85. 	ZOOMORFO	6,7	7,1
	86. 	ANTROPOMORFO	10,1	12
	87. 	ANTROPOMORFO	8	6,2
	88. 	INDETERM.	8,8	5,6
	89. 	ANTROPOMORFO	25	18
	90. 	ANTROPOMORFO	15,4	13,4
	91. 	ANTROPOMORFO	19,1	7,4
	92. 	ANTROPOMORFO	8,4	13

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			Longitud	Anchura
9 centro	93. 	ANTROPOMORFO	24,3	22,2
	94. 	INDETERM.	12,2	10,3
	95. 	ANTROPOMORFO	16,9	11,1
	96. 	ANTROPOMORFO	12,4	8
	97. 	CÁNIDO	9,9	12,6
	98. 	JINETE	25,6	26,7
	99. 	ANTROPOMORFO	14,4	17
	100. 	ANTROPOMORFO	11,6	12,9
	101. 	ZOOMORFO	7,9	17,6

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			Longitud	Anchura
9 centro	102. 	ANTROPOMORFO	17	18
	103. 	ANTROPOMORFO	14,6	10,7
	104. 	ANTROPOMORFO	21,9	16,4
	105. 	INDETERM.	7,5	3,9
	106. 	INDETERM.	7,1	16,2
	107. 	JINETE	25,1	20,2
	108. 	INDETERM.	35	24
	109. 	JINETE	22,4	20,4
	110. 	ANTROPOMORFO	13	7,9

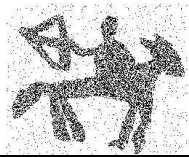





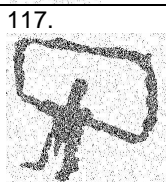
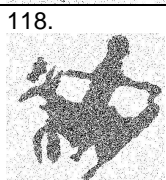
























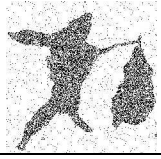






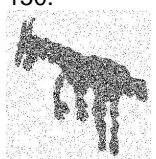














PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			Longitud	Anchura
	111. 	JINETE	13,6	15,6
	112. 	INDETERM.	16,3	12,4
	113. 	ANTROPOMORFO	25,3	18
	114. 	ANTROPOMORFO	27	17,1
	115. 	INDETERM.	23,5	26,4
	116. 	ANTROPOMORFO	17,3	10,3
	117. 	ANTROPOMORFO	16,4	16,3
	118. 	JINETE	19,1	18,3
	119. 	ANTROPOMORFO	19,5	16


	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (CM)	
			Longitud	Anchura
9 centro	120. 	ANTROPOMORFO	10,8	11,7
	121. 	INDETERM.	19,6	16,7
	122. 	ANTROPOMORFO	9,3	8
	123. 	INDETERM.	12,6	8,1
	124. 	ANTROPOMORFO	19	9,9
	125. 	ANTROPOMORFO	18,5	14,7
	126. 	ZOOMORFO	6,3	14,3
	127. 	INDETERM.	24,8	14,3
	128. 	ANTROPOMORFO	11,9	10,5




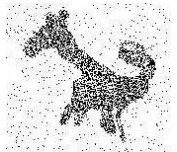





PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			Longitud	Anchura
9 centro	129. 	INDETERM.	6,5	4,5
	130. 	ZOOMORFO	9,8	10
	131. 	ANTROPOMORFO	20,1	26
	132. 	INDETERM.	12,7	7,9
	133. 	ANTROPOMORFO	16	11,3
	134. 	ANTROPOMORFO	16,1	9,2
	135. 	INDETERM.	13,8	13,4
	136. 	ANTROPOMORFO	19	17,6
	137. 	INDETERM.	7,2	7,7










PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			Longitud	Anchura
9 centro	138. 	INDETERM.	10,1	4,5
	139. 	INDETERM.	8,1	4,3
	140. 	JINETE	23	21,1
	141. 	INDETERM.	4,1	2,8
	142. 	CÁNIDO	7,3	15,3
	143. 	ANTROPOMORFO	11,9	12,9
	144. 	ANTROPOMORFO	16,9	13,7
	145. 	JINETE	22,7	24,1
	146. 	INDETERM.	15,9	16,3


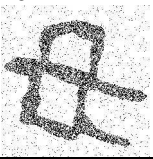



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			Longitud	Anchura
	147. 	JINETE	9,9	9,8
	148. 	JINETE	22,2	28,5
	149. 	ANTROPOMORFO	16,7	21,3
	150. 	ZOOMORFO	18,4	19,7
	151. 	ANTROPOMORFO	13,2	11,4
	152. 	JINETE	21,6	17,9
	153. 	JINETE	20,6	26,1
	154. 	ANTROPOMORFO	13,3	8,1
	155. 	INDETERM.	22,1	30


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			Longitud	Anchura
9 centro	156. 	INDETERM.	10,5	7,3
	157. 	ANTROPOMORFO	17,1	10,9
	158. 	ZOOMORFO	17,9	15,7
	159. 	INDETERM.	9,8	3,6
	160. 	ANTROPOMORFO	16,9	9,7
	161. 	INDETERM.	9,4	6,8
	162. 	INDETERM.	8,6	8,3
	163. 	JINETE	13,4	14,4
	164. 	ANTROPOMORFO	16,4	9,6







PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			Longitud	Anchura
9 centro	166. 	JINETE	21,7	25,5
	167. 	JINETE	15,4	17
	168. 	INDETERM.	11,2	10,9
	169. 	JINETE	26,1	23,9
	170. 	JINETE	29	20,8
	171. 	JINETE	22,4	27,3
	172. 	CÁNIDO	8,3	15,1
	173. 	JINETE	18,4	14,4
	174. 	JINETE	17,1	19,4






PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			Longitud	Anchura
9 centro	175. 	INDETERM.	9,8	6,2
	176. 	INDETERM.	12	13,5
	177. 	INDETERM.	5,6	6,2
	178. 	ZOOMORFO	8,3	8,9
	179. 	INDETERM.	10,6	4,8
	180. 	JINETE	8,1	19,2
	181. 	ZOOMORFO	14,3	18
	182. 	JINETE	10,1	9,6
	183. 	JINETE	10,3	13,3

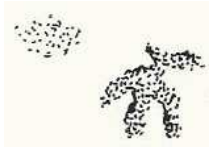
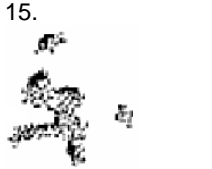
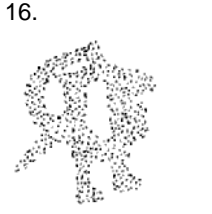
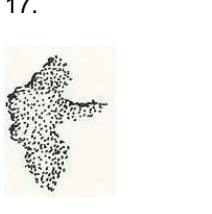
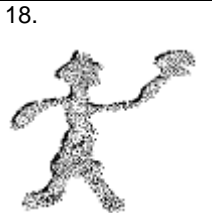

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			Longitud	Anchura
9 centro	184. 	ANTROPOMORFO	17,3	18,3
	185. 	JINETE	7,1	7,6
	186. 	JINETE	9,1	9,2
	187. 	JINETE	16,6	7,7
	188. 	JINETE	21	21,3
	189. 	INDETERM.	12,3	11,7
	190. 	ZOOMORFO	12,4	14,3
	191. 	ANTROPOMORFO	9,3	9,1
	192. 	JINETE	12,6	12,1






PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			Longitud	Anchura
	193. 	INDETERM.	11,8	12,2
	194. 	ARMA	10,8	12,6
	195. 	ZOOMORFO	13,8	21,1
	196. 	INDETERM.	6,3	5,6
	197. 	JINETE	11,6	13,3







PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
9a	1. 	ANTROPOMORFO	7,5	6





PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
9b	1. 	INDETERMINADO	6	8
	2. 	INDETERMINADO	5,5	7
	3. 	INDETERMINADO	4	8
	4. 	INDETERMINADO	9,5	12,5
	5. 	INDETERMINADO	18	17
	6. 	ANTROPOMORFO	15,5	13







PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
9b	9. 	INDETERMINADO	14	13,5
	10. 	INDETERMINADO	8	12,5
	11. 	ANTROPOMORFO	6	5
	12. 	INDETERMINADO	6,5	9,5
	13. 	ZOOMORFO	6,5	8,5







PANEL	FIGURA	TIPO		MEDIDAS (cm.)	
		LONGITUD	ANCHURA		
9b	14. 	ANTROPOMORFO	4,5		9
	15. 	INDETERMINADO	6,5		6
	16. 	ANTROPOMORFO	6		10
	17. 		8		6
	18. 	ANTROPOMORFO	16,5		6
	19. 	ANTROPOMORFO	12		5







PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
9b	20.  	INDETERM.	14	5
	21. 	ANTROPOMORFO	10	7
	22. 	INDETERMINADO	9	11,5
	23. 	ANTROPOMORFO	17	12






PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
9b	24. 	INDETERMINADO	11	6,5
	25. 	INDETERMINADO	8,5	8
	26. 	ANTROPOMORFO	12,5	8
	27. 	ZOOMORFO	9	11
	28. 	INDETERMINADO	9	9
	29. 	CÁNIDO	8	13,5





PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
9c	1. 	ANTROPOMORFO	15	12,5
	2. 	ANTROPOMORFO	16,5	10
	3. 	ANTROPOMORFO	13,5	16,5
	4. 	INDETERMINADO	10	18,5






PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
9 d	1. 	INDETERMINADO	4,5	9,5
	2. 	CÁNIDO	17,5	11
	3. 	INDEFINIDO	8	7
	4. 	INDETERMINADO	11	12
	5. 	ANTROPOMORFO	18,5	16,5
	6. 	INDETERMINADO	22,5	14,5


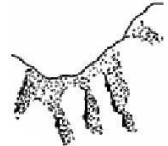





PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
9 e	1. 	ANTROPOMORFO	8	4
	2. 	INDETERMINADO	3,5	3
	3. 	INDETERMINADO	3	5
	4. 	ANTROPOMORFO	30	18
	5. 	ANTROPOMORFO	10	17,5
	6. 	ANTROPOMORFO	16	17








PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
9f	1. 	INDETERMINADO	7,5	8
	3. 	INDETERMINADO	20	14
	4. 	INDETERMINADO	18,5	13,5
	5. 	INDETERMINADO	9	11
	6. 	CÁNIDO	8,5	11
	7. 	INDETERMINADO	9,5	8










PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
9f	8. 	ANTROPOMORFO	22,5	16,5
	9. 	ANTROPOMORFO	22,5	15
	10. 	CÁNIDO	8,5	15
	11. 	CÁNIDO	0,5	6,5
	12. 	CÁNIDO	7	7,5

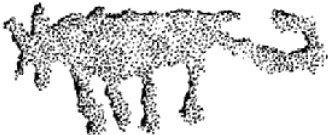





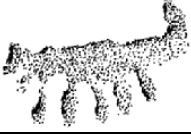
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
9f	13. 	CÁNIDO	0,5	10
	14. 	CÁNIDO	6	9,5
	15. 	INDETERMINADO	6	8
	16. 	INDETERMINADO	4	5









PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
9g	1. 	ANTROPOMORFO	6	6
	2. 	ANTROPOMORFO	5,5	3,5
	3. 	ANTROPOMORFO	9	5
	4. 	ANTROPOMORFO	8	4,5
	5 y 6. 	ANTROPOMORFOS	22	27

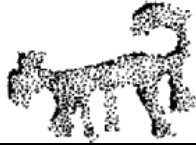
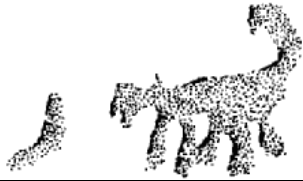
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
9h	1. 	ÉQUIDO	11	22,5
	2. 	ÉQUIDO	9	10,5
	3. 	INDETERMINADO	18	16,5
	4. 	JINETE	18	30
	5. 	INDETERMINADO	6	4,5
	6. 	INDETERMINADO	2,5	6
	7. 	INDETERMINADO	6	15









PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
9i	1. 	INDETERMINADO	9	18,5
	2. 	INDETERMINADO	24	23
	3. 	INDETERMINADO	5,5	7
	4. 	CÁNIDO	8,5	12,5
	5. 	CÁNIDO	5	5,5
	6. 	INDETERMINADO	6	3,5
	7. 	INDETERMINADO	6,5	4










PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
9i	8. 	CÁNIDO	11,5	15
	9. 	INDETERMINADO	12	16,5
	10. 	INDETERMINADO	20,5	17
	11. 	INDETERMINADO	4,5	5,5
	12. 	ANTROPOMORFO	9	10
	13. 	CÁNIDO	12,5	16
	14. 	CÁNIDO	8	1,2
	15. 	ARBORIFORME	13	11,5
	16. 	ANTROPOMORFO	3,5	3





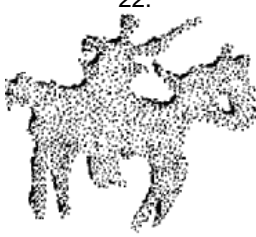

PANEL		TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
		INDETERMINADO	7,5	10
	18. 	ZOOMORFO	12,5	20
	19. 	INDETERMINADO	3,5	6,5
	20. 	ZOOMORFO	15,5	12,5
	21. 	ANTROPOMORFO	13	15
	22. 	CÁNIDO	10,5	15
	23. 	CÁNIDO	9	25
9i		CÁNIDO	9	25








PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
9i	24. 	ZOOMORFO	9	14
	25. 	CÁNIDO	5,5	6
	26. 	INDETERMINADO	4	3,5
	27. 	ANTROPOMORFO	8	6
	28. 	INDETERMINADO	5	8,5
	29. 	ANTROPOMORFO	18	20,5
	30. 	INDETERMINADO	6,5	10,5
	31. 	INDETERMINADO	9	8



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
9i	32. 	CÁNIDO	9	12,5
	33. 	CÁNIDO	11,5	19




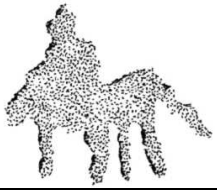

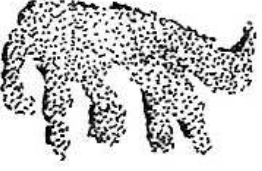

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
9j	1. 	INDETERMINADO	8,5	7,5
	2. 	ZOOMORFO	11	8
	3. 	ZOOMORFO	9	7
	4. 	CÁNIDO	11	10
	5. 	CÁNIDO	8	9,5
	6. 	INDETERMINADO	6,5	7,5
	7. 	ANTROPOMORFO	8	7,5
	8. 	INDETERMINADO	3	4,5




PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
9j	9. 	INDETERMINADO	11	13,5
	10. 	INDETERMINADO	5,5	9
	11. 	ANTROPOMORFO	11,5	11
	12. 	INDETERMINADO	8,5	13
	13. 	INDETERMINADO	6	4,5
	14. 	CÁNIDO	6	3
	15. 	ZOOMORFO	7	12,5
	16. 	ZOOMORFO	15	17
	17. 	CÁNIDO	9	11,5



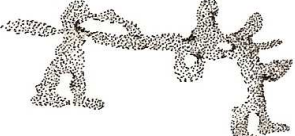




PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
9j	18. 	CÁNIDO	8	7
	19. 	ANTROPOMORFO	5	6
	20. 	ZOOMORFO	4	6,5
	21. 	JINETE	13	21
	22. 	JINETE	14	16
	23. 	JINETE	18,5	24,5









PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
10a	1. 	INDETERMINADO	3,5	7
	2. 	ANTROPOMORFO	14,5	20,5
	3. 	ANTROPOMORFO	12	36,5
	4. 	ANTROPOMORFO	11,5	14,5
	5. 	JINETE	10,5	12,5
	6. 	INDETERMINADO	11	10,5
	7. 	ANTROPOMORFO	11	5,5







PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
10b	1. 	INDETERMINADO	5,5	3,5
	2. 	ANTROPOMORFO	19	19,5






PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
10c	1. 	ANTROPOMORFO	12	7
	2. 	ANTROPOMORFO	8,5	6,5
	3. 	ANTROPOMORFO	10	16,5
	4. 	ANTROPOMORFO	13	15
	5. 	JINETE	5	8
	6. 	ZOOMORFO	6,5	11
	7. 	ANTROPOMORFO	4	4,5


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
10d	1. 	ANTROPOMORFO	16	11,5
	2. 	ANTROPOMORFO	12	8
	3. 	ANTROPOMORFO	20	24





PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
11a	1. 	INDEFINIDO	8,5	7
	2. 	INDEFINIDO	7,5	13
	3. 	ANTROPOMORFO	11,5	23
	4. 	ANTROPOMORFO	14	11
	5. 	INDEFINIDO	6	11
	6. 	ANTROPOMORFO	11	13
	7. 	ANTROPOMORFO	15,5	26,5







PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)		OBSERVACIONES
			LONGITUD	ANCHURA	
11b	1. 	ANTROPOMORFO	12	7,5	
	2. 	ANTROPOMORFO	16	7	
	3. 	ZOOMORFO	7	8	
	4. 	INDETERMINADO	10	11,5	
	5. 	ANTROPOMORFO	21	8,5	
	6. 	INDETERMINADO	9	7,5	
	7. 	ANTROPOMORFO	16,5	19,5	
	8. 	ANTROPOMORFO	11	7,5	





PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
12	2. 	INDETERMINADO	10,5	9,5
	3. 	INDETERMINADO	5,5	9
	4. 	ANTROPOMORFO	11	8
	5. 	INDETERMINADO	17	11
	6. 	INDETERMINADO	23,5	12
	7. 	INDETERMINADO	13,5	5,5




PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
13a	1. 	ZOOMORFO	11,5	25
	2. 	ANTROPOMORFO	3	2,5
	3. 	ANTROPOMORFO	3,5	2,5
	4. 	INDEFINIDO	6,5	8,5
	5. 	ANTROPOMORFO	9	9



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
13b	1. 	ANTROPOMORFO	17,5	28,5




PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
14a	1. 	INDEFINIDO	15	17
	2. 	ANTROPOMORFO	7,5	3,5
	3. 	ANTROPOMORFO	6	13
	4. 	INDEFINIDO	12,5	6






PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
14b	1. 	INDETERMINADO	7	5,5
	2. 	ANTROPOMORFO	10	7,5
	3. 	ANTROPOMORFO	16	9
	4. 	CÁNIDO	18	20
	5. 	INDETERMINADO	8	9
	6. 	INICIAL	13	12,5








PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
14b	8. 	INDETERMINADO	10,5	10
	9. 	ANTROPOMORFO	13,5	12
	10. 	ZOOMORFO	17	15,5
	11. 	ANTROPOMORFO	9,5	10









PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
14c	1. 	ANTROPOMORFO	17	12
	2. 	ANTROPOMORFO	17,5	20
	3. 	ANTROPOMORFO	10	14









PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
15a	1. 	ANTROPOMORFO	12	7,5
	2. 	INDETERMINADO	4	3,5







PANEL	FIGUR	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
15b	1. 	ANTROPOMORFO	15	18,5
	2. 	ANTROPOMORFO	6	5,5
	3. 	ANTROPOMORFO	4	6





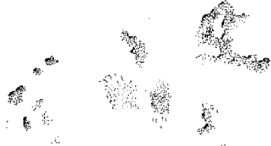

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
15c	1. 	ANTROPOMORFO	16	14
	2. 	ANTROPOMORFO	11	12,5
	3. 	ANTROPOMORFO	5,5	6
	4. 	JINETE	15	12,5
	5. 	ANTROPOMORFO	12	11







PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
16	1. 	INDETERMINADO	8	10,5
	2. 	ANTROPOMORFO	12	6,5
	3. 	JINETE	31	27
	4. 	ANTROPOMORFO	24	18,5
	5. 	ANTROPOMORFO	19	12,5
	6. 	ANTROPOMORFO	10	15
	7. 	ANTROPOMORFO	9,5	5



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
16	8. 	ANTROPOMORFO	25	14
	9. 	INDETERMINADO	16,5	8
	10. 	ANTROPOMORFO	2	16
	11. 	ANTROPOMORFO	23	22
	12. 	JINETE	19	20,5
	13. 	JINETE	16	19,5
	14. 	ANTROPOMORFO	21	26,5
	15. 	ANTROPOMORFO	6	6


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
16	16. 	ANTROPOMORFO	9	9
	17. 	ANTROPOMORFO	16,5	14,5
	18. 	ANTROPOMORFO	20,5	25,5
	19. 	INDETERMINADO	17,5	11
	20. 	INDETERMINADO	5	3
	21. 	INDETERMINADO	4,5	3
	22. 	INDETERMINADO	4	2,5
	23. 	INDETERMINADO	10	5








PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
16	24. 	ANTROPOMORFO	36	18
	25. 	ZOOMORFO	24,5	18,5
	26. 	ANTROPOMORFO	15	19
	27; 28. 	ANTROPOMORFO	52,5	61
	29. 	ZOOMORFO	6	13,5
	30. 	ANTROPOMORFO	13	12


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
16	31. 	ZOOMORFO	24,5	28
	32. 	ANTROPOMORFO	20	18,5
	33. 	ANTROPOMORFO	11,5	10
	34. 	ZOOMORFO	9,5	17,5
	35. 	INDETERMINADO	19,5	36,5
	36. 	ANTROPOMORFO	17,5	26






PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
16	37. 	INDETERMINADO	6,5	6
	38. 	ANTROPOMORFO	8,5	7,5
	39. 	ZOOMORFO	4	7,5
	40. 	ZOOMORFO	7	11
	41. 	ANTROPOMORFO	12	14,5
	42. 	ANTROPOMORFO	16	40



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
17a	1. 	INDETERMINADO	11,5	28,5
	2. 	ZOOMORFO	10	20








PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
17b	1. 	INDETERMINADO	11,5	12,5






PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
17c	1. 	INDETERMINADO	7	19,5
	2. 	JINETE	14,5	14
	3. 	INDETERMINADO	9,5	17
	4. 	JINETE	12,5	19
	5. 	JINETE	15	20,5
	6. 	JINETE	9	13
	7. 	ANTROPOMORFO	12,5	16




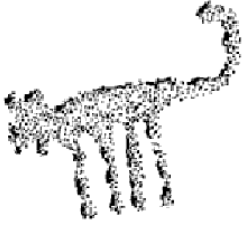



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
17d	1. 	INDETERMINADO	21,5	26



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
17e	1. 	INDETERMINADO	18,5	9
	2. 	INDETERMINADO	13	14
	3. 	ZOOMORFO	5	7,5
	4. 	CÁNIDO	18,5	18
	5. 	JINETE	10	12





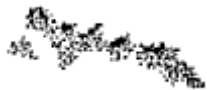

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
17f	1. 	INDETERMINADO	10,5	19
	2. 	INDETERMINADO	13	6








PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
17g	1. 	INDETERMINADO	10	21
	2. 	JINETE	16	21,5
	3. 	CÁNIDO	7	17
	4. 	CÁNIDO	10,5	13
	5. 	ZOOMORFO	6	10,5
	6. 	INDETERMINADO	6,5	8,5
	7. 	INDETERMINADO	6,5	10




PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
17g	8. 	ZOOMORFO	5	8
	9. 	JINETE	16	14
	10. 	INDETERMINADO	5,5	8,5
	11. 	ANTROPOMORFO	15,5	11,5
	12. 	CÁNIDO	10	11,5


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
17h	1. 	INDETERMINADO	12	6,5
	2. 	CÁNIDO	5,5	11
	3. 	CÁNIDO	6,5	16
	4. 	CÁNIDO	12,5	13,5
	5. 	ZOOMORFO	6	9
	6. 	INDETERMINADO	15	12,5
	7. 	INDETERMINADO	8,5	5




PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
17h	8. 	ANTROPOMORFO	11,5	10
	9. 	ANTROPOMORFO	11	7


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
17i	1. 	ANTROPOMORFO	15	14,5
	2. 	JINETE	23	18,5
	3. 	INDETERMINADO	7,5	6,5
	4. 	JINETE	14	16,5
	5. 	INDETERMINADO	4	9
	6. 	ZOOMORFO	12	17







PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
17i	7. 	ZOOMORFO	10	14
	8. 	ANTROPOMORFO	17	14
	9. 	CÁNIDO	8,5	11,5
	10. 	CÁNIDO	9	15
	11. 	INDETERMINADO	10	13,5
	12. 	INDETERMINADO	9	12
	13. 	ANTROPOMORFO	15	15





PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
17i	14. 	ZOOMORFO	9,5	12,5
	15. 	INDETERMINADO	11,5	5
	16. 	INDETERMINADO	12	6


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
17j	1. 	INDETERMINADO	9	15



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
17k	1. 	ANTROPOMORFO	18	20
	2. 	JINETE	17	17
	3. 	ANTROPOMORFO	9	9




PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
18a	1. 	ANTROPOMORFO	8,9	9,5



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
18b	1. 	INDETERMINADO	15,5	14
	2. 	ANTROPOMORFO	24	18
	3. 	ANTROPOMORFO	11	8
	4. 	ANTROPOMORFO	13	16,5
	5. 	INDETERMINADO	6	8
	6. 	ANTROPOMORFO	14,5	12


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
18c	1. 	ZOOMORFO	20	30
	2. 	ANTROPOMORFO	7	15
	3. 	ANTROPOMORFO	6,5	3
	4. 	ANTROPOMORFO	17,5	11



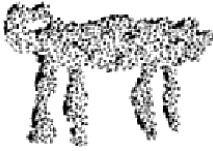





PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
19a	1. 	INDETERMINADO	26	13





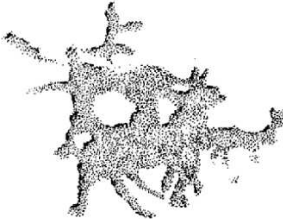


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
19b	1. 	INDEFINIDO	28,5	14,5
	3. 	ANTROPOMORFO	22	24,5








PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
19c	1. 	INDEFINIDO	8	12,5
	2. 	ANTROPOMORFO	15	14
	3. 	ANTROPOMORFO	14,5	18









PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
19d	1. 	ANTROPOMORFO	14,5	12,5
	2. 	ANTROPOMORFO	11	10


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
19e	3. 	ZOOMORFO	12	17


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
20a	2. 	CÁNIDO	8,5	10
	3. 	CÁNIDO	9,5	16
	4. 	CÁNIDO	8,5	12,5
	5. 	CÁNIDO	7	9
	6. 	INDETERMINADO	6	10
	7. 	ZOOMORFO	6,5	14
	8. 	CÁNIDO	6,5	12,5
	9. 	ZOOMORFO	10	9



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
20a	10. 	CÁNIDO	9	19,5
	11. 	ZOOMORFO	7	14,5
	12. 	ZOOMORFO	7	17
	13. 	ZOOMORFO	6	12,5
	14. 	ANTROPOMORFO	23	24,5
	15. 	ANTROPOMORFO	12	8
	16. 	CÁNIDO	9,5	16,5


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
20a	17. 	ZOOMORFO	12,5	18,5
	18. 	CÁNIDO	14,5	14
	19. 	CÁNIDO	8	8
	20. 	CÁNIDO	5	9
	21. 	INDETERMINADO	11	28,5
	22. 	ANTROPOMORFO	12,5	16
	23. 	CÁNIDO	11	11,5



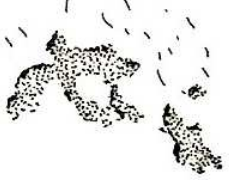
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
20a	24. 	ANTROPOMORFO	13,5	12,5
	25. 	ANTROPOMORFO	13,5	35
	26. 	ZOOMORFO	9	11
	27. 	ANTROPOMORFO	15,5	22
	28. 	ANTROPOMORFO	8,5	16
	29. 	ANTROPOMORFO	11	23
	30. 	INDETERMINADO	13	10,5
	31. 	CÁNIDO	16	27,5





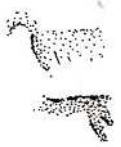



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
20b	1.	ANTROPOMORFO	21,5	32,5
				

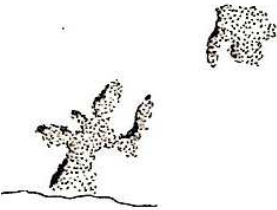
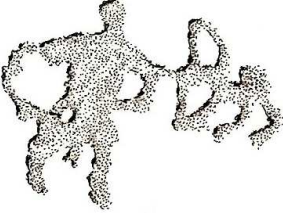




PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
20c	1.	ANTROPOMORFO	26	23
				

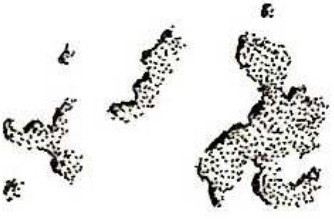





PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
21	1. 			
		ANTROPOMORFO	11,5	10
	2. 			
		INDETERMINADO	9,5	11






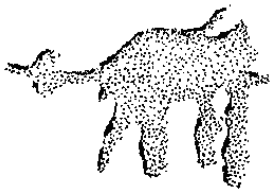
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
22a	1. 			
		ANTROPOMORFO	12,5	13,5







PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
22b	1. 	INDETERMINADO	25	11
	2. 	INDETERMINADO	18	23,5
	3. 	INDETERMINADO	10	11

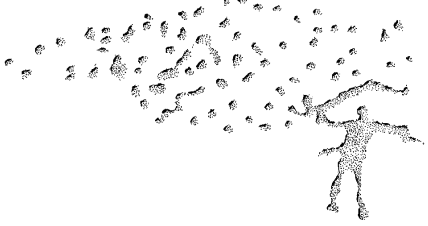





PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
22c	1. 	ANTROPOMORFO	6,5	6
	2. 	CÁNIDO	6,5	11
	3. 	CÁNIDO	6	9
	4. 	CÁNIDO	5	8
	5. 	INDETERMINADO	9,5	7,5
	6. 	CÁNIDO	8	14
	7. 	INDETERMINADO	8	7,5
	8. 	ANTROPOMORFO	14	14,5




PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
22d	1. 	INDETERMINADO	9	13
	2. 	ANTROPOMORFO	17	22,5
	3. 	ANTROPOMORFO	11	5,5
	4. 	ANTROPOMORFO	7,5	5
	5. 	ZOOMORFO	10	15
	6. 	ANTROPOMORFO	18,5	10



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
22d	7. 	INDETERMINADO	8,5	14,5
	8. 	INDETERMINADO	9,5	8
	9. 	ANTROPOMORFO	11,5	18,5
	10. 	ZOOMORFO	11	10,5
	11. 	ANTROPOMORFO	10	6
	12. 	CANIDO	19,5	16,5







PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
22d	13. 	ZOOMORFO	6,5	16,5
	14. 	ANTROPOMORFO	16	24,5
	15. 	ANTROPOMORFO	13,5	20,5
	16. 	AVE	14	19,5
	17. 	ZOOMORFO	10,5	12,5
	18. 	ZOOMORFO	10,5	16


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
22d	19. 	ZOOMORFO	10	18,5
	20. 	JINETE	12	25,5
	21. 	JINETE	15,5	19
	22. 	ANTROPOMORFO	18	14,5
	23. 	ZOOMORFO	20,5	17,5
	24. 	AVE	13	11,5




PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
22d	25. 	JINETE	31,5	59,5
	26. 	ANTROPOMORFO	14	21,5
	27. 	JINETE	17	19
	28. 	AVE	12	11
	29. 	INDETERMINADO	19,5	13,5
	30. 	ANTROPOMORFO	11	11




PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
22e	1. 	INDETERMINADO	20,5	21,5
	2. 	ANTROPOMORFO	20,5	19
	3. 	INDETERMINADO	15,5	16,5


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
22f	1. 	ANTROPOMORFO	12,5	11,5
	2. 	ANTROPOMORFO	18	20



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
22g	1. 	ANTROPOMORFO	8,5	4
	2. 	ANTROPOMORFO	9	6,5
	3. 	INDETERMINADO	9,5	6,5
	4. 	AVE	13	11
	5. 	ANTROPOMORFO	9	7
	6. 	AVE	12	10


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
23a	1. 	INDETERMINADO	5	8,5


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
23b	1. 	ANTROPOMORFO	8	6
	2. 			
	3. 			

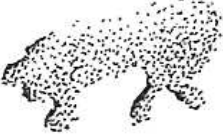


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
24a	1. 	ANTROPOMORFO	15,5	9,5
	2. 	ANTROPOMORFO	10,5	5,5
	3. 	ANTROPOMORFO	9	10





PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
24b	1. 	ANTROPOMORFO	10,5	11






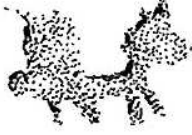

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
24c	1. 	ANTROPOMORFO	11	12,5
	2. 	ANTROPOMORFO	9,5	5,5







PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
24d	1. 	INDETERMINADO	5,5	6




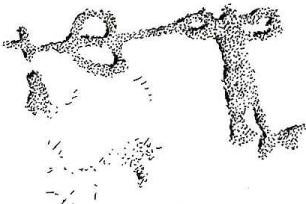
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
24e	1. 	ZOOMORFO	8	17,5

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
24f	1. 	INDETERMINADO	5,5	10
	2. 	ZOOMORFO	6	8,5
	3. 	ANTROPOMORFO	7,5	5

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
24g	1. 	ANTROPOMORFO	14	12,5
	2. 	INDETERMINADO	10	4,5
	3. 	ANTROPOMORFO	13	10
	4. 	ANTROPOMORFO	10	16

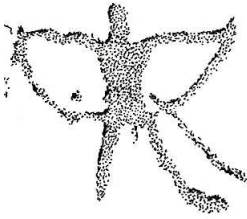
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
24h	1. 	ANTROPOMORFO	21,5	14,5
	2. 	ANTROPOMORFO	12,5	13,5
	3. 	ANTROPOMORFO	15	13,5
	4. 	ANTROPOMORFO	13,5	11,5
	5. 	INDETERMINADO	6,5	7,5
	6. 	INDETERMINADO	6,5	9,5
	7. 	INDETERMINADO	4	2,5


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
24h	8. 	INDETERMINADO	3,5	3,5
	9. 	INDETERMINADO	5,5	3
	10. 	INDETERMINADO	6	8
	11. 	INDETERMINADO	17	19
	12. 	JINETE	17,5	20
	13. 	ANTROPOMORFO	12,5	15,5


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
24h	14. 	INDETERMINADO	13	6,5
	15. 	JINETE	15	16
	16. 	ANTROPOMORFO	33,5	31
	17. 	ANTROPOMORFO	18,5	22


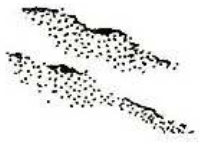



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
24i	1. 	JINETE	11	10


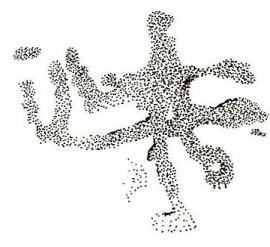

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
24j	1. 	ANTROPOMORFO	19,5	11
	2. 			
	3. 			



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
25	1. 	ANTROPOMORFO	16,5	22,5

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
26a	1. 		9	1








PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
26b	1. 	ANTROPOMORFO	12,5	9,5


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
26c	1. 	ANTROPOMORFO	8,5	7
	3. 	INDETERMINADO	5,5	8
	4. 	INDETERMINADO	6,5	7,5
	5. 	JINETE	22,5	22,5
	6. 	INDETERMINADO	5,5	10

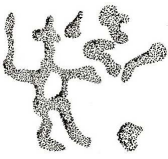





PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
26d	1. 	INDETERMINADO	19,5	20,5
	2. 	ANTROPOMORFO	18,5	23,5
	3. 	JINETE	9	11





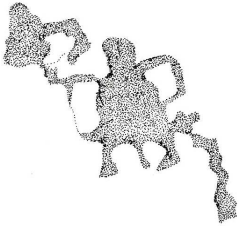
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
26e	1. 	ANTROPOMORFO	11,5	13
	2. 	ANTROPOMORFO	18	7



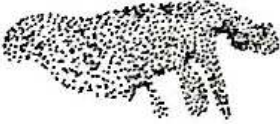



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
26f	1. 	INDETERMINADO	26	12,5

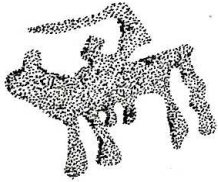
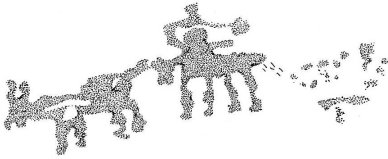


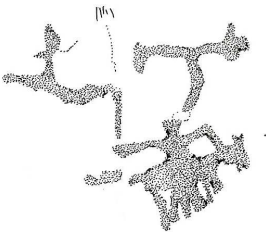
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
26g	1. 	INDETERMINADO	5	6
	2. 	CANIDO	9	12
	3. 	ZOOMORFO	7,5	10,5
	4. 	INDETERMINADO	5,5	5,5
	5. 	INDETERMINADO	12,5	10,5
	6. 	ANTROPOMORFO	7,5	6
	7. 	ANTROPOMORFO	43	32,5

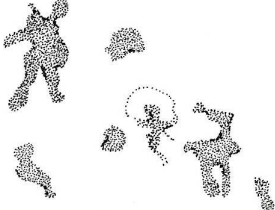




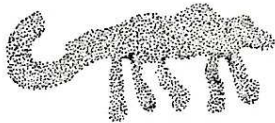
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
26h	1. 	JINETE	9,5	11

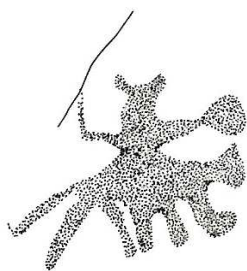



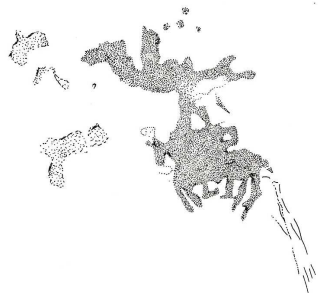
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
26i	1. 	ANTROPOMORFO	19	21
	2. 	INDETERMINADO	20,5	9,5
	3. 	INDETERMINADO	15	11
	4. 	ANTROPOMORFO	18,5	12
	5. 	ANTROPOMORFO	24,5	15,5
	6. 	ANTROPOMORFO	17	9





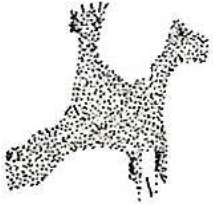
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
26i	7. 	INDETERMINADO	9,5	8,5
	8. 	ANTROPOMORFO	28	21
	9. 	INDETERMINADO	18	10
	10. 	JINETE	18	13
	11. 	ANTROPOMORFO	30,5	31




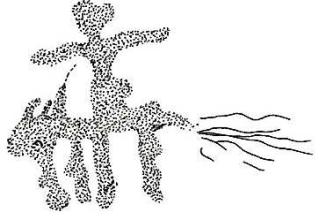

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
26i	12. 	ANTROPOMORFO	17,5	18,5
	13. 	INDETERMINADO	16	12
	14. 	INDETERMINADO	5	12
	15. 	ANTROPOMORFO	25	29
	16. 	ANTROPOMORFO	17,5	21
	17. 	ANTROPOMORFO	12	15





PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
26i	18. 	JINETE	14	18
	20. 	JINETE	21,5	54,5
	21. 	JINETE	12,5	31
	22. 	ZOOMORFO	13	8,5
	23. 	JINETE	27,5	30


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
26i	24. 	ANTROPOMORFO	23	27,5
	25. 	JINETE	27	15,5
	26. 	JINETE	21,5	15
	27. 	ANTROPOMORFO	14	9
	28. 	ANTROPOMORFO	19,5	34
	29. 	CÁNIDO	8	18




PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
26i	30. 	JINETE	19	17
	31. 	ANTROPOMORFO	17	14,5
	32. 	ANTROPOMORFO	10	11
	33. 	JINETE	20	18
	34. 	JINETE	42	43,5


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
26i	35. 	ANTROPOMORFO	18	13,5
	36. 	ANTROPOMORFO	23	16
	37. 	INDETERMINADO	39	25,5
	38. 	ZOOMORFO	9,5	11,5
	39. 	INDETERMINADO	9	9,5

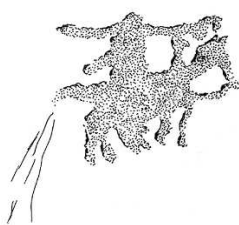
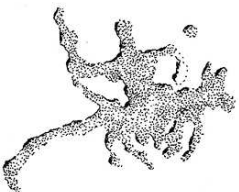
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
26i	39. 	INDETERMINADO	9	9,5
	40. 	ANTROPOMORFO	10,5	9
	41. 	INDETERMINADO	5,5	9
	42. 	JINETE	15	22
	43. 	JINETE	16	17


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
27	1. 	ANTROPOMORFO	17	19
	2. 	INDETERMINADO	11	12,5
	3. 	JINETE	9,5	17
	4. 	AVE	9	10


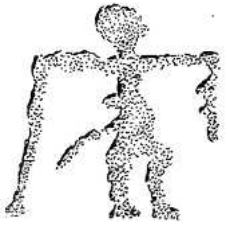


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
28	2.	INDETERMINADO	3	2,5
				



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)				
			LONGITUD	ANCHURA			
29	1.	ANTROPOMORFO	26,5	12			
							
	2.				ANTROPOMORFO	22	14,5
							
3.	ANTROPOMORFO	16	11				
							



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
30a	1. 	INDETERMINADO	12	14


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
30b	1. 	JINETE	15	23
	2. 			




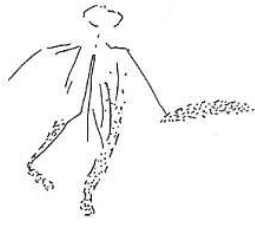
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
30c	1. 	ÉQUIDO	5	8

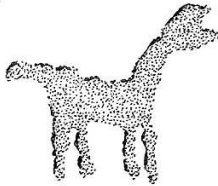
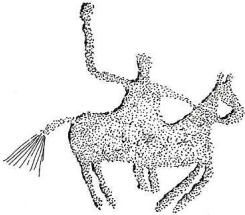

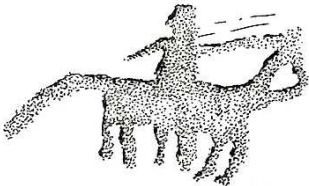
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
30d	1. 	INDETERMINADO	5	12,5
	2. 	ANTROPOMORFO	14	14
	3. 	JINETE	15,5	18
	4. 	ANTROPOMORFO	18,5	20


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
31a	1. 	ANTROPOMORFO	11,5	5
	2. 			
		INDETERMINADO	4	6


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
31b	1. 	ANTROPOMORFO	9	8,5
	2. 			
		INDETERMINADO	8	8,5

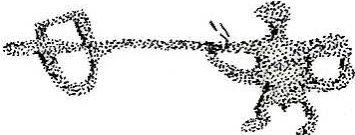

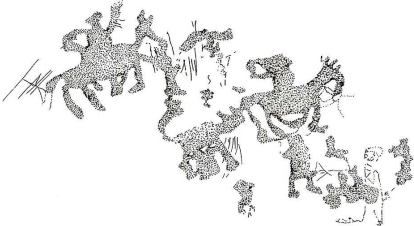
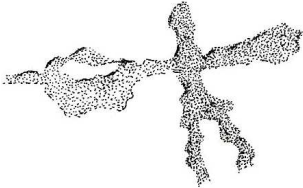

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
31c	1. 	CÁNIDO	7	12





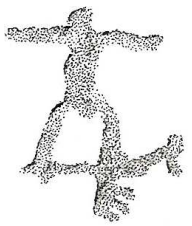

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
31d	1. 	ÉQUIDO	8	11,5
	2. 	INDETERMINADO	9	5
	3. 	INDETERMINADO	11,5	7,5
4. 	ANTROPOMORFO	15	17,5	




PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
31e	1. 	ZOOMORFO	14	16
	2. 	JINETE	20,5	23
	3. 	JINETE	20	20
	4. 	JINETE	13	21,5


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
31f	1. 	ANTROPOMORFO	10	8


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
32a	1.	ANTROPOMORFO	12	17,5
				



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
32a 1	1.	ANTROPOMORFO	9	22
				
	2.	INDETERMINADO	6,5	11,5
				
	3.	JINETE	32	59
				
4.	ANTROPOMORFO	17,5	27,5	
				
5.	INDETERMINADO	8	5,5	
				

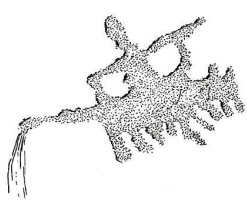

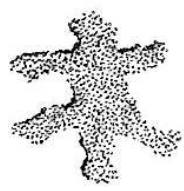


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
32b	1. 	ANTROPOMORFO	11,5	8
	2. 	INDETERMINADO	10,5	14
	3. 	ANTROPOMORFO	9	10
	4. 	ANTROPOMORFO	13	10
	5. 	ANTROPOMORFO	18,5	15
	6. 	ANTROPOMORFO	19	27,5

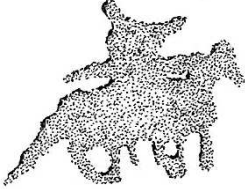

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
32b	7. 	INDETERMINADO	13	12
	8. 	JINETE	9	16,5
	9. 	INDETERMINADO	8	9

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
32c	1. 	ANTROPOMORFO	15	11




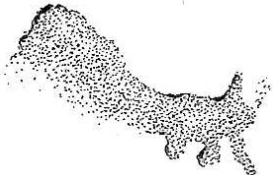
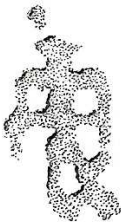

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
32d	1.	INDETERMINADO	11	9,5
				


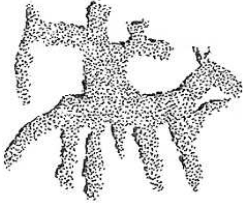

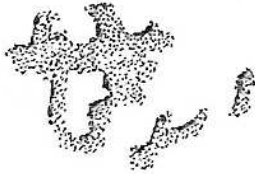
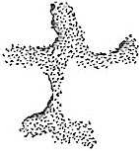

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
32e	1.	INDETERMINADO	13	14
				
	2.	ANTROPOMORFO	26	21
				



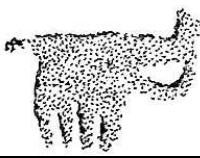

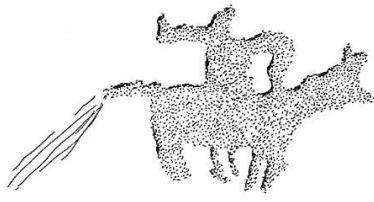


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
32f	1. 	JINETE	19	25
	2. 	INDEFINIDO	8,5	6
	3. 	ANTROPOMORFO	9	9
	4. 	INDEFINIDO	14,5	8
	5. 	ANTROPOMORFO	14,5	13



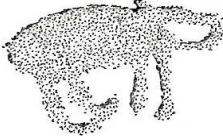

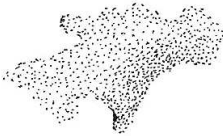
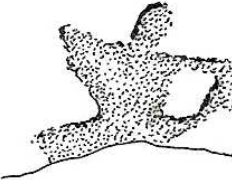
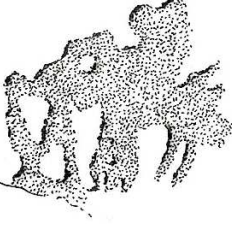
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
32g	1. 	JINETE	13,5	17
	2. 	JINETE	19	34




PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
32h	1. 	JINETE	15,5	17





PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
33	1. 	JINETE	14,5	20
	2. 		15,5	31
	3. 	JINETE	19,5	20
	4. 	INDETERMINADO	11,5	15
	5. 	ANTROPOMORFO	15,5	8
	6. 	ANTROPOMORFO	15	8





PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
33	7. 	ANTROPOMORFO	12,5	9
	8. 	JINETE	14	17
	9. 	JINETE	13	18
	10. 	ANTROPOMORFO	8,5	13
	11. 	INDETERMINADO	9,5	8,5
	12. 	INDETERMINADO	5,5	10,5




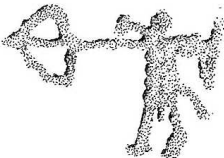
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
33a	1. 	JINETE	18	22,5
	2. 	JINETE	11	16
	3. 	ÉQUIDO	9	12
	4. 	JINETE	18	23
	5. 	JINETE	16	23,5
	6. 	INDETERMINADO	12	12
	7. 	INDETERMINADO	9	10,5


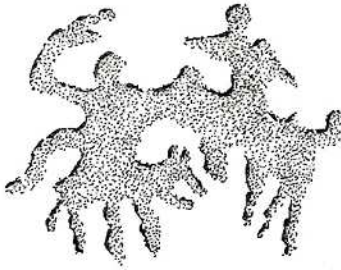

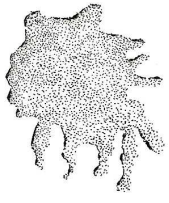
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
33a	8. 		7	7,5
	9. 	ANTROPOMORFO	25	21
	10. 	ZOOMORFO	10,5	18
	11. 	ANTROPOMORFO	10	14
	12. 	INDETERMINADO	10	18
	13. 	INDETERMINADO	10	8,5
	14. 	INDETERMINADO	14,5	17

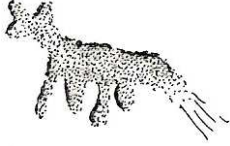
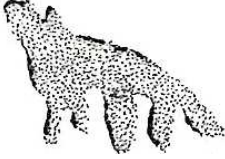
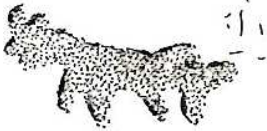
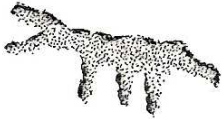
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
33a	15. 	JINETE	12	16
	16. 	JINETE	23,5	26
	17. 	ANTROPOMORFO	7	4







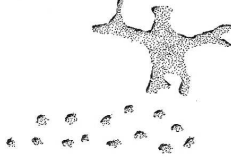
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
34	1. 	ANTROPOMORFO	8	9,5
	2. 	ANTROPOMORFO	9,5	9,5
	3. 	ANTROPOMORFO	10,5	6,5
	4. 	ANTROPOMORFO	9	5,5


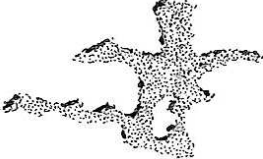
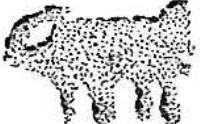



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
35	1. 	ANTROPOMORFO	21	10
	2. 	INDETERMINADO	13	1
	3. 	ANTROPOMORFO	12	15,5
	4. 	ANTROPOMORFO	14,5	27





PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
36	1. 	ANTROPOMORFO	16	9
	2. 	INDETERMINADO	17,5	8
	3. 	INDETERMINADO	12	2,5
	4. 	ANTROPOMORFO	14,5	20,5



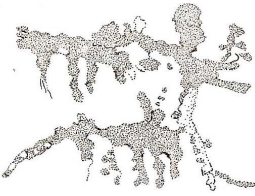



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
37a	1. 	JINETE	7	9
	2. 	JINETE	17,5	23
	3. 	ANTROPOMORFO	18	9
	4. 	INDETERMINADO	21	17

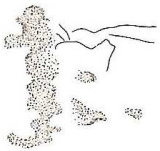


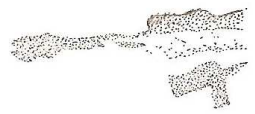
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
37b	1. 	CÁNIDO	9	14,5
	2. 	CÁNIDO	8,5	12
	3. 	ZOOMORFO	6,5	12
	4. 	ZOOMORFO	8	15

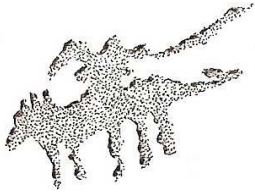






PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
37c	1. 	INDETERMINADO	3	15
	2. 	ANTROPOMORFO	9	12
	3. 	INDETERMINADO	7,5	12
	4. 	ANTROPOMORFO	13	14,5
	5. 	ANTROPOMORFO	6,5	10,5
	6. 	ZOOMORFO	10,5	12
	7. 	ANTROPOMORFO	15,	18,5



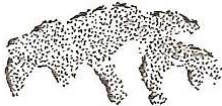
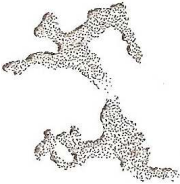



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
37c	8. 	INDETERMINADO	7,5	6
	9. 	ANTROPOMORFO	10	17,5
	10. 	ZOOMORFO	6	9,5
	11. 	ANTROPOMORFO	18	16,5
	12. 	ANTROPOMORFO	8	10
	13. 	ZOOMORFO	6	6,5

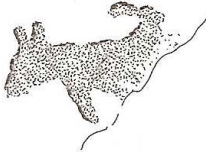


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
37c	14. 	INDETERMINADO	6	7
	15. 	ANTROPOMORFO	6	15
	16. 	ANTROPOMORFO	10,5	8,5
	17. 	ANTROPOMORFO	6	14



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
37d	3. 	ANTROPOMORFO	18	16,5
	4. 	INDETERMINADO	11	8
	7. 	ZOOMORFO	23,5	32
	8. 	INDETERMINADO	6,7	6
	9. 	INDETERMINADO	21	17,5
	10. 	INDETERMINADO	7	11









PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
37d	11. 	INDETERMINADO	13	13
	12. 	INDETERMINADO	10,5	11,5
	13. 	INDETERMINADO	11	14
	14. 	INDETERMINADO	8	20
		INDETERMINADO		








PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
37e	1. 	JINETE	13	23
	2. 	INDETERMINADO	10	4,5
	3. 	ANTROPOMORFO	23	15
	4. 	ANTROPOMORFO	6	4
	5. 	INDETERMINADO	4,5	2
	6. 	INDETERMINADO	12	7
	7. 	ANTROPOMORFO	17,5	28







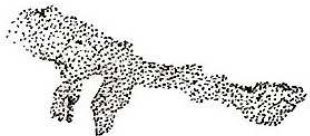
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
37e	8. 	INDETRMINADO	7	14
	9. 	INDETERMINADO	11,5	11,5
	10. 	INDETERMINADO	7	14
	11. 	ANTROPORMOF	8	9
	12. 	INDETERMINADO	14	12
	13. 	INDETERMINADO	5	5,5
	14. 	INDETERMINADO	5,5	4


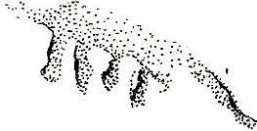

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
37e	15. 	ZOOMORFO	10,5	15
	16. 	INDETERMINADO	9,5	5
	17. 	ANTROPOMORFO	14,5	14,5




PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
37f	3. 	ANTROPOMORFO	19	10,5
	4. 	INDETERMINADO	21	20


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
38a	1. 	CÁNIDO	10	16
	2. 	ANTROPOMORFO	20	19
	3. 	ANTROPOMORFO	22	19
	4. 	ZOOMORFO	10	12,5
	5. 	ANTROPOMORFO	22	35
	6. 	INDETERMINADO	14	16
	7. 	ZOOMORFO	7	13,5
	8. 	INDETERMINADO	9,5	19,5






PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
38a	9. 	ANTROPOMORFO	19	31
	10. 	INDETERMINADO	12,5	16
	11. 	ANTROPOMORFO	16	11
	12. 	INDETERMINADO	28	16,5
	13. 	ANTROPOMORFO	21,5	30,5
	14. 	INDETERMINADO	10,5	11
	15. 	ANTROPOMORFO	13	11,5




PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS	
			LONGITUD	ANCHURA
38a	16. 	INDETERMINADO	9,5	10
	17. 	ANTROPOMORFO	14,5	18
	18. 	ANTROPOMORFO	21,5	22
	19. 	INDETERMINADO	10	14
	20. 	ANTROPOMORFO	10,5	9,5
	21. 	ANTROPOMORFO	19	31
	22. 	INDETERMINADO	7,5	17



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
38a	23. 	ANTROPOMORFO	12	7
	24. 	ZOOMORFO	8	6,5
	25. 	ZOOMORFO	14	19




PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
38b	1. 	ANTROPOMORFO	13	9,5
	2. 	ANTROPOMORFO	11,5	6
	3. 	INDETERMINADO	10	9


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
38c	1. 	INDETERMINADO	10	9,5

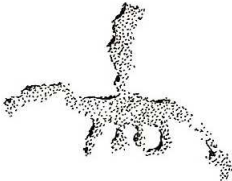




PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
39a	1. 	JINETE	18,5	18,5
	2. 	ANTROPOMORFO	19	11
	3. 	JINETE	10	11,5
	4. 	INDETERMINADO	12,5	12,5
	5. 	JINETE	24	25




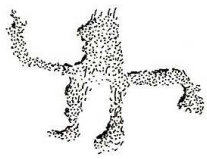

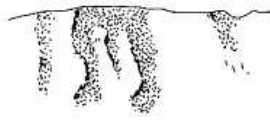
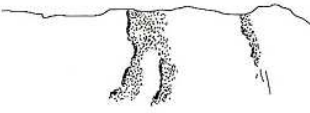

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
39b	1. 	JINETE	18	19
	2. 	ANTROPOMORFO	9	8
	3. 	ANTROPOMORFO	10	9





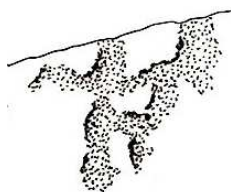

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
39c	1. 	AVE	6	9,5
	2. 	ANTROPOMORFO	9	8,5



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
39d	1. 	JINETE	15	14,5
	2. 	ZOOMORFO	9	19
	3. 	JINETES	11	15,5


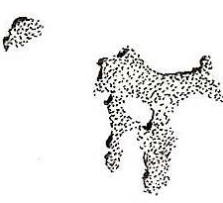



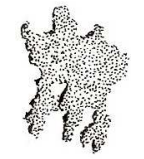
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
40a	1. 	ANTROPOMORFO	18	25

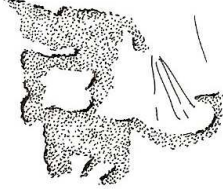

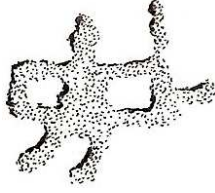
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
40b	1. 	JINETE	14	18
	2. 	JINETE	11	15
	3. 	ANTROPOMORFO	14,5	16
	4. 	ZOOMORFO	6,5	10
	5. 	ANTROPOMORFO	18,5	10

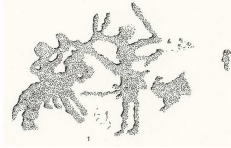
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
40c	1. 	INDETERMINADO	7,5	8,5
	2. 	ANTROPOMORFO	10,5	21,5
	3. 	INDETERMINADO	10	17
	4. 	ANTROPOMORFO	12,5	16,5
	5. 	ANTROPOMORFO	7,5	6
	6. 	ANTROPOMORFO	8	15
	7. 	ANTROPOMORFO	8	14,5
	8. 	ANTROPOMORFO	16	15



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
40c	9. 	INDETERMINADO	10	7
	10. 	INDETERMINADO	6,5	8,5
	11. 	INDETERMINADO	10	9
	12. 	INDETERMINADO	7,5	3,5
	13. 	ZOOMORFO	10	19
	14. 	INDETERMINADO	6,5	4,5




PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
40d	1. 	INDETERMINADO	9	15,5
	2. 	ANTROPOMORFO	10	15







PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
40e	1. 	INDETERMINADO	15,5	12
	2. 	INDETERMINADO	11	14
	3. 	ANTROPOMORFO	17	15
	4. 	ANTROPOMORFO	12	11,5
	5. 	JINETE	14	11,5
	6. 	INDETERMINADO	11,5	8




PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
40e	7. 	ZOOMORFO	15	17
	8. 	INDETERMINADO	8	10
	9. 	ANTROPOMORFO	12	16





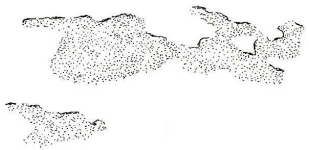
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
40 a1	1. 		36	43,5





PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
41a	1. 	INDETERMINADO	11	19,5
	2. 	ANTROPOMORFO	12	15


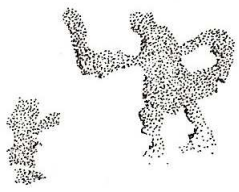
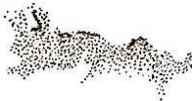

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
41b	1. 	INDETERMINADO	12	9,5
	2. 	INDETERMINADO	9	14
	3. 	ANTROPOMORFO	13,5	14,5







PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
41c	1. 	ANTROPOMORFO	11	14
	2. 	ANTROPOMORFO	19,5	20
	3. 	ZOOMORFO	8	19
	4. 	INDETERMINADO	7	7
	5. 	ANTROPOMORFO	18	12
	6. 	ANTROPOMORFO	13,5	12







PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
41c	7. 	ANTROPOMORFO	20,5	15
	8. 	ANTROPOMORFO	25	18
	9. 	INDETERMINADO	12	11



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
42	1. 	INDETERMINADO	6,5	6
	2. 	ANTROPOMORFO	9	14
	3. 	ANTROPOMORFO	17,5	19,5
	4. 	INDETERMINADO	5	4
	5. 	INDETERMINADO	17,5	36,5


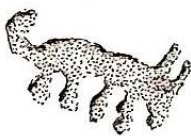




PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
43	1. 	INDETERMINADO	7	7
	2. 	ANTROPOMORFO	20	19
	3. 	INDETERMINADO	7	3
	4. 	INDETERMINADO	6	6,5







PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
44a	1. 	INDETERMINADO	6	9
	2. 	ANTROPOMORFO	12	18
	3. 	INDETERMINADO	6	12
	4. 	INDETERMINADO	3	7



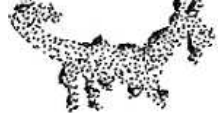





PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
44b	1. 	CÁNIDO	12	16,5
	2. 	INDETERMINADO	11,5	17
	3. 	INDETERMINADO	9,5	16
	4. 	ANTROPOMORFO	11,5	15
	5. 	INDETERMINDO	4,5	9
	6. 	ANTROPOMORFO	10,5	17







PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
44c	1. 	INDETERMINADO	11	12
	2. 	ANTROPOMORFO	16	19
	3. 	ANTROPOMORFO	13,5	17
	4. 	ANTROPOMORFO	19	21
	5. 	INDETERMINADO	13,5	10
	6. 	INDETERMINADO	11,5	19



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
45a	1. 	INDETERMINADO	4	9
	2. 	ANTROPOMORFO	13,5	6


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
45b	1. 	INDETERMINADO	4	6
	2. 	CÁNIDO	7,5	11,5
	3. 	INDETERMINADO	12,5	12
	4. 	INDETERMINADO	5,5	11
	5. 	ANTROPOMORFO	21	22
	6; 7. 	ANTROPOMORFO	24	30


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
45b	8. 	INDETERMINADO	4,5	3
	9. 	INDETERMINADO	6,5	5
	10. 	ZOOMORFO	7	7
	11. 	ZOOMORFO	15	18
	12. 	ZOOMORFO	11	11,5
	13. 	ANTROPOMORFO	13	9


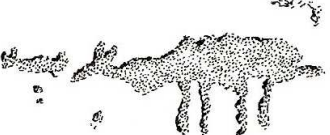

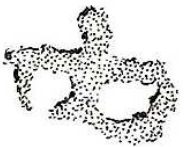


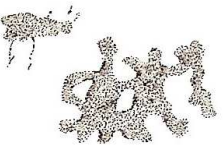
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
46a	1. 	INDETERMINADO	10,5	9,5
	2. 	ANTROPOMORFO	8	7
	3. 	ZOOMORFO	5	10
	4. 	ZOOMORFO	9,5	11,5
	5. 	INDETERMINADO	4	4,5
	6. 	ZOOMORFO	13,5	21,5
	7. 	ZOOMORFO	7	10,5
	8. 	ANTROPOMORFO	7	9



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
46b	1. 	ANTROPOMORFO	8,5	8
	2. 	INDETERMINADO	13	15
	3. 	INDETERMINADO	8	8,5
	4. 	INDETERMINADO	19	10
	5; 6. 	ANTROPOMORFO	16	25
	7. 	ANTROPOMORFO	19	16



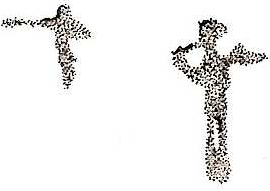
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
46b	8. 	ZOOMORFO	6	9
	9. 	ANTROPOMORFO	21	27,5


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
46c	1. 	ANTROPOMORFO	19	24,5


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
46d 410	1. 	ANTROPOMORFO	15	12



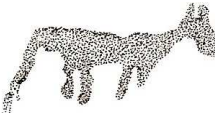
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
46e	1. 	INDETERMINADO	8	19
	2. 	ZOOMORFO	9	26
	3. 	ANTROPOMORFO	12	11
	4. 	ANTROPOMORFO	7,5	9,5
	5. 	INDETERMINADO	17	16
	6. 	ANTROPOMORFO	14,5	14
	7. 	ANTROPOMORFO	11	17



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
46e	8. 	ANTROPOMORFO	11	9,5
	9. 	INDETERMINADO	11,5	15,5


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
47a	1. 	ANTROPOMORFO	8,5	6
	2. 	INDETERMINADO	10,5	6,5
	3. 	ANTROPOMORFO	12	17


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
47b	1. 	ANTROPOMORFO	14	9


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
47c	1. 	CÁNIDO	14,5	16

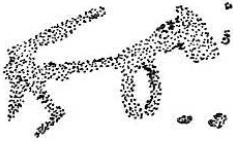
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
47d	1. 	ANTROPOMORFO	9	6,5
	2. 			
	3. 	ZOOMORFO	9	19,5




PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
48a	1. 	INDETERMINADO	4,5	8,5
	2. 	ANTROPOMORFO	15	9



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
48b	1. 	INDETERMINADO	8,5	10,5




PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
48c	1. 	JINETE	9	9,5






PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
48d	1. 	INDETERMINADO	11,5	6


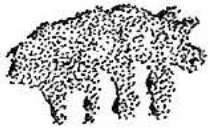
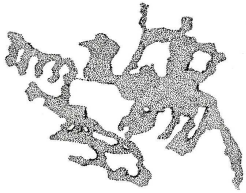
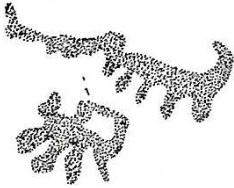



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
48e	1. 	ZOOMORFO	8	14



PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
48f	1. 	INDETERMINADO	14	17,5
	2. 	INDETERMINADO	11	6,5
	3. 	INDETERMINADO	12	11


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
48g	1. 	ANTROPOMORFO	11	13
	2. 	ANTROPOMORFO	27	23


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
48h	1. 	ANTROPOMORFO	15	27
	2. 	INDETERMINADO	10	7
	3. 	INDETERMINADO	17	16,5

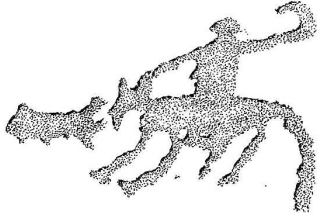

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
48i	1. 	ANTROPOMORFO	6	4
	2. 	ANTROPOMORFO	9	6,5
	3. 	INDETERMINADO	6	8,5
	4. 	INDETERMINADO	6	4,5
	5. 	INDETERMINADO	3,5	2,5

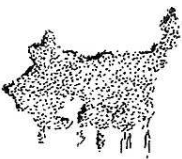
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
49a	1. 	CÁNIDO	4,5	6
	2. 	CÁNIDO	5,5	9,5
	3. 	JINETE	32	40
	4. 	ANTROPOMORFO	19	16,5
	5. 	ZOOMORFO	32	42,5
	6. 	ANTROPOMORFO	20	15
	7. 	INDETERMINADO	12	26

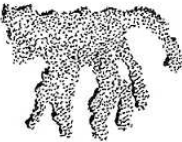


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
49b	1.	INDETERMINADO	10,5	19
				
	2.	INDETERMINADO	8	29
				

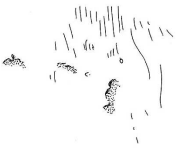
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
50	1.	INDETERMINADO	12,5	23,5
				


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
51	1. 	INDETERMINADO	10	14

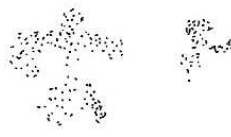






PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
52a	1. 	JINETE	23	34
	2. 	ZOOMORFO	10	20


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
52b	1. 	ZOOMORFO	10	13


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
53	1. 	ZOOMORFO	20	14,5
	2. 			
	3. 			





PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
54	1.	INDETERMINADO	21	25
				


PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
55a	1.	ANTROPOMORFO	16	18
				




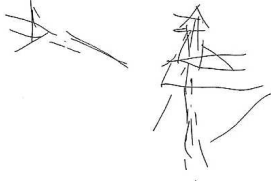
PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
55b	1. 	ANTROPOMORFO	8	14
	2. 	ANTROPOMORFO	12	10,5
	3. 	INDETERMINADO	6,5	3,5
	4. 	JINETE	28	21
	5. 	INDETERMINADO	10	18
	6. 	ANTROPOMORFO	17	18
	7. 	INDETERMINADO	12	13







PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
55c	1.	INDETERMINADO	6,5	8,5
				

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
55d	1.	ANTROPOMORFO	8,5	9
				

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
56a	1. 	ANTROPOMORFO	31	14
	2. 	JINETE	23	17
	3. 	ANTROPOMORFO	14	9,5
	4. 	INDETERMINADO	6	3

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
56b	1. 	ANTROPOMORFO	11	15

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
57	1. 	INDETERMINADO	11	12,5
	2. 	INDETERMINADO	7,5	7
	3. 	INDETERMINADO	7	12,5
	4. 	INDETERMINADO	15	25

PANEL	FIGURA	TIPO	MEDIDAS (cm.)	
			LONGITUD	ANCHURA
58	1. 	ANTROPOMORFO	22	26
	2. 	INDETERMINADO	13,5	8
	3. 	INDETERMINADO	11,5	15,5
	4. 	INDETERMINADO	12	9,5
	5. 	INDETERMINADO	8,5	9
	6. 	INDETERMINADO	9	8

BIBLIOGRAFÍA

- ABARQUERO MORAS, F. J.; (2005) Cogotas I. La difusión de un tipo cerámico durante la Edad del Bronce. Monografías. Arqueología en Castilla y León 4. Junta de Castilla y León. 542 págs.
- ABASCAL, J. M.; (2009) Los auxilia hispanos. Págs. 301-312. Artículo recogido en: Historia Militar de España. Coordinada por Almagro-Gorbea, M. I Prehistoria y Antigüedad. Comisión Española de Historia Militar. Real Academia de la Historia. 410 págs.
- ACHILLI, A. ET AL.; (2012) Mitochondrial genomes from modern horses reveal the major haplogroups that underwent domestication. Proc Natl Acad Sci USA. Vol. 109.
- AGUAYO COBO, A.; (2011) El mensaje moral de la puerta del perdón de la iglesia mayor prioral de El Puerto de Santa María. Aproximación iconológica. Revista de Historia de El Puerto. Nº 46. (1er semestre). Págs. 51-92.
- AGÜERA CARMONA, E.; (2008) Domesticación y origen de la doma y manejo del caballo. Solemne acto de apertura del curso académico 2008-2009 de las Universidades Andaluzas. Universidad de Córdoba. 32 págs.
- ALAMEDA CUENCA-ROMERO, M. C.; ET ALII (2011) El “campo de hoyos” calcolítico de Fuente Celada (Burgos): datos preliminares y perspectivas. Complutum, 2011, Vol. 22 (1): 47-69.
- ALFAYÉ VILLA, S.; (2008) Iconografía, identidad y sociedad en el mundo celtibérico. Gallaecia, nº 25. Págs. 285-304.
- ALMAGRO GORBEA, M; (2005) Ideología ecuestre en la Hispania prerromana. Gladius XXV. 2005. Págs.151-186.
- ALMAGRO GORBEA, M. J.; (1993) Catálogo del arte egipcio y caldeo-asirio. Museo Nacional de Reproducciones Artísticas. Madrid. 144 págs.
- ALMELA VALVERDE, L.; (2002) La sublevación vaccea del año 56 a. C. Gallaecia, nº 21. Págs. 269-285.

- ALONSO, J. C.; PALACÍN, C.; (2009). Avutarda – Otis tarda Linnaeus, 1758. Enciclopedia Virtual de los Vertebrados Españoles. Salvador, A., Bautista, L. M. (Eds.). Museo Nacional de Ciencias Naturales, Madrid. <http://www.vertebradosibericos.org>. 18 págs.
- ALONSO TEJADA, A.; GRIMAL, A.; (2003) Prospecciones y estudios sobre arte rupestre prehistórico en el término de Yecla: Campañas II-IV (2001-2003). Memorias de Arqueología de la región de Murcia 15. 2008. Págs. 173-187.
- ÁLVAREZ COLLADO, M. F.; (2012) Los paloteos en la provincia de Segovia: análisis y estudio comparativo de su interpretación. (2012) BIBLID, 14. Págs. 301-315.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J.; (2003) Los señores del Ganado. Arqueología de los pueblos prerromanos en el Occidente de Iberia. Akal Arqueología. Madrid. 179 págs.
- ARMADA, X. L.; ROVIRA, S.; (2011) El soporte de Les Ferreres de Calaceite (Teruel): una revisión desde su tecnología y contexto. Archivo Español de Arqueología, 84. Págs. 9-41.
- ÁVILA JURADO, I. ET AL.; (1998) El caballo. Protagonista en la Historia y en la Medicina Veterinaria. Publicaciones de la Universidad de Córdoba y Obra Social y Cultural Cajasur. Córdoba. 239 págs.
- BARRACHINA, A.; SANCHÍS, A.; (2008) Valoración diacrónica de un modelo económico de la edad del bronce: la fauna del poblado del Pic dels Corbs, Sagunt (València). Quad. Preh. Arq. Cast. 26.
- BARRIOS GARCÍA, A.; (1985) Repoblación en la zona meridional del Duero. Fases de ocupación, procedencias y distribución espacial de los grupos repobladores. Studia historia. Historia Medieval. Nº 3. Págs. 33-82.
- BARREIRO RUBÍN; (2004) La guerra en el mundo antiguo. Almena Ediciones. Madrid. 296 págs.
- BELLIDO ANDREU, A.; (2012) El caballo y sus orígenes. Revista Ejército. Nº 858. Octubre. Madrid. Págs. 36-41.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, A.; (1996) La datación de los grabados de Foz Do Côa, en Portugal y la importancia del yacimiento: Síntesis de una polémica y planteamientos. In Maciel, M. Justino, coord. - Miscellanea em homenagem ao professor Bairrão Oleiro. Lisboa: Edições Colibri. Págs. 45-54.

- BLANCO GARCÍA, J. F.; PÉREZ GONZÁLEZ, C.; REYES HERNANDO, O. V.; (2012) Campaña de excavación arqueológica de 1999 en Cauca (Coca, Segovia). La secuencia estratigráfica. *Oppidum*. Nº 8-9. IE Universidad. Segovia. Págs. 29-144
- BLANCO GARCÍA, J. F.; (2012) El Calcolítico y la Edad del Bronce en Coca (Segovia). *Lvcentvm XXXI*. Págs. 15-30.
- BLANCO GARCÍA, J. F.; GONZALO VIEJO, F.; GONZALO GONZÁLEZ, J. M.; (2007) El yacimiento del Bronce Final/Hierro I de El Bustar (Carbonero el Mayor, Segovia). *Oppidum* Nº 3. Universidad SEK. Segovia. Págs. 7-34.
- BLANCO GARCÍA J. F.; (2006) El primer milenio a. C. en la zona noroccidental de la provincia de Segovia: Hacia la formación de Cauca (Coca) (Siglos XI-V a. C.). (Tesis Doctoral leída en el año 2000) Universidad Autónoma de Madrid. 598 págs.
- BLANCO GARCÍA, J. F.; (2006) El paisaje poblacional segoviano en época prerromana: ocupación del territorio y estrategias de urbanización. *Oppidum*. Nº 2. Universidad SEK. Segovia. Págs. 35-84
- BLANCO GARCÍA, J. F.; (2005) Aproximación al poblamiento prehistórico en el Noroeste de la provincia de Segovia (Del Paleolítico al Bronce Medio) *Oppidum*, nº 1. Universidad SEK. Segovia. Págs. 7-58.
- BLANCO GARCÍA, J. F.; (1998) La Edad del Hierro en Sepúlveda (Segovia). *Zephyrus*, 51. Págs. 137-174.
- BLANCO GONZÁLEZ, A. M.; LÓPEZ SÁEZ, J. A.; LÓPEZ MERINO, L.;(2009) Ocupación y uso del territorio en el sector centromeridional de la cuenca del Duero entre la Antigüedad y la Alta Edad Media (siglos I-XI d. C.). *Archivo Español de Arqueología*, 82. Págs. 275-300.
- BLASCO BOSQUED, C.; (2005) Arte levantino y mundo animal. *Cuadernos de Arte Rupestre*. Nº 2. Págs. 59-80.
- BOBILLO DE LAMO, G.; (2011) Normas Urbanísticas municipales de Cuéllar (Segovia). Ilustrísimo Ayuntamiento de la Villa de Cuéllar. 165 págs.
- BOTELLA ORTEGA, D. ET AL.; (2006) La cueva del Ángel (Lucena, Córdoba), un yacimiento del Pleistoceno Medio y Superior del sur de la Península Ibérica. *Trabajos de Prehistoria* 63. Nº 2, Julio-Diciembre. Págs. 153-1

- CABAÑERO MARTÍN, V. M.; (2011) Patrones de asentamiento en el territorio de Cauca. *Estrat Crític* 5.Vol.1. Págs. 204-212.
- CAÑADA JUSTE, A.; (1993) Nuevas propuestas para la identificación de topónimos e itinerarios en las campañas de Almanzor. *Anaquel de Estudios Árabes*, IV. Págs. 25-38.
- CASTAÑOS UGARTE, P.; (2004) Estudio arqueozoológico de los macromamíferos del Neolítico de la cueva de Chaves (Huesca). *SALDVIE*. Nº 4. Págs. 125-171.
- CASTRO MARTÍNEZ, P. V.; MICO PÉREZ, R.; SANAHUJA YLL, M^a.; (1995) Genealogía y cronología de la Cultura de Cogotas I (El estilo cerámico y el grupo de Cogotas I en su contexto arqueológico). *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología: BSAA*. Tomo 61. Págs. 51-11.
- CEBALLOS J.; JUSTRIBÓ, J. H.; (EDS.) (2011) Manual básico y ético de cetrería. *Caïrel*. Madrid. 166 págs.
- CHAIX, L.; MÉNIEL, P.; (2005) Manual de Arqueozoología. *Ariel Prehistoria*. Barcelona. 290 Págs.
- DEB BENNETT, PH.D.; (2008) Evolution of the horse. History and Techniques of Study. 66 págs. Actualización y expansión de “The evolution of the horse”. *Elsevier World Animal Science Encyclopedia*. (Volume C7, Horse Breeding and Management, J. Warren Evans, ed., 1992, pp. 1-37).
- DE FRANCISCO HEREDERO; A.; (2011) A propósito de las Armas de la Antigua Iberia. *Gerión* 2011, 29, núm 2. Págs 41-53.
- DE PEDRO MICHÓ, M^a. J.; (2010) Cuevas, fosas y cistas. Evidencias funerarias del II milenio a. C. en tierras valencianas. En torno al Argar y el Bronce Valenciano. *Restos de Vida y muerte. La Muerte en la Prehistoria*. 244 págs. (Coord. Pérez Fernández, A.; Soler Mayor, B.). *Museu de Prehistòria de València*. Págs 55.
- DELIBES DE CASTRO, G.; ROMERO CARNICERO, F.; (2011) La plena colonización agraria del Valle Medio del Duero. *Complutum*. Vol. 22 (2). Págs. 49-94.
- DELIBES DE CASTRO, G.; (2002) Del Bronce al Hierro en el Valle medio del Duero: una valoración del límite de Cogotas I-Soto de Medinilla a partir de

- las manifestaciones de culto. *Zephyrus*, 53-54. Universidad de Salamanca. Págs. 293-309.
- DÍEZ HERRERO, A.; MARTÍN DUQUE, J. F.; (2005) *Las raíces del paisaje. Condicionantes geológicos de la provincia de Segovia*. Junta de Castilla y León. Colección *Hombre y Naturaleza*. 463 págs.
 - DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.; (2005) *Jinetes en Grecia y sus ecos en la cultura ibérica*. *Gladius XXV*. Págs. 207-236.
 - ESPARZA ARROYO, A.; (1999) *Economía de la Meseta prerromana*. *Stvd. Hist. Hª Antig.*, 17. Págs. 87-123.
 - ESTRABÓN; (1998) *Geografía. Libros III-IV*. Biblioteca Clásica Gredos. Editorial Gredos. Madrid. 218 págs.
 - FERNÁNDEZ MATEU, G.; (2008) *El primer soldado español nació en Cannas*. Colección Adalid. 376 págs.
 - FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, J. M.; (2014) *Los depósitos de la ría de Huelva: en busca del barco perdido*. *Revista Onoba*. Nº 2. Págs. 3-26.
 - FRADEJAS RUEDA, J.; (2007) *Aproximación a la literatura cetrera portuguesa*. *eHumanista. Voumen* 8. Págs. 197-226.
 - FRADEJAS RUEDA, J., M.; (1992) *Notas léxicas: acetrería, altanería, cetrería, halconería y volatería*. *Revista de Filología Española*. Vol. LXXII. N.º 1/2. Págs. 149-158. <http://revistadefilologiaespañola.revistas.csic.es>.
 - FROST, P., D. (2007) *Aves rapaces*. Parragon Books Ltd. Reino Unido. 256 págs.
 - GABALDÓN, M.; (2007) *Vaso ibérico de los guerreros (Archena, Murcia)*. *Pieza del mes. Los mensajes de la cerámica*. Ciclo 2006/2007. Museo Arqueológico Nacional. 12 páginas.
 - GABALDÓN MARTÍNEZ, M. M.; *El caballo en el mundo celta. Significado y simbolismo de los équidos entre los pueblos galos. El caballo en la antigua Iberia: estudio sobre los équidos en la Edad del Hierro*. Págs. 219-240.
 - GALÁN SAULNIER, C.; (1998) *Sobre la cronología de Cogotas I*. *CuPAUAM: Cuadernos de Prehistoria y Arqueología* 25.1. Págs. 201-243
 - GARCÍA ARRANZ, J. J.; (1997) *Texto clásico e imagen medieval: una aproximación a la incidencia de la literatura antigua en el bestiario ilustrado*. *Norba-Arte XVII*. Págs. 27-40.

- GARCÍA-GELABERT PÉREZ, M. P.; (2007) Los caballos de la Península ibérica y del Norte/Noroeste de África: cría, cruce y exportación en la época prerromana y en la del dominio por Roma. HAnt XXXI-2007, 21-38.
- GARCÍA-GELABERT PÉREZ, M. P.; BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M.; (2006) Dioses y caballos en la Iberia prerromana. LVCENTVM XXV. Págs. 77-123.
- GARCÍA-GELABERT PÉREZ; M^a (1989) Estudio del Armamento prerromano en la Península Ibérica a través de los textos clásicos. Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, H^a Antigua, t. II. Págs. 69-80.
- GARCÍA-GELABERT, M. P.; MORERE, N.; (1984) Asentamientos de la Fase Cogotas I en la provincia de Segovia. Archivo Español de Arqueología. Págs. 155-166.
- GARCÍA RAMOS, J. L.; MENÉNDEZ MÉNDEZ, A. D.; (2010) Normas Urbanísticas Municipales de Miguelañez. Normas de Sostenibilidad Ambiental. Junta de Castilla y León. Consejería de Fomento. 151 págs.
- GARRIDO PENA, R.; (2003) El Campaniforme en la Meseta: análisis de su contexto social, económico y ritual. Tesis Doctoral. Departamento de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense de Madrid. 578 págs.
- GARCÍA ARRANZ, J. J.; (1997) Texto clásico e imagen medieval: una aproximación a la incidencia de la literatura antigua en el bestiario ilustrado. Norba-Arte XVII. Págs. 27-40.
- GÓMEZ-BARRERA; J. A. (1993): Tradición y continuidad del arte rupestre en la Antigüedad Tardía. La Cueva de la Camareta, Antig. Crist. (Murcia) X, pp. 433-448
- GONZÁLEZ-COBOS DÁVILA, A. M^a; (2010) Sobre los vacceos y su integración en los esquemas administrativos romanos. Studia Historica: Historia Antigua, [S.I.]. V. 4. <http://revistas.usal.es/index.php/0213-2052/article/view/6061>.
- GONZÁLEZ-COBOS DÁVILA, A. M^a; (1994) La cuenca media del Duero: Los vacceos y la romanización. AnMurcia, 9-10. Págs. 181-191.
- GONZALO GONZÁLEZ, J. M.; (2006) El Cerro del Castillo, Bernardos (Segovia). Un yacimiento arqueológico singular en la provincia de Segovia

- durante la Antigüedad Tardía. *Obra Social y Cultural de Caja Segovia*. 133 págs.
- GOZALO VIEJO, F.; GONZALO GONZÁLEZ, J. M.; BLANCO GARCÍA, J. F.; (2013) *El Cerro Tormejón (Armuña, Segovia). Análisis de sus materiales cerámicos tardoantiguos*. *CuPAUAM* 39. Págs. 151-182.
 - GRACIA ALONSO, F.; (2003) *La guerra en la Protohistoria. Héroes, nobles, mercenarios y campesinos*. Ariel Prehistoria. 2003. Barcelona. 321 págs.
 - GUERRA GARCÍA, P.; (2008) *Prospección arqueológica en el yacimiento romano de Carracalleja (Escarabajosa de Cabezas, Segovia)*. *Férvedes*, 5. Vilalba, Lugo. Págs. 387-39.
 - HERNÁNDEZ GUERRA, L.; (2008) *Algunas consideraciones sobre municipios flavios en la Meseta septentrional*. *Gerión* 26, núm 1. Págs. 407-438.
 - HUME, R.; (2002) *Guía de campo de las aves de España y de Europa*. Ediciones Omega. Barcelona. 448 págs.
 - IBORRA, M^a. P.; GRAU, E.; PÉREZ JORDÁ, G.; *Recursos agrícolas y ganaderos en el ámbito fenicio occidental. Estado de la cuestión. Ecohistoria del paisaje agrario: La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*. Coordinado por Carlos Gómez Bellard. Págs. 33-56.
 - IZQUIERDO PERAILE, I.; PÉREZ BALLESTER, J.; (2005) *Grupos de edad y género en un nuevo vaso del Tossal de Sant Miquel de Lliria (Valencia)*. *SAGVNTVM (P.L.A.V.)*, 37. Págs. 85 - 103.
 - JORDANA, J.; PARÉS, P. M.; (1999) *Relaciones genéticas entre razas ibéricas de caballos utilizando caracteres morfológicos (Prototipos raciales)*. *AGRI*. Barcelona. Págs. 75-94
 - JORDÁN, J. F.; (2010) *El caballo en el arte rupestre levantino de la Península Ibérica. El santuario rupestre de Minateda y sus probables arquetipos iconográficos del paleolítico superior*. *Quad. Preh. Arq. Cast.* 28. Págs. 7-38.
 - JUEZ JUARROS, F.; (1997) *La cetrería en la iconografía andalusí*. *Anales de Historia del Arte*, nº 7. Servicio Publicaciones UCM. Madrid.
 - LÓPEZ AMBITE, F.; (2003) *El poblamiento de Cogotas I en el valle de los ríos Aguijejo y Riaza (Segovia)*. Vol. 14. Págs. 125-168

- LEVINE, M. (2005) Domestication and early history of the horse. In *The Domestic Horse: The Origins, Development, and Management of its Behaviour*, ed. D. S. Mills & S. M. McDonnell. Cambridge University Press.
- LEVINE, M. (2003). *The Origins of Horse Husbandry on the Eurasian Steppe*. in *Steppe Adaptation and the Horse*, eds. M. A. Levine, C. Renfrew & K. Boyle Cambridge: McDonald Institute for Archaeological Research, 8-62.
- LIESAU VON LETTOW-VORBECK, C.; (2005) Arqueozoología del caballo en la antigua Iberia. *Gladius XXV*. Págs. 187-206.
- LIÓN VALDERRÁBANO, R.; (1970) *El caballo y su origen. Introducción a la Historia de la Caballería*. Instituto Cultural de Cantabria. Santander. 281. Págs.
- LLUL MOLINA, M.; *Los honderos baleáricos*. *Revista de Arqueología*, año XXXI. Nº 345. Págs. 52-59.
- LOMBA MAURANDI, J.; ET ALII (2009) El enterramiento múltiple, calcolítico, de Camino del Molino (Caravaca, Murcia). Metodología y primeros resultados de un yacimiento excepcional. *Trabajos de Prehistoria*, 66, N.º 2. Págs. 143-159, pp. 143-159.
- LÓPEZ AMBITE, F.; (2003) El poblamiento de Cogotas I en el valle de los ríos Agusejo y Riaza (Segovia). Vol. 14. Págs. 125-168.
- LÓPEZ PARDO, F.; SUÁREZ PADILLA, J.; (2003) Aproximación al conocimiento del paleoambiente, poblamiento y aprovechamiento de los recursos durante el primer milenio a. C. en el litoral occidental de Málaga. *Ecohistoria del paisaje agrario: La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*. Coordinado por Carlos Gómez Bellard. Págs. 75-92.
- LORRIO, A. J.; (2005) Los celtíberos. El texto es una versión actualizada del artículo del mismo título publicado en M. Almagro-Gorbea, M. Mariné y J. R. Álvarez Sanchís (eds.), *Celtas y Vettones*, Diputación Provincial de Ávila. Ávila. 2001. Págs. 182-199.
- MALAXECHEVERRÍA, I.; (2002) *Bestiario Medieval*. Ediciones Siruela. Madrid. 280 Págs.
- MARMÍ PLANA JOSEP; (2008) *La història dels ases i dels seus parents propers. Un recorregut al llarg de 60 milions d'anys. L'Erol: revista cultural del Berguedà*. Nº 97. Ases i guarans. Dossier. Págs. 10-12.

- MARTÍN, A.; (2003) Espada de Guadalajara. Edad del Bronce. Pieza del Mes. Ciclo marzo 2003. Las armas: defensa, prestigio y poder. Museo Arqueológico Nacional. 9 págs.
- MARTÍN ESCORZA, C.; (2006) Excursión a Domingo García y Santa María la Real de Nieva (Segovia). Arte en las piedras. Sociedad de Amigos del Museo Nacional de Ciencias Naturales. 42 págs.
- MARTÍN VELA, F.; (2012) El Paisaje arqueológico de Navas de Oro, Segovia: De la Prehistoria a la Tardoantigüedad. Estudios Segovianos. Boletín de la Real Academia de Historia y Arte de san Quirce. Tomo LIV Núm. 111. Segovia. Págs. 281-309.
- MARTÍN VISO, I.; (2005/2006) Elementos para el análisis de las necrópolis de tumbas excavadas en la roca: El caso de Riba Côa. CuPAUAM 31-32. Págs. 83-102.
- MARTÍN VISO, I.; (2005/2006) Elementos para el análisis de las necrópolis de tumbas excavadas en la roca: El caso de Riba Côa. CuPAUAM 31-32. Págs. 83-102.
- MARTÍN VISO, I.; (2005) Una frontera casi invisible: los territorios al norte del Sistema Central en la Alta Edad Media (siglos VIII-XI). Stud. hist., H.^a mediev. 23. Págs. 89-114.
- MARTÍNEZ, CABALLERO, S.; (2011) La ciudad fundada por M. Marius, Termes y Colenda (App., Iber. 99-100). La guerra de 104-93 a. C. en territorios arévacos, vacceos y vetones. Stud. hist., H.^a antig., 29. Págs. 119-151.
- MARTÍNEZ CABALLERO, S.; LÓPEZ AMBITE, F.; GALLEGO REVILLA, J.; Tiermes y el proceso de urbanización del área arévaca suroccidental (ss. IV-I a. C.). La Protohistoria como modelo de frontera.
- MENÉNDEZ PIDAL, G.; (1986) La España del siglo XIII leída en imágenes. Real Academia e la Historia. 319 págs.
- MONSALVO ANTÓN, J. M^a; (2003) Frontera pionera, monarquía en expansión y formación de los concejos de villa y tierra. Relaciones de poder en el realengo concejil entre el Duero y el Tajo (c.1072 - c.1222). AyTM 10.2. Págs. 45-126.
- MONTERO GUTIÉRREZ, J.; (2011) Manifestaciones rituales e ideología durante la Edad del Bronce en el interior Peninsular. La dimensión social de las prácticas funerarias de Cogotas. Tesis Doctoral. Departamento de Ciencias

Históricas y Geografía. Área de Arqueología. Universidad de Burgos. 422 págs.

- MONTSERRAT RECODER, P.; (2008) Ecología eficaz en la vida rural de montaña. Fundación Interuniversitaria Fernando González Bernáldez para los Espacios Naturales. Universidad Autónoma de Madrid. Universidad de Alcalá. Colegio de San Ildefonso. 70 págs.
- MORALES MUÑIZ, D. C.; (1996) El simbolismo animal en la cultura medieval. Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Hª Medieval, t, 9. Págs. 229-255.
- MORALES MUÑIZ, D. C.; (2000) La fauna exótica en la Península Ibérica: apuntes para el estudio del coleccionismo animal en el Medievo hispánico. Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Hª Medieval. T 13. Págs. 233-270.
- MORALES MUÑIZ, D. C.; (1998) Los animales en el mundo medieval cristiano-occidental: Actitud y mentalidad. Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Hª Medieval, t. 11. Págs. 307-329.
- NADAL, J.; ALBIZURI, S.; MAROTO, J.; (2010) Els orígens del burro domèstic a la Mediterrània i a la península Ibèrica segons les dades arqueològiques. La recuperació del burro català. Aspectes culturals i biològics, (Bosch, E., Comas, P. & Maroto, J., ed.), Quaderns, 28. CECB. Banyoles. Págs. 37-56.
- NADAL, J., FULLOLA, J. M.; ESTEVE, X.; (2005) Caballos y ciervos: Una aproximación a la evolución climática y económica del Paleolítico superior en el Mediterráneo peninsular. Munibe (Antropología-Arkeologia). Homenaje a Jesús Altuna 57. Págs. 313-324.
- NORES QUESADA, C.; LIESAU VONLETTOW-VORBECK, C.; (1992) La Zoología histórica como complemento de la Arqueozoología. El caso del zebro. Archaeofauna 1. Págs. 61-71.
- NORMAS URBANÍSTICAS MUNICIPALES DE ARMUÑA (SEGOVIA). DN-MI Memoria Informativa. Excmo. Ayuntamiento de Armuña. 48 págs. 2013.
- OLÀRIA I PUYOLES, C.; (2004-2005) El tránsito hacia las economía de producción de las últimas tribus cazadoras-recolectoras del Mediterráneo peninsular. Una reflexión acerca de la validez de las tesis difusionistas frente a las evolucionistas. Quad. Preh. Arqu. Cast. 24. Págs. 43-60.

- OLMOS, R.; GRAU, I.; (2005) El Vas dels Guerrers de La Serreta. Recerques del Museo d'Alcoi, 14. Págs. 79-98.
- OLMOS, R.; (2002) Los grupos escultóricos del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén). Un ensayo de lectura iconográfica convergente. AEspA, 75, 2002, Págs. 107-122.
- PECCI TENRERO, H.; (2006) Masada. El fin de los días. Revista de Arqueología. Págs. 26-35.
- PECCI TENRERO; RIPOLL LÓPEZ, S.; (2011) El arte rupestre postpaleolítico del conjunto de Domingo García (Segovia). Espacio, Tiempo y Forma. Serie I, Nueva época. Prehistoria y Arqueología, t. 4, 2 111-122.
- PERALTA LABRADOR, E.; (2009) El ejército romano en los siglos II/I a. C. Págs. 267-281. Artículo recogido en: Historia Militar de España. Coordinada por Almagro-Gorbea, M. I Prehistoria y Antigüedad. Comisión Española de Historia Militar. Real Academia de la Historia. 410 págs.
- PRADOS TORREIRA. L; (2011-12) El ritual funerario durante la II E. del Hierro en la Península Ibérica. Algunas reflexiones sobre los grupos marginados por la investigación. CuPAUAM 37-38. Págs. 317-331.
- QUESADA SANZ, F.; (2010) Armas de la Antigua Iberia. De Tartesos a Numancia. La Esfera de los Libros. Madrid. 298 págs.
- QUESADA SANZ, F.; (2009) Última ratio regis. Control y prohibición de las armas desde la Antigüedad a la Edad Moderna. Ediciones Polifemo, 487 págs.
- QUESADA SANZ, F; (2005) Carros en el antiguo Mediterráneo: de los orígenes a Roma. Historia del carruaje en España. Ed. Galán. Madrid. Págs. 16-71.
- QUESADA SANZ, F.; (2005) el gobierno del caballo montado en la Antigüedad clásica con especial referencia al caso de Iberia. Bocados, espuelas y la cuestión de la silla de montar, estribos y herraduras. Gladius XXV. Págs. 97-150.
- QUESADA SANZ, F; (1998) Aristócratas a caballo y la existencia de una verdadera caballería en la cultura ibérica: dos ámbitos conceptualmente diferentes. Actas del congreso internacional "Los Íberos, príncipes de Occidente". Ed. Aranegui. Barcelona. Págs. 169-183.

- QUESADA SANZ, F.; GABALDÓN MARTÍNEZ, M.; (2008) ¿Hipolatría, epifanía, protección de un bien valioso? En torno al papel 'religioso' de los équidos en la Protohistoria peninsular. E. Ferrer, J. Mazuelos, J. L. Escacena (eds.) De dioses y bestias. Animales y religión en el mundo antiguo. Spal Monografía XI. Sevilla. Págs. 143-162.
- RÍOS, P.; BLASCO, C.; ALIAGA, R.; (2011-12) Algunas consideraciones sobre la cronología campaniforme CuPAUAM 37-38. Págs. 195-208.
- RIPOLL LÓPEZ, G.; ARCE, J.; (2001) Transformación y final de las villae en Occidente (siglos IV-VIII): Problemas y perspectivas. Arqueología y Territorio medieval, nº 8. Págs. 21-54.
- RIPOLL LÓPEZ, S.; (2013) Las dataciones y los sistemas de datación del arte rupestre paleolítico. Págs. 205-527.
- RIPOLL LÓPEZ, S.; MUNICIO GONZÁLEZ, L.; (1999) Domingo García. Arte rupestre Paleolítico al aire libre en la meseta castellana. Memorias. Arqueología en Castilla y León, Valladolid. 278 págs.
- RIPOLL PERELLÓ, E.; (2001) El debate sobre la cronología del arte levantino. Quad. Preh. Arq. Cast. 22. Págs. 267-280.
- RODRÍGUEZ, G.; (2009) Textos y contextos. Exégesis y hermenéutica de obras medievales (siglos IV-XIII). Universidad Nacional de Mar del Plata. Eudem. 328 págs.
- ROLDÁN HERVÁS, J.; (2008) Historia Antigua de España I. Iberia prerromana, Hispania republicana y alto imperial. Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- ROMERO CARNICERO, F.; SAN MÍNGUEZ, C.; ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R.; (2008) El Primer milenio a. C. en las tierras del interior peninsular. De Iberia a Hispania. Capítulo 6. (Coord. García Alonso, F.). Ariel Prehistoria. Barcelona. Págs. 649-731.
- ROYO GUILLÉN, J. I.; (2004) Arte rupestre de época ibérica. Grabados con representaciones ecuestres. Serie de Prehistoria i Arqueología. Servei d'Investigacions Arqueològiques i Prehistòriques. Diputació de Castelló. 176 págs.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M.; (2005) Comentario a la muestra de fauna de Pranu Illixi. Anejos de Complutum. Vol. 10. Págs.125-127.

- SACRISTÁN DE LAMA, J. D.; (2011) El urbanismo vacceo. Complutum, Vol. 22 (2). Págs. 185-222.
- SALINAS DE FRÍAS, M.; (2010) Sobre algunas especies animales en el contexto de las religiones prerromanas de Hispania. Serta Palaeohispanica. J. de Hoz. Palaeohispanica, 10. Págs. 611-628.
- SALINAS DE FRÍAS, M.; (2010) Sobre algunos textos clásicos referentes a la caballería de los celtíberos y al simbolismo de sus armas. Gladius. Estudios sobre armas antiguas, arte militar y vida cultural en oriente y occidente XXX. Págs. 137-154.
- SÁNCHEZ MORENO, E.; (2010) Los vacceos a través de las fuentes. Una perspectiva actual. De la región vaccea a la arqueología vaccea (Eds. Romero Carnicero, F.; Sanz Mínguez, C.). Vaccea Monografías, 4. Valladolid. Págs. 65-103.
- SÁNCHEZ-MORENO, E.; (2005) Caballo y sociedad en la Hispania céltica: del poder aristocrático a la comunidad política. Gladius XXV. Págs. 237-264.
- SÁNCHEZ-MORENO, E.; (2003) Ajuar guerrero celtibérico de Aguilar de Anguita (Guadalajara). Pieza del mes. Ciclo 2003. Las armas: defensa, prestigio y poder. Museo Arqueológico Nacional. 9 págs.
- SÁNCHEZ-MORENO, E. (2000): Vetones: historia y arqueología de un pueblo prerromano. (Ediciones UAM; Colección de Estudios, 64). Madrid. 239 págs.
- SÁNCHEZ MORENO, E.; (1997) Aproximación a la religión de los vetones: Dioses, ritos y santuarios. Stvdia Zamorensia, Segunda etapa. Vol. IV. Págs. 115-147.
- SÁNCHEZ MORENO, E.; (1995) El caballo entre los pueblos prerromanos de la Meseta Occidental. Stvd. hist., Hª Antig. 13-14, 1995-96. Págs. 207-229.
- SÁNCHEZ, V; JOSÉ J.; (1999) Los regimientos de catafractos y clibanarios en la tardo Antigüedad. *Los columbarios de La Rioja*, Antig. Crist. (Murcia) XVI. Págs. 397-415.
- SANCHOS, A.; SARRIÓN, I; (2004) Restos de cánidos (*Canis familiaris ssp.*) en yacimientos valencianos de la Edad del Bronce. Archivo de Prehistoria levantina. Vol. XXV. Págs. 161-198.

- SANTONJA, M.; PÉREZ-GONZÁLEZ, A.; (2001-2002) El Paleolítico Inferior en el interior de la Península Ibérica. Un punto de vista de la Geoarqueología. *Zephyrus*, 53-54. Págs. 27-77
- SANTOS VELASCO, J. A.; (2010) Naturaleza y abstracción en la cerámica ibérica con decoración pintada figurada. *Complutum*. Vol. 21 (1). Págs. 145-168.
- SANTOS YANGUAS, J.; MARTÍNEZ CABALLERO, S.; (2014) Modelos de urbanización en época republicana en la Celtiberia de arévacos y pelendones. *Monica Chiabà (a cura di), Hoc Quoqve Laboris Praemivm. Scritti in onore di Gino Bandelli*. Trieste, EUT - Edizioni Università di Trieste. Págs. 457-476.
- SASTRE BLANCO, J. C.; (2006) Una aproximación a la puesta en valor del arte esquemático y su paisaje. *La Sierra de la Culebra (Zamora). Arqueología y Territorio*. Nº 3. Págs. 1-16.
- SANZ MÍNGUEZ, C.; (2008) Un puñal-reliquia vacceo hallado en Pintia (Padilla de Duero, Valladolid). *Gladius. Estudios sobre armas antiguas, arte militar y vida cultural en oriente y occidente XXVIII*. Págs. 177-194.
- SANZ MÍNGUEZ, C.; ROMERO CARNICERO, F.; (2007) En los extremos de la región vaccea. *Caja España*. León. 128 págs.
- SIGUERO LLORENTE, P. J.; (1997) Significado de los nombres de los pueblos y despoblados de Segovia. 380 págs.
- SOLER DEL CAMPO, A.; (1991) La evolución del armamento medieval en el reino castellano-leonés y Al-Andalus (siglos XII-XIV). Ed. De la Universidad Complutense de Madrid. 893 págs
- SOPEÑA GENZOR, G.; RAMÓN PALERM, V.; (2006) Apiano, los vacceos y la verosimilitud en la *Historia Retórica*: precisiones sobre Iberiké 51-54. *Palaeohispanica* 6. Págs. 225-236.
- SOUZA, P.; (2008) *La guerra en el mundo antiguo*. Akal. Grandes Temas. Londres. 320 págs.
- TIRADOR GARCÍA, V.; (2011) Caballo y poder: las élites ecuestres en la Hispania indoeuropea. *El Futuro del Pasado*, nº 2. Págs. 79-95.
- TIZA, A.; (2012) La danza de palos y sus contextos festivos: Zamora y Bragança. *BIBLID*, 14. Págs. 383-402.

- TORROELLA PRATS, J.; (2012) El caballo en el Occidente medieval. Revista Medieval. Año VIII. Nº 45. Págs. 32-43.
- VALVERDE AMELA, L.; (2002) La sublevación vaccea del año 56 a. C. Gallaecia nº 21. Págs. 269-285.
- VARELA, J. M.; (2007); Aves amenazadas de España SEO/BirdLife. Monografías. Lynx Edicions. Barcelona. 272 págs.
- VELAZA FRÍAS, J.; (1989) Aportaciones a la interpretación del Bronce de Montealegre (Valladolid). Faventia, V.11, nº 2. Págs. 105-120.
- VERGÉS, J. M. ET AL.; (2002) La sierra de Atapuerca durante el Holoceno: datos preliminares sobre las ocupaciones de la edad del Bronce en la cueva de El Mirador (Ibeas de Juarros, Burgos). Trabajos de Prehistoria 59. Nº 1. Págs. 107-126.
- VICENTE SÁNCHEZ, JOSÉ J.; (1999) Los regimientos de catafractos y clibanarios en la tardo Antigüedad. Los columbarios de La Rioja, Antig. Crist. (Murcia) XVI. Págs. 397-415.
- VIGIL-ESCALERA-GUIRADO, A.; (2007) Granjas y aldeas altomedievales al norte de Toledo (450-80 d. C.). Archivo Español de Arqueología. Vol. 80. Págs. 239-284.
- VV. AA. (2008) Prospección y estudio arqueológico para las Normas Urbanísticas del Término Municipal de Águilafuente (Segovia). Catálogo arqueológico. Excmo. Ayuntamiento de Águilafuente. Aratikos Arqueólogos S.L. Gabinete Arqueológico y Estudios sobre Patrimonio Histórico. 98 págs.
- VV. AA. (2010) Prospección y estudio arqueológico para las Normas Urbanísticas del Término Municipal de Fuentepelayo (Segovia). Catálogo y normativa de Protección Arqueológica. Excmo. Ayuntamiento de Fuentepelayo. Aratikos Arqueólogos S. L. Gabinete Arqueológico y Estudios sobre Patrimonio Histórico. 99 págs.
- VV. AA. (2012) Prospección y Estudio Arqueológico para las Normas Urbanísticas Municipales de Nava de la Asunción (Segovia). Catálogo y Normativa de Protección Arqueológica. Aratikos Arqueólogos S. L. 94 págs.
- WEBBER, T.; (2011) Bocas y embocaduras. Editorial Hispano Europea. Barcelona. 32 Págs.

- YRAVEDRA SAINZ S TERREROS, J. ET AL.; (2009) Implicaciones Metalúrgicas de las marcas de corte en la transición Bronce Final-Hierro en el interior de la Península Ibérica. Gallaecia Nº 28. Págs. 77-92.



En la localidad de Domingo García, población situada a unos cuarenta kilómetros al Noroeste de Segovia, se presentaba hace más de cuatro décadas un conjunto de grabados rupestres al aire libre, los cuales abarcan diferentes ciclos crono-culturales: un claro periodo paleolítico y un gran número de representaciones postpaleolíticas sin afiliación y datación clara, que han sido objeto de estudio con el objetivo de conocer su posible ubicación cronológica, y por ende, su posible autoría.

Las dificultades existentes para ahondar en el conocimiento de los grabados rupestres se evidencia en la falta de yacimientos arqueológicos cercanos, que pudieran arrojar hallazgos susceptibles de contener información aplicable a las figuras.

Las labores de estudio y las investigaciones llevadas y recogidas en esta tesis, han arrojado cronologías que sitúan la ejecución de los grabados postpaleolíticos en los siglos posteriores a Cristo.

Foto de portada: Panel 26i, figuras 25 (27x15,5 cm.) y 26 (21x 15 cm.).

Foto de contraportada: Panel 9f, figura 10 (8,5x15 cm.).